



AURORA  
(DAWN)

V. C. Andrews

Lectulandia

Dawn Longchamp se siente feliz y segura en su nueva escuela en Virginia, pero nada es lo que parece.

Ahora Dawn y su hermano mayor Jimmy tienen la oportunidad de tener una vida decente y respetable; y estudiar canto como ella en secreto siempre deseó. Philip Cutler el joven más apuesto de la escuela, despierta el corazón de Dawn. Ella siente devoción por su hermano de crianza Jimmy, pero Philip hace que sueñe con un idílico romance...

Repentinamente la madre de Dawn muere y todo su mundo comienza a derrumbarse. Tras este horrible suceso, ella acaba viviendo con otra familia, que oculta una gran red de pecados y mentiras. Con su dulce inocencia perdida, humillada y despreciada, Dawn está desesperada por encontrar a su hermano Jimmy de nuevo... mientras intenta desentrañar las terribles mentiras que cambiarán sus vidas para siempre.

**Lectulandia**

V. C. Andrews

**Aurora**

**(Dawn)**

**Serie Cutler - 1**

ePub r1.0

sleepwithghosts 23.08.14

Título original: *Dawn*

V. C. Andrews, 1990

Traducción: M<sup>a</sup> Teresa Montaner Soro

Diseño de cubierta: sleepwithghosts

Editor digital: sleepwithghosts

ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Este libro es una obra de ficción. Tanto los nombres de sus personajes, como los lugares y los incidentes que ocurren en él, son producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con sucesos, lugares o personas reales, tanto vivos como muertos, es completamente casual.

*Madre una vez me dijo que ella y Padre me habían llamado Dawn porque nací al amanecer. Ésa fue la primera de las miles de mentiras que Madre y Padre nos dirían a mi hermano Jimmy y a mí. Naturalmente, no sabíamos que eran mentiras, no lo supimos durante mucho tiempo, hasta el día que vinieron a llevarnos de allí.*

## OTRO NUEVO LUGAR

El ruido que hacían al abrir y cerrar los cajones de la cómoda fue lo que me despertó. Oí a Padre y a Madre murmurando en la habitación contigua y el corazón empezó a latirme rápida y violentamente. Me apreté el pecho con la palma de la mano, respiré profundamente y me volví para despertar a Jimmy, pero éste ya estaba sentado en nuestro sofá-cama. Bañada por la plateada luz de la luna que se derramaba a través de nuestra desnuda ventana, la cara de mi hermano, de dieciséis años, parecía tallada en granito. Permanecía sentado muy quieto, escuchando. Yo estaba echada allí con él, oyendo cómo el odioso viento silbaba a través de las rendijas y huecos de la pequeña choza que Padre había encontrado para nosotros en Granville, un pequeño y ruinoso pueblo en las afueras de Washington D. C. Apenas hacía cuatro meses que estábamos allí.

—¿Qué ocurre, Jimmy? ¿Qué está sucediendo? —pregunté temblando en parte por el frío y en parte porque en lo más profundo de mi ser conocía la respuesta.

Jimmy se dejó caer contra la almohada y se puso las manos detrás de la cabeza. En un ataque de mal humor contempló el oscuro techo. El ritmo de los movimientos de Padre y Madre se hizo más frenético.

—Aquí nos iban a regalar un cachorro —murmuró Jimmy—. Y esta primavera íbamos a plantar el jardín y hubiésemos tenido nuestras propias verduras.

Podía sentir su frustración y su ira como el calor que emana de un radiador.

—¿Qué ha sucedido? —pregunté con tristeza porque yo también había tenido grandes esperanzas.

—Padre regresó más tarde que de costumbre —contestó con una nota profética de desastre en la voz—. Entró corriendo con ojos de salvaje. Ya sabes, grandes y brillantes, como se le ponen a veces. Entró allí directamente y poco después empezaron a hacer las maletas. Más vale que nos levantemos y nos vistamos —añadió Jimmy, echando a un lado la manta y volviendo a sentarse—. De todos modos, dentro de un momento saldrán y nos dirán que lo hagamos.

Dejé escapar un lamento. Otra vez no, y no nuevamente a medianoche.

Jimmy se inclinó para encender la lámpara que había junto a nuestro sofá-cama y comenzó a ponerse los calcetines para no tener que colocar los pies sobre el suelo frío. Estaba tan deprimido que ni siquiera le preocupó tener que vestirse delante de mí. Me recosté y le observé desdoblar sus pantalones para poder ponérselos, moviéndose con una callada resignación que hacía que todo a mí alrededor pareciese un sueño. ¡Cómo hubiera deseado que lo fuese!

Tenía catorce años y desde que podía recordar, habíamos estado haciendo y deshaciendo el equipaje, yendo de un sitio a otro. Parecía que justo cuando mi hermano Jimmy y yo finalmente nos habíamos adaptado al colegio nuevo y conseguido hacer algunos amigos y yo empezaba a conocer a mis maestras, teníamos que irnos. Quizá no éramos mejor que unos gitanos sin hogar como decía siempre Jimmy, vagabundos, pobres entre los más pobres, porque aun las familias más pobres tenían algún sitio al que llamar hogar, algún lugar al que regresar cuando las cosas iban mal, un lugar donde tenían abuelas y abuelos, o tíos y tías para abrazarlos y consolarlos y hacerles sentir bien de nuevo. Nos hubiésemos conformado incluso con unos primos. Yo por lo menos lo hubiese hecho.

Eche atrás la manta y mi camisón se deslizó dejando al descubierto la mayor parte de mi pecho. Miré a Jimmy y le pesqué contemplándome a la luz de la luna. Miró a otro lado rápidamente. El apuro me hacía palpar el corazón y presione la palma de la mano sobre el corpiño del camisón. Nunca le había dicho a ninguna de mis amigas en el colegio que Jimmy y yo compartíamos la misma habitación, y mucho menos que dormíamos en el mismo estropeado sofá-cama. Me sentía demasiado avergonzada y sabía cómo iban a reaccionar, haciéndonos avergonzar aún más a Jimmy y a mí.

Puse los pies sobre el helado suelo de madera. Los dientes me castañeteaban y cruzando los brazos sobre el cuerpo atravesé rápida la pequeña habitación para recoger una blusa, un jersey y un par de téjanos. Luego, me fui al baño a vestirme.

Cuando terminé, Jimmy ya había cerrado su maleta. Parecía que cada vez que hacíamos las maletas nos dejábamos alguna cosa atrás. De todos modos, había espacio limitado en el viejo coche de Padre. Doblé mi camisón y lo metí ordenadamente en mi propia maleta. Los cierres estaban tan duros como siempre y Jimmy tuvo que ayudarme.

Se abrió la puerta de la habitación de Padre y Madre y salieron llevando también las maletas en la mano. Los miramos sujetando las nuestras.

—¿Por qué tenemos que irnos otra vez a medianoche? —inquirí mirando a Padre y preguntándome si el marcharnos le pondría tan furioso como sucedía a menudo.

—Es el mejor momento para viajar —murmuró Padre. Me echó una mirada llena de ira con una orden rápida de no hacer demasiadas preguntas. Jimmy tenía razón. Padre tenía nuevamente esa mirada de locura, una mirada que no parecía natural y que me hacía sentir escalofríos en la columna vertebral. Odiaba que Padre tuviese esa mirada. Era un hombre guapo, con facciones acentuadas, un casco de pelo castaño y lacio y ojos negros como el carbón.

Cuando llegara el día que me enamorase y decidiera casarme, esperaba que mi marido fuera tan guapo como Padre. Pero odiaba cuando Padre se enfadaba, cuando tenía esa mirada loca. Estropeaba sus atractivas facciones y lo afeaba, lo convertía en

algo que no podía contemplar.

—Jimmy, baja las maletas. Dawn, ayuda a tu madre a guardar lo que quiera de la cocina.

Miré a Jimmy. Tenía sólo dos años más que yo, pero la diferencia era mucho mayor en nuestros aspectos. Era alto, delgado y musculoso como Padre. Yo era bajita, con lo que Madre llamaba «facciones de muñeca china». En realidad tampoco me parecía a Madre, porque ella era tan alta como Padre. Me contó que a mi edad había sido huesuda y torpe y parecía más bien un chico hasta que cumplió trece años, en los que, de repente, floreció.

No teníamos muchos retratos de familia. En realidad, todo lo que tenía era un retrato de Madre cuando tenía quince años. Me pasaba horas sentada contemplando la cara joven y tratando de encontrar señales de algún parecido a mí misma. En la foto estaba sonriendo, de pie, bajo un sauce llorón. Llevaba una falda hasta los tobillos y una blusa ahuecada con mangas de volantitos y cuello rizado. Su largo pelo oscuro tenía un aspecto suave y fresco. Incluso en esta vieja foto en blanco y negro, sus ojos brillaban con esperanza y amor. Padre decía que había hecho la foto con una pequeña cámara de cajón que había comprado por cuatro pesetas a un amigo suyo. No sabía si la cámara funcionaba pero por lo menos salió esta foto. Si alguna vez habíamos tenido otros retratos, se habían perdido o habían quedado atrás en uno de tantos traslados.

Sin embargo, yo pensaba que aun en esta sencilla y vieja fotografía, con el blanco y negro desvaído tornándose sepia y con los bordes desgastados, Madre parecía tan bonita que era fácil ver por qué Padre se había enamorado tan rápido aunque ella no tuviera más que quince años. En el retrato iba descalza y yo pensaba que tenía un aspecto tan fresco e inocente y tan encantador como cualquier otra cosa que la Naturaleza pudiese ofrecer.

Madre y Jimmy tenían el mismo pelo negro y brillante, y ojos oscuros. Ambos tenían la piel bronceada con bellos dientes blancos que les daba una sonrisa de marfil. Padre tenía el pelo castaño oscuro pero el mío era rubio y tenía pecas sobre los pómulos. Nadie más en mi familia tenía pecas.

—¿Qué hacemos con el rastrillo y la pala que compramos para el jardín? —preguntó Jimmy, cuidando de no permitir que asomase a sus ojos ni siquiera un destello de esperanza.

—No tenemos sitio —contestó Padre de modo cortante.

«¡Pobre Jimmy!», pensé. Madre decía que había nacido tan encogido como un puño apretado y los ojos tan cerrados como si estuviesen cosidos. Contaba que había dado a luz a Jimmy en una finca en Maryland. Acababan de llegar y estaban llamando a la puerta, cuando le empezaron los dolores del parto.

A mí me explicaron que también había nacido por el camino. Habían tenido la

esperanza de que naciese en el hospital, pero tuvieron que abandonar el pueblo y salir hacia otro, donde Padre ya había conseguido un nuevo empleo. Salieron un día a última hora de la tarde y viajaron todo ese día y toda la noche.

—Estábamos entre ningún sitio y ninguna parte y, de repente, tú decidiste venir al mundo —me contó Madre—. Tu padre aparcó el camión a un lado de la carretera y dijo: «Ya estamos en marcha de nuevo, Sally Jean». Yo me metí en la cama que teníamos en el camión sobre la que había un viejo colchón y al salir el sol viniste al mundo. Recuerdo cómo cantaban los pájaros. Yo estaba mirando un pájaro en el momento en que viniste al mundo, Dawn. Por eso cantas tan bien —me dijo Madre—. Tu abuela siempre decía que lo que una mujer mirase justo antes, durante o inmediatamente después de dar a luz, ésas eran las características que iba a tener la criatura. Lo peor de todo era que hubiese un ratón o una rata en la casa cuando una mujer estaba embarazada.

—¿Qué podía suceder, Madre? —pregunté llena de asombro.

—La criatura sería cobarde y solapada.

Me sentí asombrada cuando me contó todo esto. ¡Madre había heredado tanta sabiduría! Era algo que me hacía preguntarme y preguntarme sobre nuestra familia, una familia que jamás habíamos visto. Yo quería saber mucho más pero era difícil conseguir que Madre y Padre hablasen mucho de sus primeros tiempos, que habían sido duros y dolorosos.

Sabíamos que ambos habían sido criados en pequeñas fincas en Georgia donde sus familias se ganaban la vida pobremente y con dificultad en pequeñas parcelas de tierra. Ambos habían nacido en familias grandes y vivido en granjas descuidadas. En ninguno de los dos lugares había sitio para una pareja muy joven, recién casada y con la esposa embarazada, así pues, comenzaron lo que sería la historia de los viajes de nuestra familia, viajes que aún no habían terminado. De nuevo estábamos en marcha.

Madre y yo llenamos una caja de cartón con todos aquellos utensilios de cocina que quería llevar consigo y después se la dio a Padre para que la cargase en el coche. Cuando hubo terminado, me echó el brazo sobre los hombros y ambas lanzamos una última mirada a la humilde cocinita.

Jimmy estaba en la puerta observando. Sus ojos pasaron de ser lagos de tristeza a lagos color carbón llenos de la ira más profunda cuando Padre vino para darnos prisa. Jimmy le culpaba por nuestra vida de gitanos. A veces me preguntaba si quizá no tendría razón. A menudo Padre parecía distinto de otros hombres, más inquieto, más nervioso. Yo jamás lo decía, pero odiaba todas las veces que se detenía en un bar al regresar del trabajo. Solía llegar a casa con un silencio malhumorado y se colocaba junto a la ventana mirando como si estuviese esperando algo terrible. Ninguno de nosotros podía hablarle cuando estaba de ese mal talante. Ahora se hallaba así.

—Más vale ponerse en marcha —dijo en el umbral, con los ojos aún más fríos al

mirarme durante unos segundos.

Por un momento me quedé confundida. ¿Por qué Padre me había lanzado esa mirada tan fría? Era casi como si me culpase de que tuviésemos que irnos.

Tan pronto como me vino ese pensamiento lo alejé de mi mente. ¡Estaba siendo tonta! Padre nunca me echaría la culpa de nada. Me quería. Sólo estaba enfadado porque Madre y yo habíamos sido lentas y morosas en lugar de apresurarnos hacia la puerta. Como si leyese mi pensamiento, Madre habló de repente.

—Está bien —dijo rápidamente.

Madre y yo nos dirigimos hacia la puerta porque todos habíamos aprendido por dura experiencia que Padre era impredecible cuando su voz estaba tan tensa de ira. Nos volvimos atrás una vez para cerrar la puerta detrás nuestro, igual que habíamos cerrado antes docenas de puertas.

Habían salido unas cuantas estrellas. No me gustaban las noches sin estrellas. En esas noches, las sombras me parecían mucho más largas y oscuras. Ésta era una de esas noches, fría, oscura, con todas las ventanas de las casas que nos rodeaban negras. El viento transportaba un pedazo de papel a lo largo de la calle y a lo lejos, en la distancia, aullaba un perro. Entonces oí una sirena. En alguna parte esa noche, alguien tenía problemas. Pensé que alguna pobre persona estaba siendo llevada al hospital, o quizá la Policía estaba persiguiendo a un criminal.

—En marcha —ordenó Padre y aceleró como si nos estuviesen persiguiendo.

Jimmy y yo nos apretamos en el asiento trasero entre las maletas y cajones.

—¿Adonde vamos esta vez? —preguntó Jimmy sin disimular su disgusto.

—Richmond —contestó Madre.

—¡Richmond! —exclamamos ambos. Parecía que habíamos recorrido todo Virginia, menos Richmond.

—Así es. Vuestro padre ha conseguido un empleo allí y estoy segura de poder conseguir un trabajo de camarera en uno de los moteles.

—Richmond —murmuró Jimmy por lo bajo. Las grandes ciudades nos asustaban a ambos.

Al alejamos de Granville y envolvernos la oscuridad, nos invadió nuevamente el sueño. Jimmy y yo cerramos los ojos apoyándonos uno contra otro como habíamos hecho tantas veces antes.

Padre había estado planeando nuestro traslado desde hacía algún tiempo porque ya nos había encontrado un lugar donde vivir. Padre a menudo hacía las cosas calladamente y luego nos las decía.

Como los alquileres en la ciudad eran mucho más caros, sólo podíamos pagar un apartamento de un solo dormitorio, así es que Jimmy y yo teníamos que seguir compartiendo una habitación. ¡Y el sofá-cama! Apenas era lo bastante grande para

ambos. Yo sabía que algunas veces se despertaba antes que yo, pero no se movía porque mi brazo estaba sobre él y no quería despertarme y hacerme sentir avergonzada por ello. Y había veces que me rozaba accidentalmente donde se suponía que no debía hacerlo. La sangre le subía al rostro y saltaba de la cama como si hubiese empezado a quemarse. El no decía nada admitiendo que me había tocado y yo tampoco lo mencionaba.

Generalmente sucedía así. Jimmy y yo simplemente ignorábamos las cosas que hubiesen hecho sentir embarazo a otros chicos y chicas obligados a vivir en un espacio tan estrecho, pero yo no podía evitar sentarme a un lado y soñar ansiosamente con esa maravillosa privacidad que disfrutaban la mayoría de mis amigas, especialmente cuando describían cómo podían cerrar sus puertas y chismorrear por sus propios teléfonos o escribir notas de amor sin que nadie en sus familias supiera nada sobre ello. Yo tenía miedo hasta de llevar un Diario porque cualquiera podría estar mirando por encima de mi hombro.

Este apartamento no se diferenciaba en nada de nuestras anteriores casas, con las mismas habitaciones pequeñas, el papel que se desprendía de las paredes y la pintura desconchada, las mismas ventanas que no cerraban bien. Jimmy y yo odiábamos tanto nuestro apartamento que él decía que preferiría dormir en la calle.

Pero justo cuando creíamos que las cosas iban tan mal como era posible, empeoraron.

Una tarde, a última hora, varios meses después de habernos trasladado a Richmond, Madre regresó del trabajo mucho más temprano que de costumbre. Yo había estado esperando que nos trajera algo distinto para la cena. Estábamos terminando la semana, cuando llegaba el día de pago de Padre, y la mayor parte del dinero de la semana anterior ya había desaparecido. Habíamos podido tener una o dos buenas comidas durante la semana, pero ahora estábamos comiendo las sobras. Mi estómago estaba haciendo tanto ruido como el de Jimmy pero antes de que ninguno de los dos pudiese quejarse, la puerta se abrió y ambos nos quedamos sorprendidos de ver entrar a Madre. Se detuvo, movió la cabeza y empezó a llorar. Luego atravesó la habitación y entró corriendo en su cuarto.

—¡Madre! ¿Qué sucede? —le pregunté, pero su única contestación fue cerrar la puerta de golpe. Jimmy y yo nos miramos asustados. Fui a su puerta y llamé suavemente—. ¿Madre? —Jimmy vino a mi lado y esperó—. ¿Madre, podemos entrar? —Abrí un poco la puerta y miré hacia dentro.

Estaba echada boca abajo sobre la cama y sus hombros se agitaban. Entramos lentamente, Jimmy pegado a mí. Me senté en la cama y le puse una mano sobre el hombro.

—¿Madre?

Finalmente, dejó de sollozar y nos miró.

—¿Has perdido tu empleo, Madre? —preguntó Jimmy rápidamente.

—No, no es eso, Jimmy. —Se sentó, frotándose los ojos con los puños para secarse las lágrimas—. Aunque ya no tendré ese empleo mucho más tiempo.

—Entonces, ¿qué es lo que sucede, Madre? Cuéntanoslo —le supliqué.

Hizo un sonido con la nariz, se echó hacia atrás el pelo y nos cogió una mano a cada uno.

—Vais a tener un nuevo hermano o hermana —declaró.

El corazón se me detuvo. Los ojos de Jimmy se agrandaron y se quedó con la boca abierta.

—Ha sido culpa mía. No hice caso e ignoré los síntomas. No creí estar embarazada, porque no había tenido más hijos después de Dawn. Por fin, hoy acudí a un médico y resulta que estoy de más de cuatro meses. De repente, resulta que voy a tener un niño y además ahora ya no podré trabajar —se lamentó y comenzó a llorar de nuevo.

—Oh, Madre, no llores. —La idea de otra boca que alimentar dejó caer como una sombra negra sobre mi corazón. ¿Cómo íbamos a arreglarnos? Tal y como estábamos ahora, no nos alcanzaba.

Miré a Jimmy para empujarle a que dijese algo consolador, pero tenía un aspecto estupefacto y furioso. Simplemente se había quedado de pie, mirando.

—Madre, ¿ya lo sabe Padre? —preguntó.

—No —contestó ella. Respiró hondo—. Estoy demasiado vieja y demasiado cansada para tener otro bebé —murmuró moviendo la cabeza—. Eh, ¿estás furioso conmigo, Jimmy? —le preguntó Madre.

Tenía un aspecto tan malhumorado que me dieron ganas de darle una patada. Finalmente negó con la cabeza.

—No, Madre, no estoy enfadado contigo. No es culpa tuya. —Miró hacia mí y supe que le estaba echando la culpa a Padre.

—Entonces, dame un abrazo. Lo necesito en este momento.

Jimmy miró a otro lado y luego se inclinó hacia Madre. Le dio un apretón rápido, murmuró que tenía que hacer algo afuera y salió apresuradamente.

—Recuéstate y descansa, Madre —le dije—. Ya casi tengo la comida hecha.

—La comida. ¿Qué es lo que vamos a comer? Iba a tratar de traer algo esta noche, ver si podía cargar algo más en nuestra cuenta del colmado, pero con esto del embarazo me olvidé completamente de la comida.

—Nos arreglaremos, Madre —contesté—. Padre cobra hoy, así que mañana comeremos mejor.

—Lo siento, Dawn —murmuró arrugando la cara y preparándose para sollozar de nuevo. Agitó la cabeza—. Jimmy está tan enfadado. Pude verlo en sus ojos. Tiene el temperamento de Ormand.

—Tan sólo está sorprendido, Madre. Voy a ocuparme de la comida —repetí y salí cerrando la puerta suavemente detrás de mí, los dedos temblándome un poco sobre el tirador.

¡Un bebé, un hermanito o hermanita! ¿Dónde dormiría un bebé? ¿Cómo iba Madre a poder cuidar del bebé? Si no podía trabajar, tendríamos incluso menos dinero, ¿es que la gente mayor no planeaba estas cosas? ¿Cómo podían permitir que sucediesen?

Salí a buscar a Jimmy y le encontré tirando una pelota de goma en el callejón. Estábamos a mediados de abril, así que aun al comienzo del atardecer, el aire ya no era frío. Pude distinguir algunas estrellas que iniciaban su aparición en el cielo. Las luces de gas neón en la puerta del bar y grill de Frankie, en la esquina, acababan de encenderse. A veces, cuando regresaba a casa en un día de calor, Padre se detenía allí para tomarse una cerveza fría. Cuando se abría y cerraba la puerta se escapaban las risas y la música del tocadiscos automático que después se desvanecía rápidamente en la acera, una acera que siempre estaba sucia con papeles y envoltorios de chokolatinas y otros desperdicios que el viento sacaba de los sobrecargados contenedores de basura. Podía oír dos gatos en celo amenazándose en el callejón. Un hombre gritaba maldiciones a otro hombre que se asomaba por la ventana de un segundo piso, como a una manzana hacia el sur de donde estábamos. El hombre en la ventana se reía del otro.

Me volví a Jimmy. Estaba de nuevo tenso como un puño apretado y desahogaba toda su ira en cada lanzamiento de pelota.

—¿Jimmy?

No me contestó.

—Jimmy, no querrás hacer que Madre se sienta peor de lo que ya está, ¿no te parece? —le pregunté suavemente. Agarró la pelota en el aire y se volvió hacia mí.

—¿De qué sirve hacer comedia, Dawn? Lo único que con toda seguridad no necesitamos en este momento es otro niño en la casa. ¡Mira lo que vamos a comer esta noche!

Tragué con fuerza. Sus palabras eran como una lluvia fría cayendo sobre una hoguera ardiente.

—Ni siquiera tenemos ropa que se haya quedado pequeña para dársela al nuevo bebé —continuó diciendo—. Vamos a tener que comprar ropa, pañales y una cuna. Y los bebés necesitan toda clase de lociones y cremas, ¿no es así?

—Sí, las necesitan, pero...

—Entonces, ¿por qué Padre no pensó en eso, eh? Está canturreando y charlando con esos amigos suyos que pierden el tiempo por el garaje, como si fuese el dueño del mundo y ahora, mira todo esto —explicó haciendo un gesto hacia nuestro edificio.

¿Por qué Padre no había pensado en eso?, me pregunté. Había oído hablar de

chicas que por haber llegado a lo último, se habían quedado embarazadas, pero eso era porque eran chicas, y no sabían hacer nada mejor.

—Supongo que es algo que simplemente sucedió —dije tratando de que Jimmy me diese su opinión.

—Eso no es algo que simplemente sucede, Dawn. Una mujer no se despierta una mañana y se encuentra que está embarazada.

—¿Es que los padres no hacen planes para tener los niños?

Me miró y negó con la cabeza.

—Padre probablemente regresó borracho una noche y...

—¿Y qué?

—Oh, Dawn... Pues hicieron un bebé. Eso es todo.

—¿Y no sabían que lo habían hecho?

—Bueno, no se hace un bebé cada vez que... —mover la cabeza—. Tendrás que preguntarle a Madre sobre eso. No sé todos los detalles. —Habló rápidamente pero yo sabía que él sí los conocía.

—Se va a organizar un infierno cuando Padre llegue a casa, Dawn —comentó moviendo la cabeza mientras regresábamos dentro. Hablaba con una voz que era poco más que un susurro y me hizo estremecer de temor. El corazón me palpitaba por anticipado.

La mayor parte del tiempo, cuando los problemas llovían sobre nosotros, Padre decidía que teníamos que hacer las maletas y salir corriendo, pero no podíamos huir de esto. Como yo siempre era la que cocinaba, sabía mejor que ninguno que no teníamos nada sobrante para un bebé. Ni un centavo, ni una migaja.

Cuando Padre llegó del trabajo esa noche, tenía el aspecto más cansado que de costumbre y las manos y brazos empapados de grasa.

—Tuve que sacar la transmisión de un coche y rehacerla en un día —explicó creyendo que era por eso que Jimmy y yo le mirábamos de un modo tan extraño—. ¿Sucedó algo?

—Ormand —llamó Madre. Padre entró en el dormitorio. Me dediqué a la comida, pero el corazón me golpeaba de tal forma que casi no podía respirar. Jimmy se acercó a la ventana que daba al lado norte de la calle y se quedó mirando hacia afuera, quieto como una estatua. Oímos a Madre llorando de nuevo. Después de un rato, se hizo silencio y Padre salió. Jimmy se volvió en actitud expectante.

—Bueno, creo que vosotros dos ya estáis enterados —mover la cabeza y miró a la puerta cerrada tras él.

—¿Cómo vamos a arreglarnos? —preguntó Jimmy rápidamente.

—No lo sé —dijo Padre. Los ojos se le oscurecieron. Su cara empezó a adquirir esa expresión de locura, los labios se le torcían por las comisuras y algo de la blancura de sus dientes resplandeció a través de ellos.

Jimmy se dejó caer en una silla de la cocina.

—Otra gente planifica sus niños —murmuró.

La cara de Padre se encolerizó. Yo no podía creer que él lo hubiera dicho. Conocía el genio de Padre, pero recordé lo que había dicho Madre: Jimmy tenía el mismo genio. A veces eran como dos toros con un trapo rojo entre ellos.

—No te pases de listo —dijo Padre y se dirigió hacia la puerta.

—¿Dónde vas, Padre? —grité.

—Necesito pensar —contestó—. Comed sin mí.

Jimmy y yo escuchamos el sonido de los pies de Padre caminando pesadamente sobre el suelo del vestíbulo. Sus pisadas proclamaban la ira y la agitación de su cuerpo.

—Dice que comamos sin él —se burló Jimmy—. Harina de maíz y fríjoles de carita.

—Se va al bar de Frankie —predije. Jimmy asintió con la cabeza y se recostó en la silla contemplando su plato de mal humor.

—¿Dónde está Ormand? —preguntó Madre saliendo de su habitación.

—Se fue a pensar, Madre —contestó Jimmy—. Probablemente tiene que hacer algún plan y necesita estar solo —agregó esperando aliviarla.

—No me gusta que se marche de ese modo —se quejó Madre—. Nunca acaba bien. Deberías de ir a buscarlo, Jimmy.

—¿Ir a buscarlo? No me lo parece, Madre. No le gusta que lo haga. Vamos a comer y esperar a que regrese.

A Madre no le gustó, pero se sentó, y yo serví la harina de maíz y los fríjoles de carita. Les había puesto sal y un poco de manteca de tocino que me había quedado.

—Siento no haber tratado de obtener otra cosa —se disculpó Madre nuevamente—. Pero, Dawn, cariño, arreglas esto estupendamente. Tiene muy buen sabor. ¿Verdad que sí, Jimmy?

Levantó la vista de su cuenco. Vi que no había estado escuchando. Jimmy podía perderse dentro de sus propios pensamientos durante horas y horas si nadie le interrumpía, especialmente cuando se sentía desgraciado.

—¿Eh? Oh. Sí, esto está muy bueno.

Después de cenar, Madre permaneció un rato sentada oyendo la radio y leyendo una de las revistas viejas que solía traer a casa del motel donde trabajaba. Las horas se fueron deslizando. Cada vez que oíamos la puerta cerrarse de golpe o el ruido de pasos, esperábamos ver a Padre entrar por la puerta, pero se iba haciendo cada vez más tarde y no volvía.

Cuando miraba a Madre, observaba que la tristeza cubría su rostro como un trapo húmedo, pesado y difícil de arrancar. Finalmente se puso de pie y anunció que se iba a la cama. Respiró hondo, sujetándose el pecho con las manos y se dirigió hacia su

dormitorio.

—Yo también estoy cansado —dijo Jimmy. Se puso en pie y se fue al cuarto de baño a prepararse para acostarse. Yo empecé a abrir el sofá-cama pero me detuve, pensando en lo asustada y preocupada que estaría Madre en su cama. En un instante me decidí. Abrí la puerta sin hacer ruido y salí a buscar a Padre.

Dudé delante de la puerta del bar y grill de Frankie. Nunca había entrado en un bar. Las manos me temblaron al alcanzar el tirador de la puerta, pero antes de que pudiese abrirla ésta giró dejando salir a una mujer de cara pálida con demasiada pintura en los labios y colorete en las mejillas. Un cigarrillo le colgaba de un lado de la boca. Al verme, se detuvo y sonrió. Vi que le faltaban varias piezas de la boca.

—¿Pero qué estás haciendo aquí, cariño? Éste no es un sitio para alguien tan joven como tú.

—Estoy buscando a Ormand Longchamp —repliqué.

—Nunca le he oído nombrar —contestó—. No te quedes ahí mucho rato, cariño. Ése no es un sitio para criaturas —añadió y pasó por delante de mí, dejando atrás una estela de olor a cigarrillos y cerveza. La miré un instante y después entré en el bar de Frankie.

Lo había visto de vez en cuando al abrir alguien la puerta y sabía que había una larga barra a la derecha con espejos y estantes cubiertos de botellas. Vi los ventiladores en el techo y el serrín sobre el suelo de planchas de madera, de un color castaño sucio. Nunca había visto las mesas de la izquierda.

Un par de hombres al final de la barra se volvieron hacia mí cuando entré. Uno sonrió, el otro tan sólo se quedó mirándome. El barman, un hombre bajo, grueso y calvo, se apoyaba contra la pared. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿Qué quieres? —preguntó acercándose a la barra.

—Estoy buscando a Ormand Longchamp —contesté—. Pensé que podía estar aquí. —Una mirada a lo largo de la barra no me permitió encontrarlo.

—Se ha alistado —dijo alguien en plan de chiste.

—Cállate —exclamó el barman cortante. Después se volvió a mí de nuevo—. Está allí —indicó e hizo un gesto con la cabeza señalando las mesas de la izquierda. Miré y vi a Padre desmoronado sobre una mesa pero tuve miedo de penetrar más en el bar—. Puedes despertarlo y llevártelo a casa —aconsejó el barman.

Algunos de los hombres junto a la barra se volvieron para contemplarme como si fuese el entretenimiento de esa noche.

—Dejadla estar —ordenó el barman.

Caminé entre las mesas hasta que llegué a Padre. Había puesto la cabeza sobre los brazos. Tenía cinco botellas de cerveza vacías sobre la mesa y otra a medio terminar. Un vaso con un poco de cerveza estaba delante de la botella.

—Padre —le llamé suavemente. No se movió. Miré hacia la barra y vi que hasta

los hombres que me habían seguido con la vista habían perdido el interés—. Padre — repetí un poco más alto. Se movió ligeramente, pero no levantó la cabeza. Le empujé suavemente el brazo.

—Padre.

Él gruñó y entonces levantó su cabeza lentamente.

—¿Qué?

—Padre, por favor, vuelve a casa ahora —le dije.

Se enjugó las lágrimas y me contempló.

—Madre se fue a la cama hace un rato, pero sé que está despierta esperándote, Padre.

—No debías haber venido a un sitio como éste —dijo bruscamente, haciéndome dar un salto.

—No quería venir, Padre, pero...

—Está bien, está bien —contestó—. Supongo que últimamente no hago nada a derechas —añadió moviendo la cabeza.

—Sólo vuelve a casa, Padre. Todo irá bien.

—Sí, sí —dijo. Miró su cerveza y entonces se retiró de la mesa—. Salgamos de aquí. No deberías estar aquí —repetió. Empezó a ponerse de pie y entonces se sentó abruptamente.

Miró hacia las botellas de cerveza de nuevo y entonces introdujo la mano en su bolsillo y sacó su billetero. Contó el dinero rápidamente y sacudió la cabeza.

—He perdido la cuenta de lo que he gastado —comentó más para sí mismo que dirigiéndose a mí, pero cuando lo hizo me produjo un escalofrío en la columna.

—¿Cuánto has gastado, Padre?

—Demasiado —gimió—. Me temo que tampoco vamos a comer muy bien esta semana —concluyó. Una vez más se apartó de la mesa y se levantó—. Ven —dijo. Padre no caminó recto hasta que llegamos a la puerta.

—¡Que duermas bien! —le gritó uno de los hombres que había en el bar. Padre no hizo gesto de reconocerle. Abrió la puerta y salió. Nunca estuve más contenta de sentir el aire fresco de nuevo. El rancio olor del bar había alterado mi estómago. ¿Por qué Padre se empeñaba en entrar ahí para pasar el rato?, me preguntaba. Padre agradeció también el aire fresco, e inhaló varias bocanadas profundas de aire.

—No me gusta verte en un sitio así —dijo al andar. Se detuvo repentinamente y me retiró, agitando la cabeza—. Eres más lista y mejor que el resto de nosotros, Dawn. Te mereces algo mejor.

—No soy mejor que nadie, Padre —protesté, pero él ya había dicho todo lo que pensaba decir y continuamos hacia nuestro apartamento. Cuando abrimos la puerta, encontramos a Jimmy ya metido en el sofá-cama, con los cobertores estirados tan arriba, que casi le cubrían la cara.

No se volvió hacia nosotros. Padre fue directamente hacia su dormitorio y yo me metí a gatas bajo las sábanas junto a Jimmy, que se agitó.

—¿Fuiste a buscarlo a Frankie? —me preguntó en un murmullo.

—Sí.

—Si se hubiera tratado de mí, se habría puesto furioso —dijo.

—No, Jimmy, él...

Me detuve pues oímos a Madre quejarse. Entonces escuchamos lo que pareció el sonido de la risa de Padre. Un momento después, se oyó el inconfundible ruido de los muelles del colchón. Jimmy y yo sabíamos lo que significaba. En nuestras pequeñas viviendas nos habíamos acostumbrado a los sonidos que la gente a menudo emitía cuando hacían el amor. Por supuesto, cuando éramos más jóvenes no sabíamos lo que quería decir, pero cuando lo comprendimos, hacíamos ver que no lo oíamos.

Jimmy levantó la manta hasta sus orejas nuevamente, pero yo me sentía confundida y un poco fascinada.

—Jimmy —murmuré.

—Duérmete, Dawn —suplicó.

—Pero, Jimmy. ¿Cómo pueden...?

—Duérmete, ¿quieres?

—Quiero decir, Madre está embarazada. ¿Pueden aún...? Jimmy no contestó.

—¿No es peligroso?

Jimmy se volvió hacia mí abruptamente.

—¿Quieres dejar de hacer esa clase de preguntas?

—Pero pensé que lo sabrías. Los chicos generalmente saben más cosas que las chicas —dije.

—Bien, pues no lo sé —replicó—. ¿De acuerdo? Así que ¡cállate! —Me dio la espalda otra vez.

Se hizo silencio en la habitación de Madre y Padre pero no pude dejar de asombrarme. Deseé haber tenido una hermana mayor que no se avergonzara con mis preguntas. A mí me daba demasiado apuro preguntarle a Madre sobre estas cosas porque no quería que pensara que Jimmy y yo habíamos estado escuchando a escondidas.

Mi pierna rozó la de Jimmy y él se retiró como si yo le quemara. Entonces se apartó hacia el borde de la cama, hasta casi caerse. Yo me acerqué hacia el mío tanto como me fue posible. Entonces cerré los ojos y traté de pensar en otras cosas.

Mientras me quedaba dormida, pensé en aquella mujer que se había acercado a la puerta del bar cuando yo estaba a punto de abrirla para entrar. Ella me sonrió, con los labios torcidos y blandos, los dientes amarillos y el humo del cigarrillo girando por encima de sus ojos inyectados en sangre.

Estaba contenta de habérmelas arreglado para traer a Padre a casa.

## FERN

Una tarde durante la primera semana del noveno mes del embarazo de Madre, mientras yo preparaba la cena y Jimmy luchaba con los deberes en la mesa de la cocina, oímos a Madre gritar. Corrimos a su dormitorio y la encontramos sujetándose el vientre.

—¿Qué sucede, Madre? —pregunté mientras el corazón me golpeaba—. ¡Madre!  
—Madre se asió de mi mano.

—Llama a una ambulancia —dijo con los dientes apretados. No teníamos teléfono en el apartamento y teníamos que utilizar el de pago de la esquina. Jimmy salió disparado.

—¿Se supone que esto es así, Madre? —le pregunté. Se limitó a mover la cabeza y lamentarse de nuevo, apretándose tanto que sus uñas se clavaron en mi piel y casi me hicieron sangrar. Se mordió el labio inferior. El dolor vino una vez y otra. La cara se le puso pálida, de un color amarillento enfermizo.

—El hospital va a enviar una ambulancia —anunció Jimmy después de regresar a toda velocidad.

—¿Llamaste a tu padre? —Madre le preguntó a Jimmy a través de sus dientes apretados. El dolor no cedía.

—No —replicó él—. Voy a hacerlo, Madre.

—Dile que vaya directamente al hospital —ordenó ella.

Pareció que la ambulancia se demoraba una eternidad en llegar. Pusieron a Madre en la camilla y la sacaron. Traté de apretarle la mano antes de que cerrasen la puerta pero el enfermero me obligó a retirarme. Jimmy se quedó en pie a mi lado con las manos sobre las caderas y los hombros moviéndosele con una respiración honda y profunda.

El cielo estaba amenazadoramente oscuro y había comenzado a llover con una lluvia más fuerte y más fría de la que habíamos estado teniendo. La oscuridad dejó caer sobre mí una sensación de helor y temblé abrazándome, mientras los enfermeros entraban en la ambulancia y ésta se alejaba.

—Vámonos —dijo Jimmy—. Cogemos el autobús en la calle Main.

Me cogió de la mano y salimos corriendo. Cuando nos bajamos del autobús en el hospital, fuimos directamente a la sala de urgencias y encontramos a Padre hablando con un médico alto, de pelo castaño oscuro y ojos verdes, fríos y severos. Les alcanzamos a tiempo para oír decir al médico:

—La criatura está mal colocada y necesitamos operar a su esposa. No podemos

esperar mucho más. Sígame para firmar unos papeles y lo haremos en seguida, señor.

Jimmy y yo contemplamos cómo Padre se iba con el médico y nos sentamos en un banco en el corredor.

—Es algo estúpido —murmuró Jimmy de repente—. Es estúpido tener un bebé ahora.

—No digas eso, Jimmy —le reprendí. Sus palabras habían hecho que mis propios temores cayesen como olas sobre mí.

—Pues yo no quiero un bebé que amenaza la vida de Madre y tampoco quiero un bebé que va a volver aún más miserables nuestras vidas —dijo cortante, pero no comentó nada más al volver Padre.

No sé cuánto tiempo estuvimos allí sentados esperando antes de que el médico finalmente apareciese de nuevo, pero Jimmy se había dormido apoyado sobre mí. Tan pronto como el médico estuvo delante, nos erguimos, los ojos de Jimmy se abrieron y examinó la expresión del médico con la misma angustia que yo.

—Felicidades, señor Longchamp —dijo el médico—. Tiene usted una hija que pesa tres kilos y medio. Extendió la mano y Padre estrechó la suya.

—¡Pues soy un tío afortunado! ¿Y cómo está mi esposa?

—La tenemos en recuperación. Lo ha pasado mal, señor Longchamp. Tiene un poco de anemia y va a necesitar fortalecerse.

—Gracias, doctor. Muchas gracias —replicó Padre aún dándole la mano. Los labios del doctor sonrieron aunque la sonrisa no llegó a sus ojos.

Luego subimos a la Maternidad y los tres contemplamos una pequeña carita sonrosada, envuelta en una manta blanca. El bebé Longchamp tenía los dedos encogidos. No parecían mucho más grandes que los de mi primera muñeca. Tenía el pelo negro del mismo color e igual de abundante que Jimmy y Madre y ni una sola peca. Eso fue una desilusión.

A Madre le llevó más tiempo del que pensábamos volver a estar normal después de su regreso a casa. Su estado de debilidad que la había hecho propensa a acatarrarse y una profunda tos bronquial le impidieron dar el pecho al bebé como había planeado, así que tuvimos otro gasto más: la leche del bebé.

A pesar de las dificultades que trajo la llegada de Fern, yo no podía menos que sentirme fascinada por mi pequeña hermanita. Observaba cómo iba descubriendo sus propias manos, estudiando sus dedos. Sus ojos oscuros, los ojos de Madre, brillaban con cada uno de sus descubrimientos. Pronto pudo agarrar mi dedo con su pequeño puño y sujetarlo. Cada vez que lo hacía, yo veía que luchaba por erguirse. Se quejaba como si fuese una señora mayor, haciéndome reír.

Su pelusa negra se hizo cada vez más y más larga. Yo le peinaba los mechones por detrás y a los lados de su cabeza, midiendo su largo hasta que alcanzaron el borde de sus orejas y la mitad de su cuello. Al poco tiempo se empezó a estirar con firmeza,

empujando sus piernas y manteniéndolas rectas. Su voz se hizo más fuerte y aguda, lo que indicaba que tenía hambre, todos lo sabíamos.

Como Madre todavía no estaba demasiado fuerte, tenía que levantarme por la noche para alimentar a Fern. Jimmy se quejaba mucho, se echaba la manta por encima de la cabeza y gemía, especialmente cuando yo encendía las luces. Amenazaba con irse a dormir a la bañera.

Padre habitualmente estaba malhumorado por las mañanas a causa de su falta de sueño y al continuar las noches sin dormir, su cara empezó a adquirir un aspecto gris y poco saludable. Temprano, cada mañana, se sentaba pesadamente en su silla, agitando la cabeza como un hombre que no podía creer las tormentas que había vivido. Cuando estaba así, temía hablarle. Todo lo que él decía era triste y catastrófico. La mayor parte del tiempo, esto significaba que estaba pensando en trasladarse de nuevo.

Lo que me asustaba en lo más profundo del corazón era que pensara en mudarse sin nosotros. Aunque a veces me asustaba, quería a mi padre y anhelaba ver dedicada a mí una de sus raras sonrisas.

—Cuando la suerte te da la espalda —decía—, no hay nada más que hacer que cambiarla. Una rama que no se dobla, se rompe.

—Madre parece estar cada vez más delgada en lugar de más fuerte, Padre —susurré al servirle una taza de café una mañana temprano—. Y no quiere ir a ver al médico.

—Ya lo sé. —Agitó la cabeza.

Aspiré profundamente e hice una sugerencia que sabía que él no iba a querer aceptar.

—Quizá debiéramos vendernos las perlas, Padre.

Nuestra familia poseía una sola cosa de valor, una cosa que jamás se había utilizado como ayuda en los momentos difíciles. Un collar de perlas, de un blanco cremoso que me cortó la respiración la única vez que se me permitió tenerlas en las manos. Padre y Madre las consideraban sagradas. Jimmy se preguntaba, como yo, por qué nos aferrábamos a ellas tan tenazmente.

—El dinero que nos proporcionarían le daría a Madre la posibilidad de recuperarse totalmente —terminé diciendo débilmente.

Padre me lanzó una rápida mirada y negó con la cabeza.

—Tu madre prefiere morirse antes que vender esas perlas. Es todo lo que tenemos que nos liga, que te liga, a la familia.

Qué confuso era todo esto para mí. Ni Madre ni Padre deseaban regresar a sus granjas familiares en Georgia para visitar a sus parientes, y sin embargo las perlas, porque eran todo lo que le recordaba su familia a Madre, eran tratadas como un objeto religioso. Se guardaban escondidas en el fondo de un cajón de la cómoda. Yo

no recordaba que Madre las hubiese usado una sola vez.

Después de que Padre se fue, yo iba a volver a dormirme, pero cambié de idea pensando que eso sólo me haría sentir más cansada. Así pues, comencé a vestirme. Pensaba que Jimmy estaba profundamente dormido. El y yo compartíamos una vieja cómoda que Padre había comprado en una subasta en el campo. Estaba de su lado del sofá-cama. Me acerqué de puntillas y me quité el camisón. Después tiré de mi cajón con suavidad, buscando mi ropa interior a la tenue luz que se derramaba de la bombilla de la estufa, cuando la puerta de ésta quedaba abierta. Yo permanecía allí desnuda, tratando de decidir qué ponerme, que fuese lo bastante abrigado para lo que parecía que iba a ser otro día de frío glacial, cuando volviéndome ligeramente y con el rabillo del ojo, pesqué a Jimmy contemplándome.

Sabía que debía haberme cubierto rápidamente, pero él no notó que yo me había girado un poco y no pude menos de sentirme intrigada por el modo en que me estaba mirando. Su mirada recorría mi cuerpo de arriba y abajo, absorbiéndome lentamente. Levantó la mirada un poco más y me encontró observándole. Se acostó de espaldas rápidamente y fijó sus ojos en el techo. Rápidamente puse mi camisón sobre mi cuerpo, saqué lo que quería ponerme y atravesé la habitación a toda velocidad, metiéndome en el cuarto de baño para vestirme. No hablamos sobre ello, pero no podía sacar de mi mente la mirada de sus ojos.

En enero, Madre, que aún estaba delgada y débil, consiguió un empleo por horas, limpiando todos los viernes en casa de Mrs. Anderson. Los Anderson eran dueños de un pequeño colmado, a dos calles de distancia. Ocasionalmente, Mrs. Anderson le daba a Madre un buen pollo o un pequeño pavo. Un viernes por la tarde, Padre nos sorprendió a Jimmy y a mí al regresar mucho más temprano del trabajo.

—El viejo Stratton se vende el garaje —anunció—. El negocio está decayendo terriblemente con esos dos garajes que están edificando más grandes y más modernos a sólo unas pocas calles de distancia. La gente que compra el garaje no piensa conservarlo como tal. Quieren la propiedad para construir pisos.

«Ya empezamos otra vez —pensé—. Padre pierde el empleo y tenemos que trasladarnos». Cuando le conté a una de mis amigas, Patty Buttler, sobre nuestras muchas mudanzas, dijo que le parecía que sería divertido ir de un colegio a otro.

—No es divertido —le dije—. Siempre te sientes como si tuvieses la cara manchada de tomate o un gran lunar en la punta de la nariz el primer día que entras en una nueva clase. Todos los niños se vuelven a mirarte y mirarte, observando todos tus movimientos y escuchando tu voz. Una vez tuve una maestra que se molestó tanto porque había interrumpido su clase, que me hizo permanecer de pie delante de todos hasta que terminó la lección. Y todo el tiempo, los otros estudiantes no hacían más que mirarme desorbitadamente. Yo no sabía hacia dónde mirar. Fue tan embarazoso —le expliqué, pero sabía que Patty no comprendería lo verdaderamente duro que era

entrar en un colegio nuevo y enfrentarte a caras nuevas tan a menudo. Ella había vivido en Richmond toda su vida. Yo ni siquiera podía imaginarme cómo podía ser eso: vivir en la misma casa y tener tu propia habitación desde que podías recordar, tener cerca parientes para consolarte y quererte, conocer a tus vecinos desde siempre y sentirte tan cercana a ellos que eran como de la familia. Me abracé a mí misma y deseé con todo mi corazón que un día pudiese vivir así. Pero sabía que eso nunca sucedería. Yo siempre sería una extraña.

Ahora Jimmy y yo nos miramos y nos volvimos hacia Padre, esperando que nos dijese que teníamos que empezar a hacer las maletas. Pero en lugar de tener un aspecto amargado, repentinamente, sonrió.

—¿Dónde está vuestra madre? —preguntó.

—No ha regresado aún del trabajo, Padre —contesté.

—Bueno, hoy es el último día que va a trabajar en casa de otra gente —comentó. Miró el apartamento y asintió—. La última vez —repitió.

Miré rápidamente a Jimmy, que estaba tan asombrado como yo.

—¿Por qué?

—¿Qué sucede? —preguntó Jimmy.

—Tengo desde hoy un nuevo y mucho, mucho mejor empleo —dijo Padre.

—¿Vamos a quedarnos aquí, Padre? —pregunté.

—Sí. Y eso no es lo mejor. Vosotros vais a ir a uno de los mejores colegios del Sur y no nos va a costar nada —declaró él.

—¿Costamos? —preguntó Jimmy con la expresión de la cara confusa—. ¿Por qué había de costarnos ir al colegio? Nunca nos ha costado nada antes, ¿verdad?

—No, hijo, pero eso es porque tú y tu hermana habéis estado asistiendo a escuelas públicas, pero ahora vais a ir a una escuela privada.

—¡Una escuela privada! —exclamé. No estaba muy segura, pero me parecía que eso significaba niños muy ricos cuyas familias tenían nombres ilustres y cuyos padres eran dueños de grandes posesiones con estupendas mansiones y ejércitos de sirvientes y cuyas madres eran las damas de sociedad, que salían retratadas en los bailes de caridad. Mi corazón empezó a latir fuertemente. Me sentí excitada pero también asustada por la idea. Cuando miré a Jimmy, vi que sus ojos se habían vuelto profundos y oscuros y llenos de sombras.

—¿Nosotros? ¿Ir nosotros a un colegio elegante en Richmond? —preguntó.

—Eso es, hijo. Vais a obtener esa educación gratis.

—Bien, ¿y por qué, Padre? —pregunté.

—Voy a ser el supervisor de mantenimiento allí y la educación gratis para mis hijos viene con el empleo —dijo orgullosamente.

—¿Cómo se llama el colegio? —pregunté yo, con el corazón aún latiéndome fuertemente.

—Emerson Peabody —respondió.

—¿Emerson Peabody? —Jimmy retorció la boca como si hubiera mordido una manzana amarga—. ¿Qué clase de nombre es ése para un colegio? No pienso ir a ningún colegio que se llame Emerson Peabody —dijo Jimmy, moviendo la cabeza y retrocediendo hacia el sofá—. Lo que no necesito es estar alrededor de un montón de malcriados niños ricos —añadió, dejándose caer pesadamente otra vez y cruzando los brazos sobre su pecho.

—Espera un momento, Jimmy. Vas a ir al colegio donde yo te diga. Esto es una verdadera oportunidad, algo muy caro de gratis.

—No me importa —contestó Jimmy desafiante, con los ojos relampagueantes.

—¿No te importa? Bien, pues irás. —Los ojos de Padre también lanzaban relámpagos y podía ver que estaba controlando su genio—. Os guste o no, ambos vais a recibir la mejor educación y todo, de gratis —repitió.

En ese momento, oímos la puerta exterior abriéndose y a Madre iniciando el camino por el corredor. Por el sonido de sus lentos y pesados pasos, supe que estaba exhausta. Una sensación de frío temor se apoderó de mi corazón cuando la oí hacer una pausa y tener uno de sus accesos de tos. Corrí hacia la entrada y la vi apoyándose contra la pared.

—¡Madre! —grité.

—Estoy bien, estoy bien —me tranquilizó Madre extendiendo una mano hacia mí—. Sólo un poco de ahogo durante un momento —explicó.

—¿Estás segura de que estás bien, Sally Jean? —le preguntó Padre, su cara con una expresión de absoluta preocupación.

—Estoy bien, estoy bien. No había mucho trabajo. Mrs. Anderson tuvo la visita de un grupo de amigas mayores, eso es todo. No ensuciaron casi nada. ¿Y bien? —dijo, viéndonos a todos a su alrededor contemplándola—. ¿Por qué estáis todos ahí de pie con ese aspecto?

—Tengo noticias, Sally Jean —sonrió Padre.

Los ojos de Madre comenzaron a iluminarse.

—¿Qué clase de noticias?

—Un nuevo empleo —contestó él y se lo explicó todo.

Ella tuvo que sentarse en una silla de la cocina para recuperar el resuello, pero esta vez era por la excitación.

—¡Ay! Niños —exclamó—. ¿No os parece fantástico? Es el mejor regalo que podían hacernos.

—Sí, Madre —le contesté, pero Jimmy se quedó mirando al suelo.

—¿Por qué está Jimmy de tan mal humor? —preguntó Madre.

—No quiere ir al Emerson Peabody —le expliqué.

—¡No es sitio para nosotros, Madre! —exclamó Jimmy. Repentinamente me sentí

tan furiosa con Jimmy, que hubiese querido darle gritos o pegarle. Madre había estado tan feliz que por unos instantes había parecido la de antes y ahora estaba de nuevo triste. Creo que él se dio cuenta porque respirando profundamente, suspiró.

—Pero supongo que no importa a qué colegio vaya.

—No te hagas de menos, Jimmy. Todavía les vas a enseñar algunas cosas a esos chicos ricos.

Esa noche me costó dormirme. Estuve mirando en la oscuridad hasta que mis ojos se adaptaron y pude distinguir vagamente la cara de Jimmy: con su boca dura, generalmente orgullosa y la expresión de sus ojos, se habían suavizado, ahora que estaban ocultos por la oscuridad.

—No te preocupes por los chicos ricos, Jimmy —murmuré, sabiendo que estaba despierto a mi lado—. El que sean ricos no quiere decir que sean mejores que nosotros.

—Nunca he dicho eso —aclaró—. Pero conozco a los chicos ricos. Se creen que por ser ricos son mejores.

—¿No crees que habrá por lo menos unos pocos con los que podamos hacer amistad? —pregunté, con mis temores finalmente estallando a la par que los de él.

—Seguro. Todos los estudiantes del Emerson Peabody están deseando hacerse amigos de los chicos Longchamp.

Sabía que Jimmy debía sentirse muy preocupado porque, normalmente, trataba de protegerme de mis propias preocupaciones.

En lo más profundo de mí, deseé y esperé que Padre no estuviera tratando de ir demasiado lejos ni demasiado bruscamente.

Poco más de una semana después, Jimmy y yo teníamos que empezar las clases en nuestro nuevo colegio. La noche antes, escogí el mejor vestido que tenía: un traje de algodón azul turquesa con mangas tres cuartos. Estaba un poco arrugado, de manera que lo planché y traté de quitarle una mancha que nunca había visto en el cuello.

—¿Por qué te preocupas tanto de lo que te vas a poner? —preguntó Jimmy—. Yo voy a usar mi mono y mi camiseta blanca, como siempre.

—Oh, Jimmy —suplicué—. Sólo por el día de mañana, ponte los pantalones buenos y la camisa de vestir.

—No voy a hacer nada especial por nadie.

—No es hacer nada especial el tratar de ir bien arreglado el primer día que vas a un colegio, Jimmy. ¿Lo podrías hacer sólo por esta vez? ¿Por Padre? ¿Por mí? —añadí.

—Sólo es una pérdida de tiempo —dijo, pero supe que lo haría.

Como de costumbre, estaba tan nerviosa por ir a un colegio nuevo y por conocer a nuevos amigos, que me costó muchísimo dormir y lo pasé peor al despertarme

temprano. Jimmy odiaba levantarse temprano y ahora se tenía que levantar y arreglar mucho antes porque el colegio estaba en otra parte de la ciudad y teníamos que ir con Padre. Era todavía oscuro cuando me levanté de la cama. Por supuesto, Jimmy sólo se quejó y se puso la almohada sobre la cabeza cuando le di unos golpecitos en el hombro y encendí las luces.

—Vamos, Jimmy. No lo hagas más difícil de lo que es —le urgí. Yo pasé por el cuarto de baño y estaba haciendo el café antes de que Padre saliera de su dormitorio. Fue el siguiente en arreglarse y entonces los dos importunamos a Jimmy hasta que se levantó pareciendo un sonámbulo y se abrió paso hasta el cuarto de baño.

Cuando nos marchamos para el colegio, la ciudad tenía un aspecto pacífico. El sol acababa de salir y algunos de sus rayos se reflejaban en los escaparates de las tiendas. Pronto estuvimos en un barrio mucho mejor de Richmond. Las casas eran más grandes y las calles estaban más limpias. Padre hizo unos cuantos giros y de repente la ciudad pareció desaparecer completamente. Íbamos por un camino de campo con granjas y pastos. Y entonces, como por arte de magia, apareció Emerson Peabody ante nosotros.

No parecía un colegio. No estaba construido de fríos ladrillos ni el cemento estaba pintado de un feo naranja o amarillo. En su lugar, había una estructura alta y blanca que me recordaba a uno de los museos de Washington D. C. Tenía una gran extensión de terreno alrededor con setos marcando el camino y árboles por todos lados. Vi un pequeño estanque hacia la derecha. Pero era el edificio mismo lo que más impresionaba.

La entrada principal parecía la de una gran mansión. Tenía largos y anchos escalones que conducían a las columnas y al pórtico, sobre el que estaban grabadas las palabras *Emerson Peabody*. Aunque había un espacio para aparcar en el frente, Padre condujo hacia la parte trasera del edificio, donde aparcaban los empleados.

Cuando doblamos la esquina, vimos los campos de deportes: un campo de fútbol, de béisbol, pistas de tenis y una piscina de tamaño olímpico. Jimmy silbó entre los dientes.

—¿Esto es un colegio o un hotel? —preguntó.

Padre aparcó en su plaza de aparcamiento y apagó el motor. Se volvió hacia nosotros, con la cara sombría.

—El director es una señora —dijo—. Se llama Mrs. Turnbell y quiere conocer y hablar con todos los alumnos nuevos que vienen aquí. Ella también llega temprano y os está esperando en su oficina.

—¿Cómo es, Padre? —pregunté.

—Bien, tiene los ojos verdes como pepinos que te clava cuando te habla. Mide un metro y medio, yo diría, pero es dura, dura como la carne de oso cruda. Es una de ésas que tienen sangre azul cuya familia se remonta a la Guerra de Independencia.

Tengo que acompañaros arriba antes de empezar a trabajar —indicó Padre.

Seguimos a Padre a través de la entrada trasera que nos condujo a una pequeña escalera que llevaba al corredor principal del colegio. Los corredores estaban immaculados. Ni una línea de graffitis en las paredes. La luz del sol penetraba a través de una ventana en la esquina haciendo brillar el suelo.

—Limpio y reluciente, ¿verdad? —comentó Padre—. Ésa es mi responsabilidad —añadió orgullosamente.

Mientras caminábamos por el corredor, contemplamos las clases. Eran mucho más pequeñas que las que habíamos visto, pero los pupitres se veían grandes y nuevos. En una de las habitaciones, vi una mujer joven de pelo castaño oscuro que preparaba algo en la pizarra para su clase que pronto llegaría. Al pasar por delante, nos miró y nos sonrió.

Padre se detuvo frente a una puerta con un letrero que tenía escrita la palabra Director. Rápidamente se alisó los lados del pelo con las palmas de sus manos y abrió la puerta. Entramos a una agradable oficina externa que tenía un pequeño mostrador mirando hacia la puerta. Había un pequeño sofá de cuero negro a la derecha y una pequeña mesa de madera delante de éste, con un montón de revistas apiladas ordenadamente. Pensé que parecía mucho más la antesala de un médico que la de un director de un colegio. Apareció una mujer alta y delgada, con gafas del mayor grosor. Su apagado cabello castaño claro estaba cortado justo debajo de sus orejas.

—Mr. Longchamp, Mrs. Turnbell ha estado esperando —dijo.

Sin el menor gesto amistoso, la mujer alta abrió la puerta del mostrador y se echó atrás para permitirnos pasar hacia la segunda puerta, la oficina interior de Mrs. Turnbell. Llamó suavemente a la puerta y la abrió sólo lo suficiente para asomarse.

—Los niños Longchamp están aquí, Mrs. Turnbell —indicó.

Oímos una voz delgada y aguda que decía:

—Hágalos pasar.

La mujer alta se apartó y entramos detrás de Padre. Mrs. Turnbell, que llevaba un traje chaqueta azul oscuro y una blusa blanca, se levantó detrás de su mesa. Tenía el pelo blanquiazul sujeto en un apretado moño detrás de la cabeza, con los mechones de los lados tan apretados que le estiraban los ojos, que eran de un color verde penetrante, como había dicho Padre. No llevaba nada de maquillaje, ni siquiera una sombra de pintura de labios. Tenía el cutis aún más claro que el mío, con la piel tan delgada, que podía ver las diminutas venitas que se entrecruzaban en sus sienes.

—Éstos son mis hijos, Mrs. Turnbell —le indicó Padre.

—Me lo imagino, Mr. Longchamp. Llegan con retraso. Usted sabe que los otros niños llegarán en breve.

—Bien, hemos llegado tan pronto como pudimos, señora. Yo...

—No importa. Siéntense, por favor —nos dijo indicando las sillas delante de su

mesa. Padre permaneció un poco apartado, cruzando los brazos sobre su pecho. Cuando le miré, vi una fría intensidad en sus ojos. Estaba conteniendo su genio.

—¿Debo quedarme? —preguntó.

—Por supuesto, Mr. Longchamp. Me gusta que los padres estén presentes cuando explico a los estudiantes la filosofía del colegio Emerson Peabody, de manera que todo el mundo comprenda bien. Esperaba que su madre hubiera podido venir también —nos dijo.

Jimmy le devolvió la mirada. Podía sentir la tensión en su cuerpo.

—Madre no se siente lo bastante bien todavía, señora —dije—. Y tenemos una hermana pequeña de la que se tiene que ocupar.

—Sí. Aunque así sea —dijo Mrs. Turnbull y se sentó—, espero que le transmitan todo lo que les digo igualmente. Entonces —dijo contemplando alguno de los papeles que tenía en su mesa. Todo en la mesa estaba ordenado—, ¿su nombre es Dawn?

—Sí, señora.

—Dawn —repitió y moviendo la cabeza miró a Padre—. ¿Es ése el nombre de pila completo de la niña?

—Sí, señora.

—Muy bien y ¿usted es James?

—Jimmy —la corrigió Jimmy.

—No utilizamos apodos aquí, James. —Cruzó las manos y se inclinó hacia nosotros, fijando la mirada en Jimmy—. Este tipo de cosas puede haber sido tolerado en otros colegios a los que han asistido, colegios públicos —dijo, haciendo sonar la palabra *público* como si fuera un taco—, pero ésta es una escuela especial. Nuestros estudiantes forman parte de las mejores familias del Sur, hijos e hijas de gente con patrimonio y posición. Los nombres son respetados. Los nombres son importantes, tan importantes como cualquier otra cosa.

»Voy a ir directa al grano. Sé que ustedes no han tenido la misma educación y ventajas que el resto de nuestros alumnos. Y me imagino que les tomará un poco más de tiempo el adaptarse. Sin embargo, espero que dentro de muy poco, ustedes dos, se adaptarán y se comportarán, como se supone que han de comportarse unos alumnos del Emerson Peabody.

»Se dirigirán a sus maestros llamándoles señor o señora. Vendrán ustedes al colegio correctamente vestidos y limpios. Nunca discutan una orden. Aquí tengo una copia de nuestro reglamento y espero que ambos lo lean y se lo aprendan de memoria.

Se volvió hacia Jimmy.

—No toleramos lenguaje soez, peleas o faltas de respeto en cualquier forma o estilo. Esperamos que los alumnos se traten unos a otros con respeto igualmente. Nos desagrada la falta de puntualidad y la pérdida de tiempo y no estamos dispuestos a

soportar ningún tipo de vandalismo cuando se trata de nuestro hermoso edificio.

»Pronto se darán ustedes cuenta de lo muy especial que es el Emerson Peabody y verán lo afortunados que son de estar aquí. Y con esto llego a mi punto final: en cierto sentido son ustedes dos huéspedes. El resto del alumnado paga una enorme mensualidad para poder asistir al Emerson Peabody. La Junta de Regentes ha hecho posible que ustedes dos asistan, gracias a su padre. Por lo tanto tienen ustedes una especial responsabilidad de comportarse correctamente y ser un prestigio para nuestro colegio. ¿Me han comprendido?

—Sí, señora —contesté rápidamente. Jimmy la miró desafiante. Contuve la respiración, deseando que no dijese nada desagradable.

—¿James?

—He comprendido —contestó él en tono sombrío.

—Muy bien —contestó ella y se apoyó en el respaldo—. Mr. Longchamp, puede usted continuar con sus deberes. Ustedes dos irán a ver a Miss Jackson que les proveerá con los programas de sus clases y les asignará un taquillera a cada uno. — Se puso en pie abruptamente y Jimmy y yo hicimos lo mismo. Nos miró un momento más y después asintió. Padre salió el primero.

—James —llamó en el momento en que llegábamos a la puerta. Él y yo regresamos—Sería agradable si se limpiara los zapatos. Acuérdesse que a menudo se nos juzga por nuestra apariencia. —Jimmy no contestó. Salió delante de mí.

—Yo trataré de que lo haga, señora —dije. Ella asintió y yo cerré la puerta detrás de mí.

—Tengo que irme a trabajar —dijo Padre y entonces dejó la oficina rápidamente.

—Bien —comentó Jimmy—. Bienvenidos al Emerson Peabody. ¿Aún crees que va a ser «miel sobre hojuelas»?

Tragué con fuerza. Me latía el corazón.

—Apuesto que es igual con todos los alumnos nuevos, Jimmy.

—¿Jimmy? ¿No oíste bien? Soy James —dijo con un acento afectado. Entonces movió la cabeza—. ¡La que nos espera!

## SIEMPRE UNA EXTRAÑA

El primer día en un colegio nuevo nunca era fácil, pero Mrs. Turnbell nos lo había hecho aún más difícil. No podía dejar de temblar mientras Jimmy y yo salíamos del despacho de la Directora con nuestros programas. En algunos colegios, el Director nombraba a alguien para hacer de hermano y hermana mayor y ayudarnos en los comienzos, pero aquí, en el Emerson Peabody, nos lanzaron para aprender a nadar o hundimos solos.

No habíamos atravesado más de la mitad del pasillo principal cuando las puertas empezaron a abrirse y los alumnos empezaron a entrar. Venían riendo y charlando, actuando como tantos otros estudiantes que habíamos visto, sólo que ¡qué bien vestidos iban!

Todas las chicas llevaban bellos abrigos de invierno de aspecto caro, hechos de la lana más suave que había visto en mi vida. Algunos de los abrigos tenían hasta cuellos de piel. Todos los chicos llevaban chaquetas azul marino y corbatas y pantalones color caqui y las chicas llevaban bonitos vestidos o faldas y blusas. La ropa de todos parecía nueva. Todos iban vestidos como si éste también fuese su primer día de clase, sólo que no lo era. ¡Llevaban su ropa normal de ir al colegio!

Jimmy y yo nos detuvimos y nos quedamos mirándolos, y cuando los alumnos nos vieron, también nos observaron, algunos con mucha curiosidad, otros mirando y entonces riéndose con los otros. Se movían en pequeños grupos de amigos. La mayor parte había venido al colegio en los brillantes y limpios autobuses amarillos, pero pudimos ver al mirar por las puertas que se abrían, que algunos de los alumnos mayores habían venido al colegio conduciendo sus propios elegantes coches.

Nadie vino a presentarse. Cuando se acercaban, pasaban por uno u otro lado, apartándose de nosotros, como si tuviésemos algo contagioso. Traté de sonreír a una u otra chica, pero ninguna realmente me devolvió la sonrisa. Jimmy simplemente echaba fuego por los ojos. Pronto estuvimos en el centro de una mezcla de risas y ruido.

Miré los papeles que nos indicaban las horas de los períodos de clases y me di cuenta de que teníamos que ponernos en marcha si queríamos llegar puntuales en nuestro primer día de colegio. En efecto, cuando llegamos a nuestros casilleros y los abrimos para colgar nuestros abrigos, la campana sonó para avisar que todos debían ir a sus aulas principales.

—Buena suerte, Jimmy —le deseé cuando le dejé al principio del corredor.

—La voy a necesitar —replicó y se alejó despacio.

El aula principal del colegio Emerson Peabody era igual que en cualquier otro colegio. Mi profesor tutor, Mr. Wengrow, era un hombre bajito y regordete, con el pelo rizado que sostenía una regla en la mano como un látigo y golpeaba con ella su mesa cada vez que la voz de alguien subía más allá de un susurro o siempre que tenía que decir algo. Todos los alumnos le miraban atentamente, con las manos cruzadas sobre los pupitres. Cuando entré, todas las cabezas se volvieron en mi dirección. Me sentí como si fuera un imán y sus cabezas y cuerpos estuvieran hechos de hierro. Mr. Wengrow tomó mi programa. Lo leyó, apretó los labios e incluyó mi nombre en su lista. Entonces dio un golpecito con su regla.

—Chicos y chicas, quiero presentarles una nueva alumna. Se llama Dawn Longchamp. Dawn, soy Mr. Wengrow. Bienvenida a la clase 1OY y al Colegio Emerson Peabody. Te puedes sentar en el último asiento de la segunda fila. Y Michael Standard, asegúrate de que tus pies no están en su silla —avisó.

Los alumnos miraron a Michael, un chico pequeño con pelo castaño oscuro y una sonrisa traviesa. Hubo risitas mientras se enderezaba en su asiento. Le di las gracias a Mr. Wengrow y caminé hasta sentarme en mi pupitre. Todos los ojos estaban aún fijos en mí. Una chica que llevaba gafas gruesas de montura azul, a mi lado, me ofreció una sonrisa de bienvenida. Yo le sonreí. Tenía el pelo rojo vivo, atado en una cola que le colgaba sin gracia por la espalda. Vi que tenía brazos largos, delgados y pálidos y unas piernas delgadas y pálidas que estaban cubiertas de pecas. Me acordé de Madre cuando me contaba lo torpe y desgarbada que había sido a mi edad.

Oí la megafonía ponerse en marcha. Mr. Wengrow se puso en posición de firmes y miró alrededor de la habitación para asegurarse de que todo el mundo estaba atento. Entonces se oyó la voz de Mrs. Turnbell que ordenó a todo el mundo ponerse de pie para recitar el «Juramento a la Bandera», y después dio los avisos del día. Cuando terminó y quedó cerrada la megafonía, se nos permitió sentarnos, pero casi tan pronto como lo habíamos hecho, la campana sonó para comenzar el primer período de clase.

—Hola —me dijo la chica de la cola roja—. Soy Louise Williams. —Cuando se puso de pie a mi lado me di cuenta de lo alta que era. Tenía la nariz larga y huesuda y los labios delgados, pero sus ojos tímidos eran más calurosos que los de cualquier otra persona que hubiera visto hasta ahora en este colegio—. ¿Qué asignatura tienes primero? —me preguntó.

—Educación Física —contesté.

—¿Mrs. Allen?

Consulté mi programa.

—Sí.

—Muy bien. Estás en mi clase. Déjame ver tu programa —agregó casi arrancándomelo de la mano—. Oh, estás en muchas de mis clases. Tendrás que contarme sobre ti y sobre tus padres y dónde vives. ¡Qué vestido tan bonito! Debe de

ser tu favorito porque parece como gastado. ¿A qué colegio ibas antes? ¿Ya conoces a alguien aquí? —Me disparaba una pregunta tras otra, aun antes de que hubiésemos llegado a la puerta. Yo simplemente moví la cabeza y sonreí.

—Vamos —dijo Louise, dándome prisa.

Por la forma en que las otras chicas ignoraban a Louise mientras pasábamos por el corredor hacia nuestra primera clase, me di cuenta de que no era muy popular. Siempre era difícil en un colegio nuevo romper el hielo, pero generalmente se podían encontrar fisuras. Aquí, el hielo a mi alrededor parecía sólido, excepto por Louise que no dejó de hablar desde el aula principal hasta nuestra primera clase.

Cuando llegamos al gimnasio ya sabía que tenía muy buenas notas en matemáticas y ciencias y sólo medianas en historia y lengua. Su papá era abogado en un bufete de la familia que existía desde hacía años y años y tenía dos hermanos y una hermana que aún estaban en primaria.

—La oficina de Mrs. Allen está allí —dijo Louise señalando—. Ella te asignará un casillero y te dará un equipo de gimnasia y una toalla para la ducha. —Dicho esto, fue a cambiarse apresuradamente.

Mrs. Allen era una mujer alta, como de cuarenta años.

—Todas las chicas deben ducharse después de clase —insistió al entregarme una toalla—. Vamos —me dijo. Tenía un aspecto severo mientras caminábamos hacia los casilleros.

El ruido de las charlas se apagó cuando entramos y todas las chicas miraron hacia nosotros. Era una clase mixta con chicas de tres cursos distintos. Louise ya tenía puesto su uniforme.

—Chicas, quiero que conozcáis a una nueva alumna, Dawn Longchamp. Veamos —dijo Mrs. Allen—, tu taquillero está aquí —señaló al otro lado de la habitación—, al lado de Clara Sue Cutler.

Miré a la chica rubia de cara y figura gordita que era el centro de un pequeño grupo. Ninguna se había puesto aun el uniforme. Mrs. Allen entrecerró los ojos mientras me hacía atravesar la habitación de los casilleros.

—¿Por qué se están demorando tanto, chicas? —preguntó y entonces olisqueó el aire—. Huelo humo. ¿Han estado ustedes fumando? —inquirió con las manos apoyadas en las caderas. Todas se miraron unas a otras con preocupación. Entonces vi un poco de humo que salía de un casillero.

—No se trata de un cigarrillo, Mrs. Allen —expliqué—. Mire.

Mrs. Allen miró bizqueando y se acercó rápidamente al casillero.

—Clara Sue, abre este casillero inmediatamente —exigió.

La chica gordita se acercó lentamente e hizo funcionar la combinación de apertura. Cuando lo abrió, Mrs. Allen la obligó a retirarse hacia atrás. Había un cigarrillo encendido ardiendo sobre el estante.

—No sé cómo pudo llegar eso ahí —dijo Clara Sue, abriendo mucho los ojos con lo que era, indudablemente, un falso asombro.

—¿De modo que no lo sabes?

—Yo no lo estoy fumando. No puede usted decir que estoy fumando —protestó Clara Sue con altivez.

Mrs. Allen sacó del casillero el cigarrillo aún ardiendo, sujetándolo con el índice y el pulgar, como si fuese un cilindro lleno de contaminación.

—Miren, chicas —comentó—. Un cigarrillo que se fuma solo.

Hubo algunas risitas. Clara Sue tenía aspecto de estar muy incómoda.

—Basta ya. Todo el mundo a vestirse rápidamente. Miss Cutler, usted y yo hablaremos de esto más tarde —ordenó y dando la vuelta abandonó el casillero. En cuanto se fue, Clara Sue vino hacia mí, con la cara roja e hinchada de ira.

—¡Estúpida idiota! —gritó—. ¿Por qué se lo dijiste?

—Creí que había fuego —expliqué.

—¡Demonios! ¿Quién te crees que eres? ¿Alicia en el País de las Maravillas? Ahora me has metido en un lío.

—Lo siento, yo...

Miré a mí alrededor. Todas me miraban furiosas.

—No era ésa mi intención. De veras. Pensé que estaba ayudándote.

—¿Ayudando? —movió la cabeza—. Me has ayudado a meterme en un lío, eso es lo que has hecho.

Todas las demás asintieron y el grupo se dispersó para terminar de vestirse. Miré hacia Louise pero hasta ella me dio la espalda. Después en el gimnasio, todas las chicas estuvieron muy desdeñosas. Cada vez que tenía ocasión, Clara Sue me lanzaba una mirada de odio. Traté nuevamente de darle una explicación pero no le interesó.

Cuando Mrs. Allen tocó el silbato para señalar el final de la clase y enviarnos a las duchas, traté de que Louise me atendiese.

—La has metido en un lío —fue todo lo que me dijo. Hacía apenas una hora que me encontraba en el nuevo colegio y ya me había creado enemigos cuando lo único que quería era hacerme nuevas amigas. Tan pronto como vi a Clara Sue, me disculpé de nuevo tan sinceramente como me fue posible.

—No tiene importancia —contestó Clara Sue de repente—. No debí de haberte culpado. Tuve un ataque de ira. En realidad fue culpa mía.

—De veras que no hubiese llamado la atención sobre el humo si hubiera pensado que estabas fumando. No soy una acusica.

—Te creo. Chicas —agregó dirigiéndose a las que estaban más cerca—, no debemos culpar a Dawn. ¿Verdad que ése es tu nombre? ¿Dawn?

—Ajá.

—¿Tienes hermanos o hermanas?

—Un hermano —contesté rápidamente.

—¿Cómo se llama? ¿Afternoon?<sup>[1]</sup> —preguntó una chica alta y guapa, de pelo oscuro. Todo el mundo se echó a reír.

—Tenemos que ponemos en marcha o llegaremos tarde a nuestra próxima clase —anunció Clara Sue. Era fácil ver que muchas de las alumnas la consideraban como una líder. Me era difícil creer que había tenido la mala suerte de empezar la escuela metiéndola en un lío. «Esa chica, de entre todas con las que podía haber tenido el problema», pensé. Y di un suspiro de alivio agradecida por su perdón. Me quité el uniforme de gimnasia rápidamente y seguí a las demás a las duchas. Eran unas duchas bonitas, con compartimentos muy limpios y cortinas con un estampado de flores y además el agua estaba caliente.

—Más vale que se den prisa —oí llamar a Mrs. Allen.

Salí de la ducha y me sequé tan de prisa como pude.

Me envolví en la toalla y corrí hacia mi casillero. Estaba abierto de par en par. ¿Es que me había olvidado de cerrarlo?, me pregunté. Descubrí la respuesta muy rápidamente. Excepto mis zapatos, toda mi ropa había desaparecido.

—¿Dónde está mi ropa? —pregunté en voz alta. Di media vuelta. Todas las chicas me miraban riéndose. Clara Sue, delante del lavabo, se estaba cepillando el pelo—. Por favor, esto no tiene gracia. Es la mejor ropa que tengo.

Eso hizo reír a todo el mundo. Miré hacia Louise pero ésta dio media vuelta rápidamente, cerró de golpe su casillero y se apresuró a salir. Pronto, se fueron todas.

—¡Por favor! —grité—. ¿Quién sabe dónde está mi ropa?

—Se está lavando —contestó alguien que se alejaba.

—¿Lavándose? ¿Que quiere decir eso? ¿Lavándose?

Di una vuelta con el cuerpo aún envuelto en la toalla.

Me encontraba sola en el cuarto de casilleros. Los timbres estaban sonando. ¿Qué iba a hacer?

Empecé a buscar por todas partes, bajo los bancos, en los rincones, pero no encontré nada hasta que fui al cuarto de baño y registré los compartimentos.

—¡Oh, no! —exclamé. Habían tirado mis ropas al inodoro. Allí estaban mi bonito vestido, mi sostén y mis bragas. Hasta mis calcetines flotaban con papel higiénico mezclado como remate. Y el agua tenía algo de color. ¡Encima, alguien había orinado allí!

Me apoyé en la puerta del compartimiento y sollocé. ¿Qué iba a hacer?

—¿Quién está ahí? —oí preguntar a Mrs. Allen.

—Soy yo —contesté llorando. Entró en el cuarto de baño.

—Bueno, pero que estás...

Señalé el inodoro y ella se acercó al compartimiento a mirar.

—Oh, no... ¿Quién ha hecho esto?

—No lo sé, Mrs. Allen.

—No me cuesta nada adivinarlo —contestó ella severamente. Se quedó pensando un momento, moviendo la cabeza—. Saca la ropa de ahí y la echaremos a la lavadora y secadora con las toallas. Mientras tanto, tendrás que usar el uniforme de gimnasia.

—¿Para ir a las clases?

—No puedes hacer otra cosa, Dawn. Lo siento.

—Pero... todo el mundo se reirá de mí.

—Eso depende de ti. Perderás unas cuantas clases si esperas a que todo esté lavado y seco. Iré a ver a Mrs. Turnbull y le explicaré lo que ha sucedido.

Asentí y bajando la cabeza, derrotada, regresé al casillero a ponerme el uniforme de gimnasia.

A medida que iba pasando la mañana, encontré que la mayor parte de mis maestras, una vez que se enteraban de lo que había sucedido, eran bondadosas y me tenían simpatía, pero el resto de las alumnas lo encontraba muy gracioso y dondequiera que miraba encontraba sonrisitas o risas abiertas. Siempre era difícil enfrentarse a nuevos alumnos cuando iba a un colegio nuevo pero aquí, antes de haber tenido ocasión de conocer a alguien o de que alguien me conociese, me había convertido en el hazmerreír.

Cuando Jimmy me vio en el corredor y le conté lo que había sucedido, se indignó.

—¿Qué te dije sobre este sitio? —preguntó con una voz lo bastante alta como para ser oído por la mayor parte de los alumnos alrededor nuestro—. Me gustaría saber quién lo hizo, eso es todo. Me gustaría ponerle las manos encima.

—No tiene importancia, Jimmy —dije tratando de calmarlo—. No pasa nada. Después de la próxima clase mi ropa estará lavada y seca. —No mencioné que mi vestido quedaría tan arrugado que necesitaría plancha. No quería que se enfadase aún más.

Sonó el timbre de aviso para la próxima clase.

Jimmy frunció el ceño de tal modo que la mayoría de los alumnos que nos miraban volvieron la cabeza y se apresuraron a regresar a su clase.

—Estaré bien, Jimmy —insistí de nuevo antes de dirigirme a mi clase de Matemáticas.

—¡Me gustaría saber quién lo hizo! —me dijo mientras me alejaba—. Así podría retorcerle el cuello. —Habló lo bastante alto para que todos los que se hallaban en el corredor pudiesen oírlo.

Tan pronto como entré en la clase, el maestro me llamó a su mesa.

—Supongo que usted es Dawn Longchamp —me dijo.

—Sí, señor. —Miré a la clase y naturalmente todos los alumnos me estaban mirando con sonrisas en las caras.

—Bueno, ya nos conoceremos más tarde. Mrs. Turnbell desea verla inmediatamente —me informó.

—Aquí está la chica Longchamp —anunció la secretaria de Mrs. Turnbell al entrar yo en la antesala del despacho.

—Hágala pasar —oí que decía Mrs. Turnbell.

La secretaria dio un paso atrás y yo entré.

La mirada de Mrs. Turnbell era helada al ordenarme que explicase lo que había sucedido.

Sintiendo que el estómago me daba saltos y con la voz temblorosa, le expliqué cómo al salir de la ducha me había encontrado con mi ropa en el inodoro.

—¿Por qué iba nadie a hacerle eso a una chica nueva? —me preguntó.

No contesté. No quería tener más problemas con las otras chicas y sabía que eso era exactamente lo que iba a suceder si mencionaba el cigarrillo.

¡Pero ella ya lo sabía!

—No tiene que explicarlo. Mrs. Alien me dijo cómo había acusado a Clara Sue por fumar.

—Yo no la acusé. Vi el humo saliendo de aquel casillero y...

—Ahora, escúcheme —ordenó Mrs. Turnbell inclinándose sobre su escritorio, con su pálida cara poniéndosele primero rosada y después roja—. Los otros alumnos de esta escuela han sido educados en buenas casas y han aprendido anticipadamente a llevarse bien con la gente. Pero eso no significa que voy a permitir que usted y su hermano vengan aquí a descomponerlo todo. ¿Me comprende?

—Sí, señora —contesté ahogadamente por las lágrimas. Mrs. Turnbell me miró fríamente y movió la cabeza.

—Ir a clase con el uniforme de gimnasia —murmuró—. Salga de aquí ahora mismo y vaya directamente a la lavandería a esperar que su ropa esté lavada y seca.

—Sí, señora.

—Vamos. Vístase y vuelva a sus clases tan pronto como sea posible —ordenó agitando la mano.

Me apresuré a salir secándome las lágrimas mientras atravesaba el corredor y me precipité a bajar a la lavandería. Cuando me puse mi vestido de nuevo, estaba tan arrugado que parecía que había estado sentada encima. Pero no había nada más que pudiera hacer.

Apresuradamente fui a la clase de Lengua. Cuando entré, varios alumnos parecieron decepcionados al verme con mi ropa normal. Sólo Louise pareció aliviada. Cuando nuestras miradas se encontraron me sonrió y después miró rápidamente hacia otro lado.

Por el momento, al menos, mi martirio había terminado.

Después de la clase de Lengua, Louise me alcanzó en la puerta.

—¡Siento que te hayan hecho eso! —exclamó—. Sólo quería que supieras que yo no tuve parte en el asunto.

—Gracias.

—Debí de haberte advertido en seguida sobre Clara Sue. Por algún motivo, la mayor parte de las chicas hacen lo que les dice.

—Si fue ella quien hizo esto, fue muy bajo. Yo me había disculpado.

—Clara Sue siempre consigue lo que quiere —explicó Louise—. Quizá ya no te moleste más. Vamos, iré contigo a almorzar.

—Muchas gracias —le contesté. Unas cuantas de las otras alumnas me saludaron y me sonrieron, pero principalmente fue Louise la única tabla a la que asirme en aguas desconocidas.

La cafetería era lo más elegante que había visto nunca. Aquí los asientos y las mesas tenían un aspecto lujoso y confortable. Las paredes estaban pintadas de azul claro y el suelo de mosaico era de color hueso. Los alumnos cogían sus bandejas y cubiertos en una zona justo delante del mostrador de servicio y seguían hasta donde aguardaba el cajero.

Vi a Clara Sue Cutler sentada con algunas de las otras chicas de la clase de gimnasia. Todas se echaron a reír cuando me vieron.

—Vamos a sentarnos allí —indicó Louise señalando una mesa vacía lejos de ellas.

—Espera un momento —le dije y me dirigí a la mesa de Clara Sue. Todas las chicas se volvieron sorprendidas.

—Hola, Dawn —saludó Clara Sue con un gesto de gata que se ha comido un canario en su antipática cara—. ¿No debías de haber planchado eso?

Todo el mundo se echó a reír.

—No sé por qué me hiciste esto —disparé en respuesta con la voz dura y mirándolas fríamente—. Pero fue una cosa terrible hacer eso, especialmente a alguien que acaba de entrar en el colegio.

—¿Quién te dijo que lo hice 70? —preguntó.

—No me lo dijo nadie. Lo sé.

Las chicas se quedaron mirando. Los grandes ojos azules de Clara Sue se entrecerraron hasta convertirse en dos ranuras y después volvieron a agrandarse con aparente suavidad.

—Está bien, Dawn —contestó con voz de amnistía—. Creo que te hemos enseñado lo que es el Emerson Peabody. Estás perdonada —dijo con gesto de reina—. En realidad puedes sentarte aquí si quieres. Tú también, Louise —añadió.

—Gracias —acepté. Estaba decidida a solucionar problemas y a no estropear el pequeño y precioso colegio de Mrs. Turnbull. Louise y yo tomamos las dos sillas

desocupadas.

—Te presento a Linda Ann Brandise —indicó Clara Sue señalando a una chica más alta con suave pelo castaño y bellos ojos almendrados— y a Margaret Ann Stanton, Diane Elaine Wilson y Melisa Lee Norton.

Saludé a todas con la cabeza y me pregunté si yo era la única chica en el colegio que no tenía un sonoro tercer nombre.

—¿Acabas de venir a vivir aquí? —preguntó Clara Sue—. Sé que no eres interna.

—¿Interna?

—Las alumnas que se quedan a dormir —explicó Louise.

—Oh, no. Vivo en Richmond. ¿Eres interna, Louise?

—No, pero Linda y Clara Sue sí lo son. Voy a buscar mi comida —anunció Louise levantándose—. ¿Vienes, Dawn?

—Sólo necesito un botellín de leche —expliqué poniendo mi bolsa de comida sobre la mesa.

—¿Qué es eso? —preguntó Louise.

—Mi comida. Tengo un sándwich de mantequilla de cacahuete y confitura. —Abrí mi bolsa y saqué el dinero para la leche.

—¿Hiciste tu propia comida? —preguntó Clara Sue—, ¿por qué lo haces?

—Porque sale más barato.

Louise se quedó mirándome. Sus aguados ojos color azul pálido parpadeaban como si se tratase de entender.

—¿Por qué es más barato? ¿Para qué quieres ahorrar dinero? ¿Es que tus padres te han suspendido la mesada? —preguntó Linda.

—No tengo mesada. Madre me da dinero para la leche pero aparte de eso...

—¿Dinero para la leche? —Linda se echó a reír y miró a Clara Sue—. ¿A qué se dedica tu padre?

—Trabaja aquí. Es el supervisor de mantenimiento.

—¿Mantenimiento? —jadeó Linda—. ¿Quieres decir... que es un conserje? —Sus ojos se agrandaron cuando asentí.

—Ajá. Como trabaja aquí, mi hermano Jimmy y yo podemos asistir al Emerson Peabody.

Las chicas se miraron y de repente se echaron a reír.

—Un conserje —dijo Clara Sue como si no pudiese creerlo. Rieron de nuevo—. Creo que vamos a dejarles esta mesa a Louise y a Dawn —murmuró maullando.

Clara Sue levantó la bandeja y se puso de pie. Linda y las otras hicieron lo mismo y se alejaron.

—No sabía que tu padre era un conserje del colegio —comentó Louise.

—No me diste ocasión de decírtelo. Es supervisor porque es muy hábil para el arreglo y mantenimiento de toda clase de máquinas y motores —contesté

orgullosamente.

—Qué bien. —Miró a su alrededor y después deslizó las manos bajo sus libros y los retiró de la mesa—. Oh, acabo de acordarme. Tengo que hablar con Mary Jo Alcott. Estamos haciendo juntas un proyecto de ciencia. Te veré más tarde —dijo apresuradamente y atravesó la cafetería hacia otra mesa. Las chicas allí no parecieron muy contentas de recibirla pero se sentó de todos modos. Señaló hacia mí y todas se rieron.

Me estaban despreciando pues consideraban que yo era inferior a ellas porque Padre era el conserje. «Jimmy tenía razón», pensé. Los críos ricos eran malcriados y horrorosos. Les devolví la mirada con desafío aunque las lágrimas me quemaban como fuego bajo los párpados. Me levanté y caminé orgullosamente a la fila de la comida para buscar la leche.

Miré, buscando a Jimmy, esperando que hubiese tenido más suerte que yo y que a estas horas hubiese encontrado por lo menos un amigo pero no le vi por ninguna parte. Regresé a mi mesa y comencé a desenvolver la bolsa, cuando oí a alguien que decía:

—¿Hay algún sitio libre aquí?

Miré hacia arriba y me encontré con uno de los chicos más guapos que había visto. Su pelo era espeso y muy rubio. Se ondulaba lo suficiente para ser perfecto. Tenía los ojos azul cerúleo que le brillaban cuando reía. Su nariz era recta, ni demasiado larga, ni demasiado estrecha, ni demasiado ancha. Era un poquito más alto que Jimmy, pero tenía las espaldas más anchas y se mantenía muy recto, con un aspecto de seguridad en sí mismo. Cuando le miré más de cerca, vi que, como yo, tenía un pequeño parche de pecas bajo los ojos.

—Están todos libres —contesté.

—¿De veras? No veo por qué —dijo sentándose frente a mí. Extendió su mano—. Me llamo Philip Cutler —añadió.

—¿Cutler? —retiré mi mano rápidamente.

—¿Qué pasa? —Sus ojos azules brillaron malignamente—. ¿No me digas que una de esas chicas maliciosas ya te ha avisado en contra mía?

—No... —me giré y miré hacia la mesa de las chicas en donde estaba Clara Sue en el centro. Estaban todas mirando hacia nosotros.

—Yo... tu hermana...

—Ah, ella. ¿Qué ha hecho? —Su mirada se oscureció al mirar en su dirección. Vi cómo esto enfureció a Clara Sue.

—Ella... me responsabiliza por haberla metido en un lío esta mañana en la clase de gimnasia. Yo... ¿no me viste paseando por el colegio en mi uniforme de gimnasia?

—¿Oh, eras tú? Así que eres la famosa chica nueva... Dawn. Sí, me llegaron rumores sobre ti, pero estuve muy ocupado esta mañana, así que no te vi.

Por la manera que sonrió, tuve que preguntarme si estaba mintiendo. ¿Clara Sue le había hecho que se metiera en esto?

—Eres probablemente la única persona en el colegio que no me vio —dije—. Incluso fui llamada al despacho de la Directora para recibir una regañina, aunque no había sido mi culpa.

—No me sorprende. Mrs. Turnbell se cree que es la guardiana de una prisión, en lugar de ser la directora. Por eso la llamamos Mrs. Turnkey.<sup>[2]</sup>

—¿Turnkey? —Tuve que sonreír. Le iba.

—Y todo esto fue por culpa de mi malcriada hermana, ¿verdad? —mover la cabeza—Eso encaja.

—He tratado de hacerme su amiga, pedirle disculpas, pero... —miré ferozmente hacia las chicas—. Todas se volvieron en mi contra al saber en lo que trabajaba mi padre.

—¿Qué hace? ¿Roba Bancos?

—Podría hacerlo por lo mucho que les importa —le disparé—. Especialmente tu hermana.

—Discúlpala —aconsejó Philip—. No debes permitir que mi hermana te pueda. Es una malcriada. Se merece cualquier cosa que le pase. ¿De dónde eres?

—De muchos sitios. Antes de Richmond, de Granville, Virginia.

—¿Granville? No lo conozco. ¿Era agradable?

—No —contesté.

Él se rió, revelando sus dientes blancos y perfectos. Miró mi bolsa de comida y mi sándwich.

—¿Una bolsa de comida?

—Sí —dije esperando que me pusiera en ridículo también. Pero me sorprendió.

—¿De qué es?

—De mantequilla de cacahuete y confitura.

—Parece mucho más grueso que el sándwich de mantequilla de cacahuete que te dan aquí. Quizá te pida que me prepares también a mí una bolsa de comida —dijo. Pareció serio acerca de su petición por un momento y entonces se rió de la expresión de mi cara—. Mi hermana es la mayor metomentodo por aquí. Le encanta espiar los asuntos de otros y entonces esparcir rumores.

Lo contemplé por un momento estudiándolo. ¿Estaba diciendo todo eso para ganarse mi confianza, o realmente lo decía de corazón? No me podía imaginar a Jimmy hablando de mí con ese odio.

—¿En qué grado estás? —pregunté tratando de cambiar el tema.

—En el Once. Obtuve mi permiso de conducir este año y tengo mi propio coche. ¿Te gustaría dar una vuelta conmigo después del colegio? —preguntó rápidamente.

—¿Una vuelta?

—Sí. Así te enseñaría los alrededores —añadió con un guiño.

—Gracias —contesté—. Pero no puedo.

—¿Por qué no? Soy un buen conductor —insistió.

—Yo... Tengo que reunirme con mi padre después del colegio.

—Bien, quizá mañana, entonces. ¡Eh! —dijo al verme dudar, buscando otra excusa— Soy totalmente inofensivo, no creas lo que te hayan contado.

—Yo no he... —me corté confundida y sentí que mis mejillas empezaban a arder. Él se rió.

—Te tomas todo tan en serio. Tus padres te pusieron el nombre apropiado. Eres definitivamente fresca como el nacimiento de un nuevo día —dijo.

Me ruboricé aún más y miré mi sándwich.

—¿Estás interna o vives cerca? —me preguntó.

—Vivo en la calle Ashland.

—¿Ashland? No la conozco. Pero no soy de Richmond. Soy de la Playa de Virginia.

—He oído hablar de ella, pero nunca he estado allí. Tengo entendido que es un lugar muy bonito —respondí y mordí mi sándwich.

—Lo es. Mi familia es propietaria de un hotel allí: el «Hotel Cutler Cove», en Cutler Cove, que está a pocos kilómetros de la Playa de Virginia —respondió acomodándose orgullosamente.

—¿Existe un lugar que lleva el nombre de tu familia?

—Ajá. Hemos estado allí desde los tiempos en que los indios lo abandonaron. Al menos es lo que dice mi abuela.

—¿Tu abuela vive con vosotros? —pregunté con envidia.

—Ella y mi abuelo llevaban antes el hotel. El murió, pero ella aún lo dirige junto con mis padres. ¿A qué se dedica tu padre, Dawn?

—Trabaja aquí —dije y pensé ya empezamos otra vez.

—¿Aquí? ¿Es un maestro? ¿Y tú me has permitido decir todas esas cosas sobre Mrs. Turnkey y...?

—No, no. Es el supervisor de mantenimiento —contesté rápidamente.

—¡Oh! —Philip sonrió y dejó escapar un suspiro de alivio—. ¡Me alegro! —dijo.

—¿Te alegras? —No pude evitar el tono de sorpresa.

—Sí. Las dos chicas que conozco de aquí, cuyos padres son maestros, son las *snobs* más grandes que conozco, Rebecca Clare Longstreet y Stephanie Kay Sumpter. Ignóralas a toda costa —me recomendó.

En ese momento vi entrar a Jimmy. Caminaba solo. Se detuvo en la entrada y miró a su alrededor. Cuando me vio, dejó escapar una mirada de sorpresa al verme junto a Philip Cutler. Entonces se dirigió rápidamente hacia mi mesa y se dejó caer pesadamente en una silla.

—Hola —saludó Philip—. ¿Cómo va eso?

—Apesta —contestó Jimmy—. Me acaban de reñir por haber puesto los pies en el travesaño del asiento delante mío. Pensé que la maestra me tendría allí todo el período del almuerzo.

—Vigila eso por aquí. Si Mrs. Turnbell se da cuenta y ve a un alumno haciendo algo así, riñe al maestro primero, lo que hace enfurecer más a éste —explicó Philip.

—Te presento a Philip Cutler —dijo Dawn—. Philip, mi hermano Jimmy.

—Hola —saludó Philip extendiendo la mano. Jimmy la contempló con recelo y entonces la estrechó rápidamente.

—¿Qué se creen en este sitio, que son de oro? —comentó Jimmy, volviendo a su problema.

—¿No has hecho amigos todavía? —le pregunté esperanzadamente.

Negó con la cabeza.

—Tengo que ir a buscar mi leche. —Se levantó rápidamente y fue hasta la hilera de los que esperaban por su almuerzo. Los chicos delante suyo parecieron nerviosos cuando se aproximó.

—Jimmy no se siente muy feliz de estar aquí, por lo que veo —dijo Philip mirando hacia él.

—No, no lo está. Quizá tenga razón —añadí.

Philip sonrió.

—Tienes los ojos más bonitos y claros que he visto jamás. La única persona cuyos ojos se asemejan un poco a los tuyos es mi madre.

Me sentí ruborizar desde el cuello hasta los pies. Sus lisonjeras palabras me sedujeron, como también la mirada de admiración en sus ojos. Durante un momento, no pude hablar. Desvié los ojos mientras daba otro bocado a mi sándwich. Mastiqué rápidamente y tragué y entonces me volví a él nuevamente.

Algunos chicos al pasar le saludaban y entonces me miraban con curiosidad. Finalmente, dos de sus amigos se sentaron a mi lado.

—¿No vas a presentarnos a tu famosa nueva amiga? —preguntó un chico alto y delgado con pelo color melocotón y ojos castaños. Tenía una sonrisa torcida que levantaba un extremo de su boca.

—No si lo puedo evitar —contestó Philip.

—Ah, vamos. A Philip le gusta quedarse con todo —me dijo el chico alto—. Es un chico muy egoísta.

—Me llamo Dawn —expliqué rápidamente.

—Dawn. ¿Quieres decir como «me di cuenta»?<sup>[3]</sup> —El y su compañero se rieron con fuerza.

—Me llamo Brandon —explicó finalmente el chico alto—. Y este idiota a mi lado se llama Marshall. —El chico más bajito simplemente asintió. Tenía los ojos muy

juntos y llevaba el pelo, color castaño oscuro, cortado muy corto. En vez de sonreír, hacía una mueca. Recordé que Madre una vez me había dicho que nunca confiara en nadie que tuviera los ojos muy juntos. Dijo que era porque sus madres antes de dar a luz debían de haber sido sorprendidas por serpientes.

Jimmy volvió y Philip le presentó a los otros chicos, pero se sentó calladamente comiéndose su sándwich. Philip era el único que le hablaba, pero a Jimmy no le importaba evidentemente. Vi, por la manera que miraba a Marshall de vez en cuando, que tampoco le gustaba.

Sonó la campana marcando el final del período del almuerzo.

—¿Vas a clase de gimnasia? —Brandon le preguntó a Philip—. ¿O tienes otros planes? —añadió, mirándome y sonriendo. Supe lo que quería dar a entender, pero traté de aparentar que no había comprendido.

—Me reuniré contigo —le contestó Philip.

—No te retrases —le dijo Marshall sarcásticamente, hablando por la comisura de la boca. Los dos chicos se marcharon riendo.

—¿Hacia dónde vas, Dawn? —inquirió Philip.

—A clase de música.

—Bien, te acompañaré. Está en la dirección de la clase de gimnasia —explicó. Empezamos a retirarnos de la mesa. Cuando miré hacia el lado, vi cómo Clara Sue y sus amigas nos miraban murmurando. Me parecieron odiosas. ¿Por qué?, me pregunté. ¿Por qué tenían que ser de esa manera?

—¿Dónde es tu próxima clase, Jimmy? —le pregunté.

—Tengo que ir por el otro lado —me respondió y desapareció antes de que pudiera decir nada más. Se abrió paso a codazos a través de un grupo de alumnos que iban hacia las puertas de los corredores y desapareció rápidamente.

—¿Has asistido a este colegio toda tu vida? —pregunté.

Philip asintió. Mientras avanzábamos, vi que muchos chicos y chicas saludaban a Philip. Obviamente, era muy popular.

—Mi hermana y yo fuimos al parvulario del colegio. —Se inclinó hacia mí—. Mis padres y mi abuela hacen cuantiosos donativos al colegio —añadió, pero no pareció altanero sobre ello. Era simplemente la explicación de un hecho.

—Oh. —Todos a mi alrededor parecían tan sofisticados y tan ricos. Jimmy había tenido razón. Éramos como peces fuera del agua. Mi padre sólo trabajaba allí y ¿qué podía ponerme mañana? ¿Qué se pondría Jimmy? Si ya hoy, resaltábamos y se nos veía fuera de lugar, ¿qué sucedería mañana?

—Mejor que ambos nos pongamos en marcha antes de que nos envíen a ver a Mrs. Turnkey —dijo y sonrió—. Piénsate si mañana vienes a dar una vuelta conmigo, ¿de acuerdo?

Asentí. Cuando miré hacia atrás, vi a Clara Sue y a sus amigas caminando

lentamente detrás de nosotros. Clara Sue parecía muy disgustada por la atención que me estaba prestando su hermano. Quizá fuera sincero. ¡Era tan guapo y yo tenía tantas ganas de hacer algo que la molestase!

—Lo pensaré —dije con voz suficientemente alta para que lo oyesen las otras chicas.

—Magnífico. —Me pellizcó el brazo suavemente y se marchó, girándose una vez para sonreírme. Le devolví la sonrisa, asegurándome de que Clara Sue la viera y entonces entré en la clase de música, mientras sonaba la campana que indicaba el principio de la clase.

Mi profesor de música, Mr. Moore, era un hombre de cara sonrosada con hoyuelos en las mejillas y el pelo tan rizado como el de Harpo Marx. Tenía el carácter más dulce de todos los profesores que había conocido hasta el momento y cuando sonreía, era con una sonrisa llena de calor y sinceridad. Vi que alumnos tímidos dejaban su embarazo cuando les animaba y voluntariamente, se aventuraban a cantar algunas notas en solitario. Caminaba alrededor de la clase con una armónica de afinación, enseñándonos las escalas, explicando las notas, haciendo que la clase de música fuera más interesante de lo que imaginaba que pudiera ser. Cuando llegó a mí, hizo una pausa y contrajo la nariz como una ardilla. Sus ojos castaños se iluminaron.

—¿Y la nueva voz? —dijo—. Dawn, ¿puedes cantar do, re, mi, fa, sol, la, si, do? Te daré el tono. —Empezó, llevándose la armónica a los labios, pero comencé antes de que tuviera ocasión de soplar. Sus ojos se agrandaron y sus peludas cejas color marrón rojizo se arquearon—. Bien, un descubrimiento. Ésa es la mejor escala que he oído en años —dijo—. ¿No fue perfecto, chicos? —preguntó a la clase. Cuando miré a mi alrededor, vi caras llenas de envidia. Louise estaba especialmente celosa del cumplido que me había hecho Mr. Moore. Tenía la cara verdosa—. Creo que hemos encontrado la solista de nuestro próximo concierto —rumió Mr. Moore en voz alta, pellizcándose su redonda barbilla entre su pulgar y su índice mientras me miraba y asentía—. ¿Has formado parte de un coro antes, Dawn?

—Sí, señor.

—¿Y tocas algún instrumento? —inquirió.

—He estado aprendiendo la guitarra por mi cuenta.

—¿Aprendiendo sola? —Miró alrededor de la clase—. Eso es estar motivado, chicos y chicas. Bien, vamos a tener que ver hasta dónde has podido llegar. Si lo haces muy bien, hasta es posible que me dejes sin empleo —bromeó.

—No lo hago muy bien, señor —contesté.

Se echó a reír, y las mejillas le temblaron con las risas.

—He aquí algo refrescante —comentó dirigiéndose al resto de la clase—, la modestia. ¿Os habéis preguntado alguna vez qué cosa es eso, chicos?

Se rió de su propio chiste y continuó con la lección de ese día. Cuando sonó el timbre que avisaba el final, me pidió que me quedase un momento.

—Trae tu guitarra mañana, Dawn. Me gustaría oírte tocar —me dijo con el rostro serio y decidido.

—No tengo una buena guitarra, señor. Es de segunda mano y...

—Vamos, vamos. No te avergüences de ella y tampoco permitas a los otros alumnos que te avergüencen. Tengo la sensación de que seguramente es mucho mejor de lo que crees. Además yo puedo dejarte una guitarra muy buena cuando llegue el momento.

—Gracias, señor —le contesté.

Se recostó contra el respaldo y me contempló un momento.

—Sé que los alumnos deben llamar a sus maestros señor y señora —explicó—. Pero cuando estemos trabajando solos, ¿crees que puedes llamarme Mr. Moore?

Sonreí.

—Probaré a hacerlo.

—Bien. Me alegro que estés aquí, Dawn. Bienvenida al Emerson Peabody. Ahora, más vale que te des prisa en llegar a tu próxima clase.

—Gracias, Mr. Moore —le dije y él sonrió.

Me dirigí hacia la siguiente clase pero me detuve cuando vi a Louise esperándome

—Hola —le dije al ver que quería que volviésemos a ser amigas. Pero eso no era lo que más le preocupaba.

—Vi a Philip Cutler sentado contigo a la hora de comer —comento sin poder esconder una nota de envidia—. Más vale que tengas cuidado. Tiene mala reputación entre las chicas —añadió con la voz aún llena de celos.

—¿Mala reputación? Parece muy simpático. Muy diferente de su hermana —expliqué haciendo énfasis—. ¿Qué es lo que dicen que sea tan malo?

—Es lo que quiere hacer, ya en la primera salida —replicó abriendo mucho los ojos.

—¿Y qué es lo que quiere hacer? —pregunté. Ella dio un paso atrás.

—¿Qué piensas que quiere? —Miró a un lado y a otro para asegurarse de que nadie nos oía—. Quiere llegar hasta lo último.

—¿Has salido tú con él?

—No —contestó con una mirada de asombro—. Nunca.

Me encogí de hombros.

—Creo que no debes de permitir que la gente decida sobre lo que debes o no debes pensar de los demás. Debes decidir por ti misma. Además no es justo para Philip —añadí mientras los brillantes ojos azules de él flotaban por mi pensamiento.

Louise movió la cabeza.

—No digas que no te lo advertí —me indicó.

—Por lo menos no dejó que me quedase sentada sola durante la comida. —Mi disparo fue certero, dando como una flecha en la diana.

—Siento haberte dejado... ¿Te parece que comamos juntas mañana? —me preguntó.

—Es posible —contesté sin decir nada definitivo. Aún sentía los arañazos que ella y sus felinas amigas me habían hecho en el corazón. Pero se quedó lo bastante satisfecha como para hacerme otra advertencia.

—Si crees que ahora le caes mal a Clara Sue Cutler, espera a que sepa lo que dijo Mr. Moore.

—¿Qué quieres decir?

—Se cree que va a cantar la parte solista en el concierto. Lo hizo el año pasado —explicó Louise, reventando el globo de mi felicidad justo en el momento en que comenzaba a hincharse.

## UN BESO

Al final del día de colegio, me reuní con Jimmy en el vestíbulo. Se sentía muy descontento porque su profesora de matemáticas le había dicho que creía que estaba tan retrasado que tendría que repetir esa asignatura.

—Te advertí sobre faltar al colegio, Jimmy —le reñí suavemente.

—¿A quién le importa? —replicó, pero pude ver que estaba disgustado.

Mientras hablábamos, todos los otros alumnos se apresuraban a tomar los autobuses o a marcharse en sus propios coches. Los que eran internos, deambulaban lentamente.

—Todos esos chicos ricos tienen dinero para derrochar —refunfuñó Jimmy, viendo a algunos dirigirse a sus coches—. Vamos —dijo, dirigiéndose hacia la escalera—. Vamos a ver lo que tendremos que esperar por Padre.

Seguí a Jimmy al sótano, donde estaba situado el despacho de Padre. Había un taller al lado del despacho, que no era muy grande pero sí tenía una agradable mesa de madera con dos sillas. Había estantes en las paredes y una gran luz colgando, con una pantalla de metal azul oscura, al final de un cable y una cadena, justo encima de la mesa.

Jimmy se sentó detrás de la mesa de Padre, dejándose caer pesadamente en la silla. Yo acerqué la otra silla y abrí mis libros para empezar a hacer algo de mis deberes. Los recuerdos del día giraban confusamente por mi mente y cuando miré hacia arriba, sorprendí a Jimmy contemplándome

—¿Averiguaste quién te hizo eso? —preguntó.

—No, Jimmy —mentí—. Olvidémoslo. Todo fue un malentendido. —No quería que se metiera en un lío por mi causa.

—¿Malentendido? —Movió la cabeza—. Todos son unos *snobs*. Las chicas son estiradas y los chicos son unos imbéciles. Todos hablan sobre sus coches y sus trajes y sus colecciones de discos. ¿Por qué ese tipo llamado Philip estaba sentado contigo en la cafetería? —me preguntó.

—¿Philip? Se acercó y preguntó si había algún sitio libre —dije, haciéndolo parecer como si no hubiera sido nada, aunque lo había encontrado fantástico—. Cuando se enteró de que estaban todos libres, se sentó.

—Fue chocante la manera en que se puso amistoso tan de prisa. —Los ojos de Jimmy se empequeñecieron mientras su mente trabajaba a toda velocidad.

—Sólo estaba siendo simpático. —Yo misma me había sentido insegura en confiar en el hermano de Clara Sue, pero por alguna razón tenía que defender a Philip

ante Jimmy. Philip había sido la única persona que había actuado como un alma caritativa en el colegio hasta el momento. Recordé sus labios llenos, curvándose en una sonrisa torcida y sus ojos azules sosteniendo mi mirada hipnóticamente mientras me pedía que diera una vuelta con él en su coche. El mero recuerdo me hizo sentir un ligero estremecimiento.

—Ahora que lo pienso, no me inspira confianza —concluyó súbitamente Jimmy. Asintió con la cabeza, confirmando su teoría—. Todo esto puede ser parte de alguna broma por lo que te ocurrió esta mañana. Quizás alguien se apostó con él que no podía gustarte en seguida o algo por el estilo. ¿Qué pasará si hace algo que te avergüence?

—¡Oh, Jimmy, eso no puede ser verdad! ¡Es demasiado agradable para hacer una cosa así! —grité un poco demasiado desesperadamente.

—Si tengo razón, lo lamentarás profundamente. Si te lastima, tendrá que vérselas conmigo.

Sonreí para mí misma, pensando qué agradable era tener un hermano tan protector.

En ese momento apareció Padre en la puerta. A diferencia de sus otros trabajos, al final del día, Padre no tenía un aspecto sucio o cansado. Sus manos estaban tan limpias como lo habían estado por la mañana y no había manchas en su ropa.

Esperé, conteniendo la respiración, esperando que para entonces, ya se habría enterado del incidente en la clase de gimnasia, pero si era así, no dijo ni una palabra. No pareció fijarse en lo arrugado que estaba mi vestido.

—¿Y bien? —preguntó—. ¿Cómo os ha ido el día a vosotros, chicos? —Me dirigió una rápida sonrisa y me acarició el pelo durante un brevísimo momento.

Miré a Jimmy. Habíamos decidido que no le diríamos nada a Padre sobre lo que me había sucedido. Pero de repente me entraron ansias de esconder mi cara en su pecho y sintiéndome segura en sus brazos, soltar una catarata de lágrimas. Aun con los recuerdos de Philip y la clase de música para darme ánimo, la mayor parte del día había sido espantosa y ahora era una nube de caras que reían ante mis ojos. Sin embargo, sabía que no iba a poder contárselo, pues el temperamento de Padre era fogoso e impredecible. ¿Qué pasaría si decía algo y lo despedían o aún peor, si Mrs. Turnbell lo convencía de que todo era por mi culpa?

—Este lugar es lo que yo me esperaba. Está lleno de críos ricos y malcriados y maestros que lo desprecian a uno —comentó Jimmy.

—Nadie me desprecia a mí —contestó Padre ásperamente.

Jimmy miró hacia otro lado y después a mí, como para decir que, si lo hicieran, Padre no se enteraría.

—Vale, vale. ¿Cuándo salimos de aquí? —preguntó.

—Nos vamos ahora mismo. Sólo quiero anotar unos números en mi libro de notas

que está aquí —explicó sacando una libreta blanca y negra de un cajón lateral del escritorio.

—Te gusta este empleo, ¿verdad, Padre? —pregunté mientras salíamos. Miré fijamente a Jimmy para que se diese cuenta de lo mucho que todo esto significaba para nuestra familia.

—Claro que sí, niña. Bueno, vamos a casa a ver a vuestra madre y enterarnos de cómo ha sido su día.

Cuando llegamos a nuestro apartamento, estaba todo muy tranquilo. Al principio pensé que Madre y la pequeña Fern habrían salido pero cuando nos asomamos al dormitorio, las encontramos a ambas acurrucadas juntas profundamente dormidas.

—¿No es todo un cuadro? —murmuró Padre—. Vamos a dejar que duerman —continuó—. Jimmy, ¿qué te parece si tú y yo nos vamos a buscar un poco de helado para el postre de esta noche? Opino que tendríamos que celebrarlo un poco.

Tan pronto como Padre y Jimmy se fueron, me quité el vestido para que Madre no viese lo arrugado que estaba y comencé a preparar la cena. Fern fue la que se despertó primero y lloró para llamarme. Cuando entré a buscarla, Madre abrió los ojos.

—Oh, Dawn, ¿ya estáis de vuelta? —preguntó haciendo un esfuerzo para sentarse. Tenía la cara enrojecida y los ojos vidriosos.

—Padre y Jimmy han ido a buscar helado. Madre, tú todavía no te encuentras bien.

—Estoy bien, cariño, sólo un poco cansada porque he tenido un día fuerte con Fern. Es un bebé muy bueno, pero es muy agitada para una sola persona. ¿Cómo te fue en el colegio?

—¿Fuiste al médico? —le pregunté.

—Hice algo mejor. Salí y compré los ingredientes para hacer este tónico —me explicó señalando una botella sobre la mesa de noche al lado de su cama.

—¿Qué es eso, Madre? —Hice girar la botella varias veces entre las manos, después la abrí y olí. Apestaba.

—Son una serie de hierbas y cosas, una fórmula de mi abuela. Ya verás. Me pondré mejor en seguida. Ahora no hablemos más de mí. Cuéntame del colegio. ¿Cómo te fue? —preguntó algo animada y con la alegría volviéndole a los ojos.

—Estuvo bien —contesté desviando la mirada para que no pudiese leer mi mentira. «Por lo menos parte del día fue bueno», pensé volviendo a poner la botella en su sitio y cogiendo a la pequeña Fern en brazos. Después le conté a Madre sobre Mr. Moore y algunas de las maestras pero no le hablé de Clara Sue Cutler y las otras chicas, ni tampoco le dije nada de Philip.

Antes de que terminara, Madre había cerrado los ojos y se había llevado las manos al pecho. Parecía como si le costase trabajo respirar profundamente.

—¡Madre, mañana no iré al colegio y me quedaré a cuidar a Fern hasta que esta medicina casera te mejore o te decidas a ir al médico! —exclamé.

—Oh, no, cariño. No puedes empezar a faltar recién llegada a un colegio nuevo sólo por mí. Si te quedas en casa tendré un verdadero disgusto. Me sentiré peor y peor.

—Pero, Madre...

Me sonrió y me cogió la mano derecha mientras yo sostenía a Fern en el brazo izquierdo. Mientras tenía a la pequeña Fern, ésta se encontraba contenta, chupándose el pulgar y oyéndonos a Madre y a mí. Madre me hizo inclinar acercándome a ella hasta poder acariciarme el pelo.

—Estás tan bonita hoy, Dawn, cariño. No quiero que te estés preocupando y privando de cosas por mí. Yo puedo cuidarme sola. Créeme, me he encontrado en casos peores que éste. Tu padre ha conseguido meteros a ti y a Jimmy en un colegio elegante donde vas a tener todas las ventajas que nunca pensamos poder darte. No puedes continuar como ibas en los otros sitios —insistió.

—Pero, Madre...

De repente, sus ojos se volvieron oscuros e intensos y su cara adquirió una expresión seria que nunca había visto. Me apretó la mano tan fuertemente, que los huesos de mis dedos parecieron frotarse unos contra otros, pero los cambios en ella me asustaron y no me atreví a retirar mi mano.

—Pertenece a ese colegio, Dawn. Te mereces esta oportunidad.

Los ojos de Madre perdieron un poco de brillo, mientras revivía para sí un viejo recuerdo. Su doloroso apretón en mi mano no cedía.

—Tú debes tratar a los ricos y a los de sangre azul —insistió—. No hay en ese colegio un chico o una chica mejor que tu, ¿te enteras? —exclamó.

—Pero, Madre, las chicas en este colegio llevan ropa que nunca tendré la oportunidad ni de probarme y hablan sobre sitios a los que nunca iré. Nunca encajaré en su ambiente. ¡Parecen saber tanto!

—Te mereces esas mismas cosas, Dawn. Nunca lo olvides. —Con eso, el apretón de hierro se hizo aún más intenso, haciéndome gritar un poco. Mi quejido pareció despertarla, sus ojos se aclararon y soltó mi mano.

—Está bien, Madre. Lo prometo. Pero si no mejoras pronto...

—Iré a un médico elegante tal como prometí que haría. Ésta es una nueva promesa —proclamó y levantó la mano como lo haría un testigo pronunciando su juramento en el juzgado. Moví la cabeza. Vio que no la creía—. Lo haré, lo haré —repitió y se reclinó otra vez sobre la almohada—. Dale de comer al bebé antes de que te haga saber que te estás retrasando con su comida. Es capaz de gritar terriblemente cuando quiere algo.

Abracé a Fern y me la llevé para darle de comer. Padre y Jimmy volvieron y le

susurré a Padre que Madre estaba más enferma que nunca. Las cejas de Padre se unieron cuando las frunció con gesto preocupado.

—Voy a hablarle —dijo. Jimmy entró también a verla y entonces volvió. Se mantuvo silencioso contemplando cómo alimentaba a Fern. Siempre que Jimmy estaba preocupado y asustado por Madre, se tornaba silencioso y quieto como una estatua.

—Madre está tan pálida y delgada y débil, Jimmy —le dije—. Pero no quiere que deje de ir al colegio para ocuparme de Fern.

—Entonces yo me quedaré en casa —masculló a través de sus dientes apretados.

—Eso la pondría aún más furiosa y tú lo sabes, Jimmy.

—Bien, ¿qué vamos a hacer entonces?

—Veamos si Padre consigue hacerla ir al médico —le indiqué.

Cuando él volvió, nos dijo que Madre había prometido que iría con toda seguridad si la fórmula no hacía efecto.

—Su familia siempre ha sido gente muy terca —explicó Padre—. Una vez su papá durmió en el techo de su cabaña para poder agarrar al pájaro carpintero que le picaba las tejas por las mañanas. Tuvo que estar dos días enteros pero no se bajó de ese tejado.

Las historias de Padre nos hicieron reír de nuevo a todos pero de vez en cuando yo contemplaba a Madre e intercambiaba una mirada de preocupación con Jimmy. A mí, Madre me parecía una flor que se estaba secando. Veía pequeñas cosas acerca de ella que llenaban la bolsa de mi preocupación con más y más angustia. Sabía que si continuaba así, estallaría de pánico.

Al día siguiente, Philip Cutler me sorprendió en mi casillero justo antes de que sonase la campana para clase.

—¿Vas a dejar que te lleve hoy a dar un paseo? —me preguntó susurrando en mi oído.

Lo había estado pensando toda la noche. Sería la primera vez que iba a pasear con un chico.

—¿Dónde iríamos?

—Sé de un sitio en esta colina que domina el río James. Se puede ver a lo lejos kilómetros y kilómetros. Es precioso. Nunca he llevado a nadie allí —añadió—, porque no había encontrado a nadie que me pareciese que lo iba a apreciar como yo. Quiero decir, que no lo había encontrado hasta ahora.

Miré sus suaves ojos azules. Deseaba ir, pero el corazón me hacía sentir rara, como si estuviese traicionando a alguien. Vio la duda en mi cara.

—A veces simplemente sientes estas cosas —comentó—. No invitaría a ninguna otra chica porque están tan mal acostumbradas que no se quedarían satisfechas con

ver la Naturaleza o el paisaje. Querrían que las llevase a algún restaurante elegante o algo así. No es que no quiera llevarte a ti a uno —añadió rápido—. Sólo que pienso que es posible que lo aprecies como yo.

Asentí lentamente. ¿Qué estaba haciendo? No podía Irme con él sin preguntarle primero a Padre y además tenía que regresar a casa para ayudar a Madre con Fern. ¿Y si Jimmy tenía razón y todo esto era una broma preparada en secreto por la hermana de Philip y sus amigas?

—Tengo que regresar a casa lo bastante temprano para ayudar a Madre con la cena —le expliqué.

—Eso no es un problema. Está sólo a unos minutos de aquí. ¿Aceptas? Te esperaré en el vestíbulo justo después que suene el timbre.

—No lo sé.

—Más vale que nos vayamos a clase —dijo cogiendo mis libros en sus brazos—. Vamos. Te acompaño.

Mientras caminábamos juntos por el corredor, hicimos que se volviesen una serie de cabezas. Sus amigos sonrieron y me saludaron. En la puerta de mi clase me entregó los libros.

—¿Y bien? —preguntó.

—No lo sé. Veremos —contesté. Se echó a reír, sacudiendo la cabeza.

—No te estoy pidiendo que te cases conmigo. Aún no, por lo menos —añadió.

Mi corazón se agitó y me sentí como si Philip hubiese podido leer todos mis pensamientos. No había podido evitar imaginarme historias, mi propio cuento de hadas, antes de dormirme anoche. Me había imaginado al guapo Philip Cutler y a mí convirtiéndonos en la pareja ideal, jurándonos amor eterno uno al otro y haciéndonos novios. Viviríamos en su hotel y yo podría traer a Madre y a Padre y a Fern, incluso Jimmy vendría con el tiempo porque Philip le haría gerente o algo así. Al final de mi fantasía, Philip forzaba a Clara Sue a convertirse en camarera.

—Estaré detrás tuyo todo el día —prometió y se fue a su propia clase. Sus ojos azules parecían tan sinceros. «Esto no podía ser una broma», pensé. Por favor, que no sea una trampa.

Cuando me giré para entrar en mi aula principal, vi las miradas de sorpresa en las caras de algunas de las chicas que evidentemente me habían visto con Philip. Los ojos de Louise estaban redondos como monedas de medio dólar y vi que no podía esperar para hacerme preguntas.

—Quiere que vaya de paseo con él después del colegio —le conté finalmente—. ¿Tú crees que su hermana le dio la idea? —le pregunté tratando de pescar alguna pista.

—¿Su hermana? No es probable. Está furiosa con él incluso por dirigirte la palabra.

—Entonces quizás iré —murmuré soñadoramente.

—No lo hagas —me advirtió, pero pude ver la excitación en sus propios ojos.

Cada vez que iba de una clase a otra, Philip me estaba haciendo señas y preguntando:

—¿Y bien?

Justo después de sentarme en mi clase de matemáticas, sacó la cabeza por la puerta y arqueó las cejas inquiriendo. Sólo pude reírme. Desapareció rápidamente cuando la profesora se volvió hacia él.

El único incidente agrio ocurrió cuando encontré a Clara Sue esperándome en la puerta de mi próxima clase. Linda estaba junto a ella.

—He oído que Mr. Moore está considerando darte la parte solista en el concierto —dijo, con los ojos pequeños y observadores.

—¿Y? —Me latía el corazón con fuerza.

—También está considerando dármela a mí.

—Qué bien. Pues buena suerte —le dije y empecé a entrar en la habitación, pero me cogió por el hombro y me hizo girar.

—¡No creas que puedes llegar aquí y llevártelo todo, pequeña recogida por caridad! —gritó.

—¡No soy una recogida por caridad!

Clara Sue me inspeccionó de la cabeza a los pies, soltando un bufido desdeñoso.

—No te engañes, Dawn. Tú no perteneces aquí. Eres una extraña. No serás una de nosotros. Nunca lo has sido y nunca lo serás. No eres más que una pobre basura del lado malo de la ciudad. Todos en el colegio lo saben.

—Eso es —intervino Linda—. No eres más que una pobre basura.

—¡No te atrevas a decirme eso! —protesté airadamente, luchando por contener las lágrimas que sentía se me estaban formando en los ojos.

—¿Por qué no? —preguntó Clara Sue—. Es verdad.

¿Es que no puedes soportar la verdad, Dawn? Ya es hora de que aprendas. ¿A quién crees que engañas con tu actuación como «Señorita Inocencia»? —se burló—. Si crees que mi hermano se interesa por ti, estás loca.

—Le gusto a Philip —declaré—. Le gusto.

Clara Sue alzó una ceja.

—¡Apuesto que sí!

Había un tonillo en sus palabras... un tonillo que no me gustó.

—¿De qué estás hablando?

—Mi hermano *adora* a las chicas como tú. Las convierte en madres una vez al mes.

Linda se echó a reír estridentemente.

—¿De veras? —Me acerqué a Clara Sue de un empujón—. Bien, le diré a Philip

lo que has dicho. —Mis palabras borraron la sonrisa de Clara Sue y durante unos momentos pareció llena de pánico. Sin darle ocasión a contestar abandoné a Clara Sue y sus odiosas palabras.

Philip se sentó conmigo y con Jimmy a la hora de comer y dedicó bastante tiempo a convencer a Jimmy de que se uniese al programa de baloncesto estudiantil. Jimmy no tenía muchas ganas pero yo podía ver cómo iba cambiando de parecer. Sabía que le gustaba el baloncesto.

—¿Y bien? —Me preguntó Philip al dirigirnos a clase—. ¿Ya te has decidido?

Dudé y después le conté lo que había sucedido entre Clara Sue y yo por la mañana. No le expliqué exactamente lo que ella había dicho, tan sólo que me había advertido en contra suya.

—Esa pequeña... *bruja* es la única palabra que le va. Espera que la coja.

—No le hagas nada, Philip. Me odiará más y tratará de crearme más problemas.

—Entonces ven conmigo a dar el paseo —dijo rápido.

—Eso parece chantaje.

—Eso es —contestó sonriendo—, pero un chantaje agradable.

Me eché a reír.

—¿Estás seguro que podrás traerme a casa temprano?

—Absolutamente. —Levantó la mano—. Por mi honor.

—Está bien —contesté—. Pediré permiso a mi padre.

—Estupendo. No te arrepentirás —me aseguró Philip. Sin embargo, yo me sentía nerviosa por el asunto y casi me olvidé de mostrarle mi guitarra a Mr. Moore. Verdaderamente caminaba dentro de una nube cuando entré en la clase y me senté.

—¿Hay verdaderamente una guitarra aquí o eso es sólo el estuche? —preguntó al ver que yo no lo mencionaba.

—¿El qué? ¡Oh, es una guitarra! —exclamé. Se echó a reír y me pidió que tocara. Después me dijo que lo había hecho muy bien para no haber tomado clases formales.

Su mirada bondadosa me impulsó a revelar mi secreta esperanza.

—Mi sueño es aprender a tocar el piano y llegar a poseer uno propio algún día.

—Te diré lo que podemos hacer —dijo inclinándose hacia delante y apoyando los codos sobre el escritorio de forma que podía descansar la barbilla sobre las manos—. Necesito otro flautista. Si tocas la flauta para la orquesta del colegio, yo dedicaré tres tardes a la semana después del colegio a darte lecciones de piano.

—¿Hará usted eso? —Casi salté de mi pupitre.

—Empezamos mañana. ¿Trato hecho? —Me tendió la mano por encima del escritorio.

—Oh, sí —contesté dándole la mía. Se echó a reír y me dijo que me reuniese con él en la sala de música inmediatamente después del día de mañana.

No podía esperar para bajar corriendo a decírselo a Padre. Cuando se lo conté a

Jimmy me sentí preocupada de que a él no le gustase por tener que esperar solo en el despacho de Padre esas tardes. Me sorprendió con una noticia acerca de sí mismo.

—He decidido participar en el programa de baloncesto para estudiantes —me explicó—. Uno de los chicos de mi clase de matemáticas necesita otro jugador en su equipo. Y después puede que entre en primavera en el equipo que sale a jugar fuera.

—Eso es estupendo, Jimmy. Quizá podamos hacer amigos aquí. Posiblemente ayer nos encontramos con la gente equivocada.

—No he dicho que estuviera haciendo amigos —contestó Jimmy rápidamente—, pero pensé que podía matar el tiempo un poco, dos veces por semana.

Padre no estaba por allí, así que le pedí a Jimmy que le dijese que iba a dar un paseo con Philip y que después me traería a casa.

—No quisiera que te metieses en líos con ese tipo —me dijo Jimmy.

—No estoy metiéndome en líos, Jimmy. Tan sólo voy a dar un paseo.

—Seguro que sí —comentó Jimmy reclinándose tristemente en la silla. Regresé corriendo escaleras arriba para reunirme con Philip. Tenía un bonito coche rojo con los asientos cubiertos de peluda piel de oveja. Me abrió la puerta y dio un paso atrás.

—Señora —me dijo haciendo una gran inclinación.

Entré y cerró la puerta. El coche era aún más bonito por dentro. Pasé la mano sobre las suaves cubiertas y contemplé el tablero de instrumentos encuadrado en cuero negro y la palanca del cambio de marchas.

—Tienes un hermoso coche, Philip —le dije cuando se puso tras el volante.

—Gracias. Fue un regalo de cumpleaños de mi abuela.

—¡Un regalo de cumpleaños! —Imaginé lo rica que debía de ser su abuela, para regalarle un coche por su cumpleaños. Sacudió los hombros, sonrió tímidamente y encendió el motor, puso una marcha y nos fuimos.

—¿Cómo encontraste este sitio, Philip? —le pregunté mientras nos alejábamos del colegio en dirección opuesta a donde yo vivía.

—Oh, estaba paseando solo cuando lo encontré. Me gusta dar paseos, mirar el paisaje y pensar —explicó. Hizo un giro que nos sacó de la carretera principal y se dirigió rápidamente a una calle sin demasiadas casas. Entonces giró otra vez y empezamos a subir por una colina—. No está mucho más lejos —dijo. Pasamos unas pocas casas, mientras continuábamos subiendo y entonces Philip tomó una carretera desierta que se extendía a través de un campo hacia un grupito de árboles. La carretera era sólo gravilla y piedras.

—¿Encontraste esto accidentalmente?

—Ajá.

—¿Y no has traído a ninguna otra chica del Emerson Peabody?

—No —contestó, pero yo empezaba a tener mis dudas.

Atravesamos el bosquecillo y salimos a un campo. Realmente ya no había

carretera, pero Philip continuó conduciendo sobre la hierba hasta que llegamos al borde de la colina y pudimos ver el río James. Tal como prometió, era una vista espectacular.

—¿Bien?

—¡Hermosísimo! Philip —exclamé bebiéndome el paisaje—. Tenías razón.

—Y deberías verlo de noche, con las estrellas y las luces de la ciudad. ¿Crees que te podré invitar alguna noche? —preguntó con una sonrisa torcida.

—No lo sé —contesté rápidamente, pero albergué una esperanza. Eso sería una cita, mi primera cita de verdad. Se acercó hacia mí, con su brazo sobre el respaldo del asiento.

—Eres una chica muy guapa, Dawn. El momento en que te vi, me dije, ahí va la chica más guapa que he visto en el Emerson Peabody. Tengo que conocerla tan rápido como pueda.

—Oh, hay muchas chicas más guapas que yo en el Emerson Peabody. —No era falsa modestia. Había visto tantas chicas guapas, con bonita y costosa ropa. ¿Cómo podía compararme?, me asombré.

—Para mí no lo son —dijo—. Me alegro de que te hayas cambiado a nuestro colegio. —Sus dedos rozaron mi hombro—. ¿Has tenido muchos novios?

Negué con la cabeza.

—No me lo creo —dijo.

—Es verdad. No nos hemos quedado en el mismo sitio el tiempo suficiente —añadí. El rió.

—Dices las cosas más divertidas.

—No estoy tratando de ser divertida, Philip. Es verdad —repetí, abriendo mucho los ojos para hacer énfasis.

—Seguro —contestó, moviendo sus dedos hacia mi pelo y su índice jugueteando con un mechón—. Tienes una nariz diminuta —dijo inclinándose a besar la punta de mi nariz.

Me cogió por sorpresa y me eché hacia atrás.

—No lo pude evitar —dijo y se inclinó de nuevo hacia adelante, esta vez para besar mi mejilla. Miré hacia abajo mientras su mano izquierda se colocaba sobre mi rodilla. Me hizo sentir un cosquilleo por el muslo hacia arriba—. Dawn —susurró suavemente en mi oído—. Dawn, me encanta decir tu nombre. ¿Sabes lo que hice esta mañana? Me levanté al salir el sol para poder ver el amanecer.

—Seguro que no lo hiciste.

—Si que lo hice —me dijo poniendo sus labios sobre los míos. Nunca había besado a un chico en los labios antes, aunque había soñado con ello. Anoche, en mis fantasías, había besado a Philip y ¡ahora me encontraba haciéndolo! Sentía como si en todo mi cuerpo hubiese docenas de explosiones y mi rostro se calentó. Hasta las

orejas me ardían.

Como no me retiré hacia atrás, Philip soltó un gemido y me besó de nuevo, esta vez con más fuerza. De repente sentí que la mano que había estado sobre mis rodillas viajaba hacia arriba pasando por mi cintura hasta que sus dedos se agarraron alrededor de mi pecho. En ese mismo momento me retiré atrás y le empujé alejándolo. No pude evitarlo. Todas las cosas que me habían dicho de él desfilaron en un relámpago por mi mente, especialmente la horrible amenaza de Clara Sue.

—No te asustes —dijo él rápidamente—. No voy a hacerte daño.

El corazón me latía con fuerza. Apreté la palma de mi mano sobre el pecho e hice una profunda aspiración.

—¿Te encuentras bien?

Asentí.

—¿Ningún chico te había tocado ahí antes? —preguntó. Cuando negué con la cabeza, él inclinó la suya dudando—. ¿De veras?

—De verdad, no.

—Pues te lo estás perdiendo todo entonces —dijo acercándose de nuevo a mí—. No tienes que tener miedo —murmuró.

Y volvió a poner su mano en mi cintura.

—¿Nunca te habían besado por lo menos antes? —preguntó. Sus dedos comenzaron a subir por mi costado. Yo negué con la cabeza—. ¿De veras?

Puso su mano firmemente por el lado de mi pecho.

—Relájate —dijo—. No querrás ser la única chica de tu edad en el Emerson Peabody que nunca ha sido tocada y besada de este modo, ¿verdad? Lo haré muy despacio. ¿Te parece bien? —murmuró, apenas deslizando su mano sobre mi pecho.

Respiré hondo y cerré los ojos. Nuevamente apreté sus labios sobre los míos.

—Eso es. Tranquila —iba diciendo—. ¿Ves?

Las puntas de sus dedos agarraron el botón de mi blusa. Sentí que lo desabrochaba y después sus dedos sobre mi piel moviéndose como una araña gruesa bajo mi sujetador. Cuando las puntas de sus dedos encontraron mi pezón sentí una oleada de excitación que me cortó la respiración.

—No —dije retirándome de nuevo hacia atrás. El corazón me latía tan fuerte que estaba segura que podía oírlo—. Yo... más vale que regresemos. Tengo que ayudar a Madre con la comida.

—¿Qué? ¿Ayudar a tu madre con la cena? Estás de broma. Si acabamos de llegar aquí. —Me contempló un instante—. No será que ya tienes otro amigo, ¿verdad?

—¡Oh, no! —exclamé casi saliéndome del asiento. Se echó a reír y pasó la punta de su índice por mi clavícula. Sentí su aliento caliente sobre la mejilla—. ¿Volverás aquí conmigo una noche?

—Sí —contesté sin pensarlo. Era tan guapo que a pesar de mis temores su roce

me había hecho sentir mariposas revoloteando por mi estómago.

—Está bien. Entonces te dejaré escapar por esta vez —exclamó riéndose—. Eres muy mona, ¿sabes?

Se inclinó y me besó de nuevo, bajando después la mirada hacía mi blusa abierta. Me abroché rápidamente.

—En realidad, me alegro de que seas tímida, Dawn.

—¿Te alegras? —Yo que había pensado que iba a odiarme porque no era tan sofisticada como la mayoría de las chicas del Emerson Peabody.

—Claro. Son tantas las chicas que lo saben todo estos días. Que no tienen nada de inocencia o de honradez. No como tú. Quiero ser yo el que te enseñe, el que te haga sentir cosas que nunca has sentido. ¿Me dejarás? ¿Quieres? —suplicó con sus suaves ojos azules.

—Sí —contesté. Quería aprender esas cosas nuevas y sentir las y ser tan mujer y tan sofisticada como las chicas que conocía en el Emerson Peabody.

—Está bien, pero no traigas otros chicos aquí a espaldas mías —añadió.

—¿Qué? No lo haría.

Rió y se colocó detrás del volante.

—Eres muy diferente, Dawn. Eres algo muy bueno.

Le expliqué cómo llegar a mi casa y terminé de abotonarme la blusa.

—Nuestra parte de la ciudad no es muy simpática —traté de prepararle—. Pero estamos viviendo ahí solamente hasta que Padre encuentre algo mejor.

—Sí, claro —comentó mirando las casas en las calles de mi vecindad—. Por ti espero que no se demore mucho. ¿No tenéis familia aquí? —preguntó.

—No. Nuestra familia está toda en fincas de Georgia —repliqué—. Pero hace bastante que no los vemos porque hemos estado viajando mucho.

—He hecho viajes aquí y allá —explicó—. Pero los veranos, cuando la mayor parte de los chicos se van a Europa o a otros lados del país, tengo que quedarme en Cutler s Cove y ayudar en nuestro hotel —explicó haciendo una mueca de disgusto. Se volvió hacia mí—. Se espera que algún día me haré cargo y seré el que lo lleve.

—¡Qué maravilloso, Philip!

Se encogió de hombros.

—Hace generaciones que está en nuestra familia. Comenzó siendo sólo una posada cuando había balleneros y pescadores de todas partes. Tenemos cuadros y toda clase de antigüedades en el desván del hotel, cosas que pertenecieron a mi tatarabuelo. Nuestra familia es la más importante de la ciudad, es una de las familias fundadoras.

—Debe de ser fantástico tener todo ese patrimonio familiar —le dije. Él notó el tono de añoranza de mi voz.

—¿Cómo eran tus antepasados?

¿Qué iba a decirle? ¿Sería posible decirle la verdad, que nunca había visto a mis abuelos y mucho menos sabía cómo habían sido? ¿Y cómo iba a explicar no haber visto, ni conocido, ni había oído hablar de primos, tíos y tías?

—Eran... campesinos. Teníamos una gran finca con vacas y pollos y hectáreas y más hectáreas —expliqué mirando hacia fuera por la ventanilla—. Recuerdo haber ido montada sobre una carreta de paja cuando era una niña pequeña, delante con mi abuelo, que me sujetaba con un brazo mientras con la otra mano retenía las riendas. Jimmy solía colocarse sobre la paja mirando al cielo. Mi abuelo fumaba en una pipa de campesino y tocaba la armónica.

—De manera que es de ahí de donde sacas tu don para la música.

—Sí. —Continué entretejiendo los hilos de mis fantasías, casi olvidando mientras hablaba, que mis palabras eran tan falsas como podían ser—. El se sabía todas las viejas canciones y me las cantaba, una tras otra, mientras íbamos en su carreta y también por la noche, en el porche de nuestra gran granja, mientras se mecía y fumaba y mi abuela hacía ganchillo. Los pollos corrían sueltos por el patio, pero siempre lo hacían demasiado aprisa. Aún puedo escuchar a mi abuelo reír y reír.

—En realidad, no me acuerdo demasiado de mi abuelo y nunca he estado muy apegado a mi abuela. La vida es mucho más protocolaria en Cutler s Cove —explicó.

—Gira aquí —dije rápidamente, lamentando ya mis mentiras.

—Eres la primera chica que he conducido hasta casa —me indicó.

—¿De veras? Philip Cutler, ¿es eso verdad?

—Te lo prometo. No te olvides, acabo de obtener el permiso de conducir. Aparte de que, Dawn, no podría mentirte. Por alguna razón, sería como mentirme a mí mismo. —Se inclinó y acarició mi mejilla tan suavemente que apenas podía sentir la punta de su dedo. Mi corazón se desanimó. El estaba siendo tan considerado y veraz y yo estaba inventando historias sobre mi imaginaria familia, historias que lo entristecían por su propia vida, una vida que estaba segura tenía que ser mil veces más maravillosa que la mía.

—Por esta calle —señalé. Giró hacia nuestra manzana. Vi su mueca cuando vio los solares llenos de desperdicios y los desordenados patios delanteros—. Ése es el edificio de apartamentos donde vivo, el que tiene el camión rojo de juguete en la acera.

—Gracias —le dije mientras se acercaba.

Se inclinó para besarme y cuando me acerqué a él, nuevamente llevó su mano hacia mi pecho. No me retiré.

—Tienes un sabor muy agradable, Dawn. Me permitirás que te lleve a dar otro paseo pronto, ¿verdad?

—Sí. —Mi voz sonó apenas más alta que un murmullo. Reuní mis libros en los brazos rápidamente.

—Oye —dijo—. ¿Cuál es tu número de teléfono?

—Oh, todavía no tenemos teléfono —le contesté. Y cuando me miró de una forma extraña, añadí—: aún no hemos podido ocuparnos.

Salí del coche rápidamente y corrí hasta la puerta, segura de que él había visto a través de mi estúpida mentira. Estaba segura de que nunca querría volver a verme.

Padre y Madre estaban sentados a la mesa de la cocina. Jimmy, que estaba en el sofá, me miró por encima de una revista de dibujos.

—¿Dónde has estado? —me preguntó Padre con una voz que me sobresaltó.

Le miré. Sus ojos no se ablandaron y nuevamente había aparecido la expresión sombría en su cara, una expresión que hizo que mi corazón latiese cada vez más fuerte.

—Fui a dar un paseo. Pero he regresado a casa lo bastante pronto como para ayudar a hacer la cena y ayudar con Fern —añadí en mi propia defensa.

—No nos gusta que pasees todavía con chicos, Dawn —dijo Madre, tratando de apaciguar las traidoras aguas del enfado de Padre.

—Pero ¿por qué, Madre? Estoy segura que las otras chicas de mi edad en el Emerson Peabody van de paseo con chicos.

—Eso no importa —cortó Padre con sequedad—. No quiero que vuelvas a dar un paseo con ese chico.

Padre me miró y su hermosa cara estaba encendida con fiera ira. Mi mente se aceleró, buscando desesperadamente una razón para el enfado de Padre.

—Por favor, Dawn —dijo Madre. Tosió de una forma que casi se le cortó la respiración.

Miré hacia Jimmy. Tenía la revista tan alta, que no le podía ver la cara ni él podía ver la mía.

—Está bien, Madre.

—Buena chica, Dawn —dijo ella—. Ahora podemos empezar a cenar. —Le temblaban las manos, pero yo no sabía qué lo causaba, si su tos o la tensión en el cuarto.

—¿No llegas un poco pronto, Padre? —pregunté. Había tenido la esperanza de llegar a casa antes que él y Jimmy.

—Salí un poco pronto. No tiene importancia. No estoy tan entusiasmado con este empleo como creía —contestó para sorpresa mía. ¿Se había enterado de lo que me habían hecho las chicas? ¿Se había puesto por eso en contra del colegio?

—¿Has discutido con Mrs. Turnbull, Padre? —pregunté sospechando que su mal humor había levantado la cabeza.

—No. Hay mucho trabajo. No sé. Ya veremos. —Me echó una mirada que significaba que no íbamos a hablar más de eso. Desde que Padre había empezado a

trabajar en el Emerson Peabody, esas miradas y su mal humor habían desaparecido. De repente todo regresaba y me sentí asustada.

Esa noche, después que Fern se durmió y Padre y Madre se fueron a la cama, Jimmy se volvió hacia mí deslizándose bajo las sábanas.

—No dije nada para ponerlos inquietos y preocupados porque hubieras ido a dar un paseo con Philip. —Los oscuros ojos de Jimmy me suplicaban que le creyese—. Sólo se lo dije a Padre y al momento siguiente lo único que supe era que veníamos a casa a toda velocidad. De verdad.

—Te creo, Jimmy. Supongo que deben de estar preocupados. No necesitamos más problemas —le contesté.

—Naturalmente que me preocupa tanto que vayas a dar paseos con Philip —rezongó—. Todos esos chicos ricos son unos malcriados y siempre consiguen lo que quieren —dijo amargamente, mirándome con esa mirada oscura que se apoderaba de la mía y la apresaba.

—También hay muchos malos entre los pobres, Jimmy.

—Ésos, por lo menos, tienen una disculpa, Dawn. —Hizo una pausa—. Ten cuidado.

Con eso, Jimmy dio media vuelta y se alejó de mí tanto como pudo a pesar de permanecer en la misma cama.

Tardé muchísimo en dormirme. En lo único que podía pensar era que no podía salir con Philip, ni siquiera ir a dar un paseo. Esta idea me hacía desear cavar un pozo para llenarlo con mis lágrimas. El pozo se hubiese llenado en muy poco tiempo si Jimmy no hubiese estado tratando de dormir.

¿Por qué no podía tener esta sola cosa que deseaba? Bastante poco había tenido hasta ahora, gritaba mi cerebro y yo me había esforzado tanto por hacer feliz a mi familia, ¿no había tratado de hacer sonreír a Padre? ¿Cómo podían quitarme esto también?

Philip era algo especial. Volví a vivir su beso, la forma en que puso sus labios sobre los míos, el azul profundo de sus ojos, el modo en que mi cara se encendía y la excitación que relampagueaba por mi cuerpo cuando sus dedos tocaban mi pecho. Sólo de pensarlo, me producía calor y las mariposas de mi estómago despertaban de nuevo.

Hubiese sido excitante estar aparcada con él en aquella colina, por la noche, con todas las luces a nuestros pies y las estrellas por encima de nosotros. Cuando cerré los ojos, me lo imaginé en la oscuridad, acercándose cada vez más, llevando sus manos a mis pechos y sus labios sobre los míos. La imagen era tan vivida que sentí como si una ola de calor subiese todo a lo largo de mi cuerpo igual que si me hubiese sumergido suavemente en un baño templado. Cuando la ola llegó a mi garganta, solté un gemido. No me di cuenta de que lo había hecho en voz alta hasta que Jimmy

habló.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—No he dicho nada —contesté rápida.

—Oh, está bien. Buenas noches —repitió.

—Buenas noches —le contesté y di la vuelta para obligarme a mí misma a dormir y olvidar.

## EL GUARDIÁN DE MI HERMANO

Philip vino al colegio mucho más temprano que de costumbre a la mañana siguiente para poder encontrarse conmigo antes de que llegasen los otros alumnos. Padre fue directamente a trabajar en un problema de electricidad que había en el gimnasio y Jimmy y yo fuimos como de costumbre a su oficina. A los pocos minutos de haber llegado, apareció Philip en la puerta.

—Buenos días —dijo sonriendo ante la mirada de sorpresa de Jimmy y mía—. Esta mañana tenía que llegar temprano a la biblioteca y se me ocurrió mirar si estabais aquí.

—La biblioteca no abre tan temprano —replicó Jimmy haciendo estallar en pedacitos la frágil disculpa de Philip.

—A veces lo está —insistió Philip.

—Yo también tengo que ir a la biblioteca —corté yo—. Voy contigo.

Jimmy frunció el ceño al ver que me ponía de pie.

—Te veré más tarde, Jimmy —me despedí mientras subía las escaleras con Philip.

—Anoche estuve pensando mucho en ti —me comentó Philip—. Cada cinco minutos hubiese querido llamarte para saber cómo estabas. ¿Te pondrán pronto el teléfono?

—Oh, Philip —dije girándome rápida hacia él—. No lo creo. Jimmy me odiaría si me oyera decir esto, pero tengo que decirte la verdad. Somos una familia muy pobre. La única razón por la que Jimmy y yo estamos en este colegio es porque mi padre trabaja aquí. Éste es el motivo por el que llevo estas ropas tan sencillas y Jimmy lleva un mono y una camisa. Usará la misma camisa al menos dos veces por semana. Tengo que lavarlo todo en seguida, de forma que lo podamos usar todo rápidamente otra vez. No estamos viviendo en ese barrio tan feo temporalmente. ¡Es el mejor sitio en el que hayamos vivido! —gemí y me aparté.

Philip me alcanzó rápidamente y me tomó por el brazo.

—Eh —me hizo girar—. Yo ya sabía todo eso.

—¿Lo sabías?

—Seguro. Todo el mundo sabe por qué entrasteis en el Emerson Peabody.

—¿Lo saben? Por supuesto que sí. —Me di cuenta con amargura—. Estoy segura que estamos en boca de todos, especialmente de tu hermana.

—No presto atención a los chismes y no me importa si estás aquí porque tu padre sea rico o porque trabaje aquí. Simplemente estoy feliz de que estés aquí —dijo—. Y

en cuanto a lo de pertenecer al ambiente, estás mucho más en ambiente aquí que la mayoría de estos chicos malcriados. Sé que tus maestros están contentos de que estés aquí y Mr. Moore está caminando sobre una nube porque finalmente ha encontrado una alumna muy dotada a quien dar clase —declaró Philip. Parecía tan sincero. Sus ojos brillaban resueltamente y su mirada se derramaba tan suave y cálida sobre mí, que me estremecí.

—Probablemente estás diciendo todas esas cosas agradables para hacerme sentir mejor —dije suavemente.

—No es así. De veras. —Sonrió—. Cruzo mi corazón y que me caiga en un pozo lleno de salsa de chocolate. —Reí—. Así está mejor. No estés tan seria todo el tiempo. —Miró a su alrededor y se acercó aún más, aplastando prácticamente su cuerpo contra el mío—. ¿Cuándo vamos a dar un paseo otra vez?

—Oh, Philip. No puedo dar más paseos contigo.

—Proferir esas palabras me dolía muchísimo, pero no podía desobedecer a Padre y a Madre.

—¿Por qué no? —Sus ojos se empequeñecieron—. Si mi hermana o sus amigas te dijeron algo sobre mí, cualquier cosa que te hayan dicho es mentira —añadió rápidamente.

—No, no es eso. —Miré hacia abajo—. Tuve que prometerles a Madre y Padre que no saldría contigo.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Alguien le dijo algo a tu padre sobre mí? —preguntó.

Negué con la cabeza.

—No es por ti, Philip. Creen que soy demasiado joven todavía y no puedo hacer nada para evitarlo. Tenemos demasiados problemas.

Me miró duramente y entonces, de repente, sonrió.

—Bien, entonces —dijo negándose a ser derrotado—, esperaré hasta que te den permiso. Incluso puede que hable con tu padre.

—Oh, no, Philip. Por favor, no lo hagas. No quiero hacer a nadie desgraciado y menos que a nadie a Padre.

A pesar de mis palabras, una parte de mí quería que Philip hablase con mi padre. Me sentía muy halagada de que no quisiera renunciar a mí, o aceptar un no. Era mi caballero en brillante armadura que me quería llevar a la puesta del sol y darme todo lo que yo siempre había deseado.

—De acuerdo —dijo—. No te preocupes. Si no quieres que hable con él, no lo haré.

—Aunque Padre no me deje ir de paseo contigo ahora, quiero que sepas que lo haré en cuanto me den permiso —añadí apresuradamente. No quería perder a Philip. Se estaba convirtiendo en una parte especial de mi vida que me gustaba mucho. Cuando vi que sus ojos se iluminaban esperanzadamente, me sentí mucho mejor.

Oímos que se abrían puertas y vimos que algunos otros alumnos empezaban a llegar. Philip miró hacia la biblioteca.

—Realmente tengo que buscar algo de material de investigación para mi trabajo trimestral. No era una mentira completa —me dijo sonriendo. Empezó a alejarse—. Te veré después.

Continuó alejándose hasta que su espalda tropezó con una pared. Ambos reímos. Entonces se giró y se apresuró hacia la biblioteca. Respiré profundamente y volví hacia las puertas principales. El resto del alumnado estaba entrando y vi a Louise de refilón. Louise me saludó con la mano, así que la esperé.

—Todo el mundo está hablando sobre ti —me explicó, apresurándose a acercarse a mí. Su cara pálida y pecosa se había ruborizado con la excitación.

—¿Oh?

—Todos saben que fuiste a dar un paseo con Philip después del colegio. Linda me acaba de decir que hubo mucho chismorreó en los dormitorios.

Louise miró hacia atrás al creciente grupo de alumnos que llegaban y señaló con la cabeza hacia el lavabo de las chicas. La seguí dentro.

—Quizá no debería decírtelo —comentó.

—Por supuesto que debes. Si quieres ser mi amiga, como dices todo el tiempo. Las amigas no se ocultan nada unas de otras. Se ayudan.

—Clara Sue le está diciendo a todo el mundo que su hermano no se interesaría por una chica como tú, una chica de una familia tan pobre, si no hubiera averiguado que tienes una reputación...

—¿Reputación? ¿Qué clase de reputación?

—La reputación de llegar hasta el final en una primera cita —admitió finalmente y se mordió el labio inferior rápidamente como para castigarse a sí misma por permitir que las palabras hubieran salido de su boca—. Le dijo a las otras chicas que Philip le había dicho que vosotros dos... lo hicisteis ayer. Dijo que su hermano presumía de ello.

Pude ver por la manera que me miraba que no estaba muy convencida de que no fuera una mentira.

—¡Es una asquerosa y odiosa mentira! —grité. Louise sólo movió los hombros.

—Ahora Linda y las otras chicas lo están repitiendo. Lo siento, pero quería que lo supieras.

—Nunca he conocido una chica tan horrible como Clara Sue Cutler —dije. Sentí la furia en mi cara, pero no pude evitarlo. Hacía sólo un momento que el mundo era brillante y hermoso. Había pájaros cantando y el cielo había sido bendecido con nubecillas suaves, limpias, blancas, que te hacían sentir feliz por estar viva y por poderlas contemplar. Al momento siguiente, una tormenta entró rápidamente, inundando el azul con un sucio gris oscuro y ahogando la luz del sol y las risas y

alegría.

—Quieren que te espíe —susurró Louise—. Linda me lo pidió.

—¿Espíarme? ¿Qué quieres decir?

—Que les cuente cualquier cosa que me cuentes a mí sobre lo que haces con Philip —explicó—. Pero nunca les contaría nada que me explicases confidencialmente —dijo—. Puedes confiar en mí —añadió, pero me pregunté si me había explicado lo que estaban diciendo las chicas porque realmente quería ayudarme o porque quería que me disgustara.

«Jimmy tenía razón sobre la gente rica», pensé. Estas niñas malcriadas y ricas eran mucho más retorcidas que las chicas que había conocido en otros colegios. Tenían mucho más tiempo que perder en intrigas y parecían nadar en una piscina de celos. Había muchas más miradas de envidia aquí y todos eran muy conscientes de lo que se ponían o de lo que tenían. Por supuesto que todas las chicas estaban orgullosas de sus ropas bonitas y de sus joyas dondequiera que había estado, pero aquí, lo desplegaban con mucho más alarde y si alguien tenía algo especial, los demás trataban de tener algo mucho mejor rápidamente.

Yo no era una amenaza para ellas en lo que se refería a las ropas y joyas, pero les debería estar molestando mucho que Philip Cutler se interesara por mí. No habían conseguido que se interesara por ellas a pesar de sus ropas caras y sus joyas deslumbrantes.

—¿Y así qué ocurrió ayer? —preguntó Louise.

—Nada —respondí—. Estuvo muy educado. Me llevó de paseo y me mostró un maravilloso paisaje y entonces me llevó a casa.

—¿No intentó... hacer nada?

—No —contesté. Y rápidamente desvié los ojos. Cuando la volví a mirar, pude ver su desilusión—. De manera que Clara Sue puede dejar de extender sus mentiras.

—Sólo está avergonzada de que le gustes a su hermano —contestó Louise bastante despreocupadamente.

«Qué horrible», pensé, el ser considerada inferior a los demás sólo porque tus padres no eran ricos. Tuve en la punta de la lengua decirle que le podía explicar a Clara Sue que no se tenía que preocupar, ya que mis padres me habían prohibido salir a pasear con Philip, pero antes de que pudiera decir nada, oímos la campana que indicaba que debíamos ir al aula principal.

—Oh, no —dije dándome cuenta de la hora que era—. Vamos a llegar tarde.

—Oh, no pasa nada —replicó Louise—. Nunca he llegado tarde antes. La vieja Turnkey no nos castigará después de clase por sólo una vez de llegar tarde.

—En cualquier forma, debemos ir —terminé dirigiéndome hacia la puerta. Louise se detuvo en el umbral cuando la abrí.

—Te diré lo que dicen sobre ti —me dijo, con sus aguados ojos mirándome bajo

sus pestañas—, si quieres.

—No me importa lo que digan —mentí—. No merecen que una se preocupe por ellas. —Me apresuré hacia el aula principal con Louise a mi lado, sus zapatos taconeando mientras corríamos por el pasillo. Mi corazón, que debía de estar hecho de plumas, de repente era más pesado que el plomo.

—Chicas, llegáis tarde —dijo Mr. Wengrow en el momento que entramos.

—Lo siento, señor —contesté primero—. Estábamos en el baño y...

—Chismorreando y por eso no oísteis la campana —concluyó y movió la cabeza. Louise se apresuró hacia su pupitre y yo me deslicé en el mío. Mr. Wengrow hizo algunas anotaciones y luego golpeó con su regla en la mesa como anticipación de los avisos de la mañana.

Otro día en el Emerson Peabody apenas acababa de empezar y yo me sentía como si hubiera estado en una montaña rusa durante horas y horas.

Un poco después de la mitad de mi tercera clase, fui llamada de ésta, la clase de estudios sociales, para que fuera a ver a Mrs. Turnbell. Cuando llegué a su despacho, su secretaria me miró airadamente y habló secamente, diciéndome que me sentara. Tuve que esperar al menos otros diez minutos mientras me preguntaba por qué se me había dicho que viniera inmediatamente si no me recibía. Estaba perdiendo un tiempo de clase valioso allí sentada. Finalmente Mrs. Turnbell llamó a su secretaria, que me permitió entrar.

Mrs. Turnbell estaba sentada tras su mesa, mirando hacia abajo y escribiendo. Ni siquiera levantó la cabeza cuando entré. Permanecí allí unos momentos, esperando, apretando fuertemente los libros contra mi pecho. Entonces, aún sin haberme mirado, me dijo que me sentara frente a su mesa. Continuó escribiendo durante unos momentos después de que me senté. Finalmente, sus fríos ojos grises se levantaron de los papeles ante ella y se reclinó en su silla.

—¿Por qué motivo llegó usted tarde al aula principal hoy? —preguntó sin siquiera saludarme.

—Oh, estaba hablando con una amiga en el cuarto de baño y estábamos tan interesadas que perdimos la noción del tiempo hasta que sonó la segunda campana, pero tan pronto como la oímos, corrí hasta mi aula principal —dije.

—No puedo creer que ya tenga un nuevo problema con usted.

—No es un problema, Mrs. Turnbell. Yo...

—¿Sabía usted que su hermano ha llegado tarde dos veces a clase desde que los dos entraron en este colegio? —preguntó bruscamente.

Negué con la cabeza.

—Y ahora usted —añadió con un gesto.

—Es mi primer retraso. No me había ocurrido nunca —añadí.

—¿Nunca? —Levantó sus oscuras y algo tupidas cejas escépticamente—. En cualquier caso, éste no es el lugar para empezar a desarrollar malas costumbres. No es precisamente el lugar —dijo haciendo énfasis.

—Sí, señora —contesté—. Lo siento.

—Creo que les expliqué nuestros reglamentos a usted y a su hermano su primera mañana aquí. Dígame, Miss Longchamp, ¿fue adecuada mi explicación? —continuó sin permitirme contestarle—. Les dije que ambos tenían un deber y una responsabilidad especial, ya que su padre estaba empleado aquí —siguió. Sus palabras me aguijoneaban y hacían que sintiera las lágrimas calientes que se agolpaban en mis ojos—. Cuando un hermano y una hermana tienen las mismas malas costumbres —continuó—, no es difícil adivinar que es porque han recibido la misma educación.

—Pero es que no tenemos malos hábitos, Mrs. Turnbell. Nosotros...

—¡No sea insolente! ¿Pone en duda mi buen juicio?

—No, Mrs. Turnbell —dije y me mordí el labio inferior para evitar añadir ninguna otra palabra.

—Se presentará usted inmediatamente después de las clases para un castigo —dijo ásperamente.

—Pero...

—¿Qué? —Levantó los ojos y me miró.

—Tengo clase de piano con Mr. Moore después de las clases y...

—Pues tendrá que perdersela y ha sido por su culpa —dijo—. Ahora vuelva usted a su clase —ordenó.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Louise cuando la vi camino de la cafetería.

—Estoy castigada por haber llegado tarde al aula principal —me quejé.

—¿De veras? ¿Castigada por haber llegado tarde una sola vez? —Ladeó la cabeza—. Supongo que soy la siguiente, sólo que...

—¿Sólo que qué?

—Clara Sue y Linda han llegado tarde dos veces esta semana y la Turnkey ni siquiera las ha llamado para reñirías. Generalmente es después del tercer retraso.

—Creo que ha sumado dos retrasos de mi hermano al mío —razoné con amargura.

Philip me estaba esperando en la entrada a la cafetería. Vio la expresión triste de mi cara y le expliqué lo que me ocurría.

—Es injusto —me dijo—. Quizá le deberías pedir a tu padre que le hablara.

—Oh, no le podría pedir a Padre que hiciera eso. ¡Qué pasaría si se enfadara con él y lo despidiera por culpa mía!

Philip se encogió de hombros.

—Sigue siendo injusto —contestó. Miró la bolsa que yo llevaba en la mano—. ¿Y

qué clase de sándwich de *gourmet* te has hecho hoy? —preguntó.

—Yo... —Lo único que tenía en la bolsa era una manzana que había cogido antes de salir. Fern se había levantado más temprano de lo acostumbrado y entre a arreglarla y hacerle el desayuno, me había olvidado de hacerme un sándwich hasta el momento de salir. No podía hacer que Padre llegara tarde al trabajo, así es que rápidamente hice un sándwich para Jimmy y metí una manzana en la bolsa para mí—. Todo lo que tengo hoy es una manzana.

—¿Qué? No puedes tomar sólo una manzana para almorzar. Déjame que hoy te pague el almuerzo.

—Oh, no. De todos modos no tengo mucho apetito y...

—Por favor, nunca le he pagado el almuerzo a una chica. Todas las chicas que he conocido podían haberme pagado doble almuerzo —añadió riéndose—. Si no puedo llevarte a dar paseos, por lo menos déjame hacer eso.

—Bueno, vale —contesté—. Quizá por esta sola vez.

Encontramos una mesa a un lado y nos pusimos en la línea de la comida. Las chicas que estaban sentadas con Louise y las mayores nos miraron con curiosidad, especialmente las que estaban en la mesa de Clara Sue. Vi que ella asentía y murmuraba. Irónicamente, el que yo estuviese con Philip ayudaba a confirmar los feos rumores que se dedicaba a extender sobre mí. Sabía que todos los ojos estaban fijos en Philip y en mí al acercarnos al cajero y que todos sabrían que él me había pagado el almuerzo. El pensamiento de lo que ella iba a decir me produjo deseos de arrancar las doradas guedejas de la cabeza de Clara Sue.

—De modo que —dijo Philip volviéndose a mí después de que nos sentamos a comer— no hay posibilidad de que te pueda llevar a dar un paseo pronto, ¿eh?

—Ya te lo he dicho, Philip...

—Bueno, bueno. Oye, ¿qué te parece si —preguntó— paso por tu casa esta noche como a las siete, y te escapas, diciéndole a tus padres que vas a estudiar con una amiga o algo así? No van a saber la verdad y...

—Yo no miento a mis padres, Philip —contesté.

—No será exactamente una mentira. Estudiaré algo contigo. ¿Qué te parece? Negué con la cabeza.

—No puedo —dije—. Por favor, no me pidas que mienta.

Antes de que pudiese decirme nada más, repentinamente oímos un gran estrépito y nos volvimos hacia donde estaba Jimmy. Algunos chicos habían ido a la mesa de Jimmy y le habían dicho algo y, fuese lo que fuese, lo habían hecho saltar como un cohete. En cuestión de segundos, estuvo en pie y se lanzó contra ellos empujando, y luchando con chicos mayores que él. Esto atrajo la atención de toda la cafetería.

—Son muchos contra uno —exclamó Philip y se lanzó de un salto a la batalla. Los maestros entraron corriendo y el servicio de la cafetería salió de detrás del

mostrador. Sólo tardó unos momentos en terminar, pero a mí me pareció un siglo. Todos los chicos involucrados fueron obligados a salir de la cafetería justo en el momento en que sonaba la campana para que los alumnos regresaran a sus clases.

Me pasé la tarde sobre ascuas. Cada vez que sonaba la campana para el cambio de clases, yo, junto con casi todo el mundo, pasaba por delante del despacho de Mrs. Turnbell para ver qué estaba sucediendo. Louise, que era tan eficiente como un servicio de noticias, averiguó que cuatro chicos, lo mismo que Jimmy y Philip, habían sido llevados al despacho y les habían obligado a esperar en el despacho exterior mientras Mrs. Turnbell interrogaba a cada uno por separado. Padre también había sido llamado al despacho de Mrs. Turnbell.

Al final del día se supo el veredicto: a todos los chicos, excepto Jimmy, se les castigó después de las clases por pelear en la cafetería. Jimmy fue declarado el causante de todo y quedó suspendido durante tres días y puesto a prueba.

Tenía diez minutos antes de tener que presentarme para el castigo, así que me apresuré a ir al despacho de Padre buscándolo a él y a Jimmy. Tan pronto como llegué al sótano, pude oír a Padre gritando:

—¿Cómo te parece que queda? ¡Mi hijo suspendido! Tengo que tener el respeto de mis hombres. ¡Ahora se van a reír todos a mi espalda!

—No fue culpa mía —protestó Jimmy.

—¿Que no fue culpa tuya? Siempre estás en problemas. ¿Desde cuándo no es culpa tuya? Aquí nos están haciendo un favor, permitiendo que tú y Dawn asistáis al colegio...

—En lo que a mí respecta no es un favor. —Jimmy respondió cortante. Antes de que pudiera decir otra palabra, la mano de Padre se alzó volando y le cruzó la cara de un bofetón. Él miró a Padre y entonces pasó corriendo delante de mí.

—¡Jimmy! —le grité. Y corrí tras él para alcanzarle. No se detuvo hasta que llegó a la salida—. ¿Adonde vas? —le pregunté.

—Fuera de aquí y para siempre —contestó, con la cara roja como un pimiento—. Sabía que no resultaría. ¡Odio este lugar! ¡Lo odio! —gritó y salió corriendo.

—¡Jimmy!

No se volvió y el reloj funcionaba en contra mía. No podía llegar tarde al castigo, especialmente después de todo esto. Sintiéndome como si estuviese atada y amordazada, mucho más frustrada de lo que nunca me había sentido en mi vida, bajé la cabeza y me apresuré escaleras arriba al cuarto de castigo, mientras las lágrimas me corrían libremente.

Todo había empezado a parecer que funcionaba, mi música, mis lecciones de piano, Philip, y ahora, como si todo hubiera estado hecho de pompas de jabón, estalló a mi alrededor, derramándose por el suelo junto con mis lágrimas.

Tan pronto como terminó el castigo, me apresuré a bajar en busca de Padre esperando que se hubiese calmado. Cautelosamente entré en su oficina. Estaba sentado detrás de su escritorio, de espaldas a la puerta, mirando a la pared.

—Hola, Padre —saludé. Se volvió y traté de juzgar su humor—. Siento lo que ha sucedido, Padre —le dije rápidamente—, pero no todo fue culpa de Jimmy y mía. Mrs. Turnbell iba a por nosotros. No le hemos gustado desde el principio. Tienes que haberlo visto en su cara el primer día —protesté.

—Oh, ya sé que le molestó bastante que le dijese que mis hijos tenían que venir a este colegio, pero no es la primera vez que Jimmy se ha metido en una pelea, Dawn. ¡Y también ha estado llegando tarde a clase y ha sido insolente con alguno de sus maestros! Parece ser que por mucho que uno haga por él, va a resultar mal.

—Es más difícil para Jimmy, Padre. No ha tenido ocasión de ser un verdadero estudiante hasta ahora. Estos niños ricos han estado mortificándolo de una forma terrible. Lo sé. Hasta ahora él ha aguantado todo lo que han querido echarle y ha dominado su genio, sólo porque quería tenerte contento... y a mí también —añadí. No me atreví a contarle lo que algunas de las chicas más odiosas me estaban haciendo.

—No sé. —Padre agitó la cabeza—. Creo que va por mal camino. Se parece a mi hermano Reuben, que la última vez que supe de él, estaba en la cárcel.

—¿En la cárcel? ¿Por qué motivo? —pregunté asombrada por esta repentina pequeña noticia. Padre jamás había mencionado a su hermano Reuben.

—Por robar. Siempre ha estado metido en una cosa u otra toda su vida.

—¿Reuben es mayor o menor que tú, Padre?

—Es mayor, un poco más de un año. Jimmy hasta se le parece y se pone de mal humor en la misma forma que él se ponía. —Padre agitó la cabeza—. No tiene buena pinta —agregó.

—¡No va a ser tan malo como Reuben! —exclamé—. Jimmy no es malo. Quiere ser bueno y hacerlo bien en el colegio. Yo sé que quiere. Lo que necesita es que le den una oportunidad. Puedo hablar con él y convencerle de que pruebe nuevamente. Ya lo verás.

—No sé, no sé —repetía él agitando la cabeza. Se puso en pie haciendo un gran esfuerzo—. No debimos haber venido aquí —murmuró—. Fue mala suerte.

Seguí a Padre hacia afuera, caminando al frescor de su sombra. Quizás era mala suerte tratar de hacer cosas que están fuera del alcance de uno. Posiblemente pertenecíamos al mundo de los pobres, contemplando en sueños a los ricos que pasaban y mirando con hambre las vitrinas de las tiendas. Quizás estábamos destinados a tener que luchar siempre para llegar a fin de mes. Quizás ése era nuestro terrible destino y no podíamos hacer nada por evitarlo.

—¿Cómo es que nunca me hablaste de Reuben, Padre?

—Es que como estaba siempre metido en tales líos, trataba de no acordarme de él —explicó Padre rápidamente.

Salimos para encontrarnos con lo que me pareció el día más desagradable que había visto en mucho tiempo.

Él cielo tenía un color gris plomizo con capas de nubes que se movían rápidamente, una por debajo de otra. El aire era más frío y más cortante.

—Parece que pronto va a caer una lluvia fría —comentó Padre. Puso el coche en marcha—. Apenas se puede esperar la primavera.

—¿Cuándo supiste lo de tu hermano Reuben, Padre? —pregunté mientras el coche se ponía en marcha.

—Oh, hace dos años o cosa así —contestó sin darle importancia.

Pensé, ¿hace dos años? ¿Pero cómo pudo enterarse? Hace dos años ni siquiera estábamos cerca de su familia.

—¿Tienen teléfono en la finca? —pregunté incrédula. Por todo lo que había oído contar sobre las fincas en Georgia, parecían demasiado pobres para poder tener teléfono, sobre todo si nosotros no podíamos.

—¿Teléfono? —se echo a reír—. Ni hablar. No tienen ni agua corriente ni electricidad. La residencia, si es que se le puede llamar así, tiene una bomba de mano y el excusado está fuera de la casa. Por la noche utilizan lámparas de aceite. Algunos de esos campesinos creen que el teléfono es un invento del diablo y jamás en su vida han pegado el oído a un aparato ni lo desean.

—Entonces, Padre, ¿cómo supiste lo de tu hermano hace tan sólo dos años más o menos? —pregunté rápidamente—. ¿Recibiste alguna carta?

—¿Una carta? Difícilmente. No hay muchos que sepan escribir más que su nombre, si es que llegan a tanto.

—Entonces, ¿cómo supiste lo de Reuben? —le pregunté de nuevo. Por un instante no me contestó. Pensé que no iba a hacerlo así que añadí—. ¿No será que regresaste por allí sin nosotros, Padre?

Por el modo de mirarme me di cuenta de que había dado en el blanco.

—Te estás volviendo muy lista, Dawn. No es fácil tener algo oculto cuando tú estás cerca. No le digas nada a tu madre, pero sí, volví una vez por unas pocas horas. Estaba trabajando lo bastante cerca como para poder ir y volver en el coche en una sola noche y lo hice sin decir nada.

—Y si estábamos tan cerca ¿por qué no fuimos todos, Padre?

—Dije que yo estaba cerca. Hubiese tardado horas en iros a buscar y después horas para volver a donde estaba y aún más horas para llegar a la granja —me explicó.

—¿A quién viste allí, Padre?

—Vi a mi madre. Padre había muerto hacía tiempo. Un día cayó en mitad de un

campo agarrándose el corazón.

Los ojos de Padre se llenaron de lágrimas pero parpadeó hasta hacerlas desaparecer.

—Madre estaba muy vieja —añadió moviendo la cabeza—. Me pesó haber ido. Se me rompió el corazón al verla sentada allí en su vieja mecedora. La muerte de Padre y que Reuben estuviese en la cárcel y los problemas de algunos de mis otros hermanos y hermanas le habían vuelto la piel gris lo mismo que el pelo. Ni siquiera me reconoció. Cuando le dije quién era me contestó: «Ormand está dentro de casa haciéndome un poco de mantequilla». Yo solía hacerla siempre —agregó sonriendo.

—¿Viste a tu hermana Lizzy?

—Sí, estaba allí, casada y con cuatro críos, dos de ellos con menos de un año de diferencia. Fue ella la que me contó lo de Reuben. No me quedé mucho tiempo y nunca se lo dije a tu madre porque todo eran malas noticias, así es que ahora no vayas tú con cuentos.

—No lo haré. Te lo prometo. Siento no haber llegado a conocer al abuelo —dije tristemente.

—De verdad que te hubiese gustado. Probablemente hubiese sacado su armónica y hubiese tocado algo para ti y quizá después los dos hubieseis tocado y cantado lo mismo juntos —dijo Padre soñando en voz alta.

—Debes de haberme contado lo de la armónica antes, Padre, porque lo tenía fijo en la mente.

—Seguramente —me contestó.

Comenzó a tararear algo que pensé que su padre acostumbraba a tocar y no dije nada más ni él tampoco hasta que llegamos a casa, pero yo me quedé preguntándome sobre Padre y qué otros secretos tendría.

Jimmy aún no había llegado así es que Madre no sabía nada de los problemas del colegio. Padre y yo, después de verla, nos miramos uno a otro y silenciosamente decidimos callarnos el asunto.

—¿Dónde está Jimmy? —nos preguntó.

—Está con algunos de los nuevos amigos —contestó Padre. Madre me miró y vio que era una mentira pero no hizo preguntas.

Pero cuando Jimmy no llegó para cenar tuvimos que contarle a Madre todo lo de la pelea y cómo se había metido en un lío. Ella asintió mientras hablábamos.

—Ya lo sabía —nos dijo—. Ninguno de los dos sabe decir una mentirijilla, y menos una mentira grande. —Suspiró—. Ese chico no es feliz. Quizá no lo sea nunca —añadió en tono de fatalidad profética.

—Oh, no, Madre. Jimmy va a ser algo grande. Lo sé. Es muy inteligente. Ya lo verás —insistí.

—Eso espero —contestó. Había empezado a toser de nuevo. Su tos había

cambiado. Se había vuelto más profunda, sacudiéndole todo el cuerpo, a veces silenciosamente. Madre pretendía que estaba mejorando. Que le iba bajando para desaparecer, pero yo no me sentía tranquila y seguía deseando que fuese a ver a un verdadero médico o a un hospital.

Más tarde fregué los platos y puse todo en orden. Ensayé una canción. Padre y Fern eran mi público y Fern estaba muy atenta cada vez que cantaba. Aplaudía con sus manitas cada vez que Padre lo hacía. Madre oía desde el dormitorio y de vez en cuando me decía lo bien que lo hacía.

Oscureció y la lluvia fría que Padre había anunciado comenzó a caer, y sus gotas salpicaban nuestras ventanas. Sonaba como si miles de dedos golpearan el cristal. Hubo rayos y truenos y el viento soplabá alrededor de la casa silbando a través de las grietas y huecos. Tuve que ponerle otra manta a Madre porque los dientes le castañeteaban.

Decidimos que permitiríamos que la pequeña Fern durmiese esta noche con la ropa puesta. Me sentía apenada y preocupada por Jimmy, que estaba fuera en alguna parte, caminando en la noche oscura y tormentosa. Pensé que el corazón se me rompía. Sabía que no llevaba dinero así que tenía que haberse quedado sin cenar. Tapé un plato con comida, lista para calentársela en el momento que regresase.

Pero la noche iba transcurriendo y no regresaba. Permanecí despierta tanto como me fue posible, mirando a la puerta y escuchando para oír los pasos de Jimmy en el pasillo, pero cada vez que sentía pasos, subían o bajaban a otro apartamento. De vez en cuando, iba a la ventana y miraba a través del cristal empañado la lluviosa oscuridad.

Finalmente me dormí yo también pero como a media noche, me desperté con el sonido de la puerta de la calle.

—¿Dónde has estado? —murmuré. No podía verle los ojos ni gran cosa de su cara.

—Iba a escaparme —me contestó—. Llegué hasta cincuenta kilómetros fuera de Richmond.

—James Gary Longchamp, no es posible.

—Lo hice. Dos veces hice autostop y me recogieron y el segundo me dejó junto a un restaurante en la carretera. Como no llevaba más que un poco de cambio, me tomé una taza de café. La camarera tuvo lástima de mí y me trajo un panecillo y mantequilla. Luego, empezó a hacerme preguntas. También tiene un hijo como de mi edad y trabaja todo el tiempo porque su marido murió en un accidente de coche hace unos cinco años.

»Pensaba seguir haciendo autostop pero empezó a llover tan fuerte que no pude salir. La camarera conocía a un camionero que venía a Richmond y le pidió que me trajese, así que regresé. Pero no voy a quedarme y no voy a volver a ese colegio de

pretensiones y tú tampoco debes volver, Dawn —dijo decidido.

—Oh, Jimmy. Tienes derecho a estar disgustado. Los chicos ricos no son mejor que los pobres que hemos conocido y se nos ha tratado injustamente sólo porque no somos ricos como los otros, pero Padre no quería causarnos daño al hacernos ir al Emerson Peabody. Sólo estaba tratando de hacernos un bien —le dije—. Tienes que reconocer que el colegio es hermoso y lleno de cosas nuevas, y tú mismo me dijiste que algunos maestros eran simpáticos y buenos. Has empezado a mejorar en tus estudios, ¿no es verdad? Y te gusta jugar en el equipo del colegio, ¿no es así?

—Allí todavía somos como unos peces fuera del agua y los otros alumnos nunca van a aceptarnos o permitirnos vivir en paz, Dawn. Prefiero ir a la escuela pública.

—Vamos, Jimmy, no lo puedes decir en serio —susurré. Toqué su mano que aún estaba muy fría—. Tienes que haberte congelado ahí fuera, James Gary. Tienes el pelo empapado y también la ropa. ¡Debes de haber cogido una pulmonía!

—¿A quién puede importarle?

—A mí me importa —le contesté—. Ahora, quítate todas esas ropas mojadas rápidamente —le ordené y fui a buscar una toalla. Cuando regresé, estaba envuelto en una manta, la ropa mojada en el suelo. Me senté a su lado y empecé a secarle el pelo. Cuando terminé, vi el esbozo de una sonrisa en la oscuridad.

—Nunca he conocido otra chica como tú, Dawn —dijo—. Y no lo digo porque seas mi hermana. Creo que regresé porque no quería dejarte metida en todo este desastre. Empecé a pensar que tendrías que volver al colegio sin nadie para protegerte.

—Oh, Jimmy, no necesito protección y aparte, si la necesitara, Padre me protegería, ¿no crees?

—Seguro —repuso retirando la mano—. Igual que nos protegió hoy. Traté de decirle que no era culpa mía, pero no quiso escuchar. Todo lo que le salió fue gritarme por no ser lo bastante bueno y por decepcionarle. Y entonces, va y me pega.

Se dejó caer sobre la almohada.

—No debió pegarte, Jimmy. Pero dijo que le recordaste a su hermano Reuben, que está en la cárcel.

—¿Reuben?

—Sí —contesté, reclinándome para acostarme a su lado—. Me explicó sobre él y por qué tuvo tanto miedo cuando te metiste en el lío. Dice que te pareces mucho a Reuben e incluso que actúas como él.

—No recordaba que Padre hubiera mencionado a nadie que se llamase Reuben —comentó.

—Yo tampoco. Padre volvió por su casa —susurré aún más bajito y le expliqué lo que me había contado Padre sobre su visita.

—Estaba pensando dirigirme hacia Georgia cuando me marché —dijo con la voz

llena de asombro.

—¿Lo hubieras hecho? Oh, Jimmy —le pedí incorporándome y mirándole—. ¿Probarías otra vez, sólo una vez más, sólo por mí? Ignora a esos desagradables chicos y dedícate sólo a tu trabajo.

—Es difícil ignorarlos cuando se vuelven desagradables y repugnantes —desvió la mirada.

—¿Qué te dijeron, Jimmy? Philip no me lo quiso decir. —Jimmy permaneció en silencio—. Tenía algo que ver conmigo y con Philip, ¿verdad? —Se hizo un largo y doloroso silencio entre los dos.

—Ajá —repuso finalmente.

—Sabían que te harían enfadar con ello, Jimmy. —Y todo era culpa de Clara Sue Cutler, pensé, y su desagradable ramalazo de celos. Nunca me había disgustado nadie como me disgustaba ella—. Estaban deliberadamente poniéndote un cebo, Jimmy.

—Lo sé, pero... no puedo evitar enfadarme cuando alguien habla mal de ti, Dawn —confesó, mirándome con ojos tan heridos, que me dolió el corazón—. Siento que te hayas enfadado —terminó.

—No estoy disgustada contigo. Me gusta que me cuides, sólo que no te quiero meter en problemas.

—No lo hiciste —dijo—. Pero es muy de tu carácter pensar que fue tu culpa. Está bien —exclamó después de un momento y de haber suspirado profundamente—. Aguantaré mi suspensión y volveré y probaré de nuevo, pero no creo que vaya a resultar. Simplemente no pertenecemos ahí. Al menos, yo no —añadió.

—Por supuesto que sí perteneces, Jimmy. Eres tan listo y fuerte como cualquiera de ellos.

—No quiero decir que no sea tan bueno como ellos. Sólo que no soy de su especie. Quizá tú lo seas, Dawn. Tú te llevas bien con todos. Apuesto que podrías hacer que el demonio se arrepintiera.

Me reí.

—Estoy contenta de que hayas regresado, Jimmy. Le habría roto el corazón a Madre si no lo hubieras hecho y a Padre también. La pequeña Fern hubiera llorado por ti cada día.

—¿Y tú? —preguntó rápidamente.

—Yo ya estaba llorando —admití. El no contestó nada. Después de un momento, tomó mi mano y la apretó suavemente. Pareció que hacía mucho tiempo desde que él había querido tocarme. Retiré los mechones de pelo que habían caído sobre su frente. Tuve ganas de besarle en la mejilla con cariño, pero no sabía cómo iba a reaccionar. Estábamos tan juntos que mi pecho rozaba su brazo, pero a diferencia de otras veces, él no saltó como si le hubiera pinchado un alfiler. Repentinamente le sentí temblar.

—¿Tienes frío, Jimmy?

—Estaré bien —contestó, pero le rodeé con el brazo y lo sostuve frotando su hombro desnudo.

—Será mejor que tú también te metas bajo la manta y te duermas, Dawn —dijo con voz quebrada.

—De acuerdo. Buenas noches, Jimmy —murmuré y me arriesgué a besarle en la mejilla. No se retiró.

—Buenas noches —contestó y me recosté. Durante un rato largo, estuve contemplando la oscuridad, con mis emociones en un torbellino. Cuando cerré los ojos, aún vi los hombros desnudos de Jimmy brillando en la oscuridad, y el tacto de su suave mejilla permanecía en mis labios.

## NOCHE INAUGURAL

Padre empezó a gritarle a Jimmy a primera hora de la mañana.

—¿Por qué te escapaste? —gritó.

—Tú siempre lo haces —le contestó Jimmy como un disparo. Se contemplaron ferozmente, pero cuando salió Madre, estuvo tan contenta de que Jimmy hubiera vuelto a casa que por una vez Padre se detuvo.

—Iré a ver a todos tus profesores para recogerte los deberes, Jimmy —le dije rápidamente—. Mientras tanto, podrás ayudar a Madre con Fern.

—Justamente lo que quería ser —gimió—. Un canguro.

—Es por tu culpa —le contestó Padre. Jimmy puso la cara larga. Me alegré cuando llegó el momento de que Padre y yo nos marchásemos al colegio.

—Jimmy lo va a intentar de nuevo, Padre —le dije después de que nos pusimos en marcha—. Me lo prometió anoche después de volver a casa.

—Bien —gruñó Padre. Entonces se volvió hacia mí y me miró de una forma extraña—. Es muy bueno por tu parte el preocuparte tanto de tu hermano.

—¿En tu familia no os preocupabais unos por otros, Padre? —pregunté.

—No como os preocupáis Jimmy y tú —respondió, pero pude ver por la manera en que se entrecerraba sus ojos que no le gustaba hablar sobre ello.

No podía imaginar que no me preocupara por Jimmy. No importa lo contenta que estuviera, si Jimmy no lo estaba, a mí me era imposible estarlo. Nos habían ocurrido tantas cosas y tan rápido en el Emerson Peabody, que me daba vueltas la cabeza. Pensé que lo mejor que podía hacer era concentrarme en mis deberes del colegio y en mi música y echarme a la espalda todas las cosas malas. Jimmy hizo un esfuerzo mayor cuando volvió. Se entregó más a los deportes y hasta empezó a rendir más en sus clases. Empezó a parecer que todo iba acoplándose mejor.

Sin embargo, de vez en cuando, cuando pasaba por los corredores, veía a Mrs. Turnbell a un lado contemplándome. Jimmy decía que se sentía como si ella lo estuviera persiguiendo, pues la veía observándolo muy a menudo. Le sonreía y la saludaba educadamente y ella me devolvía el saludo, pero parecía estar esperando por algo que confirmara su creencia de que no podíamos llenar las exigencias que un colegio como el Emerson Peabody demandaba de sus alumnos, alumnos que, según ella creía, eran más especiales que nosotros.

Por supuesto, Philip aún estaba disgustado porque yo no podía salir con él y además no me escapara para hacerlo. Me insistía que se lo pidiera a Padre o que me encontrara con él secretamente. En el fondo, esperaba que todo mejorase al llegar la

primavera. Desafortunadamente, el invierno persistía, manteniendo frías las tablas del suelo, los cielos grises y los árboles y arbustos desnudos. Pero cuando el aire finalmente se hizo cálido y los árboles y las flores echaron brotes, me sentí llena con una sensación de renovada esperanza y felicidad. Sacaba fuerza y placer de todo lo que florecía a mi alrededor. La radiante luz del sol y los colores brillantes hacían que hasta nuestro pobre barrio pareciera especial. Padre ya no hablaba de dejar su empleo, a Jimmy le iba bien en el colegio y finalmente yo me estaba dedicando a la música en la forma en que siempre había soñado hacerlo.

Sólo la persistente enfermedad de Madre nos deprimía, pero yo esperaba que con la llegada de la primavera podría salir a caminar al aire libre los días de sol, y manteniendo las ventanas abiertas para que tomase más aire fresco, seguramente iba a mejorar. La primavera era algo que hacía renacer la fe. Siempre lo había hecho en mí y ahora más que nunca rezaba para que nuevamente hiciese milagros.

Una brillante tarde después que terminé mis lecciones de piano, encontré a Philip esperándome en la puerta de la sala de música. No le vi y casi tropecé con él porque iba caminando con los libros en los brazos y la mirada baja. Las notas que había estado tocando continuaban resonando en mi cabeza. Cuando tocaba el piano, era como si mis dedos soñasen por su cuenta. Diez minutos después de haberme levantado de la banqueta del piano, podía sentir cómo conservaban la sensación de las teclas. Las puntas de mis dedos cosquilleaban con el recuerdo del contacto y deseaban repetir sus movimientos sobre el teclado, arrancando notas y tejiéndolas en melodías y canciones.

—Te doy un centavo por tus pensamientos —escuché y me encontré con los ojos sonrientes y amables de Philip. Se apoyaba descuidadamente en la pared del corredor con los brazos cruzados sobre el pecho. Tenía su pelo dorado, brillante y cepillado hacia atrás, aún un poco húmedo de la ducha que acababa de darse después de la práctica del béisbol. Philip era uno de los lanzadores que empezaban en el equipo titular.

—Oh, hola —contesté deteniéndome abruptamente con sorpresa.

—Supongo que estabas pensando en mí —me dijo. Me eché a reír.

—Sólo estaba pensando en la música, en mis lecciones de piano.

—Bueno, me desilusionas, pero ¿cómo te va?

—Mr. Moore está satisfecho —dije modestamente—. Me ha puesto a cantar de solista en el concierto de primavera.

—¿De veras? ¡Fantástico! —comentó Philip enderezando el cuerpo—. ¡Te felicito!

—Muchas gracias.

—Hoy el entrenamiento fue más corto y yo... sabía que estarías aquí todavía.

Los corredores estaban prácticamente vacíos. De vez en cuando alguien salía de

alguna sala de estudios y se iba, pero fuera de eso, estábamos solos, por primera vez en mucho tiempo.

Se acercó más hasta que estuvo de espaldas a la pared y poniendo sus manos sobre ésta, me dejó como encerrada en una jaula.

—Me gustaría poderte llevar a casa —me pidió.

—A mí también, pero...

—¿Qué te parece si paso por tu casa esta noche y no nos vamos de paseo? Podríamos quedarnos sentados en mi coche.

—No lo sé, Philip.

—Entonces no estarás mintiendo, ¿no es así?

—Tengo que decirles dónde voy y...

—¿Les cuentas todo? ¿Siempre? —movió la cabeza—. Los padres suponen que uno a veces hace cosas en secreto. Seguro. ¿Qué me dices?

—No lo sé. Yo... veré —contesté. Había tal frustración en sus ojos—. Quizás una noche.

—Está bien. —Miró alrededor nuestro y se acercó más.

—Philip, alguien podría vernos —protesté cuando él acercó sus labios.

—Sólo un beso rápido para felicitarte —dijo poniendo sus labios sobre los míos. Hasta puso una mano sobre mi pecho.

—Philip —protesté. Se echó a reír.

—Está bien —dijo enderezándose nuevamente—. ¿Estás nerviosa por cantar en el concierto?

—Naturalmente. Será la primera vez que cante sola delante de tanta gente, tanta gente de dinero que han visto y oído artistas de primera. Louise me dijo que tu hermana va a estar llena de envidia y furiosa por esto. Esperaba que le diesen el papel de solista.

—Lo tuvo el año pasado. Además, su voz parece una bocina para la niebla.

—Oh, no. Eso no es así —dije mirándole rápidamente—. Pero me gustaría que dejase de decir cosas tan feas sobre mí. Si hago bien un examen le dice a la gente que he hecho trampas. No me ha dejado en paz desde que llegué. Un día de éstos, voy a tener que enfrentarme a ella. —Philip se echó a reír—. No tiene gracia.

—Me reía de lo brillantes e intensos que se vuelven tus ojos cuando te enfadas. No puedes esconder tus sentimientos.

—Lo sé. Padre dice que sería un desastre como jugador de póquer.

—Me gustaría jugar *strip póker* contigo algún día —sonrió licenciosamente.

—¡Philip!

—¿Qué?

—No me digas cosas así —le dije, pero al mismo tiempo, no pude menos de imaginármelo.

Se encogió de hombros.

—Algunas veces es inevitable, especialmente cuando estoy a tu lado.

¿Podría oír el latido de mi corazón? Vi algunos alumnos que venían por la esquina.

—Tengo que bajar a la oficina de Padre. Probablemente él y Jimmy me estén esperando —añadí comenzando a bajar la escalera.

—Dawn, espera.

Me volví hacia él. Se reunió conmigo en la escalera.

—Crees... quiero decir, como se trata de una ocasión especial y todo eso... ¿No podrías conseguir que tu padre y tu madre me dejaran llevarte al concierto, por lo menos? —preguntó esperanzado.

—Se lo pediré —le dije.

—Estupendo. Me alegro de haber esperado para verte. —Se inclinó hacia delante para besarme. Pensé que iba a darme un beso rápido en la mejilla pero en lugar de eso me besó en el cuello. Lo hizo y se fue antes de que yo tuviese ocasión de reaccionar. Los alumnos que venían por el corredor lo vieron y los chicos soltaron un aullido. Parecía que el corazón no me cabía en el pecho. Latía demasiado de prisa, demasiado fiero, demasiado alto y el pulso también lo tenía alocado. Tuve miedo de que Padre y Jimmy viesen el rubor en mis mejillas y supiesen que me acababan de besar.

Pensé que de repente había surgido algo muy especial entre Philip y yo, como si el simple hecho de besarme o de mirarme o de hablarme en voz baja pudiese hacer arder mi cuerpo, vibrar y sentirme atontada. Respiré hondo y suspiré. «Padre y Madre simplemente tendrían que permitir que me llevase al concierto, tenían que hacerlo», pensé. Yo había hecho todo lo que ellos habían querido y no les había mortificado para que me dejaran salir con chicos, aunque a todas las chicas de mi edad que trataba se les permitía. No era justo. Tenían que comprenderlo.

Yo aceptaba que ellos hubiesen tenido un poco de miedo por mí cuando empecé a ir al Emerson Peabody. Pero creía que había evolucionado considerablemente durante estos últimos meses. El éxito con la música y mi trabajo escolar me habían dado una nueva confianza en mí misma. Me sentía mayor y más fuerte. Seguramente que si reconocía esto en mí misma, Madre y Padre podían verlo igualmente.

Confiando en que iban a darme el permiso me apresuré a bajar al sótano para encontrarme con Padre y Jimmy y darles la noticia sobre mi papel de solista. Nunca había visto a Padre tan excitado y contento.

—¿Has oído eso, Jimmy, chiquillo? —exclamó dando una palmada con las manos—. Tu hermana es una estrella.

—Todavía no soy una estrella, Padre. Tendré que hacerlo muy bien —expliqué.

—Lo harás. ¡Qué buenas noticias! —dijo Padre—. Algo bueno para llevarle a casa a Madre.

—Padre —le dije mientras reunía sus cosas para marcharnos—. Puesto que esto es una ocasión especial, ¿no crees que Philip Cutler podría venir a buscarme y traerme al concierto?

Padre se detuvo en seco. Su sonrisa se evaporó lentamente y por un instante frunció los ojos y se le oscurecieron. Mientras lo contemplaba con alguna esperanza, volvió un poco de calor a su mirada.

—Bueno. No lo sé, cariño... Ya veremos.

Cuando llegamos a casa Madre estaba acostada en la cama, despierta y vigilando a Fern, que estaba sentada con sus juguetes y una manta sobre el suelo. La luz del sol, a esa última hora del atardecer, jugaba por entre algunas nubes pero Madre había bajado tanto las persianas que ni uno sólo de los cálidos y alegres rayos lograba penetrar en la habitación. Cuando entré, Madre se sentó lentamente haciendo un gran esfuerzo.

Indudablemente no se había peinado en todo el día. Por los lados le colgaban los mechones de cualquier modo y unos cuantos se le rizaban encima de la cabeza. Solía lavarse el pelo casi cada día, de modo que le brillaba siempre como si fuera seda negra.

«El pelo de una mujer es la joya que la corona», me había dicho muchas veces. Cuando se sentía demasiado cansada para cepillárselo ella, solía pedirme que yo lo hiciera.

Madre nunca había necesitado muchos cosméticos. Siempre había tenido buen cutis y los labios sonrosados. Sus ojos brillaban como el ónice negro, pulido. Deseaba tanto parecerme a ella, que me parecía muy injusto que la Naturaleza hubiese saltado una generación mientras otros niños se parecían a sus padres.

Antes de enfermarse, Madre solía caminar perfectamente erguida, con los hombros hacia atrás, tan orgullosa como la imaginaria princesa india con la que mi padre la comparaba siempre. Se movía con gracia y rapidez, atravesando los días como un trazo de pintura color ébano sobre un lienzo de un blanco lechoso. Ahora, se sentaba encorvada, con la cabeza caída, los brazos descansados lánguidamente apoyados en sus piernas, y me miraba con los ojos tristes y vidriosos, el ónice nublado, el pelo de seda convertido en algodón áspero, el cutis marchito y pálido y los labios casi sin color. Sus pómulos se habían vuelto mucho más prominentes y la clavícula parecía que le iba a saltar a través de la delgada piel.

Antes de que pudiera decirle nada sobre Philip, Fern me echó los bracitos y comenzó a llamarme por mi nombre.

—¿Dónde están tu padre y Jimmy? —preguntó Madre mirando a mi espalda.

—Fueron a buscar algunos comestibles. Padre pensó que era mejor que yo viniese en seguida para ayudarte con Fern.

—Me alegro —contestó ella, luchando por respirar hondo—. El bebé me ha

cansado mucho hoy.

—No es sólo el bebé —regañé suavemente.

—Voy mejorando, Dawn —replicó—. ¿Podrías darme un vaso de agua, cariño? Tengo los labios resecos.

Fui con Fern y traje el agua para Madre. Le entregué el vaso y la observé mientras bebía. La nuez en su garganta se le movía como un flotador en un hilo de pescar.

—Durante meses has estado prometiendo que irías a ver a un médico de verdad y no seguir tomando medicinas del campo si no te ponías bien pronto. Pues ni te estás poniendo bien pronto ni estás cumpliendo tu promesa. —Odiaba tener que hablarle así, tan firmemente, pero pensé que tenía que hacerlo.

—Sólo es una de esas toses rebeldes. Tengo una prima en Georgia que tuvo un catarro casi un año antes de que se le curase.

—Bueno, pues estuvo un año sufriendo sin motivo —insistí yo—. Lo mismo que estás sufriendo tú, Madre.

—Está bien, está bien. Estás poniéndote peor que la abuela Longchamp. Imagínate que cuando estaba yo embarazada de Jimmy no me dejaba en paz ni un minuto.

Todo lo que yo hacía estaba mal. Fue un alivio dar a luz y quitármela de encima.

—¿La abuela Longchamp? Pero Madre, creía que habías dado a luz a Jimmy en una finca en el camino.

—¿Qué? Oh, sí; así fue. Quería decir hasta que me fui de la granja.

—¿Pero Padre y tú no os fuisteis inmediatamente después de la boda?

—No fue exactamente en seguida, sino un poco después. No me hagas tantas preguntas, Dawn. En este momento no puedo pensar con claridad —me dijo bruscamente. No acostumbraba a ser tan seca conmigo pero imaginé que era por su enfermedad.

Pensé que debía cambiar de tema. No quería entristecerla cuando aún estaba sufriendo tanto.

—¿Sabes qué, Madre? —dije haciendo saltar a Fern en mis brazos—. Voy a cantar como solista en el concierto —le conté con orgullo.

—¡Dios me valga! ¡Dios me valga! —Presionó las palmas de las manos sobre su pecho. Aun cuando no estaba tosiendo, parecía tener dificultad de vez en cuando para poder respirar, especialmente cuando algo le cogía por sorpresa o si se movía demasiado rápido—. Eso es maravilloso. Sabía que les demostrarías a esa gente rica que no son mejor que tú. Acércate para poder darte un buen abrazo.

Puse a la pequeña Fern sobre la cama y Madre y yo nos abrazamos. Sus delgados brazos me apretaron tanto como le fue posible y pude sentir sus costillas debajo del amplio vestido.

—Madre —le dije con los ojos llenos de lágrimas—, has perdido mucho peso,

mucho más de lo que había pensado.

—No es tanto y me hacía falta perder algunos kilos aquí y allá. Los recuperaré a toda velocidad, ya lo verás. Las mujeres de mi edad cuando deseamos subir de peso nos basta con oler la comida. A veces, sólo con mirarla ya nos basta para aumentar un kilo por un lado y otro—dijo haciendo broma. Me besó en la mejilla—. Felicidades, Dawn, cariño. ¿Ya se lo has dicho a tu padre?

—Sí.

—Apuesto a que se hinchó como un pavo —comentó moviendo la cabeza.

—Madre, tengo que pedirte algo sobre el concierto.

—¿Oh?

—Puesto que es una ocasión especial, ¿crees que estaría bien que Philip Cutler viniese a buscarme y me llevase? Ha prometido conducir con cuidado y...

—¿Se lo has preguntado a tu padre? —interrogó rápida.

—Claro que sí. Contestó que ya vería pero creo que si a ti te parece bien, a él también se lo parecerá.

De repente, me dio la impresión de que se le había puesto un aspecto envejecido y preocupado.

—No es lejos, Madre, y de verdad quisiera ir con Philip. Otras chicas de mi edad dan paseos y salen con chicos y yo no me he quejado...

Asintió.

—No puedo impedirte que crezcas, Dawn. Tampoco deseo hacerlo, pero no quisiera que te metieras en nada serio con ese chico... con ningún chico, todavía. No hagas como yo y dejes perder tu juventud.

—Pero, Madre, no voy a casarme ahora. Tan sólo voy al concierto de primavera. ¿No te parece bien? —supliqué.

Pareció como si necesitase de todas sus fuerzas para hacerlo pero asintió con la cabeza.

—¡Oh, gracias, Madre! —exclamé abrazándola de nuevo.

—Súbeme, Dawn —pidió Fern impaciente con celos de todo el cariño que existía entre Madre y yo—. Dawn, súbeme.

—Su Alteza manda —dijo Madre y se recostó en las almohadas. La contemplé con el corazón en confusión: contenta por poder salir a mi cita pero triste y dolida al ver lo lenta y dolorosamente que Madre hablaba y se movía.

Mr. Moore decidió darme lecciones dobles el resto de la semana. Finalmente llegó el día del concierto. A la hora del almuerzo, Mr. Moore tocó el piano mientras yo cantaba. Dos veces se quebró mi voz. El dejó de tocar y me miró.

—Vamos, Dawn —me dijo—. Quiero que hagas una profunda inspiración y te calmes antes de continuar.

—¡Oh, Mr. Moore, no puedo hacerlo! —exclamé—. No sé por qué pensé que podría. Pero cantar como solista delante de toda esa gente que están acostumbrados a ir a la ópera y a Broadway en Nueva York y que saben lo que es un verdadero talento...

—Tú eres un verdadero talento —contestó Mr. Moore—. ¿Crees que sería capaz de colocarte sola en ese escenario si no opinase así? No te olvides, Dawn, que cuando salgas, ahí saldré yo también. No vas a dejarme en la estacada ahora, ¿verdad?

—No, señor —dije casi llorando.

—¿Recuerdas que una vez me dijiste que te gustaría ser como un pájaro en lo alto de un árbol, cantando libremente al viento y sin preocuparte de quién te oye?

—Sí y sigo deseándolo.

—Bien, entonces cierra los ojos y piensa en ti misma sentada en una rama y cantando al viento. Después de un rato, al igual que un pajarito joven, dominarás tus alas y volarás. Subirás alto, Dawn. Lo sé —dijo. Su sonrisa angelical y traviesa había desaparecido, al igual que el brillo juguetón de sus ojos. En su lugar, su cara había adquirido una expresión sumamente seria y sus palabras y sus ojos me llenaron de confianza.

—Bien —dije suavemente, y empezamos de nuevo. Esta vez canté con todo el corazón y cuando terminamos, la cara de Mr. Moore estaba enrojecida de satisfacción. Se levantó y me besó en la mejilla.

—Estás preparada —me dijo.

El corazón me latía con excitación y felicidad mientras salí apresuradamente de la sala de música.

Tan pronto como sonó la campana, corrí en busca de Jimmy y de Padre. Estaba paralizada por el nerviosismo y quería ir directamente a casa para arreglarme para el concierto que estaba programado para las ocho de la noche.

Cuando llegamos a casa, Madre estaba en la cama, tenía la cara más enrojecida que habitualmente y temblaba terriblemente. Fern había estado jugando con las cosas de la cocina, pero me di cuenta de que Madre no lo había notado. Todos nos reunimos alrededor de su cama y yo le toqué la frente.

—Está temblando, Padre —dije—. Tiene fiebre.

Los dientes de madre castañetearon y volvió los ojos hacia mí y forzó una sonrisa.

—Sólo... es... un catarro —explicó.

—No, Madre, no lo es. ¡Lo que sea que tengas está empeorando!

—Estaré bien —protestó.

—Sí, si vas a un médico, Madre.

—Dawn tiene razón, Sally Jean. No podemos permitir que esto continúe. Te vamos a envolver bien y vamos a llevarte al hospital para que te examinen y te den alguna medicina rápidamente.

—¡Nooo! —gritó Madre. Traté de consolarla mientras Padre reunía sus ropas más abrigadas. Cuando vi a Madre sin su ropa, me horroricé de lo delgada que estaba. Sus costillas se incrustaban en la piel y todos sus huesos parecían a punto de salirse. Tenía pústulas de fiebre por todos lados. Contuve mis lágrimas y empecé a ayudarla a vestirse. Cuando llegó el momento de sacarla, descubrimos que no podía caminar. Las piernas le dolían demasiado.

—Yo la llevaré —dijo Padre, conteniendo apenas sus propias lágrimas. Apresuradamente, vestí a Fern. Madre no quería, pero todos fuimos con ella. Ni Jimmy ni yo queríamos quedarnos en casa esperando.

Cuando llegamos, yo entré primero y le expliqué a la enfermera de la sala de urgencias el caso de Madre. Hizo que un auxiliar sacara una silla de ruedas y entramos a Madre rápidamente. El guardia de seguridad del hospital nos ayudó a hacerlo. Miró a Padre de forma extraña, como alguien que trata de recordar a alguien que no veía desde hacía muchos años. Padre no tenía ojos para nada más que para Madre.

Mientras esperábamos, Jimmy fue a la tienda de regalos y trajo un pirulí para Fern. La mantuvo distraída, pero también le pintó la cara de verde. Tenía ya una media lengua y de vez en cuando miraba a la otra gente en el vestíbulo y empezaba a parlotear. Algunos sonreían, algunos estaban tan preocupados por sus seres queridos que sólo miraban con expresión vacía.

Finalmente, bien pasada una hora, un médico nos buscó. Tenía el pelo rojo y pecas y parecía tan joven que pensé que no podía traer malas noticias para nadie. Pero me equivocaba.

—¿Durante cuánto tiempo ha tenido su mujer esta tos y estas fiebres, Mr. Longchamp? —le preguntó a Padre.

—Durante algún tiempo le iba y le venía. Parecía estar mejorando, de manera que no le dimos demasiada importancia.

—Tiene consunción y está bastante mal. Sus pulmones están tan congestionados que es increíble que pueda respirar —le dijo a Padre sin ocultarle su irritación.

Pero no era la culpa de Padre. Todo era la terquedad de Madre, quise gritar. Padre parecía abrumado. Bajó la cabeza y asintió. Cuando miré hacia Jimmy, le vi manteniéndose rígidamente, apretando los puños, con los ojos ardiendo de furor y de pena.

—La he internado en cuidados intensivos —continuó el médico—, y le estoy administrando oxígeno. Parece que ha perdido mucho peso —añadió y movió la cabeza.

—¿Podemos verla? —pregunté, con las lágrimas cayendo por mis mejillas.

—Sólo cinco minutos —contestó—. Y no permito más de cinco minutos.

«¿Cómo podía ser tan estricto un hombre tan joven?», pensé. Sin embargo, tuve

la sensación de que era un buen médico.

Silenciosamente, sólo con la pequeña Fern repitiendo: «pirulí, pirulí», y comiéndose el final de su caramelo, caminamos hacia el ascensor. Fern estaba intrigada y miraba mientras Jimmy presionaba el botón del dos y el ascensor nos empezó a subir. Sus ojos lo recorrían de lado a lado. La sostuve apretadamente y besé su suave mejilla rosada.

Seguimos el letrero que nos dirigía a la unidad de cuidados intensivos. Cuando abrimos la puerta, la enfermera jefe se aproximó rápidamente dejando su mesa para recibirnos.

—El bebé no puede entrar aquí —declaró.

—Esperaré fuera, Padre —dije—. Entrad primero tú y Jimmy.

—Saldré en un par de minutos —prometió Jimmy. Vi cuánto quería y necesitaba ver a Madre. Había un pequeño sofá y una silla en una sala de espera especial fuera de la unidad de cuidados intensivos. Llevé a Fern allí y la dejé gatear por el sofá mientras esperábamos. Unos dos minutos más tarde, apareció Jimmy. Tenía los ojos rojos.

—Ve —dijo rápidamente—. Quiere verte.

Le entregué a Fern y me apresuré dentro. Madre estaba en la última cama de la derecha. Estaba en una tienda de oxígeno. Padre estaba a la derecha de su cama, sosteniendo su mano. Cuando me acerqué a su lado, Madre me sonrió y alcanzó mi mano también.

—Estaré bien, cariño —me dijo—. Tú ve y canta maravillosamente esta noche.

—¡Oh, Madre! ¿Cómo quieres que cante sabiendo que estás en el hospital?

—Pues debes —repuso—. Tú sabes lo orgullosos que estamos tu padre y yo, y además va a hacer que me sienta mucho mejor el saber que mi hijita está cantando para toda esa gente elegante. Prométeme que lo harás, Dawn, y que no vas a permitir que porque estoy enferma vas a renunciar. Promételo.

—Lo prometo, Madre.

—Bien —me contestó. Entonces me hizo señas para que me acercase—. Dawn —dijo con voz apenas audible. Me acerqué tanto a la tienda como pude. Ella pellizcaba mi mano tan fuertemente como podía—. Nunca debes pensar nada malo de nosotros. Te queremos. Recuerda eso siempre.

—¿Por qué debo pensar nada malo de vosotros, Madre?

Cerró los ojos.

—¿Madre?

—Me temo que sus cinco minutos han terminado y el médico fue muy explícito sobre ello —dijo la enfermera de cuidados intensivos.

Miré a Madre nuevamente. Tenía los ojos cerrados apretadamente y su cara parecía más enrojecida que antes.

—¡Madre! —gemí bajito. Miré a Padre. Las lágrimas le caían ahora libremente por la cara y me estaba mirando con tal firmeza que sentí una terrible pena por él.

Obedecimos a la enfermera y empezamos a marcharnos. Tan pronto como dejamos la unidad de cuidados intensivos, me giré hacia Padre.

—¿Por qué Madre dijo eso, Padre? ¿Qué quiso decir con eso de que nunca pensara mal de vosotros?

—Parte de la fiebre —repuso—. Debía de estar delirando. Vamos a casa —dijo y fuimos a buscar a Jimmy y a la pequeña Fern.

Al llegar a casa no tuvimos tiempo de preocuparnos por Madre, aunque seguía en nuestras mentes. Estuvimos demasiado ocupados arreglándonos para el concierto y tratando de encontrar una canguro para Fern.

Por mucho que me esforzaba, no podía soportar la idea de hacer mi debut sin que estuviera Madre presente. No obstante, le había prometido que lo haría lo mejor posible y no iba a decepcionarla.

No tuve tiempo de ducharme ni de lavarme el pelo. En su lugar, me lo cepillé cien veces, dándole un brillo suave y sedoso, añadiendo una cinta azul para darle una nota de color.

Al menos no me tenía que preocupar de lo que me iba a poner. Una de las cosas buenas de estar en la banda y en el coro del colegio era que teníamos que usar uniforme cuando actuábamos. El uniforme del colegio consistía en un suéter de lana blanco y negro y una falda negra. Después de ponérmelo, me erguí y me arreglé la falda. Entonces di un paso atrás y me contemplé, imaginándome frente a toda esa gente elegante. Sabía que me había desarrollado y que llenaba el suéter mucho más que otras chicas de mi edad. Por primera vez pensé que mi piel clara, el pelo rubio y los ojos azules eran atractivos. «¿Era malo de repente sentirse entusiasmada con una misma? —pensé—. ¿Me traería mala suerte?» Tenía miedo, pero no lo podía evitar. La chica en el espejo sonreía con satisfacción.

Padre entró y me dijo que Mrs. Jackson, una señora mayor que vivía al otro lado de nuestro rellano, estaba dispuesta a quedarse con Fern esta noche. También me dijo que le había dado al hospital el número de Mrs. Jackson en caso de que tuvieran que ponerse en contacto con nosotros. Después de decirme eso, Padre dio un paso atrás, mirándome larga y admirativamente.

—Estás verdaderamente hermosa, cariño —dijo Padre—. Verdaderamente crecida.

—Gracias, Padre.

Llevaba algo en la mano.

—Antes de que nos marcháramos al hospital esta noche, tu madre me pidió que te diera esto para que lo usaras esta noche, ya que es una ocasión tan especial.

Me alargó el valioso hilo de perlas.

—¡Oh, Padre! —exclamé casi sin respiración—. No puedo, no debo. Eso es nuestra reserva de seguridad.

—No, no, Sally Jean dijo que debías usarlas —insistió y me las puso. Contemplé las perlas, brillando suaves, blancas y perfectas, y entonces me miré en el espejo.

—Te traerán suerte —me dijo Padre y me besó en la mejilla. Entonces oímos que llamaban en la puerta principal.

—Es Philip —dijo Jimmy desde la otra habitación. Padre se echó atrás, con la cara repentinamente seria de nuevo.

Philip iba vestido con un traje azul y corbata a juego, y estaba muy guapo.

—Hola —dijo—. Caramba, estás fantástica.

—Gracias. Tú también, Philip —repuse—. Te presento a mi padre.

—Oh, sí, lo sé. Le he visto por el colegio, señor —dijo Philip—. Le he saludado de vez en cuando.

—Sí —Padre contestó. Sus ojos se empequeñecieron cada vez más.

—¿Cómo está Mrs. Longchamp? —preguntó Philip—. Jimmy me acaba de decir que han tenido que llevarla al hospital hace un rato.

—Está muy enferma, pero tenemos esperanzas —contestó Padre. Miró a Philip y luego hacia mí. ¡Tenía la cara tan sombría!

—Bien, debemos marcharnos —indicó Philip suavemente.

—De acuerdo —contesté. Cogí mi abrigo y Philip se adelantó rápidamente para ayudarme a ponérmelo. Padre y Jimmy miraban. Padre parecía muy preocupado. Justo cuando Philip y yo estábamos llegando a la puerta, oí que Jimmy me llamaba.

—En seguida estoy contigo, Philip —me excusé. Philip salió y yo esperé por Jimmy.

—Sólo quería desearte suerte —me dijo y se inclinó hacia delante rápidamente para besarme en la mejilla—. Buena suerte —murmuró y se apresuró otra vez al apartamento. Permanecí allí un momento, llevándome los dedos a la mejilla y entonces me giré y salí a la noche. Estaba llena de estrellas. Esperé que una de ellas brillara sólo para mí.

## BRILLA, BRILLA, PEQUEÑA ESTRELLA

Cuando apareció la vista del colegio Emerson Peabody, el corazón me empezó a latir tan fuertemente, que pensé que me iba a desmayar. Estaba muy nerviosa y cuando entramos en el camino del colegio y vimos la fila de coches caros llegando, no pude menos de temblar.

Los padres y los invitados de esta noche iban vestidos como si fueran al Metropolitan Opera House. Las mujeres llevaban magníficas pieles y pendientes de brillantes. Bajo sus calientes y muy lujosos abrigos, llevaban vestidos de seda de los colores más bellos que jamás había visto. Los hombres llevaban todos traje oscuro. Alguna gente llegaba en las largas limusinas y chóferes uniformados les abrían las puertas.

Philip condujo hasta la entrada lateral usada por los alumnos que iban a tomar parte en el concierto. Se detuvo cerca de la puerta para permitirme salir.

—Espera —me dijo Philip cuando puse la mano sobre la manilla de la puerta. Me volví y él simplemente me miró durante un momento. Entonces, se inclinó hacia delante, acercó sus labios a los míos y me besó.

—Dawn —susurró—. Paso las noches soñando que te beso y que te tengo entre mis brazos...

Empezó a besarme de nuevo, pero oí el sonido de los otros alumnos llegando. Estábamos en el aparcamiento bajo las altas y claras luces.

—Philip, nos van a ver —dije echándome atrás aunque tenía vértigo por su proximidad.

—A la mayor parte de las chicas por aquí no les importaría —comentó—. Eres tan vergonzosa.

—No lo puedo evitar.

—Está bien, no importa. Siempre hay un después —dijo haciéndome un guiño—. Buena suerte.

—Gracias —repliqué. Fue apenas un susurro.

—¡Espera! —exclamó. Entonces saltó del coche para abrirme la puerta mientras yo reunía fuerzas para salir.

—Una estrella debe de ser tratada como una estrella —explicó adelantándose para tomar mi mano.

—¡Oh, Philip! Estoy lejos de ser una estrella. ¡Me voy a caer de bruces! —exclamé, mirando al grupo de alumnos impresionados que miraban.

—Tonterías, Miss Longchamp. Cuando llegue el final de la noche, tendremos que

apartar a los cazadores de autógrafos. Buena suerte. Estaré ahí sentado aplaudiéndote.  
—Aún sostenía mi mano.

—Gracias, Philip. —Aspiré profundamente y miré hacia la puerta—Allá voy —dije. Philip no soltaba mi mano.

—Te veré después del concierto —me dijo—. Comeremos algo y entonces... iremos a mi paisaje favorito y miraremos las estrellas. ¿De acuerdo?

Suplicó con los ojos y sostuvo mi mano apretadamente.

—Sí —susurré y me sentí como si ya me hubiera rendido a él, sólo por el hecho de haber accedido a ir.

Sonrió y me dejó ir. Entonces fue hacia el auditorio. Le observé por un momento, con el corazón latiéndome fuerte. Los tres hombres de mi vida me habían besado y me habían llenado de confianza. Animada por sus buenos deseos y cariño, me volví hacia la entrada. Repentinamente, me sentí como la Bella Durmiente despertada por el beso del príncipe.

Entré en el colegio con otros miembros del coro. Nos dirigimos todos por el corredor hacia la sala de música y hacia la zona de los bastidores. Deberíamos colgar los abrigos en la sala de música y entonces prepararnos para el concierto: calentando nuestros instrumentos y nuestras voces.

—Hola, Dawn —me saludó Linda, acercándose—. ¿Son perlas auténticas? —preguntó tan pronto como me quité el abrigo. Al oír la palabra *perlas*, otras chicas se reunieron a nuestro alrededor, incluyendo a Clara Sue.

—Sí, lo son. Son de mi madre y son una herencia de familia —dije haciendo énfasis y contemplándolas yo misma. Sentía pánico de que se les rompiese el hilo y se perdiese alguna.

—En estos tiempos es muy difícil distinguir las perlas verdaderas de las falsas —comentó Clara Sue—. Por lo menos eso es lo que me dijo mi madre un día.

—Éstas son auténticas —insistí.

—En realidad no van bien con lo que llevas puesto —se burló Linda—. Pero si son algún amuleto familiar para dar buena suerte, supongo que no tiene importancia.

—¿Por qué no vamos al tocador a arreglarnos un poco? —sugirió Clara Sue. Como de costumbre, cuando Clara Sue hacía una sugerencia, todas las demás la aceptaban rápidamente.

—¿Qué pasa? —me preguntó Linda mientras comenzaban a salir—. ¿Es que eres demasiado elegante para unirte a nosotras?

—No creo que sea yo la orgullosa, Linda.

—¿Ah, sí?

—Sobra tiempo —dijo Melissa Lee.

Todas se quedaron mirándome.

—Bueno, está bien —dije sorprendida por su interés en incluirme—. Supongo

que debo peinarme un poco.

El baño de las chicas estaba lleno. Las chicas estaban dándose los últimos retoques al pelo y renovando la pintura de labios. Todo el mundo hablaba excitado. Había electricidad en el ambiente. Me acerqué a un espejo para hacerme un repaso y de repente me di cuenta de que todas las amigas de Clara Sue estaban a mi alrededor.

—Me encanta tu pelo esta noche —me dijo Linda.

—Sí, nunca lo había visto tan radiante —comentó Clara Sue. Las otras asintieron con unas sonrisas tontas en las caras.

¿Por qué estaban tan amables conmigo?, me pregunté. ¿Es que seguían siempre a Clara Sue como un rebaño de ovejas? ¿Era porque Philip quería que fuese su novia? Quizás había ordenado a Clara Sue de una vez para siempre que fuese amable conmigo.

—¿No notáis un olor raro, chicas? —preguntó Clara Sue de repente. Todo el mundo comenzó a olisquear—. Alguien necesita perfume.

—¿Qué quieres decir con eso, Clara Sue? —pregunté dándome cuenta de que toda la amistad era falsa.

—Nada. Tan sólo estamos pensando en ti. ¿No es así, chicas? —contestó.

—Siii... —replicaron a coro y con esa señal todas sacaron un spray de asafétida y los apuntaron hacia mí. Me golpeó un terrible olor. Grité y rápidamente me cubrí el pelo y la cara. Las chicas se rieron y continuaron rociando mi uniforme. Estaban histéricas. Algunas tenían que agarrarse el vientre de lo mucho que se reían. Sólo Louise parecía apenada. Dio un paso atrás como si yo fuera a explotar como una bomba.

—¿Qué pasa? —preguntó Clara Sue—. ¿No te gusta el perfume caro o es que estás tan acostumbrada al barato que éste ya no lo soportas?

Esto las hizo reír aún más fuerte.

—Pero, ¿qué es esto? —pregunté—. ¿Cómo puedo quitármelo?

Cada vez que hablaba todo el grupo de horribles chicas se reía más. Corrí hacia un lavabo y comencé a humedecer una toalla de papel y traté desesperadamente de limpiarme el suéter.

—¿Quién es la pobre idiota que tiene que estar a su lado esta noche? —preguntó Linda a su horrible público. Alguien gritó.

—No es justo. ¿Por qué tengo que ser yo la que se fastidie?

Las risas continuaban.

—Se hace tarde —anunció Clara Sue—. Bien, nos veremos en el escenario, Dawn —se despidió mientras todas salían, dejándome con el terrible problema en el lavabo. Me froté el jersey y la falda con tanta fuerza que el papel se hizo pedazos pero el agua no le hizo el menor efecto.

Sintiéndome desesperada, me quité las perlas cuidadosamente y después me quité

el suéter para poder sacudirlo. No sabía qué hacer. Finalmente me senté en el suelo y me puse a llorar. ¿Dónde iba a conseguir ahora otro uniforme del colegio? ¿Cómo iba a salir al escenario oliendo así? Tendría que quedarme en el tocador y después irme a casa.

Lloré hasta que no me quedaron lágrimas y me dolían la cabeza y la garganta. Sentía como si me hubiesen echado encima el pesado manto de la derrota. Era demasiado peso para poder quitármelo. Mis hombros se agitaban con mis sollozos. Pobre Padre y pobre Jimmy. Probablemente estaban ya en sus asientos esperando ansiosamente para verme. Pobre Madre en su habitación del hospital, mirando el reloj y pensando que muy pronto estaría en el escenario.

Levanté la vista al oír que alguien entraba y vi que era Louise. Me dirigió una rápida mirada y después bajó la vista al suelo.

—Lo siento —me dijo—. Me obligaron a hacerlo a mí también. Dijeron que si no lo hacía, contarían sobre mí las mismas historias inventadas que habían dicho sobre ti.

Asentí.

—Tenía que haber esperado algo como esto pero estaba demasiado excitada para darme cuenta de sus sonrisas falsas —expliqué a la vez que me ponía de pie.

—¿Quieres hacerme un favor? ¿Querrías ir a la sala de música y traerme mi abrigo? No puedo volver a ponerme esto —dije señalando mi suéter—. El olor es demasiado fuerte.

—¿Qué vas a hacer?

—¿Qué voy a hacer? Irme a casa.

—Oh, no, no puedes hacer eso. No es posible que lo hagas —contestó casi llorando ella también.

—Por favor, tráeme mi abrigo, Louise.

Dijo que sí y salió con la cabeza inclinada. «Pobre Louise», pensé. Quería ser diferente, quería ser amable, pero las chicas no la dejaban y no era lo bastante fuerte para hacerles frente.

¿Por qué tenían que ser tan crueles las chicas como Clara Sue? Tenían tantas cosas, toda la ropa elegante que deseaban. Podían ir a la peluquería a arreglarse y hacerse la manicura, ¡hasta en los dedos de los pies! Sus padres las llevaban a viajes maravillosos y vivían en grandes casas con enormes habitaciones propias y amplias camas blandas y suelos alfombrados. Nunca tenían que dormir en habitaciones frías y siempre tenían de todo lo que deseaban para comer. Si alguna vez se enfermaban, sabían que contaban con los mejores médicos y cuidados disponibles. Todo el mundo respetaba a sus padres y apellidos. No debían tener esos celos. ¿Por qué les molestaba yo, que tenía tan poca cosa comparada con ellas? El corazón se me endureció contra ellas mientras permanecía de pie en el tocador y se me volvió tan pequeño y malvado

como los de ellas.

Un poco después regresó Louise, sólo que no me traía el abrigo sino otro uniforme del colegio.

—¿Dónde conseguiste eso? —pregunté sonriendo a través de mis lágrimas.

—Mr. Moore. Me lo encontré en el corredor y le expliqué lo que había ocurrido. Fue al almacén rápidamente y trajo esto. Huele un poco a naftalina, pero...

—¡Oh, es mucho mejor que esto! —exclamé, tirando a un lado el suéter estropeado y sacándome la falda tan rápido como pude. Me introduje en el suéter apresuradamente y me puse las perlas de Madre. El suéter me quedaba un poco más ceñido, apretándome el pecho y las costillas firmemente, pero como Madre siempre decía, «Los mendigos no pueden escoger».

—¿Me huele el pelo? Creo que no lo rociaron demasiado —me incliné para que pudiera comprobarlo.

—Está bien.

—Gracias, Louise. —La abracé. Oímos que estaban afinando los instrumentos—. Démonos prisa —dije saliendo.

—Espera —me gritó Louise. Recogió mis apestosos suéter y falda con su índice y pulgar manteniéndolos alejados de sí—. Tengo una idea.

—¿Qué idea?

—Sígueme —me dijo. Dejamos el cuarto de baño. Todos estaban ya entre bastidores calentándose. Louise se apresuró a la sala de música. Yo la seguí, con curiosidad—. Mantén los ojos en el corredor —me advirtió.

Fue hacia el bello y suave abrigo azul de cachemira de Clara Sue e introdujo mi apestoso suéter en él, cerrando el abrigo después.

—¡Louise! —No pude evitar sonreír. Louise generalmente no era tan valiente, pero Clara Sue se lo merecía.

—No me importa. Aparte que no me echará la culpa a mí, te la echará a ti —comentó Louise tan despreocupadamente que me hizo reír.

Nos apresuramos a la zona de bastidores y a nuestros instrumentos. Las chicas que habían estado en el cuarto de baño, cuando había sido traicionada, miraron con curiosidad al entrar yo en la zona. Pronto se dieron cuenta de que llevaba otro suéter y otra falda puesta. A pesar de ello, Linda y Clara Sue aún hicieron ver que yo apestaba terriblemente.

Mr. Moore anunció que había llegado el momento de que nos colocáramos en nuestras posiciones en el escenario. Todos avanzamos tras las cortinas cerradas. Podía oír el murmullo del público mientras la gente se sentaba.

—¿Todos preparados? —preguntó Mr. Moore. Se detuvo junto a mí, y me pellizcó el brazo suavemente—. ¿Estas bien?

—Sí —contesté.

—Lo harás bien —me animó y fue hacia su lugar. Se abrió la cortina y el público respondió con un sonoro aplauso. Las luces del escenario hacían difícil mirar a la muchedumbre y distinguir fácilmente las caras, pero después de un poco, mis ojos se acostumbraron a las luces y pude ver a Padre y a Jimmy mirando hacia arriba.

El coro cantó tres canciones y entonces Mr. Moore me hizo una señal. Avancé hacia el frente del escenario y Mr. Moore fue al piano. El silencio entre el público era profundo y yo sentía las cálidas luces en la cara.

No recuerdo haber empezado. Todo ocurrió de la forma más natural. Repentinamente, había echado la cabeza hacia atrás y le estaba cantando al mundo, al viento, esperando que mi voz llegara hasta Madre, que cerraría los ojos y me oiría, a pesar de lo lejos que estaba.

—En algún lugar, sobre el arco iris, muy arriba...

Cuando canté la última nota, cerré los ojos. Durante un momento no oí nada, sólo un gran silencio y entonces sentí un gran aplauso que pareció un gran trueno. Salió del público, como una ola apresurándose hacia la orilla, aumentando y aumentando en un crescendo que me inundó. Miré hacia Mr. Moore. Estaba sonriendo de oreja a oreja y tenía la mano levantada señalándome.

Saludé y me eché hacia atrás. Mirando a través del público, encontré nuevamente a Padre y le vi aplaudiendo tan fuerte que todo el cuerpo le temblaba. Jimmy también estaba aplaudiendo y sonriéndome. Alguien me pellizcó el brazo y luego alguien más y entonces, todos los del coro me empezaron a felicitar.

El coro completo cantó otra canción y entonces la banda tocó tres números. La noche terminó con la banda interpretando «La Bandera sembrada de Estrellas» y el himno del colegio Emerson Peabody. En el momento en que resonó la última nota, la banda y el coro vitorearon y todo el mundo se felicitó entre sí, pero todos los chicos y chicas venían especialmente hacia mí. Los chicos me daban la mano y las chicas me abrazaban. Algunas de las chicas que habían estado antes en el cuarto de baño también me abrazaron, todas con expresión culpable y lamentando el incidente. Acepté sus abrazos y las pellizqué igualmente fuerte. Tenía el corazón demasiado lleno y no tenía sitio para la ira o el odio en este momento.

—No creo que haya sido nada especial —comentó Clara Sue apareciendo por detrás mío—. Estoy segura de que yo lo hubiera hecho mucho mejor, pero Mr. Moore se compadeció de ti y te dio la parte solista.

—Eres una persona despreciable, Clara Sue Cutler —contesté—. Algún día no tendrás a nadie, te quedarás sola.

Cuando salimos todos al corredor, nos encontramos con nuestros padres y amigos. Padre y Jimmy estaban allí, ambos sonriendo orgullosamente.

—Lo hiciste muy bien, Dawn. Lo sabía. —Padre me abrazó y me sostuvo apretadamente—. Tu madre estará muy orgullosa de ti.

—Me alegro, Padre.

—Estuviste estupenda —me dijo Jimmy—. Mucho mejor de como lo haces en la ducha —bromeó. Me besó nuevamente en la mejilla. Miré por encima de su hombro y vi a Philip, esperando su oportunidad de acercarse. Cuando Jimmy se echó hacia atrás, Philip se adelantó.

—Sabía que estabas destinada al estrellato —me felicitó. Miró a Padre, que había perdido la sonrisa de nuevo—. Tiene una hija con un gran talento, señor.

—Gracias —agradeció Padre—. Bien, supongo que debemos ir hacia casa y relevar a Mrs. Jackson.

—Oh, Padre —exclamé después de que Philip me cogiera la mano—. Philip va a llevarme a tomar una pizza. ¿Puedes cuidar a Fern hasta que regrese? No tardaremos mucho.

Padre pareció incómodo. Por un momento pensé que iba a decir que no. Mi corazón latió violentamente con angustia, balanceándose al borde del desastre. Philip parecía estar conteniendo la respiración. Padre lo miró por un momento, luego me contempló a mí y finalmente sonrió.

—Está bien, claro —contestó—. Jimmy, ¿vas con ellos?

Jimmy dio un paso atrás como si le hubiesen golpeado.

—No —contestó rápidamente—. Me voy a casa contigo.

—Oh —Padre pareció desilusionado—. Bueno, entonces muy bien. Tened cuidado y regresad temprano. Tengo que revisar cómo están limpiando las cosas, Jimmy. Después podemos irnos.

—Iré contigo, Padre —contestó él. Me miró y después miró a Philip—. Nos veremos después —añadió y siguió a Padre por el corredor.

—Vámonos —dijo Philip tirando de mí—. Vamos a adelantarnos antes de que la gente salga.

—Tengo que recoger mi abrigo —expliqué, mientras me seguía a la sala de música. Cuando llegamos encontramos un pequeño grupo de chicas reunidas alrededor de Clara Sue. Me había olvidado de lo que Louise le había hecho a su abrigo. Me miró con odio.

—Eso no tuvo gracia —me dijo—. Éste es un abrigo caro. Probablemente vale más que todo tu vestuario.

—¿De qué está hablando? —preguntó Philip.

—De algo estúpido que sucedió antes —contesté. Lo único que deseaba era alejarme de todas ellas y de su estupidez. De repente me parecieron todas muy inmaduras. Cogí mi abrigo y nos fuimos. Cuando estuvimos en su coche, Philip insistió en que le contase todo el incidente del cuarto de baño. Mientras me oía, se iba poniendo cada vez más furioso.

—Está tan malcriada y va con otras igualmente malcriadas —comentó—, chicas

celosas y echadas a perder. Mi hermana se ha convertido en la peor de todas. Cuando le ponga las manos encima... —Hizo un gesto y se echó a reír repentinamente—. Me alegro de que se la devolvieses.

—No fui yo —dije y le expliqué todo lo que había hecho Louise.

—Buena chica —replicó. Después me miró y sonrió—. Pero no permitamos que nada estropee esta noche, tu noche, tu noche inaugural, debiera decir, Dawn, estuviste tan bien. ¡Tienes la voz más bonita que he oído nunca! —exclamó.

Yo no sabía cómo reaccionar ante estas alabanzas. Era todo tan abrumador. Sentía un calor en el corazón y me apoyé en el respaldo. Había sido maravilloso... Los aplausos, la felicidad de Padre y el orgullo de Jimmy y ahora, el cariño de Philip. No podía creer lo afortunada que era. «Si sólo mi suerte pudiese llegar hasta Madre —pensé—, ayudándola a mejorar rápidamente, entonces lo tendríamos todo».

Un grupo de alumnos del Emerson Peabody llegó al restaurante a comer pizza. Philip y yo teníamos una mesa lateral hacia el fondo pero cualquiera que entrara en el restaurante podía vernos. La mayor parte de los estudiantes que habían ido al concierto se acercaron a decirme lo mucho que les había gustado mi actuación. Me halagaron tanto que, verdaderamente, comencé a sentirme como una estrella. Philip sentado frente a mí sonreía, mientras sus ojos azules brillaban de orgullo. Naturalmente todas las chicas que se acercaron pusieron especial empeño en saludarle a él también y lanzarle miradas lánguidas. De repente Philip me miró con tal anhelo...

—¿Por qué no pedimos nuestras pizzas para llevar? —me preguntó—. Podríamos comerlas bajo las estrellas.

—De acuerdo —dije con el corazón golpeándome.

Philip se lo dijo a nuestra camarera y ésta nos trajo las pizzas en una caja. Sentí cómo nos seguían los ojos de los demás alumnos al levantarnos y abandonar el restaurante.

Después de estar conduciendo un rato, Philip decidió que debíamos tomar un trozo de pizza por el camino. El aroma nos estaba volviendo locos. Sostuve un trozo para él y fui dándoselo con cuidado mientras conducía. Nos reímos del hilo de queso que tuvo que sorber. Finalmente, pasamos por su camino secreto y aparcamos en la oscuridad, mientras las estrellas brillaban en el cielo sobre nosotros.

—Oh, Philip. Es todo lo que habías prometido. ¡Me siento como si estuviese en el séptimo cielo! —exclamé.

—Lo estás y vas a estarlo —contestó él. Se inclinó hacia mí y nos besamos con un beso muy largo. Antes de que terminase, sentí la punta de su lengua presionando la mía. Me sobresaltó al principio, pero me sostuvo firmemente y yo le permití continuar.

—¿Nunca te han dado un beso francés? —me preguntó.

—No.

Se echó a reír.

—Tengo mucho que enseñarte. ¿No te gusta?

—Sí —susurré, como si fuese un pecado reconocerlo.

—Bien. No quiero ir demasiado de prisa —me dijo—. O asustarte como la última vez que estuvimos aquí.

—Estoy bien. Sólo me late violentamente el corazón —confesé asustada de que me causase un desmayo.

—¿Me dejas sentirlo? —dijo llevando sus dedos a mi pecho lentamente. Entonces de repente, su mano estuvo en el borde de mi suéter, sus dedos deslizándose por debajo y llegando hasta mi sujetador. No pude evitar ponerme en tensión.

—Tranquila —murmuró en mi oído—. Tranquila. Vas a disfrutar, te lo prometo.

—No puedo evitar sentirme nerviosa, Philip. Nunca he hecho esto con ningún otro chico más que tú.

—Lo comprendo —dijo—. Tranquila —murmuró con una voz tranquilizadora—. Sólo mantén los ojos cerrados y échate hacia atrás. Eso es —dijo cuando cerré los ojos. Deslizó sus dedos bajo el material elástico y suavemente lo levantó de mi pecho desnudo. Sentí una oleada de calor justo antes de que pusiese los labios sobre los míos.

Me quejé y me recosté. Sentía voces contradictorias. Una, que sonaba como la de mi madre, me exigía que me detuviese, que lo alejase. Por algún motivo, los ojos airados de Jimmy relampaguearon ante mí. Me acordé de la forma en que Padre había mirado tristemente a Philip cuando le pregunté si podíamos ir a tomar una pizza.

Philip empezó a levantarme el suéter.

—Philip, no creo que...

—Tranquila —repitió, bajando la cabeza de forma que le permitiera llevar sus labios hasta mi pecho. Cuando me tocaron, sentí como si explotara con la excitación. Percibí que la punta de su lengua empezaba a explorar.

—Eres deliciosa —me dijo—. Tan fresca, tan suave.

Su otra mano empezó a abrirse camino bajo mi falda. «¿No estaba sucediendo todo esto demasiado de prisa?», pensé. ¿Permitirían las otras chicas de mi edad que los chicos las tocaran bajo sus ropas de esta forma? ¿O estaba siendo la chica mala sobre la que chismeaban y mentían?

Vi la odiosa cara de Clara Sue cuando decía: «Mi hermano convierte en madres a las chicas como tú todos los meses».

Los dedos de Philip encontraron la parte de abajo de mis bragas. Aparté mis piernas de él

—Dawn... no sabes durante cuánto tiempo he estado soñando con esto. Ésta es

mi noche... tu noche. Tranquila. Te enseñaré... Te lo mostraré.

Acercó sus labios al pezón y me sentí hundir, entregándome, como alguien que pierde la consciencia. Su otra mano estaba sobre mis bragas. ¿Cómo se resistían las chicas? ¿Cómo lo detenían una vez que los sentimientos se hacían tan fuertes? Quería detenerlo, pero me sentía indefensa. Me estaba dejando llevar por la corriente, perdiéndome en sus besos, en su forma de tocarme y en la manera en que hacía arder mis pechos y muslos.

—Quiero enseñarte tantas cosas —susurró, pero justo en ese momento, las luces de otro coche explotaron sobre nosotros y grité.

Philip se apartó instantáneamente y yo me senté y arreglé mis ropas. Nos volvimos y vimos que el segundo coche se acercaba mucho al nuestro.

—¿Quién es? —pregunté, incapaz de ocultar mi temor. Me apresuré a bajarme el suéter.

—Ah, es sólo uno de los tipos del equipo de béisbol —contestó Philip—. Maldita sea. —Podíamos oír la radio del coche de su amigo y también risas de chicas. Nuestro precioso y privado lugar había sido invadido. Nuestro momento violado—. Probablemente, pronto empezarán a molestarnos —dijo Philip airadamente.

—Pensaba que éste era tu lugar especial, Philip —dije—. Pensé que lo habías encontrado accidentalmente.

—Sí, sí —repuso—. Pero cometí la equivocación de explicárselo a uno de los chicos un día y entonces él se lo explicó a alguien más.

—Se está haciendo tarde de todos modos, Philip, y con Madre enferma... Es mejor que vuelva a casa.

—Quizá podríamos ir a algún otro sitio —dijo sin esconder su decepción y frustración—. Conozco otros lugares.

—Volveremos otra vez —le prometí y le pellizqué el brazo—. Por favor, llévame a casa.

—Maldita sea —repitió. Puso en marcha el coche y se apartó antes de que sus amigos pudieran molestarnos. Tocarón el claxon, pero no hicimos caso. Philip me llevó a casa rápidamente, mirándome apenas.

—Debí haber venido directamente aquí en lugar de llevarte primero a la pizza —dijo casi con un gruñido.

Giramos por mi calle, pero al acercarnos hacia la casa, pensé que había visto a Padre y a Jimmy apresurarse por la acera hacia nuestro coche. Al acercarnos más, estuve segura y me enderecé en mi asiento rápidamente.

—¡Es Padre! ¡Y Jimmy! ¿Dónde irán tan tarde? —grité. Philip aceleró hasta que llegó justo a su lado, en el momento en que Padre se colocaba tras el volante.

—¿Qué pasa, Padre? ¿Dónde vas a esta hora de la noche?

—Es Madre —repuso—. El hospital acaba de llamar a Mrs. Jackson. Madre no

está nada bien.

—¡Oh, no! —Sentí que se me cerraba la garganta y que las lágrimas me llenaban los ojos. Salí rápidamente del coche de Philip y me introduje en el de Padre.

—Espero que todo vaya bien —nos gritó Philip. Padre asintió y nos marchamos.

Tan pronto como llegamos al hospital, nos apresuramos a la entrada, donde el guardia de seguridad se nos acercó para detenernos. Reconocí a la misma persona que había estado en la sala de urgencias cuando trajimos a Madre.

—¿Hacia dónde se dirigen? —preguntó. Habló bruscamente, pidiendo una respuesta, y como la primera vez que le vio, contempló atentamente a Padre.

—El hospital acaba de telefonar acerca de mi mujer Sally Jean Longchamp. Nos dijeron que viniéramos rápidamente.

—Un minuto —contestó el guardia de seguridad, haciendo un gesto con la mano. Fue hasta la mesa central y habló con el recepcionista—. Está bien —dijo, cuando volvió—. Suban. El médico les está esperando. —Nos siguió hasta el ascensor y contempló cómo entrábamos, mirando aun a Padre con fijeza.

Cuando llegamos a la puerta de la unidad de cuidados intensivos, Padre hizo una pausa. El médico de aspecto joven y pelo rojo que había atendido a Madre en la sala de urgencias estaba a un lado hablando en voz baja con una enfermera. Ambos se giraron cuando nos aproximamos. Sentí que algo atenazaba mi garganta y me mordí el labio inferior. Había sombras profundas y oscuras en los ojos del joven médico. Repentinamente, parecieron más los ojos de un viejo, de un médico mucho más experimentado que había visto a muchos más pacientes graves. Se adelantó hacia Padre y negó con la cabeza al hacerlo.

—¿Qu... qué? —preguntó Padre.

—Lo siento —dijo el joven médico. La enfermera con la que había estado hablando se reunió con él.

—¡Madre! —mi voz se quebró. Mis lágrimas eran punzantes.

—Le falló el corazón. Hicimos lo que pudimos, pero su congestión era tan fuerte que... el esfuerzo... fue demasiado para ella —añadió—. Lo siento, Mr. Longchamp.

—¿Mi mujer... muerta? —preguntó Padre, moviendo la cabeza como si negase lo que decía el joven médico—. Ella no puede...

—Me temo que Mrs. Longchamp falleció hace poco más de diez minutos, señor —replicó.

—¡Nooo! —gritó Jimmy—. ¡Usted es un mentiroso, un cochino mentiroso!

—Jimmy —le llamó Padre. Trató de abrazarlo, pero Jimmy dio un paso atrás rápidamente—. No puede estar muerta. No puede haber muerto. Ya lo verás, ya lo verás. —Empezó a avanzar hacia la puerta de la unidad de cuidados intensivos.

—Espera, hijo —le dijo el joven médico—. No puedes...

Jimmy empujó la puerta de un golpe, pero no tuvo necesidad de entrar para ver

que la cama que Madre había ocupado estaba vacía, el colchón desnudo. Permaneció ahí, mirando incrédulamente.

—¿Dónde está? —preguntó Padre suavemente. Lo abracé por la cintura y me agarré fuertemente. Él colocó el brazo sobre mi hombro.

—La tenemos allí —dijo el médico, señalando hacia una puerta a medio camino del corredor.

Padre giró lentamente. Jimmy se le acercó y él le alcanzó. Esta vez Jimmy no se apartó. Se acercó más a Padre y los tres fuimos despacio por el corredor. La enfermera abría el camino y se detuvo ante la puerta.

No sentía mis movimientos. No sentía mi respiración. Era como si todos nos hubiéramos introducido en una pesadilla y estuviésemos siendo conducidos por ella. No estamos aquí, deseé. No estamos a punto de entrar en esta habitación. Es un terrible sueño. Estoy en casa en la cama. Padre y Jimmy están en casa acostados.

Pero la enfermera abrió la puerta y en la apenas iluminada habitación, vi a Madre tendida sobre su espalda, con su pelo negro rodeándole la cara, los brazos a los lados con las palmas de las manos hacia arriba y los dedos fruncidos hacia dentro.

—Está en paz —murmuró Padre—. Pobre Sally Jean —dijo y se movió hacia un lado de la camilla con ruedas.

Todo en mi interior se rompió. Lloré más fuerte de lo que nunca había hecho. Me temblaba el cuerpo y el pecho me dolía. Padre tomó la mano de Madre y la sostuvo, mirándola simplemente. Su cara estaba tan llena de paz. La tos había terminado, el esfuerzo había acabado. Cuando la contemplé más detenidamente, pensé que veía una ligera sonrisa en sus labios. Padre también la vio y se volvió hacia mí.

—Debe de haberte oído cantar, Dawn. Justo antes de morir, debe de haberte oído.

Miré a Jimmy. Ahora lloraba, pero permanecía muy quieto, con los ojos obstinadamente fijos en Madre. Las lágrimas corrían libremente por sus mejillas y caían por su barbilla. Una parte de su interior luchaba por no mostrar sus emociones y la otra se había dejado ir. El esfuerzo lo aturdía. Entonces se limpió las lágrimas con el dorso de la mano y se volvió. Se dirigió a la puerta.

—¡Jimmy! —grité—. ¿Dónde vas?

No me contestó. Siguió caminando.

—Déjalo ir —dijo Padre—. Se parece a mi familia. Tiene que estar solo cuando la pena es muy honda. —Volvió a mirar a Madre—. Adiós, Sally Jean. Siento no haber sido un marido mejor para ti. Siento que los sueños con los que empezamos nunca tomaran forma. Quizás ahora llesves alguno a cabo. —Se inclinó y la besó por última vez. Entonces se volvió, puso la mano sobre mi hombro y empezó a salir. No supe con seguridad si él se estaba apoyando en mí o yo en él.

Cuando dejamos el hospital, buscamos a Jimmy, pero no estaba por ningún sitio.

—No está aquí —dijo Padre—. Casi es mejor que nos vayamos a casa, Dawn.

«Pobre Jimmy. ¿Dónde podía estar? No era justo que estuviera solo ahora», pensé. No importaba lo fuertes que pudieran ser los Longchamp en los malos tiempos, todo el mundo necesitaba consuelo y amor cuando se estaba tan profundamente hundido en la laguna de tragedia en la que nos hallábamos nosotros. Estaba segura de que él estaba sintiendo la misma pena que yo, sintiendo como si le hubieran arrancado el corazón, como si hubiera estado tan vacío, tan débil y ligero, que probablemente una ráfaga de viento lo pudiera levantar y llevárselo. Posiblemente no le importaba nada ya, no le importaba lo que le ocurriera, adonde iba a ir.

A pesar de su duro caparazón, Jimmy siempre había sufrido lo indecible cuando Madre estaba triste o enferma. Sabía que muchas veces se había marchado solo para no tener que verla disgustada o exhausta. Quizá conocía bien la soledad y la desolación y se había refugiado en algún rincón oscuro para llorar con su sombra. La cosa era que yo le necesitaba tanto como esperaba que él me necesitara a mí.

Después de salir del hospital, me di cuenta de que las estrellas se habían ido. Las nubes pasaban a gran velocidad, llevándose la claridad y la luz. El mundo estaba entristecido, sombrío y poco amistoso.

Padre me abrazó y fuimos al coche. Apoyé mi cabeza en su hombro y permanecí en esa posición todo el camino a casa. No nos dijimos nada hasta que llegamos a la calle donde vivíamos.

—Es Jimmy —dijo al llegar frente al edificio de apartamentos. Me incorporé rápidamente. Jimmy estaba sentado en los escalones. Nos vio, pero no se levantó. Salí del coche lentamente y me acerqué a él.

—¿Cómo llegaste a casa, Jimmy? —le pregunté.

—Corrí todo el camino —repuso, mirándome. La pequeña luz sobre la puerta iluminaba lo suficiente para permitirme ver el enrojecimiento en su cara. Aún estaba recuperando el resuello. Podía imaginar lo que había representado para él venir corriendo todos esos kilómetros, golpeando la acera con los pies, para espantar al pájaro negro de la pena que había anidado en su corazón.

—Hemos hecho todos los arreglos, hijo —le explicó Padre—. Más vale que entres ya. No queda nada que podamos hacer.

—Por favor, entra, Jimmy —supliqué. Padre fue a la puerta. Jimmy me miró y entonces se levantó y entramos en el edificio de apartamentos.

Afortunadamente, Fern se había dormido. Mrs. Jackson se mostró muy comprensiva y se ofreció a venir temprano por la mañana para ayudar con Fern, pero le dije que lo podía hacer todo. Necesitaba y quería mantenerme ocupada.

Después de que se marchó, permanecimos los tres en silencio, casi sin saber ninguno de los tres qué hacer. Padre fue hacia la puerta de su dormitorio y entonces

rompió a llorar fuertemente. Jimmy me miró y ambos le abrazamos. Nos sostuvimos apretadamente hasta que estuvimos todos demasiado exhaustos para permanecer de pie. Nunca antes ninguno de los tres habíamos agradecido tanto el sueño.

Por supuesto, no podíamos darnos el lujo de pagar un funeral elegante. Madre fue sepultada en un cementerio en las afueras de Richmond.

Algunos de los compañeros de trabajo de Padre en el colegio asistieron al funeral, lo mismo que Mrs. Jackson. Mr. Moore también asistió y me dijo que lo mejor que podía hacer en memoria de mi madre era continuar con mi música. Philip trajo a Louise.

No tenía idea de lo que podíamos hacer ahora. El colegio le dio a Padre una semana de permiso pagada. Padre estuvo haciendo cuentas y dijo que apretando un poco aquí y allí, podríamos darnos el lujo de pagarle algo a Mrs. Jackson para que se ocupara de Fern mientras Jimmy y yo estábamos en el colegio, de forma que pudiéramos terminar el año, pero Jimmy, ahora más que nunca, no quería volver al Emerson Peabody. No nos quedaban muchos días para acabar el semestre. Le pedí a Jimmy que lo reconsiderase y que al menos terminara y creo que habría cedido y lo habría hecho si no nos hubiéramos despertado unas cuantas mañanas después con una fuerte llamada en la puerta. Hubo algo en esa llamada, la forma que resonó por el apartamento que me dio escalofríos en la columna e hizo que me latiese violentamente el corazón.

Fue una llamada que cambiaría nuestras vidas para siempre, una llamada que iba a escuchar en miles de futuros sueños, una llamada que siempre me despertaría, no importa lo profundamente dormida que estuviera o lo cómoda que me sintiera.

Estaba levantándome y me había puesto la bata para ir a la cocina a hacer el desayuno. La pequeña Fern empezaba a moverse en su cuna. Aunque aún era demasiado joven para comprender la naturaleza de la tragedia que había caído sobre nosotros, lo notaba en nuestras voces y en la forma de movernos y en la expresión de nuestras caras. Ni lloraba tanto, ni tenía tantas ganas de jugar y cada vez que buscaba a Madre y no la encontraba se volvía hacia mí con unos gestos tristes e interrogantes. Me ponía enfermo el corazón pero trataba de no llorar. La niña ya había visto bastantes lágrimas.

Los golpes que sonaron en la puerta la asustaron y poniéndose de pie en la cuna comenzó a llorar. Yo la cogí en brazos.

—Vamos, vamos, Fern. —La arrullé suavemente—. No pasa nada. —Me parecía oír a Madre diciéndole esas mismas palabras una vez y otra. Apreté a Fern contra mí y salí justo cuando Padre llegaba al umbral de la puerta de su habitación. Jimmy se sentó en el sofá cama. Nos miramos unos a otros y después a la puerta.

—¿Quién puede ser tan temprano? —murmuró Padre deslizado la mano por sus enredados cabellos. Se frotó la cara con las palmas secas para despertarse un poco

más y luego cruzó el cuarto de estar hasta la puerta. Yo me quedé atrás, al lado de Jimmy y esperé. Fern dejó de llorar y también miró hacia la puerta.

Padre la abrió y vimos a tres hombres, dos policías y otro que reconocí como al guardia del hospital.

—¿Ormand Longchamp? —preguntó el más alto de los policías.

—¿Si?

—Traigo una orden de detención.

Padre no preguntó el motivo. Dio un paso atrás y suspiró como si algo que esperaba desde hacía tiempo hubiese sucedido. Bajó la cabeza.

—Lo reconocí la primera vez que lo vi en el hospital —dijo el guardia de seguridad—. Y cuando supe que aún había una recompensa...

—¿A quién reconoció? Padre, ¿qué es esto? —pregunté con la voz llena de pánico.

—Detenemos a este hombre por una acusación de secuestro —contestó el policía más alto.

—¿Secuestro? —miré a Jimmy.

—Eso es estúpido —dijo Jimmy.

—¿Secuestro? ¡Mi padre no ha secuestrado a nadie! —exclamé. Me volví a mirar a Padre. Aún no había respondido para defenderse. Su silencio me asustó.

—¿A quién puede haber secuestrado? —pregunté.

El guardia de seguridad fue el primero en hablar.

—Pues te secuestró a ti, cariño —replicó.

## PADRE... ¿UN SECUESTRAADOR?

Helada de pánico, permanecí sola, sentada en una pequeña habitación sin ventanas de la Comisaría. No podía dejar de temblar. De vez en cuando mis dientes castañeteaban. Me crucé de brazos y miré alrededor, examinando la habitación. Las paredes eran de un color beige desteñido y había feos rasponazos en la parte inferior de la puerta. Parecía como si alguien le hubiese estado dando patadas para tratar de salir. El cuarto estaba iluminado por una única bombilla, colocada en un casquillo de metal gris que colgaba al final de una cadena en el centro de la habitación. La bombilla daba un pálido reflejo blanco sobre la ligera mesa de metal, baja y rectangular, y sobre unas sillas.

La Policía nos había traído a todos en dos coches: Padre en uno y Jimmy, Fern y yo en el otro, pero una vez que llegamos, nos separaron a todos. Jimmy y yo estábamos seguros de que todo esto era una terrible equivocación, que pronto se darían cuenta y nos devolverían a casa; pero ésta era la primera vez que yo había estado en una Comisaría y nunca había sentido tanto miedo.

Finalmente la puerta se abrió y entró una mujer policía, baja y gordita. Llevaba la chaqueta del uniforme con una falda azul oscuro, una blusa blanca y una corbata también azul oscuro. Llevaba corto el pelo castaño rojizo y tenía cejas espesas. Tenía los párpados caídos como si estuviera soñolienta. Llevaba una libreta de notas bajo el brazo y dio la vuelta hasta el otro lado de la mesa. Se sentó, puso la libreta sobre la mesa y me miró sin sonreír.

—Soy el agente Cáster —me dijo.

—¿Dónde están mi hermanita y mi hermano? —pregunté. No me importaba quién era ella—. También quiero ver a mi padre —añadí—. ¿Por qué nos han puesto a todos en habitaciones separadas?

—Tu padre, como tú le llamas, está en otra habitación siendo interrogado y acusado de secuestro —me contestó tajante. Se inclinó hacia delante poniendo ambos brazos sobre la mesa—. Voy a completar la investigación, Dawn. Tengo que hacerte algunas preguntas.

—No quiero contestar preguntas. Quiero ver a mi hermanita y a mi hermano —repetí petulante. No me gustaba y no iba a fingir lo contrario.

—Sin embargo, tendrás que cooperar —proclamó. Se enderezó rápida en su silla echando hacia atrás los hombros.

—¡Todo es una equivocación! —exclamé—. Mi padre no me ha secuestrado. He estado con mi padre y mi madre desde siempre. ¡Hasta me contaron cómo había

nacido y cómo era de bebé! —exclamé. ¿Cómo podía esta mujer ser tan estúpida? ¿Cómo podía toda esta gente cometer un error tan terrible y no darse cuenta?

—Te secuestraron siendo un bebé —me dijo y miró su libreta—. Hace quince años, un mes y dos días.

—¿Quince años? —comencé a sonreír—. Todavía no he cumplido los quince años. Mi cumpleaños no es hasta el diez de julio, así es que...

—Naciste en el mes de mayo. Lo cambiaron para encubrir en parte su delito —me explicó con tanta indiferencia que me heló la sangre. Respiré hondo y moví la cabeza. ¿Ya tenía quince años? No, no era posible. No podía ser verdad.

—Pero si nací en una carretera —dije mientras las lágrimas me quemaban los ojos—. Madre me lo había explicado cientos de veces. Fue algo inesperado y nací en la parte de atrás de un camión. Había pájaros y...

—Naciste en un hospital en la Playa de Virginia. —Miró de nuevo su libreta—. Pesabas tres kilos seiscientos gramos.

Hice un gesto con la cabeza.

—Tengo que confirmar una cosa —dijo—. Haz el favor de desabrochate la blusa y bajártela un poco.

—¿Qué?

—Nadie va a entrar. Saben por qué estoy aquí. Por favor —repitió—, si no cooperas —añadió al ver que yo no me movía—, sólo harás las cosas más difíciles para todos, incluidos Jimmy y el bebé. Tienen que permanecer aquí hasta que esta investigación haya terminado.

Bajé la cabeza. Las lágrimas se me escapaban ahora haciendo zigzag por mis mejillas.

—Desabróchate la blusa y bájatela —me ordenó.

—¿Por qué? —la miré restregándome las lágrimas con mis pequeños puños.

—Hay una marca de nacimiento justo debajo de tu hombro izquierdo. ¿No es verdad?

La contemplé mientras una ola fría me envolvía, corriendo por mi cuerpo y convirtiéndome en una estatua de hielo.

—Sí —contesté con una voz apenas audible.

—Por favor. Tengo que confirmar eso. —Se puso de pie y dio la vuelta a la mesa.

Mis dedos estaban fríos y rígidos y demasiado torpes para manipular los botones de la blusa. Me fallaban una vez y otra.

—¿Puedo ayudarte? —me ofreció.

—¡No! —contesté violenta y conseguí abrirme la blusa. Entonces la bajé por mis hombros lentamente, cerrando los ojos. Sollocé y sollocé. Tuve un sobresalto cuando me puso el dedo sobre la marca de nacimiento.

—Muchas gracias —me dijo—. Ya puedes abrochate la blusa otra vez. —

Regresó a su asiento—. Tenemos que comparar las plantas de los pies... sólo para terminar la confirmación, pero Ormand Longchamp de todos modos ha confesado.

—¡No! —grité. Metí la cara entre las manos—. No creo nada de esto. ¡No puedo creerlo!

—Estoy segura de que es un golpe para ti, pero vas a tener que creerlo —me dijo firmemente.

—¿Cómo sucedió todo esto? —pregunté—. ¿Cómo... por qué?

—¿Cómo? —Se encogió de hombros y miró en su libreta—. Hace quince años, Ormand Longchamp y su mujer trabajaban en un lugar de veraneo en la Playa de Virginia. Sally Jean era camarera y Ormand estaba encargado del mantenimiento en ese hotel. Poco después de que te trajesen a casa desde el hospital, Ormand —aquí consultó su libreta de nuevo— y Sally Jean Longchamp te secuestraron junto con una considerable cantidad de joyas.

—¡No serían capaces de hacer una cosa así! —gemí a través de mis lágrimas.

Nuevamente se encogió de hombros, su cara pálida permanecía indiferente y sus ojos no reflejaban ninguna emoción, como si hubiese visto este caso una vez y otra y estuviera acostumbrada.

—No... no... no... —Estoy en medio de una pesadilla, me dije a mí misma. Pronto terminará y me despertaré en mi cama en nuestro apartamento. Oiré a Fern moviéndose en su cuna y me levantaré para asegurarme de que está cómoda y caliente. Quizá le echaré una mirada a Jimmy y veré la silueta de su cabeza en la oscuridad durmiendo profundamente en el sofá. Voy a contar hasta diez muy despacio, me dije y cuando abra los ojos... uno... dos...

—Dawn.

—Tres... cuatro... cinco...

—Dawn, abre los ojos y mírame.

—Seis... siete...

—Se supone que he de prepararte para que regreses ahora con tu verdadera familia. Dentro de poco saldremos para la estación y...

—Ocho... nueve...

—Subiremos a un coche de la Policía.

—¡Diez!

Abrí los ojos y la luz intensa e hiriente quemó todas mis esperanzas, mis ruegos, mis sueños. La realidad se precipitó atronadora sobre mí.

—¡No! ¡Padre! —grité. Me puse de pie.

—Dawn, siéntate.

—¡Quiero ver a mi Padre! ¡Quiero ver a Padre! —Siéntate ahora mismo.

—¡Padre! —grité nuevamente. Me rodeó con sus brazos, sujetando los míos a los lados y obligándome a sentarme en la silla.

—Si no terminas con esto, te haré poner una camisa de fuerza y te entregaré así. ¿Te enteras? —me amenazó.

La puerta se abrió y entraron dos policías.

—¿Necesita ayuda? —preguntó uno de ellos.

Los miré con ojos llenos de ira, terror y frustración. El joven parecía compasivo. Tenía el pelo rubio y ojos azules que me recordaron a Philip.

—Vamos —dijo—. Tómalo con calma, cariño.

—Esto está controlado —replicó el agente Cárter. Ella no aflojó la presión de sus brazos pero yo dejé que los míos se relajasen.

—¡Y tanto! Parece que está haciendo una magnífica labor —dijo el joven.

Ella me soltó y se irguió.

—¿Quiere usted hacerse cargo de esto, Dickens? —le preguntó al joven.

Yo respiré hondo y ahogué mis sollozos. Mis hombros se agitaban mientras aspiraba el aire. El joven me contempló con sus suaves ojos azules.

—Es un mal trago para una chiquilla de esta edad. Debe de tener la misma edad de mi hermana.

—¡Caramba! —dijo el agente Cárter—. Un asistente social disfrazado.

—Estaremos ahí fuera cuando esté lista —dijo el guardia Dickens.

—Ya te dije —me insistió el agente Carter— que si no cooperas, lo único que lograrás es prolongar las dificultades, sobre todo para tu hermanastro y hermanastra. Ahora dime, ¿vas a portarte bien o tengo que dejarte aquí unas cuantas horas para pensarlo?

—Quiero irme a casa —gemí.

—Te irás a casa. Tu verdadera casa y tus verdaderos padres.

Negué con la cabeza.

—Ahora tengo que ver las plantas de tus pies —me dijo—. Quítate los calcetines y los zapatos.

Me apoyé en el respaldo y cerré los ojos.

—¡Maldita sea! —la oí decir y un momento después sentí que me quitaba los zapatos. No me resistí ni tampoco abrí los ojos. Estaba decidida a mantenerlos cerrados hasta que todo esto hubiese terminado.

Un poco después, cuando todo acabó, los dos policías que habían estado esperando fuera, regresaron y permanecieron en pie mientras el agente Cárter terminaba su informe. Levantó la vista de su libreta.

—El capitán quiere que nos pongamos en camino —anunció el guardia Dickens.

—Magnífico —contestó el agente Cárter—. ¿Quieres ir al cuarto de baño, Dawn? Éste es el momento.

—¿A dónde iremos? —pregunté con una voz que parecía escapárseme. Me sentía como si estuviese flotando. Estaba atontada, sin saber ni el tiempo, ni el lugar. Hasta

se me había olvidado mi nombre.

—Vas a tu casa, a tu verdadera familia —me contestó.

—Vamos, cariño —dijo el guardia Dickens, cogiéndome suavemente por el brazo y ayudándome a ponerme de pie—. Anda, vete al baño y lávate la cara. Tienes las mejillas tiznadas de llorar y sé que cuando te hayas limpiado, te sentirás mejor.

Observé su cálida sonrisa y sus ojos bondadosos. ¿Dónde estaba Padre? ¿Dónde estaba Jimmy? Quería tener a Fern en mis brazos y besar sus mejillas gorditas hasta dejárselas rojas. Nunca más me quejaría de sus lloros y lamentos. En realidad deseaba oír sus lamentos. Quería oírla diciéndome: «Sube, Dawn, sube» y verla tirándome sus bracitos.

—Por aquí, cariño —dijo el guardia. Me indicó en qué dirección estaba el cuarto de baño. Me lavé la cara. El agua fría sobre mis mejillas devolvió un poco de mi energía y conciencia. Después de haber pasado por el cuarto de baño, salí y miré a los policías expectante.

Repentinamente otra puerta del corredor se abrió y vi a Padre sentado en una silla, con la cabeza caída sobre el pecho.

—¡Padre! —chillé y corrí hacia la puerta abierta. Padre levantó la cabeza y me miró con ojos sin expresión. Era como si estuviese hipnotizado y no me viera allí.

—Padre, díles que no es verdad, díles que todo ha sido una horrible equivocación. Empezó a hablarme, pero movió la cabeza y miró hacia abajo.

—¡Padre! —grité nuevamente, al sentir las manos de alguien sobre mis hombros—. *¡Por favor, no permitas que se nos lleven a todos!*

¿Por qué no estaba haciendo nada? ¿Por qué no mostraba algo de su genio y fuerza? ¿Cómo permitía que esto continuara?

—Vamos, Dawn —oí decir a alguien detrás mío. La puerta de la habitación donde estaba Padre empezó a cerrarse. Alzó los ojos y me miró.

—Lo siento, cariño —dijo muy bajito—. Lo siento tanto.

Después la puerta se cerró.

—¿Que lo sientes? —Me solté de las manos que sujetaban mis hombros y golpeé la puerta—. ¿Que lo sientes? ¿Padre? ¡Tú no has hecho lo que ellos dicen!

La presión sobre mis hombros se hizo más firme esta vez. El guardia Dickens me hizo retroceder.

—Vámonos, Dawn. Tienes que salir de aquí.

Me volví y le miré a la cara mientras las lágrimas rodaban por la mía.

—¿Por qué no me ayudó? ¿Por qué se quedó sentado ahí? —pregunté.

Porque es culpable, cariño. Lo siento. Ahora tienes que irte. Vámonos.

Mire una vez más hacia atrás a la puerta cerrada. Me parecía que tenía un hueco en el pecho donde había estado mi corazón. La garganta me dolía y las rodillas me temblaban. El guardia Dickens prácticamente tuvo que llevarme hasta la puerta de la

Comisaría donde el agente Cárter estaba esperando con mi maletita.

—Puse en esta maleta todo lo que creí que era tuyo —explicó—. No pareció ser mucho.

Me quedé mirándola. Mi pequeña maleta que yo siempre había arreglado con tanto cuidado para que cupiese todo lo mío, en nuestros frecuentes viajes de un mundo a otro. De repente, el pánico se apoderó de mí. Me puse de rodillas y abrí la maleta buscando el pequeño compartimento. Cuando mis dedos encontraron el retrato de Madre, respiré con alivio. Cogiéndolo con ambas manos lo apreté sobre mi pecho. Luego me puse en pie. De nuevo me hicieron ir hacia delante.

—Espere —dije deteniéndome—. ¿Dónde está Jimmy?

—Ya se lo han llevado a un hogar para niños descarriados hasta que alguien lo adopte —me explicó el agente Cárter.

—¿Adoptado? ¿Quién va a adoptarlo? —pregunté frenética.

—Alguna familia que quiera adoptarlo —contestó ella.

—¿Y Fern? —pregunté sin poder respirar.

—Lo mismo. Vámonos. Tenemos un largo viaje por delante.

Jimmy y la pequeña Fern tienen que haberse sentido muy asustados sin saber lo que les esperaba. ¿Habría sido todo culpa mía? Fern había estado llamando a su madre y ahora estaría llamándome a mí.

—¿Pero cuándo podré verlos? ¿Cómo los veré? —Miré al guardia Dickens. Éste negó con la cabeza—. Jimmy... Fern... tengo que verlos... por favor.

—Es demasiado tarde. Ya se han ido —contestó con suavidad el guardia Dickens. Meneé la cabeza. El agente Cárter me llevó hacia el coche de la Policía que nos aguardaba. El guardia Dickens le quitó mi maletita y la puso en el maletero del coche. Después se puso tras el volante rápidamente, mientras el otro policía nos abría la puerta trasera a mí y al agente Cárter. No dijo nada.

El agente Cárter me indicó el asiento de atrás. Entre ese asiento y el de delante había una reja de metal y las puertas no podían abrirse desde dentro. No podía salir hasta que alguien abriese las puertas. Era como un criminal que estaba siendo transportado de una cárcel a otra. El agente Cárter estaba a mi derecha y el segundo policía a mi izquierda.

La velocidad en que estaba ocurriendo todo me dejó mareada. No comencé a llorar de nuevo hasta que el coche patrulla se lanzó a toda velocidad y me di cuenta de que verdaderamente Padre, Jimmy y Fern habían desaparecido y yo me encontraba sola mientras me llevaban a otra familia y otra vida. Me sentí sobrecogida de pánico cuando comprendí lo que iba a suceder. ¿Cuándo volvería a ver de nuevo a Padre, o a Jimmy, o a la pequeña Fern?

—Esto no es justo —murmuré—. No es justo. —El agente Cárter me oyó.

—Imagínate cómo tuvieron que haberse sentido tus verdaderos padres cuando

descubrieron que habías desaparecido, que sus empleados habían huido llevándote con ellos. ¿Te parece que eso fue justo?

Me quedé mirándola y negué con la cabeza.

—Tiene que ser una equivocación —murmuré.

¿Cómo pudieron Padre y Madre haberle hecho algo tan terrible a ninguna persona? ¿Padre... robarme a otra familia? ¿No importarle la pena de esa madre y el dolor de ese padre?

Y Madre, con todas sus historias y recuerdos de nuestra infancia... Madre, trabajando tan duramente para que no nos faltase nada... Madre, poniéndose cada vez más enferma y delgada, sin preocuparse de sí misma mientras Jimmy y Fern y yo tuviésemos ropa para ponernos y comida para alimentarnos. Madre conocía el dolor y la tragedia de su propia vida. ¿Cómo podía haberle hecho daño a otra madre?

—No hay ninguna equivocación, Dawn —dijo secamente el agente Cárter. Luego repitió mi nombre moviendo la cabeza—. Dawn, me pregunto que harán sobre eso.

—¿Sobre qué? —Mi corazón había empezado a golpear de nuevo. Golpeaba como un tambor cuando desfilaba la banda mientras sus latidos producían pulsaciones en todo mi cuerpo.

—Tu nombre. Ése no es tu verdadero nombre. Te secuestraron después de que te trajeran a casa y ya te habían puesto un nombre.

—¿Y cómo me llamo? —pregunté. Me sentía como una víctima de amnesia que está recuperando lentamente la memoria, regresando a un mundo donde todas las caras estaban en blanco, sólo ojos, una nariz y una boca, como rostros grabados en un papel blanco.

El agente Cárter abrió su libreta y repasó algunas páginas.

—Eugenia —contestó después de un momento—. Quizás es mejor que seas Dawn —añadió secamente y comenzó a cerrar de nuevo su libreta.

—¿Eugenia? ¿Eugenia qué?

—¡Oh! ¡Qué estúpida no habértelo dicho completo! —Abrió de nuevo la libreta—. Eugenia Grace Cutler —declaró.

Mi agitado corazón se detuvo.

—¿Cutler? ¿Ha dicho usted Cutler?

—Sí, lo he dicho. Eres hija de Randolph Boyse Cutler y Laura Sue Cutler. En realidad, cariño, vas a estar muy bien acomodada. Tus padres son los dueños del famoso hotel de vacaciones, el «Hotel Cutler Cove».

—¡Oh, no! —exclamé. ¡No podía ser! ¡Simplemente no podía ser!

—No te alteres. Podías haber estado mucho peor.

—Usted no lo entiende —dije pensando en Philip—. No puedo ser una Cutler. ¡No puedo!

—Oh, sí, por supuesto que puedes y sí que lo eres. Es algo que está

absolutamente confirmado.

No podía hablar. Me apoyé en el respaldo sintiéndome como si me hubiesen golpeado el estómago. Philip era mi hermano. Ese parecido entre nosotros que yo había considerado tan maravilloso, que yo consideraba que había sido colocado por el destino para unirnos como novios era en realidad el parecido entre hermano y hermana.

Y Clara Sue... la horrible Clara Sue... ¡Era mi hermana! El destino me estaba obligando a cambiar a Jimmy y Fern por Philip y Clara Sue.

Muchas cosas que habían sido un misterio para mí en el pasado ahora se colocaban en su sitio. No me extrañaba que Madre y Padre nunca hubiesen querido volver con sus familias. Sabían que estaban siendo buscados como criminales y tenían que haber esperado que los estuviesen buscando allí. Y ahora comprendía lo que Madre me había dicho desde su cama del hospital después de decirle que Philip iba a llevarme al concierto. Veía por qué me había dicho: «Nunca pienses mal de nosotros. Te queremos mucho. Recuérdalo».

Todo era verdad. Mi terca insistencia en pensar que no lo era tenía que ser abandonada. Tenía que enfrentarme a las cosas aunque no las comprendiese. ¿Llegaría a comprenderlas algún día?

Me apoyé en el respaldo y cerré los ojos nuevamente. Estaba muy cansada. Las lágrimas, el dolor, la agonía de dejar atrás a Jimmy y Fern y Padre, la muerte de Madre y ahora estos descubrimientos pesaron sobre mí haciéndome sentir consumida, sin fuerzas, como la concha vacía de mí misma. Mi cuerpo se había vuelto humo y estaba flotando en una brisa que no sabía adonde me llevaría.

Las caras de Jimmy y Fern desaparecieron como hojas que el viento había arrancado de los árboles. Apenas podía verlas en mi mente.

El coche patrulla iba a toda velocidad llevándonos hacia mi nueva familia y mi nueva vida.

Parecía que el viaje iba a durar para siempre. Cuando llegamos a la Playa de Virginia, el nublado cielo nocturno se había despejado un poco. Las estrellas se asomaban por entre las nubes pero su brillo no me produjo el menor consuelo. De repente parecían más bien lágrimas congeladas, pequeñas gotas de hielo que se iban derritiendo lentamente en un cielo triste y oscuro.

Durante la mayor parte del viaje, los agentes de Policía habían hablado uno con otro sin apenas dirigirme la palabra. Casi no me miraban. Nunca me había sentido tan sola y perdida. Dormitaba a ratos y agradecía el sueño porque era una corta huida del horror que me estaba sucediendo. Cada vez que me despertaba, me asía a la esperanza por un instante de que todo hubiese sido un mal sueño. Pero el monótono sonido de las ruedas del coche, con la oscura noche desfilando ante las ventanas y la tranquila conversación de los agentes de Policía me traían de nuevo la terrible

realidad una y otra vez.

No podía menos de sentirme curiosa sobre el mundo nuevo al cual había sido literalmente arrastrada, pero íbamos demasiado de prisa, los edificios y la gente pasaban a toda velocidad antes de que pudiera darme cuenta de lo que había visto. A ratos nos encontrábamos en la carretera alejados de las áreas más pobladas. Sabía que el océano se encontraba no muy lejos en alguna parte de esa oscuridad, así pues estudié el paisaje hasta que la tierra desapareció ante un amplio mar como un espejo azul oscuro.

A lo lejos podía ver las pequeñas luces de los pescadores y de los yates. Poco después, la línea de la costa de la Playa de Virginia se anunciaba con un letrero en la carretera indicando que estábamos a punto de entrar en Cutler's Cove. No era un pueblo exactamente, sólo una calle larga llena de pequeñas tiendas y restaurantes. No pude ver mucho porque la atravesamos de prisa, pero lo que vi parecía pintoresco y agradable.

—Según lo que nos han indicado, está justo aquí—dijo el guardia Dickens.

Pensé en Philip, que aún estaba en el colegio, y me pregunté si alguien le habría dicho algo de esto. Quizá sus padres le habían telefoneado. ¿Cómo se habría tomado la noticia? Seguramente estaba igualmente confuso por las revelaciones intempestivas.

—Parece un gran sitio para comenzar una vida nueva —dijo el policía que estaba a mi lado, reconociendo finalmente lo que estábamos haciendo y por qué estábamos en un coche camino del «Hotel Cutler Cove».

—Eso es indudable —contestó el agente Cárter.

—Ahí está —anunció el guardia Dickens y yo me adelanté en el asiento.

La línea de la costa se curvaba hacia delante en este punto, y pude ver que había una bella extensión de arena blanca que centelleaba como si le hubiesen pasado un rastrillo para limpiarla. Hasta las olas llegaban allí suave y delicadamente, como si el mar tuviese miedo de hacerle daño. Al pasar por la entrada a la playa, descubrí un letrero que decía: RESERVADO PARA LOS HUÉSPEDES DEL «HOTEL CUTLER COVE». Después el coche patrulla giró a la derecha por una larga avenida y vi delante mío el hotel, situado sobre una pequeña colina, rodeado de un césped bien cuidado.

Era una enorme mansión de tres pisos, de color azul Wedgwood con ventanas blancas y rodeada de un enorme porche. La mayoría de las habitaciones estaban iluminadas y había farolillos japoneses a lo largo del porche y encima, la escalera de caracol, de madera desteñida. Los cimientos eran de piedra pulida. Bañados por las luces diseminadas por el césped, brillaban como si estuviesen hechos de perlas. Los huéspedes paseaban por los bellos jardines donde había dos pequeños miradores, bancos y mesas de piedra y de madera, fuentes, algunas con la forma de un gran pez y otras como platos hondos con el surtidor en el centro. Los jardines estaban llenos de

bellas flores que tenían casi todos los colores del arco iris. Los senderos estaban bordeados de setos bajos e iluminados por reflectores colocados en el suelo.

—Es un poco mejor que lo que estabas acostumbrada, ¿eh? —comentó el agente Cárter. Me limité a mirarla furiosa. ¿Cómo podía estar tan endurecida? No le contesté. Me volví para mirar por la ventanilla mientras el coche patrulla daba la vuelta al camino circular.

—Continúe —ordenó el agente Cárter—. Vamos a la puerta de atrás. Nos ordenaron que fuésemos allí.

«¿La puerta de atrás?», pensé. ¿Dónde se hallaban mis nuevos padres, mis verdaderos padres? ¿Por qué no se habían precipitado a Richmond a reclamarme en lugar de hacer que me trajese la Policía, como si yo fuera un criminal? ¿No estaban emocionados por conocerme? Quizá se encontraban tan nerviosos como lo estaba yo. Me pregunté si Philip les había dicho algo de mí. ¿Lo habría hecho Clara Sue? Seguro que les haría odiarme.

El coche patrulla se detuvo pero mi corazón no dejó de golpear, latiendo violentamente contra mi pecho como si hubiese un pequeño tamborilero golpeando mis huesos con sus palillos. Apenas podía respirar y no podía dejar de temblar. «Oh, Madre —pensé—, si no te hubieras enfermado y no hubiesen tenido que llevarte al hospital, no estaría aquí ahora». ¿Por qué era el destino tan cruel? Esto no podía estar sucediendo, tú y Padre no podíais haber sido secuestradores de niños. Tenía que haber otra explicación, una que mis verdaderos padres conociesen y estuviesen dispuestos a darme. ¡Que Dios permita que así sea!, iba rezando yo.

Tan pronto como nos detuvimos, el agente Cárter bajó rápidamente y nos abrió la puerta.

—En cuanto me firmen esto —dijo, señalando los papeles que llevaba—, regresaré inmediatamente.

«¿Firmar eso?», pensé observando el documentó. Me estaban entregando como si fuese un objeto que se deja en la puerta de servicio.

Me quedé contemplando la puerta trasera del hotel. No era más que una pequeña puerta de tela metálica. Había que subir cuatro escalones para llegar a ella. El agente Cárter se dirigió a la puerta pero no la seguí. Me había detenido allí sosteniendo mi maleta.

—Vamos —me ordenó. Vio mis dudas y puso las manos sobre sus caderas—. Ésta es tu casa, tu verdadera familia. Vamos —me dijo cortante cogiendo al mismo tiempo mi mano.

—Buena suerte, Dawn —me deseó el guardia Dickens.

El agente Cárter tiró de mí y la seguí hasta la puerta. De repente, ésta se abrió y un hombre alto, casi calvo, con una piel muy pálida como si fuese empleado de una funeraria, se quedó contemplándonos. Llevaba una chaqueta de sport azul oscuro,

corbata haciendo juego, camisa blanca y pantalones. Parecía tener una estatura como de un metro noventa. Al acercarnos, vi que tenía unas cejas muy pobladas, la boca grande con labios delgados, una nariz que era el pico de un águila. ¿Sería éste mi verdadero padre? No se parecía a mí.

—Por favor, pasen por aquí —dijo retrocediendo—. Mrs. Cutler les aguarda en su despacho. Mi nombre es Collins. Soy el maitre —añadió. Me miró con sus ojos castaños llenos de curiosidad, pero no sonrió. Hizo un gesto para que pasásemos adelante con su brazo largo y sus delgados dedos un poco bronceados, moviéndose con tanta gracia y serenidad como si lo hiciese en cámara lenta.

El agente Cárter asintió y se encaminó por el estrecho pasillo que nos llevó a lo que indudablemente era la parte de atrás de la cocina donde estaban las despensas. Algunas puertas estaban abiertas y vi cajones de comestibles enlatados y cajas de distintos artículos de cocina. Collins señaló hacia la izquierda cuando llegamos al final del corredor.

¿Por qué me estaban haciendo entrar a escondidas?, me pregunté. Doblamos por una esquina y entramos en otro largo pasillo.

—Espero que lleguemos antes de que tenga que pedir el retiro del cuerpo de policía —comentó el agente Cárter haciendo un chiste.

—Es aquí delante —replicó Collins.

Finalmente se detuvo ante una puerta y llamó suavemente.

—Entre —oí decir a una voz femenina muy firme. Collins abrió la puerta y miró al interior.

—Han llegado —anunció.

—Que pasen —contestó la mujer. ¿Sería ésta mi madre?

Collins se retiró un poco para que pudiésemos entrar. El agente Cárter entró primero y después lo hice yo lentamente. Estábamos en un despacho. Miré a mi alrededor. Había un agradable olor a lilas pero no se veían flores. La habitación tenía un aspecto austero y sencillo. El suelo estaba formado por planchas de madera dura y probablemente era el original. Había una alfombra ovalada azul oscuro, apretadamente tejida, delante del sofá tapizado en cretona de color azul aguamarina, que estaba situado haciendo un ángulo a la derecha de la gran mesa de roble oscuro, sobre la que todo estaba pulcramente ordenado. En ese momento la única luz que había en la habitación provenía de una pequeña lámpara sobre la mesa. Proporcionaba un extraño y amarillento reflejo sobre la cara de la mujer mayor que nos observaba.

Aunque estaba sentada, pude ver que era una mujer alta y majestuosa con el pelo color acero azulado, peinado en suaves ondas que se rizaban bajo sus orejas y por la nuca. Unos pendientes de brillantes en forma de pera colgaban de los lóbulos de sus orejas. Llevaba un collar con un brillante en forma de pera montado en oro haciendo

juego con los pendientes. Aunque estaba delgada y probablemente no pesaría más de cincuenta y tantos kilos, tenía el aspecto de ser tan austera y estar tan segura de sí misma, que daba la impresión de tener mayor tamaño. Sus hombros estaban envueltos en una chaqueta de algodón de color azul brillante, que llevaba sobre una blusa blanca de cuello de volantes.

—Soy el agente Cárter y ésta es Dawn —dijo rápidamente el agente Cárter.

—¿Qué se tiene que hacer? —preguntó la mujer mayor, quien pensé que debía de ser mi abuela.

—Necesito que me firme esto.

—Permítame verlo —repuso mi abuela y se colocó las gafas con montura de concha. Leyó el documento rápidamente y entonces lo firmó.

—Gracias —agradeció el agente Cárter—. Bien —me miró—. Me marchó. Buena suerte —murmuró y dejó el despacho.

Sin hablarme, mi abuela se levantó y dio la vuelta a su mesa. Vi que llevaba una falda haciendo juego hasta el tobillo y unos zapatos de piel de color blanco roto, diseñados para alguien que debía de andar mucho. Parecían más unos zapatos de hombre. La única imperfección en su aspecto si podía ser considerada de esa manera, era una pequeña arruga en la media de nylon de su pie derecho.

Encendió una lámpara de pie en una esquina, para que hubiera más luz y entonces, con sus ojos grises, pétreos y glaciales, permaneció contemplándome durante un largo momento. Busqué en su cara la señal de algún parecido conmigo misma y pensé que la boca de mi abuela era más firme y grande que la mía y que en sus ojos no había ni rastro de color azul.

Su cutis era tan suave y perfecto como el de una estatua de mármol. Apenas tenía una diminuta mancha producida por la edad en la parte superior de su mejilla derecha. Usaba un ligero toque de pintura de labios roja rosada y apenas un poco de colorete sobre sus mejillas. Ni un solo mechón de sus cabellos estaba fuera de sitio.

Ahora que la habitación estaba más iluminada, miré a mi alrededor y contemplé las paredes que estaban forradas con ricas maderas. Había una pequeña librería por detrás y hacia la derecha de la mesa. En la pared detrás de la mesa, había un gran retrato de una persona que pensé que tenía que ser mi auténtico abuelo.

—Tienes la cara de tu madre —declaró. Majestuosamente erguida, se movió tras su mesa impresionantemente ancha—. Infantil —añadió, despectivamente, pensé. Había apenas una ligera curvatura en sus labios cuando terminaba las frases—. Siéntate —me dijo cortante. Después de que me senté, cruzó los brazos sobre su pequeño pecho y se recostó en su silla, pero manteniendo la postura tan erguida, que me hizo pensar que su espalda era una lámina de frío acero.

—Tengo entendido que tus padres han estado vagabundeando todos estos años y que tu padre nunca pudo conservar un trabajo fijo en ningún sitio —dijo con

aspereza. Me sorprendió que les llamara mis padres y que se refiriera a Padre como a mi padre—. Un inútil —continuó—. Lo supe el primer día que le puse los ojos encima, pero mi marido tenía una debilidad por las causas perdidas y lo contrató a él y a la chusma de su mujer.

—¡Madre no era ninguna chusma! —le respondí cortante.

Ella no contestó. Me contempló nuevamente, ahondando en las profundidades de mis ojos, como para beberse mi esencia. Empezaba a disgustarme mucho por la forma en que me miraba, estudiándome como si estuviera buscando algo en mi cara, contemplándome con sus muy interesados ojos taladrantes.

—No estás especialmente bien educada —repuso finalmente. Tenía la costumbre de asentir con la cabeza después de decir algo que creía que era la verdad absoluta—. ¿Te enseñaron alguna vez que tienes que respetar a tus mayores?

—Respeto a la gente que me respeta —dije.

—El respeto debe ser ganado. Y debo decir que tú aún no lo has hecho. Veo que tendrás que ser reeducada, rehecha, en una palabra, formada con propiedad —proclamó en un tono de poder y arrogancia que me hizo girar la cabeza. A pesar de su pequeña estructura, tenía la mirada más intensa que jamás había visto en una mujer, mucho más intensa y severa incluso que la temible mirada verde de Mrs. Turnbull.

—¿Te hablaron alguna vez los Longchamp acerca de este hotel o esta familia? —preguntó.

—No, nunca —respondí. Me quemaban las lágrimas en los ojos, pero no quería que viera lo dolorosas que eran, ni lo terriblemente mal que me estaba haciendo sentir—. Quizá todo es una equivocación —añadí, aunque ya albergaba poca esperanza después de haber visto a Padre en la Comisaría. Tuve la impresión de que si esto era una equivocación, ella podría arreglarlo. Parecía que tenía el poder de arreglar hasta el tiempo.

—No, no hay ninguna equivocación —dijo, y su voz sonó casi tan apesadumbrada como la mía sobre ello—. Me han dicho que eres una buena alumna en el colegio pese a la vida que has llevado. ¿Es verdad?

—Sí.

Se sentó hacia delante, dejando descansar sus manos sobre la mesa. Tenía los dedos largos y delgados. Un reloj de pulsera de oro, con una gran esfera, colgaba libremente en su diminuta muñeca. También parecía algo propio de un hombre.

—Como el curso escolar está a punto de terminar, no nos vamos a tomar el trabajo de volver a mandarte al Emerson Peabody. Todo esto ha sido algo embarazoso para nosotros en cualquier caso y yo no creo que favorecería nada a Philip o a Clara Sue si volvieras en estas condiciones. Tendremos tiempo para decidir con respecto a tus estudios. La temporada ha empezado ya y hay mucho que hacer aquí —comentó. Miré hacia la puerta, preguntándome dónde estarían mis verdaderos padres y por qué

le estaban dejando tomar todas estas decisiones a ella.

Siempre había soñado conocer a mis abuelos, pero mi verdadera abuela no encajaba con ninguno de mis sueños. No era el tipo de abuela que hiciera galletitas y que diera consuelo cuando la vida era difícil. Ésta no era la dulce y cariñosa abuela de mis sueños, la abuela que yo había imaginado que me enseñaría cosas de la vida y del amor, y me quisiera de la misma forma que a su propia hija, que me quisiera aún más.

—Vas a tener que aprenderlo todo sobre el hotel, empezando por abajo —me sermoneó mi abuela—. No se le permite a nadie holgazanear aquí. El trabajo duro forma el carácter y estoy segura de que a ti te hace falta trabajo duro. Ya le he hablado al ama de llaves de ti y hemos permitido que una de las camareras se marchase para que ocupes su puesto.

—¿Camarera? —«Eso es en lo que había trabajado Madre aquí —pensé—. ¿Por qué querría mi abuela que yo hiciese lo mismo?»

—No eres una princesa perdida y encontrada, ¿sabes? —me dijo secamente—. Debes formar parte de esta familia otra vez, aunque formaste parte de ella por poco tiempo, y para hacerlo propiamente, tendrás que aprenderlo todo sobre nuestro negocio y nuestra forma de vivir. Cada uno de nosotros trabaja aquí y tú no vas a ser una excepción. Supongo que serás una holgazana —continuó—, considerando...

—No soy holgazana. Puedo trabajar tan duramente como tú o como cualquiera —respondí.

—Veremos —dijo. Asintió levemente, mirándome intensamente una vez más—. Ya he dispuesto dónde vivirás con Mrs. Boston. Es la persona que está a cargo de nuestras habitaciones. Ella vendrá en unos momentos para llevarte a tu habitación. Espero que la mantengas limpia y ordenada. El hecho de que tengamos a una sirvienta ocupándose de nuestra vivienda no es motivo para que podamos ser sucios o desorganizados.

—Nunca he sido sucia y siempre he ayudado a Madre a limpiar y organizar nuestros apartamentos —le contesté.

—¿Madre? Oh... sí... bien, que sea la regla y no la excepción. —Hizo una pausa, casi sonriendo, pensé, por la forma que levantaba las comisuras de la boca.

—¿Dónde están mi padre y mi madre? —pregunté.

—Tu madre —contestó haciendo que sonara como si fuera una palabrota— está teniendo una de sus crisis emocionales... convenientemente —dijo la abuela Cutler—. Tu padre te verá en seguida. Está muy ocupado, muy ocupado —suspiró profundamente y movió la cabeza—. Esta situación no es fácil para ninguno de nosotros. Y todo esto ha sucedido en el momento equivocado —comentó haciéndome sentir como si tuviera la culpa de que Padre hubiera sido reconocido y de que la Policía me hubiera encontrado—. Estamos justo empezando una nueva temporada. No esperes que nadie tenga tiempo para hacerte de anfitrión. Haz tu trabajo, mantén

tu habitación limpia y escucha y aprende. ¿Alguna pregunta? —inquirió, pero antes de que pudiera responder, hubo una llamada en la puerta.

—Entre —contestó y la puerta fue abierta por una mujer negra de aspecto agradable. Llevaba el pelo recogido ordenadamente en un moño. Vestía un uniforme de camarera de algodón blanco con medias igualmente blancas y zapatos negros. Era pequeña, apenas de mi estatura.

—Oh, Mrs. Boston. Le presento a... —mi abuela hizo una pausa y me miró como si acabara de entrar—. Sí —dijo escuchando una voz que sólo ella podía oír—. ¿Qué hacemos con tu nombre? Es un nombre estúpido. Tendremos que llamarte por el verdadero, por supuesto... Eugenia. Se te puso el nombre de Eugenia por una de mis hermanas que falleció de viruela cuando no era mucho mayor que tú ahora.

—¡Mi nombre no es estúpido y no quiero cambiármelo! —grité. Su mirada se desvió rápidamente de mí y se dirigió a Mrs. Boston para volver nuevamente sobre mí.

—Los miembros de la familia Cutler no tienen apodos —replicó con firmeza—. Tienen nombres que los distinguen, nombres que les hacen ser respetados.

—Pensé que el respeto era algo que había que ganarse —dije como un latigazo. Se echó atrás como si la hubiera abofeteado.

—Te llamarás Eugenia mientras vivas aquí —decretó firmemente. Su voz era fría y sin la menor entonación que demostrara interés, como si yo no hubiera tenido oídos para escuchar.

—Lleve a *Eugenia* a su habitación, Mrs. Boston —dijo mi abuela—, y llévela por la parte de atrás. —Me miró rápidamente, con expresión de disgusto en su cara.

—Sí, señora —Mrs. Boston me contempló.

—Mi nombre me va bien —dije, incapaz de retener mis lágrimas ahora y recordando todas las veces que Padre me había explicado mi nacimiento— porque nací al romper el día.

Eso no podía haber sido una mentira también, la historia sobre los pájaros y la música y mi forma de cantar.

Mi abuela sonrió tan fríamente que me hizo sentir un escalofrío en la columna.

—Naciste por la noche.

—No —protesté—. Eso no es verdad.

—Créeme —dijo—. Yo sé lo que es verdad y lo que no es verdad sobre ti. —Se inclinó hacia delante. Sus ojos se volvieron alargados y felinos—. Toda tu vida has vivido en un mundo de mentiras y fantasías. Te lo he dicho —continuó—. No tenemos tiempo de hacerte de anfitriones y de hacerte comedias. Estamos en plena temporada. Ahora contrólate inmediatamente. Los miembros de la familia no muestran sus emociones o sus problemas ante los huéspedes. En lo que a los huéspedes se refiere, todo es siempre maravilloso aquí. No quiero que salgas y

atravieses el vestíbulo llorando histéricamente, Eugenia.

»Debo volver al comedor —añadió mi abuela levantándose. Dio la vuelta a su mesa y se detuvo frente a Mrs. Boston—. Después de llevarla a su habitación, llévela a la cocina y hágala comer algo. Puede comer con el personal de cocina. Después vaya con ella a ver a Mr. Stanley para que le encuentre un uniforme de camarera. Me gustaría que empezara a trabajar mañana.

Se volvió hacia mí, echando los hombros hacia atrás y manteniendo la cabeza tan erguida que parecía que me estaba contemplando desde gran altura. A pesar de mi deseo de hacerlo, no pude desviar la mirada. Sus ojos atraían a los míos y los mantenían prisioneros en su brillo.

—Debes levantarte a las siete de la mañana puntualmente, Eugenia, y debes desayunar en la cocina. Entonces debes presentarte directamente a Mr. Stanley, nuestro director, que es quien te asignará tus obligaciones. ¿Queda claro? —preguntó. Yo no respondí. Se volvió a Mrs. Boston—. Vea que recuerde todo esto —añadió y salió.

Aunque la puerta se cerró silenciosamente, a mí me pareció como un disparo. Bienvenida a tu verdadera familia y hogar, Dawn, me dije a mí misma.

## MI NUEVA VIDA

—Coge tu maleta y sígueme, Eugenia —ordenó Mrs. Boston en el mismo tono de voz que había estado usando mi abuela.

—Me llamo Dawn —declaré firmemente.

—Si Mrs. Cutler quiere que te llamemos Eugenia, así es como te vamos a llamar aquí. Cutler's Cove es su reino y ella aquí es la reina. No esperes que nadie vaya contra sus deseos, ni siquiera tu papá —añadió Mrs. Boston y entonces, abriendo más los ojos, se inclinó hacia mí para susurrar—: Y especialmente tu madre.

Me separé y rápidamente me sequé las lágrimas de los ojos. ¿Qué clase de gente eran mis verdaderos padres? ¿Cómo podían tener tanto miedo de mi abuela? ¿Cómo era posible que no se estuvieran muriendo de curiosidad sobre mí y siguieran haciendo sus cosas sin venir a conocerme inmediatamente?

Mrs. Boston me condujo por la puerta trasera y por el corredor tenuemente iluminado que se extendía por detrás de la cocina.

—¿Ahora dónde vamos? —pregunté. Estaba cansada de ser arrastrada como un perro callejero.

—La familia vive en la parte antigua del hotel—explicó Mrs. Boston mientras caminábamos.

Cuando nos detuvimos al final del corredor, pude ver el vestíbulo del hotel. Estaba iluminando por cuatro grandes candelabros, la alfombra era azul claro y las paredes estaban cubiertas por un papel de color blanco perla con un dibujo azul. Detrás del mostrador de recepción había dos mujeres de mediana edad recibiendo a los huéspedes. Todos iban bastante bien vestidos, los hombres con traje o chaquetas, las mujeres llevando bonitos vestidos y adornadas con joyas. Una vez que entraban en el vestíbulo, giraban en pequeños grupos charlando.

Pude ver a mi abuela, de pie al lado de la entrada del comedor. Miró en nuestra dirección una vez, con su mirada glacial, pero tan pronto se aproximaron algunos huéspedes, su cara se iluminó y ablandó. Una mujer sostuvo su mano mientras hablaban. Se besaron y entonces mi abuela siguió a todos los huéspedes al comedor, lanzándome una mirada como una bola de nieve antes de desaparecer ella misma en el comedor.

—Sigamos... de prisa —me urgió Mrs. Boston, aguijoneada por la mirada aguda y fría de mi abuela. Giramos por un largo pasillo y finalmente alcanzamos lo que era claramente la parte antigua del hotel.

Pasamos un salón que tenía una chimenea y muebles antiguos y cálidos, sillas con

cojines en bastidores de madera tallados a mano, una oscura mecedora de pino, un sofá con gran cantidad de cojines y mesas laterales y una gruesa alfombra de color blanco roto. Vi muchos cuadros en las paredes y había fotos enmarcadas y chucherías encima de la repisa de la chimenea. Me pareció ver un retrato de Philip, de pie junto a una mujer joven que debía ser nuestra madre, pero no me pude detener lo suficiente para verla claramente. Mrs. Boston prácticamente trotaba.

—La mayor parte de los dormitorios están en el segundo piso, pero hay un dormitorio abajo al lado de la cocina pequeña. Mrs. Cutler me dijo que era para ti —explicó.

—¿Qué era, un dormitorio de servicio? —le pregunté. Mrs. Boston no me contestó—Después de que me haya ganado un respeto, podré dormir arriba —gruñí. No sé si Mrs. Boston me oyó. Si lo hizo, no dio muestras de ello.

Atravesamos la cocina pequeña y entonces pasamos a través de un pequeño pasillo hacia mi dormitorio a la derecha. Mrs. Boston abrió la puerta y encendió la luz cuando entramos.

Era una habitación muy pequeña con una única cama contra la pared de la izquierda. La cama tenía una sencilla cabecera marrón claro. Al pie de la cama había una alfombra ovalada, color crema, ligeramente manchada. La mesilla de noche tenía un único cajón y estaba colocada junto a la cama, con una lámpara sobre ella. Hacia la derecha había una cómoda y un armario empotrado y justo enfrente estaba la única ventana de la habitación. En este momento, no sabía hacia dónde miraba la ventana, ya que estaba oscuro y no había luces en esta parte de los terrenos del hotel. La ventana no tenía cortinas, sólo una persiana amarillo pálido.

—¿Quieres guardar tus cosas ahora o prefieres ir a la cocina y comer algo? —preguntó. Coloqué mi maletita sobre la cama y miré a mi alrededor con tristeza.

Había habido ocasiones en que nos habíamos trasladado a un apartamento tan pequeño, que Jimmy y yo no habíamos tenido mucho más sitio que el que tenía en esta habitación para movernos, pero de alguna forma, porque estaba con una familia cariñosa, porque estaba con gente que me quería y a quien yo quería, el tamaño de la habitación no tenía tanta importancia. Nos arreglábamos con lo que fuese, yo tenía que mantener la cara alegre para ayudar a tener a Jimmy contento y a Padre feliz. Pero aquí no había nadie a quien hacer feliz ni nadie a quien querer más que a mí misma.

—No tengo hambre —le dije. Sentí como si mi corazón fuese un peso de hierro y mi estómago estuviese retorcido y apretado.

—Bueno... Mrs. Cutler quería que comieses —contestó preocupada—. Pasaré más tarde para llevarte a la cocina —decidió, inclinando la cabeza—. Pero no te olvides. Tengo que llevarte a Mr. Stanley para que te den un uniforme. Es lo que nos dijo Mrs. Cutler.

—¿Cómo iba a olvidarme? —contesté.

Me miró un momento apretando los labios firmemente. ¿Por qué estaba tan molesta conmigo?, me pregunté. Entonces se me ocurrió que mi abuela había dicho que había despedido a alguien para obtener un empleo para mí.

—¿A quién han despedido para que yo tuviese este empleo? —pregunté rápidamente. La expresión en el rostro de Mrs. Boston confirmó mis sospechas.

—A Agatha Johnson, que llevaba cinco años trabajando aquí.

—Lo siento —dije—. Ciertamente no deseaba que la despidiesen.

—Sin embargo, la pobre chica ha tenido que irse y está recorriendo las calles buscando otro empleo y tiene un hijo pequeño que criar —contestó disgustada.

—Bueno, pero ¿por qué tuvo que despedirla? ¿No podía haberla tenido a ella también? —pregunté. Mi abuela me había puesto en una horrible situación arreglando las cosas de forma que los empleados tuviesen tanto resentimiento contra mí como aparentemente tenía ella por el hecho de haber sido encontrada y devuelta.

—Mrs. Cutler lleva muy tirantes las riendas —explicó Mrs. Boston—. Nada de excesos ni desperdicios. Quien no cumple su cometido tiene que irse. Tiene justo el número de camareras que necesita, lo mismo que los camareros y sus ayudantes y el número justo de gente en la cocina y el servicio. No hay uno de más. Es por eso que este hotel continúa y continúa mientras otros lugares han desaparecido a lo largo de los años.

—Bueno, pues lo siento —repetí.

—Hum —respondió ella sin gran cordialidad—. Regresaré dentro de un rato —añadió y se fue.

Me senté sobre la cama. El colchón era viejo y desvencijado y los muelles chirriaban quejándose. Hasta mi poco peso era demasiado. Respiré hondo y abrí mi maleta. La contemplación de mis sencillas pertenencias me trajo una inundación de recuerdos y sentimientos. Cómo me dolía el corazón. Las lágrimas comenzaron a fluir. Me senté y las dejé correr por mis mejillas y gotear por mi barbilla. Después vi algo blanco que se asomaba por el bolsillo interior de la maleta. Metí la mano y saqué el maravilloso collar de perlas de Madre. Habían estado en mi cajón de la cómoda en casa porque en la confusión después del concierto y el fallecimiento de Madre, nunca se las había devuelto a Padre para que las guardase. El policía que había hecho mi maleta debía de haber pensado que eran mías. Las apreté contra mí, mientras lloraba diez océanos de lágrimas y los recuerdos caían sobre mí, arrastrándome a sus profundidades. Cómo deseé que en este momento Madre me cogiese y acariciase mi pelo, ver la cara de Jimmy llena de orgullo y de ira, ver los ojos de Fern iluminarse al mirarme y tenderme sus bracitos para que la cogiese. Las perlas me trajeron todo esto y más, hasta que mi corazón era una ruina de dolor.

Padre, ¿cómo pudiste hacer esto? ¿Cómo pudiste hacerlo?, gritaba interiormente.

De repente, sonó un golpe en la puerta. Rápidamente escondí las perlas en un cajón, me limpié la cara con el revés de las manos y me volví.

—¿Quién es?

La puerta se abrió lentamente y un hombre guapo vestido con una chaqueta de sport color tostado y pantalones a juego, asomó la cabeza. Su pelo castaño claro estaba peinado cuidadosamente hacia atrás por los lados pero tenía una onda suave y pequeña en la frente. Había una sombra gris en sus sienes. Su piel morena acentuaba el azul de sus ojos. Tenía un aire tan cortés y elegante como una estrella de cine.

—Hola —dijo contemplándome. No le contesté—. Soy tu padre —prosiguió como si yo debiese haberlo sabido. Entró en la habitación—. Randolph Boyse Cutler. —Extendió el brazo ofreciéndome la mano para saludarme. Jamás hubiese podido imaginarme ser presentada a Padre y darle la mano como a un extraño. Se suponía que los padres abrazaban a sus hijas sin tener que darles la mano.

Lo observé mirando hacia arriba. Era alto, por lo menos medía uno noventa o dos metros, pero era esbelto. Tenía la sonrisa bondadosa y la boca tierna de Philip. Todo el mundo me decía que este hombre que estaba delante mío era mi verdadero padre, así pues, busqué a ver si encontraba alguna semejanza entre nosotros. ¿Había heredado sus ojos? ¿Su sonrisa?

—Bienvenida a Cutler's Cove —dijo apretando mis dedos suavemente—. ¿Qué tal fue el viaje?

—¿El viaje? —Estaba comportándose como si yo hubiese estado fuera de vacaciones o algo parecido. Estaba a punto de decirle, «Horrible», cuando volvió a hablarme.

—Philip me ha hablado mucho de ti —me explicó.

—¿Philip? —El solo pronunciar su nombre me llenó los ojos de lágrimas. Me llevó de nuevo al mundo del que había sido arrancada, un mundo que había empezado a ser amistoso y maravilloso antes de la muerte de Madre, un mundo lleno de estrellas y esperanza y besos que llevaban consigo promesas de amor.

—Me habló de la bonita voz que tienes cuando cantas. Tengo grandes deseos de oírte —me dijo.

No podía imaginarme a mí misma volviendo a cantar nunca, porque mi canto salía de mi corazón y mi corazón estaba destrozado en mil pedazos, nunca volvería a ser fuerte y ciertamente no volvería a estar lleno de música.

—También me alegro de ver que eres una chica tan bonita. Es otra de las cosas que Philip me advirtió. Tu madre va a estar muy satisfecha —indicó mirando su reloj como si tuviese que ir a coger el tren.

»Naturalmente que todo esto ha sido un golpe emocional para ella, de modo que tendré que llevarte a verla en algún momento mañana. Está siendo medicada bajo la supervisión del médico y éste nos aconseja que vayamos lentamente. Puedes

imaginarte lo que ha sido para ella enterarse que el bebé que había perdido hacía quince años había sido encontrado, pero estoy seguro que está tan ilusionada de poder verte finalmente como lo he estado yo —agregó rápidamente.

—¿Dónde está ahora? —pregunté pensando que podía estar en un hospital. Aunque odiaba encontrarme aquí, no podía evitar sentir curiosidad respecto a ella y el aspecto que tendría.

—Está en su habitación, descansando.

«¿Estaba en su habitación?», pensé. ¿No tenía tanta ilusión por verme? ¿Cómo podía retrasar el momento?

—Dentro de uno o dos días, cuando tenga un poco de tiempo libre, me gustará pasarlo contigo y que me cuentes lo que ha sido tu vida hasta ahora, ¿de acuerdo?

Bajé la mirada para que no pudiese ver que mis ojos se habían llenado de lágrimas.

—Imagino que todo esto ha sido un golpe emocional para ti, pero con el tiempo te lo compensaremos.

¿Compensármelo? ¿Cómo podía decir nadie eso?

—Quisiera enterarme de lo que les ha sucedido a mi hermanita pequeña y a mi hermano —me oí decir a mí misma antes de darme cuenta de mis propias palabras. Él apretó los labios y negó con la cabeza.

—Eso no está en nuestras manos. No son verdaderamente tu hermano y hermana, así es que no tenemos ningún derecho a pedir información sobre ellos. Me temo que tendrás que olvidarlos.

—¡Nunca los olvidaré! ¡Nunca! —grité—. Y no quiero estar aquí. No quiero, no quiero... —y comencé a sollozar. No podía evitarlo. Las lágrimas se derramaban de mis párpados y mis hombros se agitaban.

—Vamos, vamos, todo saldrán bien —me dijo tocándome un hombro tímidamente y después retrocediendo como si hubiese hecho algo prohibido.

Este hombre, mi verdadero padre, era afable y bien parecido pero todavía era un extraño. Había un muro entre nosotros, un espeso muro que había sido erigido no sólo por el tiempo y la distancia, sino también por dos modos de vida enteramente distintos. Me sentía como un visitante en tierra extraña, sin nadie en quien confiar y nadie que me ayudase a comprender las nuevas y extrañas costumbres y estilos.

Respiré hondo y busqué en mi bolso un pañuelo de papel.

—Toma —dijo, indudablemente ansioso de hacer algo. Me entregó su suave pañuelo de seda y yo me sequé los ojos rápidamente.

—Mi madre me ha contado vuestro primer encuentro y que piensa tomarse un especial interés por ti. Con todo el trabajo que tiene aquí, debes de sentirte halagada —añadió—. Cuando mi madre se toma un interés personal por alguien, él o ella casi siempre triunfa.

Hizo una pausa, quizá para oírme decir lo agradecida que estaba pero como no era así, no quise mentir.

—Mi madre fue la primera que supo de ti, aunque generalmente es la primera en enterarse de cualquier cosa que sucede aquí —continuó.

«Quizás está tan nervioso como yo —pensé—, y por eso tiene que seguir hablando». Movi6 la cabeza y se ensanch6 su sonrisa.

—Jamás pens6 que tendría que pagar el dinero de la recompensa y como el resto de nosotros, hacía mucho tiempo que había abandonado toda esperanza.

»Bueno —se interrumpió mirando de nuevo su reloj—. Tengo que volver al comedor. Mi madre y yo visitamos a los huéspedes durante la comida. La mayor parte de nuestros huéspedes puede decirse que son fijos, porque regresan año tras año. Mi madre los conoce a cada uno por su nombre. Yo no puedo seguirla.

Cada vez que hablaba de su madre, su cara se iluminaba.

¿Sería ésta la misma anciana que me había recibido con ojos de hielo y palabras de fuego?

Llamaron a la puerta y apareció Mrs. Boston.

—Oh, no sabía que estaba usted aquí, Mr. Cutler.

—No importa, Mrs. Boston. Ya me iba.

—Venía a ver si Eugenia quería algo de comer.

—¿Eugenia? Oh, sí. Había olvidado tu verdadero nombre por un momento —comentó sonriendo.

—¡Lo odio! —grité—. No quiero cambiarme el nombre.

—Por supuesto que no —repuso. Respiré aliviada hasta que añadió—, ahora. Pero después de un tiempo estoy seguro de que mi madre te convencerá. De una forma o de otra, siempre consigue que la gente vea lo que más le conviene.

—No voy a cambiarme el nombre —insistí.

—Ya veremos —replicó, obviamente sin ningún convencimiento. Miró alrededor de la habitación—. ¿Necesitas algo?

«¿Necesitar algo?», pensé. Sí. Necesito a mi antigua familia. Necesito a la gente que verdaderamente me quiere y verdaderamente se preocupan por mí y que no me miran como si fuera una persona sucia y poluta que los contamina a ellos y a su precioso mundo con su sola presencia. Necesito dormir donde duerme mi familia y si la mujer en el piso de arriba es mi verdadera madre, necesito que me trate como a una verdadera hija y que no tenga que recurrir a médicos y medicinas antes de verme.

Necesito volver al estado de cosas anterior, aunque pareciesen tan malas. Necesito oír la voz de Jimmy y poder llamarle a través de la oscuridad y compartir con él mis temores y esperanzas. Necesito oír la voz de mi hermanita llamándome y necesito un padre que me salude con un beso y un abrazo, y no un padre que permanece en el umbral de la puerta y me dice que me tengo que cambiar de nombre.

Pero no tenía objeto explicarle a mi verdadero padre todo esto. No creí que lo comprendiera.

—No —contesté.

—De acuerdo, entonces. Debes ir con Mrs. Boston y comer algo. Llévésela, Mrs. Boston —dijo saliendo. Entonces se volvió hacia mí—. Hablaremos de nuevo pronto —dijo y se marchó.

—No tengo hambre —repetí tan pronto como nos quedamos solas.

—Tienes que comer, algo, niña —dijo—. Y tienes que hacerlo ahora. Tenemos un programa que seguir. Mrs. Cutler lleva un látigo en la mano y lo usa por aquí.

Me di cuenta de que no me iba a dejar sola, de manera que me levanté y la seguí hacia el hotel y a la cocina. Cuando llegamos a la escalera, miré hacia arriba. Mi verdadera madre estaba en algún lugar allí arriba, en su habitación, incapaz de enfrentarse aún conmigo. Ese pensamiento me hizo sentir como si fuera un monstruo con colmillos y garras. ¿Cómo sería cuando finalmente nos encontráramos? ¿Sería más tierna y comprensiva que mi abuela? ¿Insistiría en que debía trasladarme arriba inmediatamente de forma que pudiera estar más cerca de ella?

—Ven —dijo Mrs. Boston viendo que me había detenido.

—Mrs. Boston —dije contemplando las escaleras—, si llama usted a mi abuela Mrs. Cutler, ¿cómo llama usted a mi madre? ¿No las confunde todo el mundo?

—Nadie se confunde.

—¿Por qué no?

Miró hacia arriba para asegurarse de que no había nadie cerca que nos pudiera oír. Entonces se inclinó hacia mí.

—A tu madre la llaman la pequeña Mrs. Cutler —susurró—. Ahora vámonos. Tenemos mucho que hacer.

La cocina me pareció un manicomio. Los camareros y camareras que servían a los huéspedes en el comedor se alineaban delante de una larga mesa para recoger sus bandejas de comida.

La comida era deliciosa, pero Mrs. Boston permaneció en pie detrás mío esperando impacientemente que terminara. Tan pronto como me levanté de la mesa, fuimos a ver a Mr. Stanley.

Era un hombre delgado, como de cincuenta años con fino pelo castaño y una cara alargada con ojos pequeños y boca grande. Había algo que recordaba a un pájaro en él y en la manera que se movía, con movimientos cortos y nerviosos, casi involuntarios. Permaneció con los brazos cruzados y me contempló después de que Mrs. Boston nos presentara.

—Hummm —dijo, sacudiendo la cabeza—. Podría servirle el viejo uniforme de Agatha.

Quería el uniforme de Agatha aún menos que su empleo, pero Mr. Stanley era muy eficiente y no quería seguir la conversación. Escogió el uniforme, me encontró zapatos blancos de mi tamaño y medias blancas y me lo entregó todo, como si estuviera entrando en el Ejército. Incluso me hizo firmar la entrega de la ropa.

—Cualquier cosa que alguien rompa aquí, lo tiene que pagar —dijo—. Lo que se pierde también lo pagan. Las cosas no se pierden en este hotel tan fácilmente como ocurre en otros. Eso es seguro —dijo orgullosamente—. Cuando te presentes aquí por la mañana, irás al ala este con Sissy.

—¿Sabrás volver a tu habitación? —me preguntó Mrs. Boston al marcharnos. Asentí—. De acuerdo entonces. Te veré por la mañana —se despidió. La observé marcharse e inicié la vuelta a mi habitación.

Cuando llegué a la parte antigua, me detuve en el salón y entré para poder ver las fotografías familiares sobre la repisa. Allí estaba Clara Sue cuando era pequeña y allí estaba Philip, juntos delante de un mirador. Encontré el retrato de Philip con nuestra madre que apenas había entrevisto antes, pero en el momento en que lo iba a acercar, mi abuela apareció en la puerta. Di un salto cuando habló.

—Si estuviera en tu lugar, Eugenia, trataría de descansar mucho esta noche —dijo, moviendo los ojos de mí a los retratos—. Tienes que integrarte en el programa diario.

Coloqué rápidamente el retrato en su sitio.

—Te he dicho —mi voz sonó desafiante— que me llamo Dawn... —No esperé su respuesta. Me apresuré hacia mi pequeña habitación, cerrando la puerta después de entrar. Permanecía esperando para ver si me había seguido, pero no oí pisadas. Entonces dejé escapar el aliento que había contenido y volví a mi maletita.

Saqué la fotografía de Madre de jovencita y la coloqué en la mesa. Al contemplarla, recordé sus últimas palabras: «Nunca debes de pensar mal de nosotros. Te queremos. Siempre recuerda eso».

—¡Oh, Madre! —gemí—. ¡Mira lo que nos ha ocurrido! ¿Por qué hicisteis eso Padre y tú?

Alcancé el cajón donde había escondido las perlas y las saqué. Tenerlas entre mis manos me hacía sentir más cercana a Madre, pero no podía usarlas. Simplemente, no podía. Aquí no. No en este horrible lugar que era mi nuevo hogar. Las perlas debían ser usadas en ocasiones felices y mi situación actual ciertamente no reunía las condiciones. Contemplé las perlas por última vez y las escondí de nuevo. Nadie en Cutler's Cove sabría de su existencia. Las perlas eran mi última ligazón con mi familia. Eran lo único que me daba consuelo y serían mi secreto. Si alguna vez me sentía sola o necesitaba recordar tiempos más felices, las sacaría otra vez del cajón y las tendría entre mis manos. Quizás algún día volvería a usarlas.

Finalmente, exhausta por el que había sido uno de los peores días de mi vida,

guardé el resto de mis cosas y me preparé para ir a la cama. Me metí bajo la colcha, que olía a limpio pero que tenía un tacto áspero. La almohada era demasiado blanda. Odiaba esta habitación mucho más que ninguno de los apartamentos en los que habíamos vivido.

Contemplé el techo blanco que estaba agrietado. Las grietas zigzagueaban a lo largo, como hilos pegados. Entonces me giré y apagué la luz. Con el cielo de la noche nublado y sin luces fuera de mi ventana, mi habitación quedó completamente a oscuras. Incluso después de que mis ojos se acostumbraron a la oscuridad, apenas podía distinguir la cómoda y la ventana.

Siempre había resultado difícil acostumbrarse a un nuevo lugar cuando viajábamos y nos trasladábamos de pueblo en pueblo. Las primeras noches siempre estaban llenas de terrores nocturnos pero entonces Jimmy y yo nos teníamos mutuamente para consolarnos. Ahora, sola, no podía evitar el escuchar cada crujido en la parte antigua del hotel y estremecerme. Tenía que acostumbrarme a todos los sonidos hasta que nada me sorprendiera.

De pronto, sin embargo, creí oír a alguien llorando. Era un sonido apagado, pero era claramente el sonido de una mujer llorando. Escuché más atentamente y oí igualmente la voz de mi abuela, aunque no pude entender las palabras. El llanto cesó tan repentinamente como había comenzado.

Entonces el silencio y la oscuridad se hicieron pesados y llenos de presagios. Me esforcé en oír los sonidos del hotel, de forma que me llegara el consuelo de oír las voces de otra gente. Las podía oír, pero parecían distantes, como voces en la radio, muy lejos, y no me hacían sentir ni más segura, ni más consolada. Después de un rato, mi cansancio pudo con mi miedo y me quedé dormida.

Había llegado a lo que era mi verdadero hogar, sólo que no tenía en absoluto la sensación de pertenecer allí. ¿Cuánto tiempo, me pregunté, seguiría siendo una extraña en mi propia casa y para mi propia familia?

Abrí los ojos de repente al oír que había alguien en la puerta. Durante un momento me olvidé de dónde estaba y lo que había sucedido. Esperaba oír a Fern llamando y saltando impaciente en su cuna. Pero en lugar de eso, cuando me senté en la cama me encontré que tenía a mi abuela delante. Su pelo estaba tan perfectamente arreglado como la primera vez que la había visto y llevaba una falda de algodón gris oscuro con una blusa y chaqueta haciendo juego. Los pendientes de perlas colgaban de los lóbulos de sus orejas y llevaba el mismo reloj y los mismos anillos. Hizo una mueca de desaprobación.

—¿Qué sucede? —pregunté. El gesto en su cara y la forma que había irrumpido en mi habitación habían hecho que el corazón se me subiese a la garganta.

—Tenía la sospecha de que aún estarías en la cama. ¿No dejé muy claro la hora

que tenías que levantarte y vestirte? —me preguntó cortante.

—Estaba muy cansada pero no me dormí en seguida porque oí a alguien llorando —le expliqué.

Se encogió de hombros y frunció los ojos.

—Tonterías. Nadie lloraba. Probablemente estabas ya dormida y soñando.

—No fue un sueño. Oí a alguien que lloraba —insistí.

—¿Tienes que contradecirme siempre? —preguntó airada—. Una chica joven de tu edad debe saber cuándo tiene que hablar y cuándo tiene que callar.

Me mordí el labio inferior. Quería darle una mala contestación. Quería exigir que dejase de tratarme de este modo pero el destino me había hecho pasar un mal trago y me había dejado sin fuerzas y aplastada. Temblé. Era como si hubiese perdido la voz y fuese a quedar atrapada dentro de mí misma para siempre, lágrimas incluidas. Ella miró su reloj.

—Son las siete —anunció—. Tienes que vestirte y bajar a la cocina inmediatamente si quieres desayunar. Cualquiera de los empleados que desee desayunar, debe hacerlo antes que los huéspedes. Cuida de levantarte por tu cuenta cada mañana de ahora en adelante —ordenó—. A tu edad no debes depender de que los demás cumplan con tus responsabilidades.

—Siempre me levanto temprano y siempre cumplo con mis responsabilidades —le disparé en contestación. Mi ira finalmente había explotado como un globo que tuviese demasiado aire. Se quedó mirándome un momento. Yo permanecí en la cama sujetando la manta sobre mi pecho para impedir que se oyesen los latidos de mi corazón roto.

Me estudió durante un momento y después su mirada fue a parar sobre mi pequeña mesa de noche. De repente su rostro se volvió de un color rojo violento.

—¿De quién es ese retrato? —preguntó adelantándose.

—Es Madre —le dije.

—¿Has traído al retrato de Sally Jean Longchamp a mi hotel y lo has puesto donde cualquiera pueda verlo?

Como un relámpago y mucho más rápido de lo que pensé que nadie tan viejo podía moverse, cogió mi querida fotografía.

—¿Cómo te has atrevido a traer esto aquí?

—¡No! —grité pero en un instante la había roto en dos.

—¡Esa foto era mía, mi única foto! —exclamé entre lágrimas. Ella se irguió todo lo alta que era.

—Estas personas eran secuestradores, ladrones de niños, ladrones. Te lo he dicho —dijo a través de los dientes apretados y con los labios tan tensos que no eran más gruesos que la línea hecha por un lápiz—. No deseo ningún contacto con ellos. Bórralos de tu memoria.

Tiró el retrato de Madre a la pequeña papelera.

—Baja a la cocina en diez minutos. La familia tiene que dar buen ejemplo a los empleados —añadió y salió cerrando la puerta.

Las lágrimas corrían por mis mejillas.

¿Por qué se portaba mi abuela tan terriblemente mal conmigo? ¿Es que no podía ver el dolor que estaba padeciendo al haber sido arrancada de la familia que yo creía que era la mía? ¿Por qué no se me daba un poco de tiempo para adaptarme a mi nueva casa y a una nueva vida? Lo que hacía era tratarme como si yo fuese alguien que había crecido salvaje e inútil. Me ponía furiosa. Odiaba este lugar, odiaba estar aquí.

Me levanté rápidamente, me vestí con un par de téjanos y una blusa. Sin pensar en nada más que en irme de este horrible lugar, salí de mi habitación corriendo por la entrada lateral. No me importaba el desayuno, no me importaba llegar tarde a mi nuevo trabajo. Sólo podía pensar en los ojos odiosos de mi abuela.

Seguí caminando con la cabeza baja, sin importarme adonde iba. Podía caerme de un acantilado sin sentirlo. Después de un rato, sin embargo, alcé la vista y me encontré delante de un gran arco de piedra. Las palabras talladas en ella decían CUTLER'S COVE CEMETERY. «Qué apropiado», pensé. Me sentía que como si prefiriese morir.

Miré más allá del oscuro portal, hacia las piedras que brillaban como tantos otros huesos a la luz del sol de la mañana y me sentí atraída como una persona hipnotizada. Descubrí un sendero a la derecha y caminé por él lentamente. Era un cementerio bien cuidado, con la hierba esmeradamente cortada y las flores bien atendidas, sin malas hierbas. Al cabo de un rato, encontré la parte de los Cutler y contemplé las lápidas de mis antepasados, tumbas de gente que tenían que ser mi bisabuelo y bisabuela, tías y tíos, primos. Había un gran monumento que señalaba la tumba de mi abuelo e inmediatamente detrás y a la derecha había una lápida muy pequeña.

Curiosa, me acerqué a la pequeña lápida y me detuve en seco cuando pude leer lo que decía. Parpadeé con ojos incrédulos. ¿Estaba leyendo correctamente o era un juego de la luz matinal? ¿Cómo era posible? ¿Por qué tenía que ser esto? No tenía sentido. ¡Simplemente no tenía sentido!

Lentamente me arrodillé en el pequeño monumento, pasando los dedos sobre las letras talladas mientras leía las pocas palabras.

*Eugenia Grace Cutler*

*Recién Nacida*

*Desaparecida pero no olvidada*

El estómago se me encogió aún más al ver las fechas que señalaban mi nacimiento y mi desaparición. No había forma de negar el hecho. Ésta era *mi propia tumba*.

De repente, la tierra bajo mis rodillas pareció quemarme. Sentí hielo goteando por mi nuca. Me puse de pie rápidamente, sobre mis piernas temblorosas, desviando los ojos de la prueba de mi no existencia. No hubo ninguna duda en mi mente sobre quién había sido la autora de la tumba: la abuela Cutler. Ciertamente estaría mucho más feliz si mi cuerpo hubiera estado allí. Pero ¿por qué? ¿Por qué tenía tantos deseos de tenerme enterrada y olvidada?

De alguna forma me tenía que enfrentar con esta odiosa vieja y demostrarle que yo no era una criatura infecta sobre la que se podía escupir y a quien se podía atormentar. No estaba muerta. Estaba viva y ella no podía hacer nada para negar mi existencia.

Cuando volví al hotel y a mi habitación, busqué en la papelera y saqué la fotografía rota de Madre. Había sido rasgada por su bella sonrisa. Era como si mi abuela hubiera roto mi corazón. Escondí los pedazos rotos bajo mi ropa interior en la cómoda. Trataría de pegarla, aunque nunca sería lo mismo.

Me puse el uniforme y fui directamente a la cocina. Cuando llegué, ya estaba llena con los camareros, otras camareras, los auxiliares de cocinas, los botones y los recepcionistas. Las conversaciones se detuvieron y todas las caras se volvieron hacia mí. Me sentí de la misma forma que cuando entraba en una nueva clase. Supuse que la mayor parte de ellos sabrían ya quién era.

Mrs. Boston me llamó y me reuní con ella y con otras camareras. Me di cuenta que tenían en mi contra el hecho de que había ocupado el empleo de otra persona, de alguien que verdaderamente lo necesitaba. Sin embargo, me presentó a todos y señaló a Sissy. Me senté junto a ella.

Era una chica de color, cinco años mayor que yo aunque no lo parecía. Yo era un par de centímetros más alta que ella. Llevaba el pelo muy corto, cortado de forma uniforme, como si alguien le hubiera puesto un bol en la cabeza y lo hubiera recortado.

—Todo el mundo está hablando sobre ti —me dijo—. La gente siempre había oído hablar del bebé Cutler que se había perdido, pero todos pensaban que habías muerto. Mrs. Cutler incluso hizo poner una lápida en el cementerio familiar —añadió.

—Lo sé —repuse—. La he visto.

—¿La has visto?

—¿Por qué lo hicieron?

—He oído decir que Mrs. Cutler la hizo hacer años después, cuando llegó a la conclusión de que no ibas a ser encontrada viva. Yo era demasiado pequeña para ir al funeral, por supuesto, pero mi abuela me contó que tampoco fue nadie de la familia. Mrs. Cutler le dijo a todos que el día que te raptaron era como si hubiera sido el día de tu muerte.

—Nadie me lo mencionó —repuse—. Sólo llegué al lugar por puro accidente,

cuando paseando me acerqué al cementerio y encontré la parte de la familia.

—Supongo que ahora la harán quitar —dijo Sissy.

—No si mi abuela hace lo que quiere —murmuré.

—¿Qué dices?

—Nada —contesté. Aún estaba temblando por la visión de la pequeña piedra con el nombre inscrito sobre ella. Aunque no fuera el nombre que yo aceptaba, la lápida era para mí. Me sentí contenta de empezar a trabajar y distraerme con otras cosas.

Después del desayuno fuimos con otras camareras a la oficina de Mrs. Stanley. Repartió los trabajos, las nuevas habitaciones que debían ser preparadas, las habitaciones que debían ser limpiadas porque los huéspedes se marchaban. Sissy y yo debíamos hacer lo que era llamado el ala este. Teníamos quince habitaciones. Nos repartimos las habitaciones a lo largo del pasillo. Justo antes del almuerzo mi padre vino a buscarme.

—Tu madre está preparada para verte, Eugenia —dijo.

—Te lo he dicho... me llamo Dawn —repliqué. Ahora que había visto la lápida, el otro nombre me parecía aún más despreciable.

—¿No crees que Eugenia tiene un sonido más distinguido, cariño? —me preguntó mientras caminábamos—. Te pusimos ese nombre por una de las hermanas de mi madre. Era una chica joven cuando murió.

—Lo sé, pero no he crecido con ese nombre y no me gusta.

—Quizá llegue a gustarte, si le das una oportunidad —sugirió

—No lo haré —insistí, pero él no pareció ni oírme ni importarle.

Entramos en la parte antigua del hotel y nos dirigimos a la escalera. Mi pulso latía más y más fuerte con cada pisada que daba hacia delante.

La parte superior de las escaleras parecía recién empapelada con un papel cuyo dibujo eran lunares azul claro y el pasillo tenía una elegante alfombra color crema. Una enorme ventana en el extremo lo hacía luminoso y aireado.

—Ésta es la habitación de Philip —explicó mi padre cuando llegamos a una puerta a la derecha—, y la próxima puerta es la habitación de Clara Sue. Nuestra suite está aquí mismo a la derecha. La suite de tu abuela está situada justamente al dar la vuelta al pasillo.

Nos detuvimos frente a la puerta cerrada de su dormitorio y el de mi madre, y mi padre aspiró profundamente, abriendo y cerrando los ojos, como si tuviera un gran peso en su pecho.

—Debo explicarte algo —comenzó—. Tu madre es una persona muy delicada. Los médicos dicen que tiene los nervios alterados, de manera que debemos evitarle cualquier tensión o presión. Proviene de una vieja familia de aristócratas del Sur, y toda su vida ha estado muy protegida. Por eso la quiero. Para mí es como... una obra de arte, una porcelana, frágil, bella, exquisita —dijo—. Alguien que necesita ser

protegido, querido y cuidado tiernamente. En fin, ya te puedes imaginar lo que este asunto le ha producido. Te tiene un poco de miedo —añadió.

—¿Me tiene miedo? ¿Por qué? —pregunté.

—Bien... educar a nuestros dos hijos ha sido una gran presión sobre ella. Que repentinamente tenga que enfrentarse con una hija que suponía perdida desde hace mucho tiempo y que ha vivido una vida completamente diferente... la asusta. Todo lo que te pido es que seas paciente. De acuerdo —dijo, haciendo otra profunda inspiración y alcanzando el pomo de la puerta—. Entremos.

Era como entrar en otro mundo. Primero entramos en un saloncito con una alfombra de terciopelo color burdeos. Todos los muebles, aunque de aspecto brillante, nuevo y limpio, eran evidentemente antiguos. Más tarde sabría que eran todos muy valiosos. Todo era auténtico y de principios de siglo.

A la izquierda había una chimenea de piedra con una larga y ancha repisa. Sobre ésta, había un retrato de una mujer joven con una sombrilla en la playa. Estaba vestida con un traje de color claro con un largo dobladillo. En ambos extremos de la repisa habían colocado esbeltos jarrones con una única rosa en cada uno.

Encima de la repisa había un cuadro de lo que debía haber sido el «Hotel Cutler Cove» original. Había gente sobre el césped y gente sentada en el porche que rodeaba la casa. Un hombre y una mujer estaban de pie en la puerta principal. Me pregunté si no serían mis abuelos. El cielo por detrás y sobre el hotel, estaba lleno de nubecillas pequeñas creadas por el viento.

A mi izquierda inmediata había un piano. Había una partitura sobre él, pero parecía que había sido colocada para hacer bonito. De hecho, todo el salón parecía que no fuera usado, que no se tocaba nada, como una sala de un museo.

—Por aquí —dijo mi padre indicando las puertas dobles frente a nosotros. Sostuvo ambos pomos y abrió las dos puertas con un movimiento grácil. Entré en el dormitorio y casi me quedé sin aliento de asombro. Era muy grande, pensé que era más grande que la mayoría de los apartamentos en los que había vivido. La tupida alfombra de color azul mar se extendía hasta alcanzar una enorme cama con dosel en el otro extremo de la habitación. Había grandes ventanas a cada lado de la cama, con blancos visillos de encaje. Las paredes estaban tapizadas de terciopelo azul oscuro. A la derecha había un tocador de mármol blanquísimo con vetas rojo cereza, y dos sillas gemelas de respaldo alto y cojines. Jarrones llenos de junquillos estaban colocados de forma espaciada sobre la mesa. Un espejo que llegaba del suelo hasta el techo cubría la pared tras el tocador y hacía que la habitación pareciese aún más grande y ancha.

Una puerta que se abría en la izquierda conducía a un armario empotrado mayor que la habitación en la que yo dormía. Había otro armario empotrado no lejos de este último. El cuarto de baño estaba a la derecha. Sólo lo vi de refilón, pero pude

contemplar las griferías de oro y la enorme bañera.

Mi madre estaba casi perdida en la enorme cama. Se hallaba recostada sobre dos enormes y mullidas almohadas. Llevaba una bata de seda de color rosa brillante y un camisón de algodón y encajes. Al acercarnos, levantó la vista de la revista que tenía en sus manos y dejó un bombón otra vez en la caja que tenía al lado de la cama. Aunque estaba en la cama, llevaba unos pendientes de perlas, pintura de labios y los ojos acentuados con un lápiz. Parecía como si pudiera salir de la cama, ponerse un traje elegante e irse a bailar.

—Laura Sue, aquí estamos —canturreó mi padre, constatando lo evidente. Se detuvo y se volvió hacia mí, haciéndome señas de que me acercara—. ¿No es una chica muy guapa? —añadió cuando me coloqué junto a él.

Miré a la mujer que se me había dicho era mi verdadera madre. «Sí, había un parecido», pensé. Ambas éramos rubias, mi pelo tenía su mismo tono claro de sol de la mañana. Yo tenía sus ojos y su cutis color melocotón y crema. Ella tenía un cuello grácil y hombros delgados y su pelo descansaba suavemente sobre ellos y parecía como si lo hubieran cepillado mil veces, dada la apariencia tan suave y brillante que tenía.

Me miró rápidamente, recorriéndome con sus ojos de la cabeza a los pies y entonces respiró profundamente, como tratando de recobrar el aliento. Llevó su mano al medallón en forma de corazón que descansaba entre sus pechos y jugueteó con él nerviosamente. Llevaba una sortija con un enorme brillante, que era tan grande, que parecía inadecuado y fuera de lugar en su delgado y corto dedo.

Yo también aspiré profundamente. La habitación estaba impregnada con el perfume de los junquillos, que se hallaban en jarrones sobre las mesas auxiliares y sobre una mesa del fondo.

—¿Por qué lleva un uniforme de camarera? —le preguntó mi madre a mi padre.

—Oh, ya conoces a mamá. Quería que se acostumbrase inmediatamente a la vida del hotel —le contestó. Ella hizo una mueca y movió la cabeza.

—Eugenia —dijo finalmente en un murmullo dirigiéndose a mí—. ¿Verdaderamente eres tú? —Incliné la cabeza y ella pareció confundida. Se volvió rápidamente a mi padre. Las cejas de él se unieron en un ceño de preocupación.

—Tengo que decirte, Laura Sue, que a Eugenia hasta ahora le han dado el nombre de Dawn y se siente un poco incómoda cuando la llaman por cualquier otro nombre —explicó. Una expresión de extrañeza pasó por la cara de ella y arrugó su frente. Agitó las pestañas y frunció los labios.

—¿Oh? Pero la abuela Cutler fue la que te puso el nombre —me lo dijo como si significase que estaba escrito sobre piedra y jamás pudiese ser cambiado ni desafiado.

—Eso no me importa —contesté. De repente pareció asustada y esta vez cuando miró a mi padre fue para pedir ayuda.

—¿Le pusieron por nombre Dawn? ¿Solamente Dawn?

—Sin embargo, Laura Sue —dijo mi padre—, Dawn y yo hemos hecho un acuerdo y dará una oportunidad a que se le llame Eugenia.

—Nunca dije que lo aceptaba —contesté rápidamente.

—Oh, esto va a ser tan difícil —dijo mi madre moviendo la cabeza. Movía la mano cerca de su garganta y los ojos se le habían oscurecido. Algo que me asustaba surgía en mi corazón sólo de contemplar sus reacciones. Madre había estado enferma de muerte pero nunca había tenido un aspecto tan débil y desvalido como tenía mi verdadera madre.

—Cada vez que alguien le llame Eugenia no va a saber que la están llamando. Ahora no puedes llamarte Dawn —me dijo—. ¿Qué pensaría la gente? —gimió.

—¡Pero si es mi nombre! —exclamé. Parecía que ella iba a echarse a llorar.

—Ya sé lo que haremos —dijo de repente dando una palmada con las dos manos—. Cada vez que te presentemos a alguien importante te presentaremos como Eugenia Grace Cutler. Pero aquí en la vivienda de la familia te llamaremos Dawn si eso es lo que quieres. ¿No te parece sensato, Randolph? ¿No se lo parecerá a mamá?

—Veremos —contestó él aunque no parecía muy contento. Pero mi madre puso una expresión dolorosa y él se calmó y sonrió—. Yo hablaré con ella.

—¿Por qué no puedes decirle simplemente que eso es lo que tú quieres? —le pregunté a mi madre. En este momento sentí más curiosidad que ira. Ella movió la cabeza y se puso la mano en el pecho.

—Yo... no soporto las discusiones —dijo—. ¿Es necesario tener discusiones, Randolph?

—No te preocupes por esto, Laura Sue. Estoy seguro de que entre Dawn, mamá y yo vamos a solucionarlo todo.

—Muy bien —respiró hondo—. Muy bien —repitió—. Eso está arreglado —comentó.

¿Qué era lo que estaba arreglado? Miré a mi padre. El me sonrió como diciendo que lo dejase estar. Mi madre sonreía de nuevo con el aspecto de una niña pequeña a la que han prometido algo maravilloso como un vestido nuevo o un día en el circo.

—Acércate, Dawn —me pidió—. Déjame verte de cerca. Ven, siéntate junto a la cama. —Me hizo señas para que me acercase una silla. Lo hice rápidamente y me senté.

—Eres una chica muy bonita —comentó—, con un hermoso pelo y bellos ojos. —Estiró la mano para acariciar mi pelo y pude ver sus largas y perfectas uñas sonrosadas—. ¿Te sientes feliz de estar aquí, de estar en casa?

—No —le contesté rápidamente, quizá demasiado rápido, porque parpadeó y se encogió como si le hubiese pegado—. No estoy acostumbrada a esto —le expliqué— y añoro a las únicas personas que conocí como familia.

—Naturalmente —contestó—. Pobre, pobre niña. Qué horrible tiene que ser todo esto para ti. —Me sonrió, una sonrisa muy bonita, pensé y cuando miré a mi padre pude ver cómo él la adoraba—. Te conocí sólo durante unas pocas horas, te tuve en mis brazos sólo un rato. Mi enfermera, Mrs. Dalton, te conoció más tiempo que yo —se lamentó. Ella volvió los ojos tristes hacia mi padre y él asintió apenado.

»Cada vez que pueda recibirte tienes que estar tanto tiempo conmigo como te sea posible, contándome todo sobre ti, dónde has estado y lo que has hecho. ¿Te trataban bien? —preguntó haciendo muecas como si se preparase para oír las peores cosas, historias de haber sido encerrada en armarios o, me hubiesen pegado o hecho pasar hambre.

—Sí —le contesté—firmemente.

—¡Pero eran tan pobres! —exclamó.

—El ser pobre me importaba. Ellos me querían y yo les quería a ellos —declaré. No pude evitarlo. Añoraba tanto a Jimmy y a la pequeña Fern que me hacía temblar por dentro.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó mi madre volviéndose a mi padre—. Esto va a ser tan difícil como pensé que iba a serlo.

—Se tomará tiempo —repitió él—. No te asustes, Laura Sue. Todo el mundo ayudará, especialmente mamá.

—Sí, sí, lo sé. —Se volvió de nuevo a mí—. Bueno, haré lo que pueda por ti, Dawn, pero me temo que aún no he recuperado mis fuerzas. Espero que lo comprenderás.

—Claro que lo hará —contestó mi padre.

—Después de un tiempo, cuando hayas aprendido a comportarte en sociedad, daremos una pequeña fiesta para celebrar tu regreso a casa. ¿Verdad que será agradable? —me preguntó sonriendo.

—Sé cómo comportarme en sociedad —repliqué borrando la sonrisa de su cara.

—Pero claro que no sabes, querida. A mí me costó años y años aprender la etiqueta adecuada y yo fui educada en una casa bien, rodeada de cosas buenas. Gente de buena posición iban y venían constantemente. Estoy segura de que no conoces la forma correcta de saludar a una persona o cómo hacer una reverencia y mirar hacia abajo cuando alguien te hace un cumplido. No sabes cómo sentarte en una comida de etiqueta, los cubiertos que tienes que usar, la forma apropiada de tomar la sopa, de poner mantequilla al pan y coger las cosas. Hay mucho que tienes que aprender ahora. Trataré de enseñarte todo lo que pueda pero tú tienes que tener paciencia, ¿vale?

Desvié la mirada hacia otro lado. ¿Por qué ahora eran importantes para ella todas estas cosas? ¿Acaso no íbamos a tratar de conocernos? ¿Qué se podía hacer para tener una verdadera relación madre-hija? ¿Por qué no tenía interés en lo que yo

quería y necesitaba?

—Y también podemos hablar de temas femeninos —dijo. Levanté los ojos con interés.

—¿Temas femeninos?

—Por supuesto. No podemos mantenerte con este aspecto todo el tiempo.

—Va a trabajar en el hotel este verano, Laura Sue —le recordó mi padre suavemente.

—¿Y eso que tiene que ver? A pesar de ello, puede tener el aspecto que debe tener una hija mía.

—¿Qué tiene de malo el aspecto que tengo?

—¡Señor! Cariño, tu pelo necesita un corte nuevo. Haré que mi esteticista te haga un estudio. Y tus uñas. —Hizo una mueca—. Necesitan una buena manicura.

—No puedo hacer camas y limpiar habitaciones y preocuparme de mis uñas —declaré.

—Tiene razón, Laura Sue —dijo mi padre con suavidad.

—¿Tiene que trabajar forzosamente de camarera? —mi madre le preguntó a mi padre.

—Mamá cree que es el mejor puesto para empezar.

Asintió con aspecto de profunda resignación como si todo lo que pensara o dijera mi abuela fuera el evangelio. Entonces suspiró y me contempló nuevamente, moviendo la cabeza con suavidad.

—En el futuro, ponte un traje más agradable cuando vengas a verme —me dijo—. Los uniformes me deprimen, y siempre dúchate y lávate el pelo antes. De otra forma, traerás polvo y suciedad.

Me imagino que debí parecer como un espejo, fácil de leer, pues vio el dolor que sentí en el corazón.

—Oh, Dawn, cariño, debes disculparme si parezco insensible. No he olvidado lo difícil que es también para ti. Pero sólo piensa en todas las cosas maravillosas que podrás tener y hacer. Serás una Cutler en Cutler's Cove y eso es un honor y un privilegio. Algún día habrá una fila de pretendientes adecuados pidiendo tu mano y todo lo que ha ocurrido parecerá como un mal sueño. Igual que me parece a mí —añadió y respiró profundamente otra vez. Era como si luchara por respirar—. ¡Dios mío! Empieza a hacer calor —anunció, prácticamente sin interrupción—. ¿Podrías poner en marcha el ventilador, por favor, Randolph?

—Por supuesto, querida.

Se recostó contra la almohada y se abanicó con la revista.

—Todo esto es tan abrumador —dijo—. ¡Randolph, tienes que ayudarme! —gimió con una voz delgada y aguda que sonaba como si estuviera a punto de un ataque de histeria—. Ya es bastante difícil para mí el tener que ocuparme de Clara

Sue y de Philip.

—Por supuesto que te ayudaré, Laura Sue. Dawn no será un problema.

—Bien —contestó.

¿Cómo podía pensar que podía ser un problema para ella?, me asombré. Yo no era un bebé que necesitaba un cuidado constante y una vigilancia.

—¿Ya sabe todo el mundo que está aquí, Randolph? —preguntó mirando al techo. Cuando hablaba sobre mí en ese tono, era como si yo no estuviera en la habitación con ella.

—La noticia se va extendiendo por Cutler's Cove, si es a lo que te refieres.

—Cielos. ¿Cómo voy a poder salir? A cualquier sitio que vaya la gente empezará a hacer preguntas y preguntas. No puedo soportar esa idea, Randolph —se quejó.

—Yo contestaré todas las preguntas, Laura Sue. No te preocupes.

—No sabes cómo me late el corazón, Randolph. Acaba de empezarme y me siento el pulso en el cuello —dijo llevando sus dedos a ese punto—. No recupero el resuello.

—Tranquilízate, Laura Sue —aconsejó mi padre. Lo miré expectante. ¿Qué estaba ocurriendo? Él asintió y su cabeza hizo un gesto señalando la puerta.

—Debo marcharme —dije—. Debo volver a mi trabajo.

—Oh... oh, sí, corazón —contestó ella, volviéndose nuevamente hacia mí—. Necesito dormir un poco ahora. Randolph, por favor, dile al Dr. Madeo que vuelva.

—Laura Sue, estuvo aquí hace una hora más o menos y...

—Por favor. Creo que necesito que me cambie la medicación. No me está haciendo nada.

—Está bien —repuso él con un suspiro. Me siguió fuera. Miré hacia atrás una vez y la vi acostada con los ojos cerrados, con las manos aún apretadas sobre su pecho.

—Estará bien —me aseguró mi padre al salir—. Es sólo una de sus crisis. Vienen y van. Es parte de su enfermedad nerviosa. Ya verás, en un par de días se levantará y se vestirá con uno de sus bellos trajes y estará en la puerta del comedor al lado de mamá, saludando a los huéspedes. Ya verás —señaló, dándome golpecitos en el hombro.

Mi padre asumió que mi aspecto triste y preocupado venía de la preocupación que sentía por mi madre, pero ella aún era una extraña para mí. Verdaderamente, en cierta forma nos parecíamos, pero yo no sentía ningún calor entre nosotras y no me podía imaginar llamándola mamá. Ni siquiera había hecho un esfuerzo por besarme. En su lugar, me había hecho sentir sucia y analfabeta, una cosa salvaje que habían traído de la calle, alguien que había que rehacer y educar como a un perro callejero.

Aparté la mirada. Ni el dinero, ni el poder ni la posición social, ni el honor asociados a ser una Cutler podía remplazar un tierno momento de los que había vivido con los Longchamp. Pero nadie se quería dar cuenta de esto o comprenderlo y

menos que nadie mis verdaderos padres.

¡Oh, Madre! ¡Oh, Padre!, gemí en la oscuridad de mis atormentados pensamientos. ¿Por qué hicisteis esto? Hubiera estado mejor no sabiendo la verdad. Hubiera sido mejor para todos que la lápida en recuerdo de un bebé robado quedara sin tocar, permaneciendo para siempre en la oscuridad de un silencioso cementerio, como otra mentira.

Pero, para mí, el mundo estaba lleno de mentiras y una más no parecía importar.

## UN NUEVO HERMANO, UN AMOR PERDIDO

Durante los siguientes días, apenas vi a mi padre. Cada vez que lo veía, tenía el aspecto de estar como loco, apresurándose de un lado al otro, como una abeja obrera, mientras mi abuela deambulaba fríamente por el hotel como una reina. Cada vez que mi padre me veía, me prometía que pasaría más tiempo conmigo. Me sentía como una piedrecita en su zapato. Él se detenía para saludarme y entonces salía corriendo, olvidando de un encuentro al otro que me había visto y diciendo las mismas cosas.

Mi madre no bajó de su habitación durante muchos días. El día que apareció en la puerta del comedor, saludando a los huéspedes mientras entraban, vestía un bello traje color turquesa y se había peinado de forma que el pelo le formaba una onda justo sobre los hombros. Llevaba puesto un collar de brillantes que resplandecían tanto, que era cegador bajo la luz del candelabro que colgaba por encima y me hizo pensar que era una de las mujeres más hermosas que jamás, había visto. Tenía el aspecto de no haber estado enferma un solo día en su vida. Su cutis no podía estar más sonrosado, ni sus ojos más brillantes, su pelo más sano y rico.

Permanecí en un rincón del vestíbulo y contemplé como ella y mi abuela saludaban a la gente, ambas sonriendo cálidamente, estrechando manos, aceptando besos en las mejillas y besando a la vez a otras mujeres y hombres. Parecía como si todos los huéspedes del hotel fueran viejos amigos. Ambas, mi madre y mi abuela, tenían un aspecto radiante y vivo, activado por la muchedumbre de huéspedes que desfilaban ante ellas.

Pero cuando todo terminó, cuando todos los huéspedes habían entrado, mi abuela le lanzó a mi madre una mirada extraña, severa, y entonces entró en el comedor.

Mi madre no me vio observándola al principio. Pareció como si se fuese a echar a llorar. Mi padre vino a buscarla. Justo antes de que se volviese para acompañarle al comedor, miró en mi dirección.

Pensé que tenía la más extraña de las expresiones, tanto que al principio me asustó un poco. Me miró como si no me reconociese. Sus ojos estaban llenos de curiosidad e inclinó la cabeza ligeramente. Entonces le susurró algo a mi padre. Él se giró, me vio y saludó con la mano. Mi madre continuó hacia el comedor, pero mi padre atravesó el vestíbulo.

—Hola —saludó—. ¿Cómo te va? ¿Comes bien?

Asentí. Me había hecho la misma pregunta tres veces en dos días.

—Bien, mañana tendrás más para hacer y será más divertido. Philip y Clara Sue

vuelven a casa. El colegio ha terminado.

—¿Mañana? —Había olvidado la fecha. Había perdido el sentido del tiempo.

—Ajá. Debo marcharme. El almuerzo está a punto de empezar. Tan pronto como tenga ese momento Ubre, charlaremos —añadió y me dejó rápidamente.

«Philip llegaba mañana», pensé. Tenía miedo de verle. ¿Cómo se sentiría por todo esto? ¿Estaría turbado? Quizá no se atrevería a mirarme a la cara. ¿Cuántas veces se habría acordado de que me había besado, de que me había tocado? ¿Le disgustaría ahora? Nada había sido su culpa ni la mía. No nos engañamos el uno al otro, pero ambos habíamos sido engañados.

Y había que pensar en Clara Sue. «Nunca podría enfrentarme con la realidad de que era mi hermana», pensé, y con la forma en que me odiaba... mañana... sólo la idea me hacía sudar y temblar.

Más tarde, ese mismo día, exploré el hotel. Después de haber terminado de trabajar con Sissy, las tardes habitualmente me pertenecían. El único problema era que generalmente no había nada que hacer. Estaba sola, sin nadie con quien hablar. Sissy siempre tenía otras cosas para hacer y no había nadie de mi edad entre los huéspedes ya que la temporada de verano aún no había empezado. Una parte de mí misma esperaba con ilusión la llegada de Philip y de Clara Sue. Por descontado que las cosas resultarían embarazosas al principio, pero nos adaptaríamos. Teníamos que adaptarnos. Después de todo, éramos una familia.

*Familia.* Era la primera vez que esa palabra había entrado en mi mente respecto a la nueva gente en mi vida. Éramos una *familia*. Philip, Clara Sue, la abuela Cutler, mi verdadera madre, mi verdadero padre y yo, éramos una familia. Eso no podía ser cambiado. Nos pertenecíamos unos a otros y nadie podría separarlos de mí.

Aunque el pensamiento de que los Cutler eran mi verdadera familia me daba una sensación de consuelo y seguridad que nunca había creído posible, también me hacía sentir culpable. Inmediatamente veía la imagen de Padre y Madre, de Jimmy y de Fern. Ellos también eran mi familia, no importaba lo que dijeran los demás. Siempre los querría, pero eso no significaba que no podía aprender a amar a mi verdadera familia también ¿verdad?

No queriendo insistir más sobre el tema de mis dos familias, al menos por el momento, me concentré en mi excursión exploratoria. Fui de habitación en habitación, de piso a piso, fijándome bien en lo que me rodeaba. El lujo y la opulencia de Cutler s Cove era deslumbrante. Había elegantes alfombras, algunas de Oriente, ricas tapicerías, brillantes sofás y sillas de cuero, lámparas con radiantes pantallas de cristal de Tiffany, pulidas estanterías con hileras y más hileras de libros.

Había cuadros y esculturas, delicadas figuras y jarrones que desparramaban exuberantes y fragantes flores. La belleza de todo ello me dejó boquiabierta, pero lo más asombroso de todo era que yo pertenecía a este lugar. Éste era mi nuevo mundo.

Había nacido en la riqueza de la familia Cutler y ahora había vuelto a ella. Me iba a tomar algún tiempo acostumbrarme.

Cada habitación en la que entraba superaba a la anterior y pronto perdí el sentido de dónde me encontraba. Tratando de orientarme para poder volver al vestíbulo del hotel, giré una esquina. Pero, en lugar de escaleras, había una puerta en la pared. No había ninguna habitación más. Intrigada por mi descubrimiento, abrí la puerta. Crujió sobre sus goznes y un olor a humedad surgió de ella. La oscuridad se extendía ante mí. Alargué una mano, buscando un interruptor para encender la luz. Al encontrarlo, la encendí. El baño de luz me tranquilizó y me dio el valor de avanzar por lo que parecía un pasillo que no se utilizaba.

Llegué al final y a otra puerta. Mordiéndome el labio, la abrí y entré. A mi alrededor había cajas embaladas, baúles y montones de muebles cubiertos. Me hallaba en alguna especie de almacén. De repente me sentí excitada. Era el sitio perfecto para conocer a la propia familia, el pasado, porque era examinar lo que habían dejado atrás los antepasados.

Ansiosamente me arrodillé ante un baúl, sin importarme el polvo que había en el suelo, consumida sólo por los pensamientos de lo que podía descubrir. ¡No podía esperar!

Abrí baúl tras baúl, mientras transcurría la tarde. Había fotos de la abuela Cutler de joven, con el mismo aspecto severo de siempre. Había fotos de mi padre desde el tiempo en que era un niño hasta que se casó con mi madre. También había fotos de mi madre, pero por alguna razón no parecía feliz. Tenía en los ojos una mirada lejana y triste. Miré las fechas en la parte de atrás de las fotos. Habían sido tomadas después de mi secuestro. No era extraño que tuviera el aspecto que tenía.

Había fotos de Clara Sue y de Philip y del hotel en varias etapas de su crecimiento al convertirse Cutler's Cove en un lugar cada vez más y más próspero.

Una mirada a mi reloj me avisó que eran las seis. ¡La cena sería en media hora y yo estaba hecha una porquería! Un espejo al otro lado de la habitación me devolvió el polvoriento reflejo de mí misma. Tenía que apresurarme para arreglarme. Reuniendo las carpetas en donde estaban colocadas las fotos, me preparé para volver a meterlas en el baúl que había abierto. Cuando estaba a punto de volver a colocarlas dentro, vi una carpeta que no había examinado en el fondo del baúl. Aunque sabía que tenía poco tiempo, no pude resistir echarle un vistazo. Apartando las otras carpetas, recogí rápidamente la que no había visto. Después de vaciar su contenido, me quedé aturdida.

Eran recortes de periódicos... ¡Recortes de periódicos que hablaban sobre mi secuestro!

Olvidando que tenía que arreglarme para cenar, estudié larga y detenidamente los recortes. Todas las descripciones eran exactamente iguales, explicando ni más ni

menos lo que ya era conocido. Fotos de Padre y Madre, junto a las de mis verdaderos padres, acompañaban los artículos. Contemplé sus caras jóvenes, buscando respuestas, tratando de entender cómo se habían sentido todos ellos.

Leer sobre mí misma... sobre mi secuestro... era extraño. Una parte de mí misma aún no quería creer que Madre y Padre habían hecho una cosa tan terrible. Pero no obstante, en mis manos, en blanco y negro, tenía la prueba. Ya no existía la posibilidad de negar lo que había ocurrido.

—¡De manera que estás ahí! ¿Qué crees que estás haciendo aquí arriba? —inquirió un murmullo acerado.

No había error posible en reconocer esa voz. Sobresaltada, me caí al suelo, los recortes de Prensa desparramándose de mis manos. Me giré y se me heló la sangre al contemplar la violenta ira de mi abuela Cutler.

—Te hice una pregunta —dijo sonando como un latigazo—. ¿Qué estás haciendo aquí arriba?

—Sólo estaba mirando —pude contestar.

—¿Mirando? ¿Sólo *mirando*? ¡Querrás decir *curioseando*! ¡Cómo te atreves a revolver entre cosas que no te pertenecen! —dijo indignada—. No me sorprende. Fuiste educada por un ladrón y una secuestradora.

—No digas esas cosas sobre Madre y Padre —salté inmediatamente en su defensa.

La abuela Cutler me ignoró.

—¡Mira qué porquería!

¿Porquería? ¿Qué porquería? Los baúles sólo habían sido abiertos... su contenido había sido vuelto a colocar ordenadamente como lo había encontrado. Lo único que hacía falta era cerrar los baúles.

Tenía ganas de contradecirla, pero una rápida mirada a su cara me hizo cambiar de idea. Se le estaba poniendo roja y apenas podía controlarse.

—Lo siento —dije, jugando nerviosamente con las perlas que llevaba alrededor del cuello y que había decidido usar esa mañana. Cuando me desperté, repentinamente había extrañado a Madre más que nunca. El ponerme las perlas me había hecho sentir mejor. Sabía que había roto la promesa que me había hecho a mí misma, pero había sido incapaz de mantenerla. Además, había tenido las perlas escondidas bajo mi blusa. A Madre le hubiera gustado vérmelas puestas.

De repente la abuela Cutler abrió los ojos desmesuradamente.

—¿De dónde has sacado eso?

Sobresaltada, la miré, estremeciéndome mientras se acercaba.

—¿Sacar qué? —No sabía de lo que estaba hablando.

—Esas perlas —siseó.

Intrigada, miré las perlas.

—¿Éstas? Siempre las he tenido. Perteneían a mi familia.

—¡Mentirosa! Las has robado ¿no? Encontraste estas perlas en uno de los baúles.

—¡No es cierto! —contesté airadamente. Cómo se atrevía a acusarme de robar—. Estas perlas pertenecían a Madre. Mi padre me las dio para que me las pusiera la noche del concierto. —Miré a la abuela Cutler desafiante, pese al hecho de que estaba temblando por dentro. No iba a asustarme—. Estas perlas son mías.

—No te creo. Nunca las has usado antes. Si son tan *especiales* —dijo con sarcasmo—, entonces ¿por qué es la primera vez que las veo alrededor de tu cuello?

Estaba a punto de responder, cuando la abuela Cutler se adelantó. Con la velocidad de un rayo alcanzó mis perlas, arrancándomelas del cuello. Las bellas perlas de Madre, cada una individualmente anudadas, no se esparcieron ni se rompieron. Pero me las había quitado. Las sostenía con una mano triunfante apretando el puño.

—Son *mías* ahora.

—No —protesté, poniéndome en pie de un salto y tratando de alcanzar su puño cerrado—. ¡Devuélvemelas! —No podía perder las perlas de Madre. ¡No podía! Era todo lo que me quedaba de ella después de que la abuela Cutler me había roto con odio su fotografía—. Te estoy diciendo la verdad. Te juro que es verdad.

La abuela Cutler me dio un malintencionado empujón, haciéndome caer con un sonido sordo, con el trasero dolorido del golpe.

—¡No me vuelvas a levantar la mano otra vez! ¿Has entendido?

Echando fuego por los ojos, me negué a contestar. Mi silencio sólo sirvió para enfurecerla más.

—¿Lo has comprendido? —repitió agarrando un mechón de mis cabellos y retorciéndolo dolorosamente—. Cuando te hago una pregunta espero una contestación.

Los ojos se me llenaron de lágrimas que pugnaban por salir pero me contuve. No le iba a dar esa satisfacción a la abuela Cutler. ¡No se la daría!

—Sí —dije apretando los dientes—. Lo comprendo.

Sorprendentemente, mi contestación le devolvió un poco de apariencia de normalidad. Soltó mi pelo y me froté la dolorida cabeza.

—Bien —ronroneó—. Bien—Eché una mirada a los baúles abiertos—. Arregla esto y déjalo tal y como lo encontraste. —Recogió los recortes de periódicos caídos—. Quemaremos esto —declaró, lanzándome una mirada que me empezaba a ser familiar.

—Sabes que te estoy diciendo la verdad —le dije—. Tú sabes que esas perlas pertenecían a Sally Jean Longchamp.

—No sé nada de eso. Todo lo que sé —me escupió—, es que yo no había vuelto a ver estas perlas desde el día en que desapareciste.

—¿Qué estás diciendo? —pregunté sin aliento.

Me miró con burla satisfecha.

—¿Qué crees que estoy diciendo?

—¡Esas perlas pertenecían a mi madre! —grité—. ¡Eran de ella! ¡No voy a crearme lo que estás insinuando! ¡No lo haré!

—Siempre he creído en la verdad, Eugenia. Sally Jean y Ormand Longchamp robaron estas perlas. No se puede escapar a ese hecho, de la misma forma que no se puede escapar al hecho de que te secuestraron.

Lo que estaba diciendo no podía ser verdad. ¡No podía ser! ¿Cómo podía soportar esta última mancha contra la memoria de Madre y de Padre? ¡Era demasiado para soportar!

Con esas palabras, la abuela Cutler se marchó, llevándose mi última conexión con el pasado. Esperé que me empezaran a caer las lágrimas, pero no fue así. Y era porque me había dado cuenta de algo. No importaba lo que hubiera venido conmigo de mi vida pasada. Tenía mis recuerdos y mis recuerdos de la vida con Padre y Madre, Jimmy y Fern, eran algo que la abuela Cutler nunca me podría arrebatar.

A la mañana siguiente me lancé a trabajar, tratando desesperadamente de no pensar en lo que iba a ocurrir o en lo que había sucedido el día anterior. No me quedé con las otras camareras o con el resto del personal tampoco. La mayor parte de ellos estaban muy molestos conmigo por haberme quedado con el empleo de Agatha. Si yo trataba de hablar o actuar amistosamente, alguno de ellos sacaba el tema de Agatha y preguntaba si alguien sabía algo sobre ella. Unas pocas veces tuve ganas de levantarme y gritarles: ¡Yo no la despedí! ¡Yo no pedí ser una camarera! ¡Ni siquiera pedí ser traída aquí! Todos son crueles y no tienen corazón. ¿Por qué no se dan cuenta?

Tenía esas palabras en la punta de la lengua pero tenía miedo de gritarlas, porque sabía que en el momento que lo hiciera, aún me quedaría más sola de lo que estaba. Incluso Sissy dejaría de hablarme y mi abuela tendría aún otra razón para castigarme y hacerme sentir más despreciable que un insecto. Aunque ya no me podía sentir más insignificante, relegada a un rincón que hacía de habitación en una parte lejana del hotel como si fuera una vergüenza que mi abuela quería tener escondida y olvidada.

Empezaba a sentirme como alguien atrapado en el limbo, aún no aceptada realmente como un miembro de la familia Cutler y tampoco aceptada por el personal del servicio. Mi única verdadera compañía era mi propia sombra. La soledad se plegaba sobre mí como una mortaja. Me sentía invisible.

Estaba sola en mi habitación durante el período de descanso después del almuerzo cuando llamaron a mi puerta y Mrs. Boston apareció, con los brazos llenos con un montón de ropa y una bolsa de zapatos y bambas.

—La pequeña Mrs. Cutler me pidió que te trajera esto —dijo entrando en mi habitación.

—¿Qué es?

—Acabo de terminar de poner orden en la habitación de Miss Clara Sue. Esa niña es de lo peor en cuanto a ser ordenada y organizada. Se creería que una joven de una buena familia como ésta tendría más cuidado con sus cosas y con su habitación pero esa chica... —mover la cabeza y lo dejó caer todo al pie de mi cama.

»Todo esto es lo que Clara Sue ya no usa. Algunas cosas son del año pasado o así, pero aunque ella es un poco más grande que tú por todos lados, te servirá. Hay cosas que ni siquiera estrenó. Ya ves lo malcriada que está. Mira, mira esto —añadió, alcanzando algo de la pila de ropa. Levantó una blusa—. Mira, esto todavía tiene la etiqueta.

Ciertamente parecía completamente nuevo. Empecé a repasar la ropa. Por supuesto que no sería la primera vez que yo había llevado ropa usada. Pero era la idea de llevar la ropa de Clara Sue, de heredar su ropa, lo que me molestaba. No podía evitar acordarme de todas las cosas horribles que me había hecho en el colegio.

Por otro lado, mi madre, a quien no había vuelto a hablar desde nuestro primer encuentro, pensaba en mí. Supuse que debía sentirme agradecida.

—¿Mi madre escogió todo esto para mí? —pregunté.

Mrs. Boston asintió y levantó sus manos.

—No lo escogió exactamente. Me pidió que reuniera todo lo que yo supiera que Clara Sue no usaba o no quisiera y viese si tú lo podías usar.

Me probé un par de bambas. Clara Sue tenía un año menos que yo, pero era mucho más grande. Los zapatos viejos y las bambas me quedaban perfectamente. También las blusas y las faldas. Había incluso una bolsa con ropa interior.

—Todo eso le queda demasiado pequeño —dijo Mrs. Boston. Estaba segura de que las braguitas me servirían pero los sujetadores aún eran demasiado grandes para mí.

—Puedes separar lo que te sirve y lo que no. Dime lo que no quieras. Hay mucha gente pobre que conozco que verdaderamente apreciarán todo esto. Especialmente Agatha Johnson.

—Bien, ahora no tengo tiempo de probarme —dije cortante—. Tengo que ir a la sala de juego. Debo limpiarla entre una y dos mientras la mayor parte de los huéspedes no están. —Aparté la ropa. Mrs. Boston hizo una mueca y se marchó. La seguí y fui a hacer mis deberes de la tarde.

Acababa de pulir la última mesa en el salón de juego y había colocado la última silla, cuando oí que Philip me llamaba.

—Dawn —me giré y le encontré detrás mío en la puerta. Llevaba una camisa azul claro con botones en el cuello y unos pantalones color caqui. Con el pelo bien

peinado, ni un mechón fuera de sitio, tenía su acostumbrado aspecto imperturbable.

Había perdido interés en mi propio aspecto desde el día en que llegué a Cutler's Cove. Por las mañanas simplemente me recogía el pelo y me ataba un pañuelo de cabeza alrededor en la forma que lo hacían las otras camareras. Mi uniforme estaba sucio después de haber limpiado el salón de juego.

Era el primer día oscuro y lluvioso desde que había llegado al hotel. El cielo opresivo había hecho que este día, en especial, fuera más triste y tedioso para mí. El aire era fresco y húmedo y trabajaba más rápido y más duro para evitar enfriarme.

—Hola, Philip —dije volviéndome completamente.

—¿Cómo estás? —me preguntó.

—Supongo que bien —respondí, pero me empezaron a temblar los labios y los hombros se me estremecieron. Cuando le miré, me hizo pensar que el tiempo que pasé en el Emerson Peabody fue parte de un sueño que se había convertido en una pesadilla el día en que murió Madre.

—Me puse a buscarte tan pronto como llegué —me dijo Philip, sin dar un paso para acercarse—. Ni siquiera he deshecho mis maletas. Simplemente lo tiré todo y le pregunté a Mrs. Boston dónde te podía encontrar. Me dijo que la abuela te había colocado abajo y que te había hecho empezar a trabajar como camarera —añadió—. Así es mi abuela, quiero decir, *nuestra* abuela.

Hizo una pausa de nuevo. Los silencios entre nuestras frases eran profundos, y la pequeña distancia que había entre nosotros parecía de kilómetros. Los acontecimientos rápidos y dramáticos le habían hecho sentir como un extraño hacia mí. Yo estaba tratando de pensar qué decirle y cómo decírselo.

Pero de repente, él sonrió en la misma forma que siempre lo hacía, con ese brillo en los ojos, esa expresión traviesa en la cara. Movié la cabeza.

—No puedo pensar en ti como si fueses mi hermana. No puedo. Esto es demasiado —me dijo.

—¿Qué podemos hacer, Philip? Es verdad.

—No lo sé —continuaba moviendo la cabeza—. ¿Te gusta el hotel? —preguntó acercándose más—. ¿Verdad que es un gran lugar? Los terrenos son muy hermosos. Cuando no está lloviendo como ahora —añadió.

—Sólo he podido explorar el interior del hotel. No he tenido mucha ocasión de ver el exterior —repliqué—. La mayor parte del tiempo he estado trabajando o sola en mí cuarto.

—Oh. —La sonrisa de él se hizo más amplia—. Ahora que he llegado tendrás más que hacer. Te enseñaré todos los rincones y escondrijos. Volveré a explorarlo todo contigo, te mostraré mis sitios favoritos, mis viejos escondites...

Durante un momento permitimos que nuestras miradas se quedasen fijas la una en la otra. Sentí calor en mi cara y mi corazón se aceleró. ¿Qué veía cuando me miraba?

¿Pensaba aún que yo era la chica más bonita y atractiva que había conocido?

—En nuestro día libre —continuó hablando rápido— caminaremos por la playa y buscaremos conchas y...

—No tengo día libre —le expliqué.

—¿Qué? ¿No tienes días libres? Claro que lo tienes. Todo el mundo tiene un día libre. En seguida le hablaré de ello a Mr. Stanley.

Me encogí de hombros y puse mi paño de limpiar y el líquido en mi carrito. Él se acercó más.

—Dawn —me dijo cogiéndome la mano. Al notar el contacto de sus dedos me eché hacia atrás instintivamente. No podía evitarlo.

Lo que una vez había sido emocionante ahora parecía tan sucio como la ropa que tenía que cambiar cada mañana. Sentía que era malo mirar profundamente a sus ojos, malo oírle hablarme suavemente, malo que me quisiera. Hasta me sentí culpable de hablar con él a solas en el salón de juego.

—No ha pasado un día que no pensase en ti y en el horror que estabas atravesando. Quería llamarte, incluso dejar el colegio y venir a casa a verte, pero la abuela pensó que era mejor que esperase —explicó y yo le lancé una mirada intensa.

—¿La abuela?

—Sí.

—¿Qué le contaste sobre nosotros? —le pregunté rápidamente.

—¿Contarle? —Se encogió de hombros como si todo hubiese sido tan sencillo y sin malicia—. Sólo cómo tú y yo nos habíamos hecho tan buenos amigos y qué persona tan maravillosa eres y lo muy bien que cantas. Me preguntó sobre tu padre y tu madre y le conté sobre la enfermedad de tu madre y su muerte y lo sorprendido que me quedé al saber lo que habían hecho.

—No sé por qué hicieron lo que hicieron ni por qué ha sucedido nada de esto —contesté bajando la cabeza. Miré a otro lado para esconder las lágrimas de mis ojos.

—La abuela sintió lo mismo. Para ella también fue una terrible sorpresa cuando sucedió —me dijo.

Giré en redondo.

—¿Por qué... por qué llamaste a tu abuela? ¿Por qué no hablaste con tu padre o tu madre? —Aún me era difícil pensar que ellos también eran mis padres.

—Oh, siempre he acudido a la abuela para la mayoría de las cosas —me contestó sonriendo—. Siempre ha estado al frente de todo. Por lo menos, desde que puedo acordarme y... ya has conocido a mamá —explicó levantando los ojos al cielo—. Tal y como son las cosas ya se lo pasa bastante mal. De todos modos, papá lo único que haría es pedirle consejo a la abuela si yo necesitase algo de él. Es una mujer de cuerpo entero ¿verdad?

—Es una tirana —repliqué.

—¿Qué dices? —Él sostuvo su sonrisa.

—Quiere cambiar mi nombre de Dawn a Eugenia, sólo que yo no estoy de acuerdo. Insiste en que todo el mundo en el hotel me llame Eugenia y todos tienen miedo de hacer lo contrario.

—Yo hablaré con ella. Haré que lo comprenda. Ya verás.

—No me importa si lo comprende o no. No voy a cambiar me el nombre sólo para darle gusto —declaré firmemente.

Asintió, impresionado al verme tan decidida. De nuevo nos miramos el uno al otro.

—No te preocupes —dijo acercándose—. Todo saldrá bien.

—Nunca estará bien —me lamenté—. Trato de mantenerme ocupada para no pensar en Jimmy y Fern y en lo que puede haberles sucedido. —Lo miré esperanzada—. ¿Has oído algo? ¿Has sabido algo?

—No. Lo siento. Oh, antes de que se me olvide, recuerdos de Mr. Moore. Dice que pase lo que pase tienes que continuar con tu música. Me encargó que te dijese que quiere ir a oírte cantar al Carnegie Hall algún día.

—No he tenido muchas ganas de cantar o de tocar el piano últimamente —contesté sonriendo.

—Las volverás a tener. Después de algún tiempo. Dawn —dijo Philip, esta vez tomando mi mano y sosteniéndola firme. Continuó con una mirada suave al ver mi tristeza—. No es fácil olvidar cómo eras, incluso cuando te veo aquí.

—Lo sé —repuse mirando hacia abajo.

—Nadie me puede culpar, nadie te puede culpar, por sentir lo que sentimos el uno por el otro. Mantengámoslo en secreto —indicó. Le miré sorprendida. Sus ojos se oscurecieron con sinceridad—. En lo que a mí se refiere, sigues siendo la chica más guapa que he conocido.

Apretó mi mano más firmemente y se acercó como si quisiera que lo besara en los labios. ¿Qué esperaba que hiciera? ¿Qué esperaba que dijera?

Retiré mi mano de la suya y me aparté.

—Gracias, Philip, pero tenemos que pensar el uno del otro de forma diferente ahora. Todo ha cambiado.

Pareció decepcionado.

—Esto tampoco es fácil para mí, ¿sabes? —Su tono de voz fue áspero—. Ya sé que has sufrido, pero para mí también ha sido un sufrimiento. No te puedes imaginar lo que era el colegio —añadió, arrugando la frente.

Entonces, tan fácilmente como si se quitase una máscara, desechó su enfado y adquirió su aspecto romántico de ojos soñadores.

—Pero cuando me entristecía pensando sobre ello, me forzaba a pensar en todas las cosas maravillosas que tú y yo podíamos hacer aquí en Cutler's Cove. Lo que te

dije antes fue de corazón. Quiero mostrarte el hotel y sus terrenos y el pueblo y ponerte al día sobre las historias de la familia.

—Gracias —contesté—. Lo espero con ilusión —añadí. Él dio un paso atrás, manteniendo aún su sonrisa sensual, pero para mí era como si nos estuviéramos contemplando a través de un gran valle, la distancia entre nosotros ensanchándose más y más hasta que el Philip que yo había conocido se desvanecía en un recuerdo y estallaba como una pompa de jabón. Había desaparecido. El vacío se esfumó y fue remplazado por este nuevo Philip, mi hermano mayor.

«Adiós al primero y a lo que yo creí que sería mi más maravilloso y romántico amor», pensé. Adiós a la sensación de elevarme y de flotar junto a cálidas y suaves nubes blancas. Nuestros besos apasionados se quebraron y cayeron con las gotas de lluvia y nadie hubiera podido distinguir entre mis lágrimas y la lluvia.

Cuatro hombres mayores entraron y se sentaron en una mesa de un rincón. Iban a jugar su diaria partida de gin rummy. Philip y yo los contemplamos por un momento y entonces nos volvimos el uno hacia el otro.

—Bien, será mejor que deshaga mis maletas. Aún no he visto a mamá. Puedo imaginar cómo la ha dejado todo esto: dolores de cabeza, ataques de nervios —movió la cabeza. Entonces se echó a reír—. Me hubiera gustado estar aquí cuando te vio por primera vez. Debe de haber sido un espectáculo. Ya me lo contarás después, cuando estemos solos —dijo, levantando las cejas—. Empiezo a servir la cena esta noche. Por aquí todo el mundo se convierte en una especie de negrero. Te iré a buscar en cuanto esté libre —dijo al marcharse—, y entonces nos iremos a dar un paseo o algo así. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Se volvió y se apresuró a marcharse. Lo contemplé un momento y volví a mi trabajo.

Después regresé a mi habitación como de costumbre para descansar. La lluvia se había convertido en una continuada llovizna y mi habitación se veía pobre y oscura, aunque tenía la luz encendida. Esperé a Philip, escuchando atentamente los pasos en el pasillo. Pronto oí pisadas y levanté la vista interrogante cuando se abrió la puerta. Era Clara Sue. Durante un momento nos contemplamos. Entonces puso sus manos en jarras y hizo una mueca burlona moviendo la cabeza.

—No lo puedo creer. Simplemente no lo puedo creer —dijo.

—Hola, Clara Sue. —Aceptarla como mi hermana era una píldora difícil de tragar, pero ¿tenía alguna otra elección?

—¡No sabes lo embarazoso que ha sido para Philip y para mí todo este asunto en el colegio! —exclamó abriendo mucho los ojos.

—Ya he hablado con Philip. Ya sé todo el chismorreó que tuvo que soportar, pero...

—¿Chismorreó? —rió duramente y sin alegría. Su cara entonces cambió y se volvió dura y determinada—. Eso sólo fue una pequeña parte. Se sentaba en un rincón solo y se negaba a tener nada que ver con nadie. Pero yo no iba a permitir que esto estropeará mi diversión —dijo, entrando un poco más en mi habitación. Miró las frías paredes y a la ventana sin cortinas que hiciesen un poco más agradable la habitación—. Ésta había sido la habitación de Bertha, mi niñera negra. Sólo que entonces era mucho más agradable.

—No he tenido la oportunidad de arreglarla —contesté secamente. Se echó atrás con rapidez cuando vio algunas de sus ropas usadas sobre mi cama.

—Oye, ¿no son mías esa blusa y esa falda?

—Mrs. Boston me las trajo después de que limpió tu habitación.

—¿Con qué clase de gente estuviste viviendo? Ugh. Robar bebés. No es extraño que tuvieras un aspecto tan... sucio y Jimmy tan ridículo.

—Jimmy no era ridículo —dije cortante—. Y jamás tuve un aspecto sucio. Admito que éramos pobres, pero no éramos sucios. Dije que no tenía demasiada ropa, pero la que tenía, la limpiaba y la lavaba regularmente.

Ella se encogió de hombros como si yo no pudiera decirle nada que pudiera rebatir sus argumentos.

—Jimmy era extraño —insistió—. Todo el mundo lo decía.

—Era tímido y amable y cariñoso. No era extraño. Sólo estaba asustado. Asustado de no ser aceptado en un colegio lleno de *snoobs*. —No podía soportar hablar de Jimmy de esta forma, actuando como si hubiera muerto. Eso me puso más furiosa que todas las cosas que ella estaba diciendo.

—¿Por qué lo defiendes con tanta energía? No era realmente tu hermano —replicó. Entonces se rodeó con sus brazos y agitó la cabeza—. Debe de haber sido horrible y asqueroso el haber sido forzado a vivir con extraños.

—No lo fue. Madre y Padre siempre fueron...

—No eran tu madre y tu padre —cortó—. No les llares así. Llámales lo que fueron: ¡secuestradores, ladrones de bebés!

Miré hacia otro lado, las lágrimas me punzaban tras los ojos. No quería permitir que me viera llorar, pero ¿qué podía decir? Tenía razón y ella estaba disfrutando al clavarme en el ridículo.

—Lo peor de todo fue el asunto entre Philip y tú —dijo haciendo una mueca y torciendo la boca como si hubiera bebido aceite de ricino—. No es extraño que se sentara solo, malhumorado. Se sentía sucio y estúpido por haber intentado ser el novio de su hermana. ¡Y todo el mundo lo sabía! —Nuevamente hizo una mueca. Su cara era mucho más regordeta que la mía e hinchaba las mejillas.

Compartíamos el color del pelo y los ojos, pero nuestras bocas y rasgos eran muy diferentes.

—No se le puede culpar por algo que no sabía —dije suavemente. ¿Durante cuánto tiempo íbamos a tener que pedir disculpas y defender nuestros actos?, me pregunté. ¿Quién más iba a sacar ese tema?

—¿Y qué? Aun así, fue asqueroso. ¿Hasta dónde llegasteis? —preguntó, acercándose nuevamente—. Más vale que me lo digas. Además, te avisé sobre Philip, de manera que no me sorprenderá nada lo que me puedas contar. Ahora soy tu hermana y no tienes a nadie más en quien confiar —añadió mirándome a los ojos. Su mirada era expectante.

La observé. ¿Podía confiar en ella? ¿Lo decía de corazón? Ella vio la duda en mi cara.

—Me alegro de que Mrs. Boston te haya traído toda mi ropa vieja —dijo—. Prefiero que tú la tengas a deber tirarla o dársela al servicio. Y lamento las cosas que te hice —añadió quedamente—, pero no sabía quién eras y no creí que fuera correcto que le gustaras tanto a Philip. Debo de haber tenido una pre... pre...

—¿Premonición?

—Sí —contestó—. Gracias. Sé que eres lista y me alegro. —Empujó parte de la ropa y se sentó en mi cama—. Así que puedes contármelo —dijo con la cara iluminada con ilusión—. Sé que te llevó a su lugar favorito. Os debéis haber besado una y otra vez, ¿verdad?

—No exactamente —repose, sentándome junto a ella. «Quizá sería magnífico tener una hermana de edad cercana a la mía», pensé. Quizá podría perdonarla por todas las cosas terribles que me había hecho y podríamos aprender a llevarnos bien y a compartir pensamientos y sueños lo mismo que la ropa y otras cosas. Siempre había querido tener una hermana cercana a mí en edad. Las chicas necesitan otras chicas en quien confiar.

Me miró con ojos inquisitivos, urgiéndome con su suave y compasiva mirada.

—¿Philip fue tu primer novio? —preguntó.

Asentí.

—Yo todavía no he tenido novio —dijo.

—Lo tendrás. Eres una chica muy guapa.

—Lo sé —repose, moviendo la cabeza—. No es que no haya tenido pretendientes. Ha habido un cierto número, pero ninguno me ha gustado lo bastante. Y ninguno era tan agradable como Philip ni tan guapo. Todas mis amigas están enamoradas de él y estaban celosas de ti.

—Lo pensé —dije.

—¿Sabes que Louise estaba terriblemente enamorada de Jimmy? —se rió—. Encontré una carta de amor que le escribió pero nunca tuvo el valor de mandársela. Estaba llena de «Te Quiero» y de «Eres el chico más agradable que he conocido y el más guapo». ¡Incluso le escribió palabras de amor en francés! Le robé la carta y se la

enseñé a las otras chicas.

—No debías haberlo hecho. Debe de haber sido muy doloroso para ella —contesté. Ella parpadeó rápidamente y se sentó sobre sus manos.

—De cualquier manera, es un bicho raro. Tú eres la única que le hizo algún caso. Y de todas formas —dijo incorporándose—, usé la carta para obligarle a hacer cosas, como espiarte y hacerla cooperar cuando te rociamos con ese *spray*.

—Eso fue algo horrible, Clara Sue, por mucho que yo te disgustara.

Se encogió de hombros.

—Te dije que lo sentía. Mira, tú me estropeaste uno de mis mejores abrigos —repuso—. Tuve que tirarlo.

—¿Lo tiraste? ¿Por qué simplemente no lo limpiaste?

—¿Para qué? —sonrió secamente—. Es más fácil que papá me compre otro nuevo. Le dije que alguien me lo había robado y me envió dinero para que me comprara otro. —Se sentó hacia delante ansiosamente—. Pero olvidemos todo eso y hablemos de Philip y de ti. ¿Qué otra cosa hicisteis aparte de besaros?

—Nada —contesté.

—No tengas miedo de contármelo —me urgió.

—No hay nada más que contar.

Pareció muy decepcionada.

—Le dejaste que te tocara y demás, ¿verdad? Estoy segura de que él quería hacerlo. Se lo hizo a una de mis amigas el año pasado, le metió la mano por debajo del suéter, aunque él lo niega.

Negué con la cabeza rápidamente. No quería oír esas cosas sobre Philip y no podía imaginármelo haciéndole algo a una chica que no quisiera que se lo hiciese.

—No te culpo por sentirte avergonzada sobre ello, ahora que ha salido la verdad —dijo Clara Sue. Entrecerró sus ojos, que se hicieron fríos como los ojos gris metálico de nuestra abuela—. Mira, vi cómo te besaba en el coche la noche del concierto. Fue un beso de cine, largo, con las lenguas tocándose, ¿verdad? —preguntó con la voz convertida casi en un murmullo. Negué con la cabeza vehementemente pero ella asintió creyendo lo que quería creer—. Fue a buscarte tan pronto como llegó, ¿verdad? Le oí dejar sus maletas y salir apresuradamente de su habitación. ¿Te encontró? —Asentí—. Bien, ¿qué te dijo? ¿Estaba enfadado? ¿Se sentía como un idiota?

—Está comprensiblemente disgustado.

—Seguro. Espero que no se le olvide que ahora eres su hermana —añadió cortante. Me miró un momento—. No te ha vuelto a besar en la boca, ¿verdad?

—Por supuesto que no —repuse, pero pareció escéptica—. Ambos comprendemos lo que ha ocurrido —añadí.

—Hum. —Sus ojos se iluminaron con un nuevo pensamiento—. ¿Qué te dijo mi

padre cuando te conoció?

—Dijo... me dio la bienvenida al hotel —contesté—. Y me dijo que quería mantener una larga conversación conmigo, pero aún no la hemos tenido. Está muy ocupado.

—Siempre está muy ocupado. Por eso es por lo que siempre consigo lo que quiero. Prefiere dármele a que lo esté molestando.

»¿Qué opinas de mamá? —preguntó—. Debes haberte formado ya una opinión —rió con maligna anticipación—. Si se le rompe una uña o Mrs. Boston deja un cepillo del pelo fuera de sitio, tiene un ataque de nervios.

Puedo imaginarme cómo se debe de haber puesto cuando supo de tu existencia.

—Siento que esté tan nerviosa y enferma tan a menudo —dije—. ¡Es tan guapa!

Clara Sue asintió y cruzó los brazos bajo su pecho. Se estaba convirtiendo rápidamente en una chica bien desarrollada, su cuerpo infantil ya se estaba moldeando en lo que yo sabía que la mayor parte de los chicos considerarían un aspecto voluptuoso.

—La abuela dice que enfermó después de que te secuestraron y que la única cosa que la pudo salvar y la hizo feliz nuevamente fue mi nacimiento —dijo evidentemente orgullosa—. Me tuvieron tan pronto como pudieron para vencer la tristeza de haberte perdido, pero ahora has vuelto —añadió, sin esconder la nota de decepción en su voz. Me miró por un momento y sonrió nuevamente—. La abuela te ha convertido en una camarera ¿Eh?

—Sí.

—Yo soy una de las recepcionistas, ¿sabes? —presumió—. Debo arreglarme y trabajo tras el mostrador. Me voy a dejar el pelo más largo este año. La abuela me dijo que fuera al peluquero mañana para que me lo arreglara —comentó, mirándose en el espejo. Me observó rápidamente—. Todas las camareras habitualmente se cortan el pelo muy corto. A la abuela le gusta que lo lleven así.

—Yo no voy a cortarme el pelo muy corto —repuse tajante.

—Si la abuela te dice que lo has de hacer, lo harás. Tendrás que hacerlo de todas maneras, de otra forma tendrás el pelo sucio cada día. Ahora mismo parece sucio.

No le pude discutir eso. Hacía días que no me lo lavaba, sin importarme mi aspecto. Era más fácil ponerse el pañuelo.

—Es por eso que no hago trabajos de baja categoría—dijo Clara Sue—. Nunca los he hecho. Y ahora la abuela cree que soy lo bastante guapa para estar en la recepción y lo bastante mayor como para tener responsabilidades.

—Eso es muy agradable. Tienes mucha suerte—le contesté—. Pero prefiero no tener que estar conociendo a tanta gente y forzando la sonrisa —añadí. Eso borró de su cara la mueca de superioridad.

—Bueno, estoy segura de que todo el mundo se siente avergonzado con todo esto

y por ahora prefieren esconderte del público —dijo secamente.

Me encogí de hombros. Era una teoría muy buena pero no quería demostrarle que lo que decía podía ser verdad.

—Quizá.

—Todavía no puedo creerlo. —Se puso de pie y me miró intensamente de arriba abajo—. Quizá no llegue a creerlo nunca —continuó. Inclino la cabeza a un lado y pensó por un momento—. Quizás aún hay una posibilidad de que no sea así.

—Créeme, Clara Sue, lo deseo más que tu que no lo sea.

Eso la hizo dar un paso atrás. Levantó las cejas.

—¿Por qué? ¿Por qué no? Ciertamente no estabas mejor viviendo como una miserable. Ahora eres una Cutler y vives en Cutler's Cove. Todo el mundo sabe quién eres. Éste es uno de los mejores hoteles de la costa —presumió con lo que yo estaba comenzando a reconocer como una arrogancia familiar que ella había heredado de la abuela Cutler.

—Nuestras vidas eran duras —reconocí— pero nos preocupábamos los unos de los otros y nos queríamos. No puedo dejar de echar en falta a mi hermanita Fern y a Jimmy.

—Pero no eran tu familia, tonta —me dijo moviendo la cabeza—. Tanto si te gusta como si no, ahora somos nosotros tu familia. —Yo miré hacia otro lado—. Eugenia —añadió. Me volví contra su sonrisa satisfecha.

—Ése no es mi nombre.

—La abuela dice que lo es y en este lugar lo que la abuela dice es lo que vale —canturreó moviéndose hacia la puerta—. Tengo que vestirme para empezar mi primer turno en recepción.

Se detuvo en la puerta.

—Hay grupos de chicos de nuestra edad que vienen al hotel todas las temporadas. Puede que te presente a uno o dos ahora que ya no puedes correr detrás de Philip. Después del trabajo ponte un vestido mejor y ven al vestíbulo —añadió echándome las palabras como quien tira un hueso a un perro. Luego se marchó cerrando la puerta detrás de ella. Ésta hizo un ruido que a mí me sonó más como si se cerrase la puerta de una prisión.

Y cuando miré a mi alrededor, a mi sombría y pesada habitación con sus sucias paredes y muebles viejos, me sentí tan vacía y sola, que pensé que podría haber estado encerrada en una celda de castigo. Crucé las manos en mi regazo y dejé caer la cabeza. El hablar de mi familia con Clara Sue me había hecho preguntarme sobre Jimmy. ¿Le habrían enviado a vivir con alguna familia adoptiva? ¿Le gustarían sus nuevos padres y el lugar donde tenía que vivir? ¿Tendría alguna nueva hermana? Quizás eran gente más bondadosa que los Cutler, gente que comprendiese lo terrible que había sido todo para él. ¿Se estaría preocupando por mí, pensando en mí?

Sabía que lo haría y me dolió el corazón por la pena que estaría sintiendo.

«Al menos Fern era aún lo bastante pequeña para adaptarse rápidamente —pensé—, aunque no podía evitar creer que nos debería estar extrañando terriblemente». Se me llenaron los ojos de lágrimas sólo de pensar que se despertaría en una nueva habitación llamándome y entonces lloraría al ver entrar un completo desconocido para cogerla. «Qué aterrorizada debía de estar», pensé.

Ahora comprendía por qué siempre nos habíamos marchado tan rápidamente en mitad de la noche y por qué nos mudábamos tan a menudo. Padre se debía asustar o debía pensar que alguien les había reconocido a Madre y a él. Ahora sabía por qué no podíamos ir demasiado hacia el Sur en esos tiempos y por qué nunca volvimos a ver a sus familias. Todo el tiempo éramos fugitivos y no lo sabíamos. Pero, ¿por qué me habían raptado? No podía soportar no saberlo todo.

Se me ocurrió una idea. Abrí el cajón superior de mi mesa de noche y encontré un poco del papel del hotel y empecé a escribir una carta que tuve la esperanza de que encontrara su camino.

*Querido Padre:*

*Como ya debes saber, he vuelto con mi auténtica familia y mi verdadero hogar, los Cutler. No sé qué habrá ocurrido con Fern y con Jimmy, pero la Policía me dijo que irían a vivir con familias adoptivas, probablemente dos familias diferentes. De manera que ahora estamos todos separados, todos solos.*

*Cuando la Policía vino a buscarme y te acusaron de haberme raptado, se me hundió el corazón porque no hiciste nada para defenderte y en la Comisaría lo único que me dijiste era que lo sentías. Bien, sentirlo no es suficiente para sobreponerse a la pena y al sufrimiento que has causado.*

*No comprendo por qué Madre y tú me robasteis a los Cutler. No podía ser porque Madre no podía tener más hijos. Tuvo a Fern. ¿Qué os obligó a hacerlo?*

*Sé que la razón no parece tener ya importancia, ya que todo ha terminado pero no puedo soportar vivir con este misterio y este dolor, un dolor que estoy segura que Jimmy siente igualmente en dondequiera que esté. ¿Por favor, podrías tratar de explicarme por qué Madre y tú hicisteis lo que hicisteis?*

*Tenemos derecho a saberlo. Guardar un secreto no puede representar nada para ti ahora que estás encerrado en la cárcel y Madre se ha ido.*

*¡Pero a nosotros nos importa! Por favor, contéstame.*

DAWN

Doblé la carta cuidadosamente y la metí en un sobre del «Cutler Cove». Entonces, dejé mi habitación y me fui a buscar a la única persona que esperaba que podría

hacerle llegar esta carta a Padre: mi verdadero padre.

Llamé a la puerta del despacho de mi padre y la abrí cuando oí que contestaba. Estaba sentado detrás de su mesa, con un montón de papeles delante suyo y una grapadora. Dudé en el umbral.

—¿Sí? —Por la mirada de soslayo que me dirigió, pensé por un momento que había olvidado quién era.

—Debo hablarte, por favor —dije.

—Oh, no tengo mucho tiempo en este momento. Me he atrasado con el papeleo, como puedes ver. La abuela Cutler se disgusta mucho cuando las cosas no son hechas en su momento.

—No tomará mucho tiempo —supliqué.

—Está bien, está bien. Pasa. Siéntate. —Levantó la pila de papeles y los movió hacia un lado—. ¿Has visto ya a Philip y a Clara Sue?

—Sí —contesté. Me senté en la silla frente a la mesa.

—Bien, me imagino que será toda una experiencia para los tres el conocerlos como hermanos, aunque ya os conocierais como compañeros de colegio, ¿eh? —preguntó moviendo la cabeza.

—Lo será.

—Bien —dijo irguiéndose en su asiento—. Lamento no tener más tiempo para pasar contigo ahora... —Hizo un gesto señalando su despacho como si todas sus responsabilidades y su trabajo colgaran de las paredes—. Hasta que las cosas se encaminan, siempre hay mucho que hacer.

»No obstante —dijo—, he estado planeando una noche de diversión para todos. Estoy sólo esperando que Laura Sue escoja la noche. Entonces tu madre y yo, y Philip y Clara Sue y tú, nos iremos a uno de los mejores restaurantes de mariscos de Virginia. ¿Te parece bien la idea?

—Sí —respondí.

—Bien —dijo riendo suavemente—. No pareces muy excitada sobre ello.

—No lo puedo evitar. Sé que con el tiempo se supone que me acostumbraré a mi nueva vida, mi verdadera familia, y olvidaré todo lo que ha pasado... —miré hacia abajo.

—Oh, no —repuso—. Nadie espera que olvides completamente el pasado. Yo lo comprendo. Te llevará tiempo —dijo sentándose hacia delante y acariciando el anillo con un rubí que llevaba en el dedo pequeño mientras hablaba.

—Y ¿qué puedo hacer por ti? —preguntó. Su comprensivo tono de voz me dio ánimos.

—No puedo comprender por qué lo hicieron. No puedo.

—¿Hicieron? Ah, quieres decir los Longchamp. No, por supuesto —respondió

asintiendo—. Es bastante difícil para un adulto comprender este tipo de cosas así que es más difícil para una persona joven.

—Así que escribí una carta —añadí rápidamente y saqué el sobre.

—¿Una carta? —Sus ojos se agrandaron y las cejas se le levantaron—. ¿A quién?

—A mi padre... quiero decir, al hombre que siempre pensé que era mi padre.

—Ya veo. —Se apoyó en el respaldo de su asiento, pensativo, estrechándosele los ojos y tomando un poco del color metálico que tan a menudo veía en mi abuela.

—Quiero que me diga por qué Madre y él lo hicieron. Tengo que saberlo —dije con determinación.

—Ajá. Bien, Dawn. —Sonrió y bajó la voz a un murmullo alto—. No le digas a mi madre que sigo llamándote así —dijo mitad en broma, mitad en serio, pensé. Su sonrisa desapareció y su mirada se tornó severa—. Esperaba que no tratarías de mantener el contacto con Ormand Longchamp. Sólo dificultará las cosas para todos, incluso para él.

Miré al sobre que tenía en las manos y asentí. Las lágrimas me nublaban la visión. Me froté los ojos como lo haría un niño, sintiéndome como tal en un mundo loco de adultos. Empecé a sentir el corazón como si un puño de piedra me hubiera golpeado en el pecho.

—No puedo empezar una nueva vida sin saber por qué lo hicieron —dije. Miré hacia arriba con severidad—. No puedo.

Me contempló silenciosamente por un momento.

—Ya veo —dijo asintiendo.

—Tenía la esperanza de que te enteraras de a dónde lo mandaron y le enviarás esta carta.

Mi sugerencia le sorprendió. Levantó las cejas y miró rápidamente hacia la puerta como si temiera que alguien pudiera estar escuchando por la cerradura. Entonces se llevó su índice y pulgar de la mano izquierda al anillo de su dedo meñique y empezó a girarlo y girarlo mientras movía la cabeza y meditaba.

—No sé —murmuró—. No sé si eso traería complicaciones con las autoridades —dijo.

—Es muy importante para mí.

—De todos modos, ¿cómo sabes que te dirá la verdad? —preguntó rápidamente—. Te mintió, te contó historias horribles. No quisiera ser el que te endureciera el corazón en contra suya —añadió— pero lo que es verdad es verdad.

—Sólo quiero intentarlo —supliqué—. Si no me contesta o si no me lo explica, dejaré el asunto para siempre. Lo prometo.

—Ya veo. —Repentinamente levantó el montón de papeles y lo colocó delante suyo otra vez, prácticamente desapareciendo de mi vista—. Bien, no sé —murmuró—. No sé. Tengo todo este trabajo... La abuela Cutler quiere que todo funcione como

una seda —repitió. Empezó a grapar papeles. Me pareció que ni siquiera miraba lo que estaba uniendo—. No debemos eludir el hacer las cosas, haciéndolas a tontas y a locas. Hay responsabilidades, obligaciones... una preparación —sermoneó.

—No sé a quién pedirselo, quién lo puede hacer por mí —dije con la voz en tono de súplica—. ¡Por favor! —gemí vehementemente.

Se detuvo y me miró.

—Bien... de acuerdo —dijo asintiendo—. Veré lo que puedo hacer.

—Gracias —agradecí entregándole el sobre. Lo cogió y lo miró. Yo ya lo había cerrado. Lo puso en el cajón superior de su mesa rápidamente. Tan pronto como desapareció, le cambió la cara. La expresión preocupada se desvaneció y sonrió.

—Bien —dijo—. Quería hablarte sobre tus trajes. Laura Sue y yo hablamos anoche sobre ello. Hay una serie de cosas que Clara Sue ya no usa que quizá te sirvan. Mrs. Boston te las llevará a tu habitación más tarde en el día de hoy y podrás ver lo que te sirve o no.

—Ya lo ha hecho —repuse.

—Oh, bien, bien. Laura Sue te quiere llevar de tiendas mañana o así, para comprarte cualquier otra cosa que necesites. ¿Hay algo más que pueda hacer por ti?

Negué con la cabeza.

—Gracias —dije y me levanté.

—Es una bendición, un milagro que nos hayas sido devuelta —me dijo. Entonces se levantó de su silla y dio la vuelta a su mesa para acompañarme hasta la puerta—. Oh, Philip me dijo que tocas muy bien el piano.

—Apenas estoy empezando. No lo toco tan bien.

—A pesar de ello, sería muy agradable si subieras y tocaras algo para Laura Sue y para mí en el piano.

Me estaba preparando a contestar cuando volvió a mirar hacia su mesa.

—Lo siento. Estoy tan ocupado. Pronto pasaré mucho tiempo contigo.

¿Ocupado con qué?, me pregunté, ¿grapando papeles? ¿Por qué no tenía una secretaria que se lo hiciera?

—Todo irá bien. Sólo dale tiempo —me aconsejó y abrió la puerta.

—Gracias —dije.

Y entonces se inclinó y me besó en la mejilla. Fue un roce breve, tentativo. También me apretó la mano en la suya y entonces cerró la puerta rápidamente entre nosotros, como si tuviera miedo de que alguien hubiera visto que me había besado y que había estado hablando conmigo.

Su extraña forma de ser, la inesperada aspereza de mi abuela, las raras enfermedades de mi madre, todo me dejaba aturdida, flotando en la desesperanza. ¿Cómo iba yo a nadar en este nuevo océano de remolinos y confusión?

¿Y quién sería mi balsa y me mantendría a flote ahora?

## TRAICIONADA

Al principio no quería usar la ropa heredada de Clara Sue, pero quería sentirme bonita nuevamente y como una chica y no como una camarera cansada y descompuesta. Esperaba que Philip viniera a buscarme para llevarme de paseo por el hotel tan pronto como terminara su trabajo en el comedor, de manera que después de cenar, volví a mi habitación y me probé diferentes combinaciones de faldas y blusas, decidiendo finalmente ponerme una blusa de algodón con manga corta y botones de perlititas y una falda plisada azul oscura. Había un par de bonitos zapatos blancos sin tacones en la bolsa. Tenían pequeños roces en los lados, pero aparte de eso, parecían casi nuevos.

Entonces me solté el pelo y lo cepillé. Tenía que lavármelo y arreglármelo. Muchas puntas estaban partidas. Pensé que Clara Sue iba a ir al peluquero y también que tenía toda la ropa nueva que quería cuando la quería y siempre era tratada como si fuera alguien especial. ¿Llegaría la abuela Cutler a aceptarme finalmente y a tratarme de la misma forma? No podía evitar el imaginarme a mí misma yendo al peluquero y estrenando un vestido. Yo también preferiría trabajar en la recepción que limpiando habitaciones.

Decidí atarme una cinta bajo el pelo para levantarlo por detrás. Madre me solía decir que no me tapara las orejas. Aún la podía oír. «Tienes unas orejas preciosas, pequeña. Deja que el mundo las vea». El recuerdo trajo una sonrisa a mi cara. Los ojos se me iluminaron. Me alegré de que la llegada de Philip me hiciera desear ser bonita otra vez. Era bueno tener una ilusión y no vivir en un estado sombrío y oscuro todo el tiempo.

Incluso después de haberme puesto ropa bonita y de haberme cepillado el pelo, pensé que aún tenía el aspecto pálido y enfermizo. Mis párpados caían y el brillo que una vez había irradiado mi pelo claro y había hecho mi sonrisa cálida, había sido amortiguado por el dolor, la pena y el tormento. «Toda la ropa cara, ni siquiera un esteticista profesional, podían dar alegría al exterior, si el interior estaba lleno de melancolía», pensé. Me pellizqué las mejillas como Madre acostumbraba a pellizcarse las suyas para hacerlas parecer sonrosadas.

Cuando me miré en el espejo, me pregunté sin embargo, por qué hacía esto. Philip ya no era mi novio. ¿Por qué importaba el aspecto que tenía? ¿Por qué era aún tan importante gustarle? Por lo que fuera, estaba jugando con fuego prohibido. En ese momento oí los pasos en el pasillo. Fui a la puerta y me asomé, quedándome sorprendida al ver aparecer a alguien con el uniforme del servicio.

—Tu padre me ha pedido que te haga subir a sus habitaciones para que toques el piano para tu madre. —Con sólo esas palabras, el pequeño empleado de recepción se marchó. «Bien —pensé—, el que se me ordene aparecer ante ellos y que toque no es la clase de tierna atención que esperaba, pero es un comienzo. Quizás, para cuando termine el verano seamos una familia unida», deseé mientras atravesaba el hotel hacia la parte donde vivía el resto de la familia.

Encontré a Philip y a Clara Sue junto a la cama de nuestra madre, sentados en sillas que habían acercado. Mi madre estaba recostada en dos enormes y mullidas almohadas. Se había soltado el pelo y éste caía suavemente por sus pequeños hombros. Vestía un camisón dorado bajo su bata y aún llevaba sus pendientes de brillantes y su collar, lo mismo que todo su maquillaje. Vi que Philip le sostenía una mano. Clara Sue estaba apoyada en su respaldo, con los brazos cruzados y una mueca en la cara.

—Oh, ¡qué guapa estás, Dawn! —exclamó mi madre—. La ropa de Clara Sue te queda perfecta.

—Esa falda está tan pasada de moda que no tiene gracia —intervino Clara Sue.

—Nada que quede bien y tenga buen aspecto está pasado de moda —salió papá en mi defensa. Clara Sue movió los pies y se agitó en el asiento. Me daba cuenta de que no le gustaba la forma en que papá me estaba contemplando—. ¿No encontráis que soy un hombre afortunado de tener dos hijas tan bonitas? —inquirió—. Clara Sue y Dawn.

Cuando miré a Philip, vi que me estaba observando atentamente con una ligera sonrisa en el rostro. Clara Sue también le miró y después desvió rápidamente la mirada hacia mí con ojos brillantes de envidia.

—Pensé que no debíamos de llamarla Dawn —recordó Clara Sue—. Creí que teníamos que llamarla Eugenia. Eso es lo que dijo la abuela.

—Cuando estemos solos, no importa—replicó mamá—, ¿verdad, Randolph?

—Naturalmente —contestó él, apretándome la mano suavemente y lanzándome una mirada que decía: «Por favor, dale gusto ahora».

—A la abuela no le va a gustar —insistió Clara Sue. Me miró furiosa—. Te pusieron ese nombre en recuerdo de su difunta hermana. Fue un regalo de altísima categoría. Deberías de estar agradecida de tener un nombre semejante, en lugar de uno estúpido.

—¿Llamarte Dawn? —respondió Clara Sue. Su risa se burlaba de mí.

—¡Cállate! —cortó Philip.

—¡Oh, por favor, Clara Sue! —gimió mamá—. No tengamos polémica esta noche. ¡Estoy tan agotada! —Se volvió a explicarme—. Siempre es sumamente cansado cuando llegan los primeros veraneantes y tenemos que recordar los nombres de cada uno y hacerlos sentir en su casa. Ninguno de nosotros puede permitirse estar

cansado o triste o enfermo cuando la abuela Cutler necesita que estemos presentes —añadió con una nota de amargura en su voz. Miró a papá heladamente, pero éste se frotó las manos y sonrió como si no la hubiese oído.

—Bueno, bueno —dijo—. Por fin estamos todos reunidos. Tenemos mucho que agradecer. ¿No es algo maravilloso? ¿Y qué mejor manera de convertir a Dawn en parte de la familia que hacerla tocar para nosotros? —preguntó papá.

—Algo suave, por favor, Dawn —suplicó mamá—. No podría soportar más rock en este momento —se lamentó girando los ojos hacia Clara Sue, que pareció incómoda y muy poco contenta de encontrarse allí.

—No sé nada de rock —le dije—. Hay una pieza que me enseñó Mr. Moore, mi maestro de música. Era una de sus piezas favoritas. Trataré de recordarla.

Me sentí contenta de que todos fueran a permanecer en el dormitorio con mamá, mientras yo iba al piano del cuarto de estar. «Por lo menos no tendría que tocar con Clara Sue mirándome furiosa», pensé, pero cuando me senté, Philip entró y se puso a mi lado mirándome intensamente. Sentí que empezaba a temblar.

Toqué varias notas, en la forma que me había enseñado Mr. Moore, para comprobar la afinación y vi que el piano estaba afinado.

—Ésa es toda una canción —bromeó burlona Clara Sue esperando reírse de mí, pero nadie le hizo caso.

—Relájate —me dijo Philip—. Ahora estás con tu familia —añadió dándome unos golpecitos en el hombro. Miró hacia atrás, a la puerta y rápidamente plantó un beso sobre mi nuca—. Para desearte buena suerte —me dijo cuando me volví sorprendida.

Entonces cerré los ojos y traté de alejarme del mundo tal como solía hacer en el Emerson Peabody. Con la primera nota me deslicé suavemente a mi reino musical, un país donde no había mentiras ni enfermedades, ni cielos tristes ni días odiosos, un mundo lleno de sonrisas y amor. Si había aire era suave, justamente lo bastante fuerte para acariciar las hojas. Si había nubes éstas eran de un blanco tierno y suave como almohadas de pluma y seda.

Mis dedos tocaron el marfil y comenzaron a moverse sobre el teclado como si tuviesen vida propia. Sentía que las notas fluían del piano a mi brazo mientras la música me envolvía de modo protector creando un capullo de seguridad. Nada podía tocarme, ni había ojos celosos ni risa que me ridiculizase. El resentimiento, la amargura, las palabras despreciativas de todo tipo estaban olvidadas por el momento. Hasta me había olvidado de Philip, de pie, allí cerca.

Cuando terminé hubo un decaimiento. La música subsistió como una sombra pidiéndome que continuase. Mis dedos vibraban y acariciaban las teclas, mis ojos permanecían cerrados.

Los abrí al oír una ovación. Papá había venido a la puerta para aplaudir y Philip lo

hacía a mi lado. Oí también el suave aplauso de mi madre y las palmadas rápidas de Clara Sue.

—Maravilloso —dijo mi padre—. Le hablaré a mamá. Quizá podrías tocar para los huéspedes.

—Oh, no podría.

—Claro que podrías hacerlo. ¿Qué te parece, Laura Sue? —preguntó.

—Fue algo muy bello. ¡Dawn! —me llamó. Me levanté. Philip estaba radiante, sus ojos bailaban de felicidad. Regresé al dormitorio de mi madre y ésta me sorprendió extendiéndome los brazos. Me acerqué y dejé que me diese un abrazo. Me besó suavemente en la mejilla y cuando me retiré vi que había lágrimas en sus ojos pero había algo en su modo de mirarme que me hizo temblar y dudar. Sentí que ella veía otra cosa en mí, algo que yo no sabía que existía. Estaba mirándome pero no era exactamente a mí a quien veía.

La interrogué con mis ojos examinando su cara para comprender. Ahora que estaba tan cerca de ella vi lo pequeñas que eran sus pestañas, lo diminutas que eran sus facciones, facciones que yo había heredado. Pensé que sus ojos eran deslumbrantes, sin poder apartar mi vista del suave azul que brillaba con la belleza de una joya a la vez que de un misterio. Descubrí algunas pálidas pecas justo donde yo tenía las mías. Su cutis era tan transparente que podía ver las pequeñas venas azules a los lados de sus ojos dibujadas a lo largo de sus sienes.

Sonreía de un modo deliciosamente dulce. Su pelo tenía la fragancia del jazmín y qué sedosa y suave era su mejilla junto a la mía. «No era raro que mi padre la quisiese tanto», pensé. A pesar de su enfermedad nerviosa conservaba una apariencia sana y vibrante y era una mujer tan encantadora y preciosa como es posible ser.

—Ha sido tan bello —repitió—. Tienes que subir a menudo y tocar para mí. ¿Lo harás?

Asentí con la cabeza y entonces miré a Clara Sue. Tenía la cara roja e hinchada de envidia, sus ojos ardían, su boca estaba dura y los labios tan tensos que a los lados se le formaban pequeñas manchas blancas. Había apretado los dedos hasta hacerlos dos pequeñas bolas gorditas sobre su falda y continuaba mirándome furiosa.

—Tengo que ir a ver a la abuela —dijo poniéndose de pie rápidamente.

—¿Oh, tan pronto? —exclamó mamá, con tristeza—. Acabas de volver del colegio y no hemos tenido tiempo de charlar como hacemos siempre. Me gusta mucho que me cuentes de tus amigas en el colegio y de sus familias.

—Yo no cuento chismes —respondió Clara Sue repentinamente, volviendo sus ojos a mí y de nuevo a su madre.

—Bueno, sólo quería decir...

—La abuela dice que ahora tenemos mucho trabajo y que no hay tiempo para hacer el zángano.

—Cómo me molesta ese modo de hablar —dijo mamá haciendo un gesto de desagrado—. ¿Randolph? —interrogó apelando.

—Estoy seguro de que tu abuela no quiso decir que te dieras tanta prisa. Sabe que estás aquí arriba visitándonos.

—Lo he prometido —insistió Clara Sue. Papá suspiró y después se encogió ligeramente de hombros mirando a mamá. Ésta respiró profundamente y se dejó caer sobre la almohada como si hubiese oído su sentencia de muerte. ¿Por qué se tomaba todo tan trágicamente? ¿Había empezado a ponerse así cuando me secuestraron? Me dio pena y me sentí terriblemente triste porque hacía parecer la acción de Padre y Madre mucho más terrible.

—De todos modos me siento cansada —dijo mamá de repente—. Creo que voy a retirarme ya para la noche.

—Muy bien, cariño —le contestó papá.

Philip se acercó.

—Ahora puedo enseñarte todo un poco —me dijo.

Clara Sue se volvió hacia nosotros violentamente con los ojos relampagueando.

—Está aquí desde hace días. No tienes que enseñarle nada —se quejó.

—Ha estado trabajando constantemente y no ha tenido tiempo para ver el hotel. ¿No es así, papá?

—Oh, sí, sí. Hemos estado todos muy ocupados. De todos modos estoy haciendo planes para nuestra salida familiar: cena en el «Seafood House» en la Playa de Virginia la semana que viene. Si tu madre se siente capaz, naturalmente —añadió rápido.

—Tengo que trabajar el martes por la noche —intervino Clara Sue.

—Bueno, hablaré con el jefe a ver si puedo arreglar tu programa de trabajo —dijo papá sonriendo, pero Clara Sue no le devolvió la sonrisa.

—A la abuela le molesta mucho que hagamos eso. Quiere que el hotel funcione como un reloj —insistió Clara Sue con las manos sobre las caderas. Cada vez que regañaba o se lamentaba encogía la nariz dilatando las ventanas hasta que parecía un cerdito.

—Veremos —comentó papá sin mostrar ninguna preocupación. No podía imaginarme por qué no. Si había alguien necesitando de disciplina ése era Clara Sue.

—Tengo que irme —repitió Clara Sue, saliendo con malos modos.

—Oh, cómo odio la temporada de verano —dijo mamá—. Pone a todo el mundo tan tenso que quisiera poder dormirme y no despertarme hasta setiembre. — Realmente había dos pequeñas lágrimas brillando en sus ojos.

—Vamos, vamos, querida —le dijo papá acudiendo a su lado—. No dejes que nada te inquiete este verano, ¿te acuerdas? Recuerda lo que dijo el doctor Madeo: tienes que desarrollar una piel más dura, ignorar las cosas que te inquieten y pensar

sólo en cosas agradables. Ahora que Dawn ha regresado y que tiene tanto talento y es tan bonita tenemos cosas aún más agradables en que pensar.

—Sí —contestó mamá sonriéndole a través de sus lágrimas—. Disfruté oyéndola tocar el piano.

—Hemos tenido aquí algunos artistas de talento tocando a lo largo de los años, Dawn —dijo Papá—. Será maravilloso agregarte a la lista algún día, muy pronto.

Mi mirada fue de su cara sonriente a la de mi madre y vi que la de ella se ponía más seria, incluso más triste al contemplarme atentamente. Una vez más vi algo confuso en sus ojos pero no me di a mí misma ocasión de pensar en ello.

Al día siguiente, en todo el hotel había un aire de excitación. Por todas partes veía al personal ocupado trabajando, teniendo especial cuidado de dejar el hotel reluciente y limpiísimo. En la cocina el cocinero, Nussbaum, estaba preparando un festín y afuera los jardineros estaban arreglando los jardines con meticuloso cuidado.

—¿Qué está sucediendo? —le pregunté a Sissy al verla pasar a toda velocidad cargada con magníficos manteles de encaje.

Sissy se detuvo en seco y se quedó mirándome con ojos asombrados.

—¿No lo sabes? —preguntó—. ¿No sabes qué día es hoy?

—No, no lo sé —reconocí sinceramente—. ¿Es un día especial?

—¡Y tanto que lo es! —proclamó Sissy—. Hoy es el cumpleaños de Mrs. Cutler. Esta noche va a haber una gran fiesta con adornos, un pastel de cumpleaños y toneladas de huéspedes y regalos.

Después de dar la noticia, Sissy siguió su camino dejándome en lucha con un dilema. Hoy era el cumpleaños de la abuela Cutler y yo ni siquiera lo había sabido. Pero aun así ¿cuál hubiese sido la diferencia? Yo sabía cómo ella se sentía respecto a mí, sus sentimientos eran obvios. ¿Por qué tenía que importarme que hoy fuese su cumpleaños? Sin embargo me acordé que Madre siempre me decía que tratase a los demás como quisiera que ellos me trataran a mí. Aunque deseaba ser tan miserable y desconsiderada con la abuela Cutler como ella lo había sido conmigo continuaba acordándome de las palabras de Madre. Suspiré pensando que podía poner la otra mejilla esta sola vez por lo menos. Quizás ésta era la ocasión que había estado esperando para arreglar las cosas entre la abuela Cutler y yo. Apenas tenía dinero ahorrado para poder comprarle un buen regalo. ¿Qué iba a hacer?

Pensé que podría pedirle a mi padre algo de dinero para poder comprar el regalo, pero eso no sería como darle a la abuela Cutler algo por mi cuenta. Además, conociéndola, tendría sospechas si le compraba algo que no estuviese a mi alcance. Entonces me vino la solución. ¡Una solución brillante! Podía darle a abuela Cutler un regalo salido de mi corazón y al cual nunca podría ponerle precio.

Le cantaré una canción. Éste sería un paso para suavizar las cosas entre nosotras. Sí, ¡mi canción lo arreglaría todo!

Ansiosamente corrí a mi habitación, sin poder esperar a la fiesta de la abuela Cutler esa noche.

Esa noche me vestí con especial cuidado. Primero me di una deliciosa y larga ducha, lavándome el pelo y arreglándomelo. Una vez que lo tuve seco quedó suave y esponjoso, cayéndome por la espalda en una cascada de ondas sedosas.

Repasando mi guardarropa escogí una falda blanca, plisada con una blusa rosa y un chaleco de punto rosa y blanco. Mirándome al espejo pensé que estaba muy bien y me apresuré a bajar al vestíbulo del hotel. Allí es donde estaría la abuela Cutler saludando a sus huéspedes y aceptando sus regalos.

El vestíbulo ya estaba adornado con cintas de colores y globos. Un letrero que decía «Feliz Cumpleaños» se extendía de un lado al otro del vestíbulo. Una fila de huéspedes ya estaba esperando para saludar a mi abuela. Al final estaban Clara Sue y Philip llevando cada uno en las manos un paquete con una alegre envoltura. El de Philip era muy pequeño mientras que el de Clara Sue era enorme. Me sentí avergonzada de tener las manos vacías, pero después, me recordé a mí misma que yo también tenía un regalo para la abuela Cutler.

—¿Qué estás haciendo aquí? —husmeó Clara Sue desdeñosamente, inspeccionándome de pies a cabeza—. ¿Por qué encuentro conocido ese conjunto? ¡Oh, sí! —rió alegremente—. Fue mío antes de que decidiese echarlo a la basura. ¿Qué te parece si de ahora en adelante te llamamos «Dawn de segunda mano»? Parece que siempre te estés arreglando con cosas de segundas, la ropa, la familia —se echó a reír cruelmente.

Philip echó a Clara Sue una mirada sombría.

—Parece que estás celosa, Clara Sue. ¿No será que ese conjunto le sienta mucho mejor a Dawn que a ti? —dijo saliendo en mi defensa.

—Gracias —le dije a Philip—. Y gracias a ti también, Clara Sue. —Estaba decidida a no permitir que la bajeza de espíritu de Clara Sue me alterase—. Nunca había tenido nada tan bonito.

—Debe de ser difícil acostumbrarse a la seda cuando no has usado más que tela de saco durante años —comentó Clara Sue con dulzura.

Me mordí la lengua y me volví hacia Philip.

—¿Qué le has comprado a la abuela?

—Perfume —contestó orgullosamente—. Es su favorito. Vale cien dólares el frasco.

—Yo le he comprado un jarrón hecho a mano —intervino Clara Sue inmediatamente, introduciéndose entre Philip y yo—. Está hecho en China. Y tú, ¿qué le has comprado?

—No he tenido suficiente tiempo ni dinero para comprarle un regalo —reconocí

—, de modo que voy a cantarle una canción.

—¿Una canción? —Clara Sue me miró con extrañeza—. ¿Una canción? ¡Debes de estar de broma!

—Sí, una canción. ¿Qué tiene eso de malo? —Sentí que me ponía roja. Quizá debía de haberle traído a la abuela Cutler *alguna cosa*. Aún estaba a tiempo. Podía comprar un ramo de flores en la tienda de regalos del hotel.

—¡No puedes estar hablando en serio! —exclamó Clara Sue—. ¿Qué te pasa? ¿Es que eres demasiado avara?

—¡No soy avara! —repuse—. Ya te he dicho por qué no he traído un regalo. Además lo que cuenta es el sentimiento.

—¡Vaya un sentimiento! —bufó Clara Sue—Una canción desafinada. ¡Yupiii!

—Es suficiente, Clara Sue —ordenó severamente Philip—. Dawn tiene razón. Es el sentimiento lo que cuenta.

Le sonreí a Philip agradecidamente mientras avanzábamos.

—Gracias por el voto de confianza.

Me hizo un guiño.

—No te preocupes. La vas a impresionar.

Después de media hora, llegamos hasta donde estaba la abuela Cutler. Mis padres estaban con ella, con un aspecto excepcionalmente bueno. Mi padre me sonrió mientras que mi madre me contempló nerviosamente.

Philip fue el primero en aproximarse a la abuela. Ella abrió lentamente su regalo, cuidando de no romper el papel. Después de encontrar la botella de perfume, se puso un poco en sus muñecas y cuello, inhalando el aroma mientras le sonreía a Philip.

—Gracias, Philip. Tú sabes cuánto me gusta este perfume.

Siguió Clara Sue y nuevamente la abuela abrió muy despacio el regalo, desenvolviendo un jarrón muy bonito con dibujo oriental.

—Es exquisito, Clara Sue —le dijo entusiasmada—. ¡Exquisito! Se verá precioso en mi habitación.

Clara Sue me dio un ligero codazo en el costado.

—Vamos a ver cómo superas eso con tu preciosa cancioncita —susurró antes de acercarse a besar a la abuela Cutler en la mejilla.

Ahora era mi turno. Sentí un cosquilleo en el estómago pero los ignoré mientras me adelantaba hacia la abuela con una sonrisa tentativa en mi rostro.

—Esto es una sorpresa —dijo mirándome desde la ornamentada silla tallada en la que estaba sentada. Extendió las manos, esperando que le depositase en ellas un regalo—. ¿Bien? —preguntó fríamente.

Nerviosamente me aclaré la garganta.

—Mi regalo no está envuelto, abuela.

Me miró con extrañeza.

—¿No?

—No —respiré profundamente—. Te voy a cantar una canción. Ése es mi regalo para ti.

Tomando aire, me lancé a cantar la canción que había elegido. Era mi favorita. *Sobre el Arco Iris*, la canción que creía que cantaba con mayor seguridad. Repentinamente, ya no estuve en Cutler's Cove, sino sobre el arco iris. En el país de mis sueños. Estaba nuevamente con Madre y Padre y Jimmy y Fern. Estábamos todos juntos, seguros y felices. Nada podía separarnos jamás.

Cuando terminé la canción, había una lágrima en mi ojo. La muchedumbre rompió a aplaudir y yo sonreí a todos. Mis padres y Philip también aplaudían, aunque Clara Sue no lo hacía. Me volví hacia la abuela Cutler. También aplaudía, pero no era porque estuviese orgullosa de mí. ¡Oh, no! Lo hacía sólo por las apariencias, porque había otros alrededor. Sus ojos me contemplaban heladamente y aunque había una sonrisa en sus labios, su cara estaba exenta de emoción. Helada y lisa como un pedazo de granito.

Los huéspedes empezaron a dirigirse hacia el comedor, charlando entre ellos. Muchos de ellos me felicitaron al pasar. Pronto, quedó solamente la familia.

—¿Qué te pareció mi canción? —le pregunté a la abuela Cutler humildemente.

—¿Eso es todo? —me respondió en su tono más helado mientras se levantaba del asiento—. Si es así, por favor, apártate. Tengo que atender a los huéspedes.

—Eso es todo —susurré. Me quedé sin habla. ¿Cómo podía haber ido tan mal? Miré a mis padres, a Philip y a Clara Sue pero nadie salió en mi defensa. Nadie. Una vez más estaba sola.

La abuela Cutler se volvió hacia el resto de la familia.

—¿Pasamos al comedor? —Se adelantó sin siquiera dirigirme una mirada.

Incapaz de decir nada, temiendo estallar en lágrimas, me volví y escapé. Mientras viviera, nunca, nunca, nunca olvidaría esta horrible noche.

Al día siguiente. Philip me encontró sola en el vestíbulo, aún sintiendo pena de mí misma.

—Sacúdete ese ceño y olvida lo de anoche —me dijo—. Te ganarás a la abuela. Espera y verás. Mientras tanto, necesitas que te animen. —Me cogió la mano, tirando de mí tras de él mientras se dirigía hacia afuera.

Las nubes se habían ido y los rayos del sol eran cálidos haciendo que todo pareciese brillante y nuevo. La hierba olía a fresco y era de un verde intenso, lo mismo que las hojas de los árboles y arbustos.

Lo miré todo como si fuera la primera vez que lo veía. Hasta ahora había pasado la mayor parte de mi tiempo en el hotel trabajando o sentada en mi habitación. La excitación de Philip me abrió los ojos y me hizo darme cuenta de lo bellos y grandes

que eran los terrenos del «Hotel Cutler Cove».

Hacia la izquierda había una enorme y resplandeciente piscina azul con un brillante vestidor blanco al fondo y una pequeña piscina infantil mucho más cerca. Un grupo de huéspedes ya habían salido a saludar al sol que volvía y se estaban bañando y bronceándose en las tumbonas colocadas a lo largo de los lados de la piscina. Los auxiliares de la piscina le daban toallas a los huéspedes o cualquier cosa que necesitaran. El socorrista estaba sentado en su silla elevada en el extremo más apartado vigilando a los bañistas.

A la derecha se abrían unos bellos senderos, rodeando los jardines y las fuentes. En el centro había una gran pérgola pintada de verde brillante. Algunos huéspedes estaban sentados en mesas jugando a cartas y otros simplemente descansaban sobre los bancos, hablando suavemente y disfrutando de la tarde.

Caminamos por una de las veredas de piedra. Me detuve a aspirar el aroma de los tulipanes y Philip cortó una gardenia blanca y me la puso en el pelo.

—Perfecto —dijo contemplando el efecto.

—Oh, Philip, no deberías hacer eso —respondí mirando rápidamente a nuestro alrededor para ver si alguien se había dado cuenta. Nadie estaba mirando particularmente en nuestra dirección pero el corazón se me agitó dentro del pecho.

—No pasa nada. El sitio es nuestro, ¿recuerdas?

Cogió nuevamente mi mano y continuamos caminando por la vereda.

—Tenemos ahí un campo de béisbol —explicó Philip señalando hacia la derecha. Pude ver la valla de detención—. Hay un equipo compuesto por el personal. A veces jugamos con los huéspedes, otras jugamos con el personal de otros hoteles.

—No me había dado cuenta de lo bonito y espacioso que era esta parte —dije—. Cuando llegué al hotel ya era de noche y no he explorado demasiado por mi cuenta.

—Todo el mundo envidia toda la tierra que nos pertenece y lo que hemos hecho con ella a través de los años —explicó orgullosamente—. Ofrecemos a los huéspedes mucho más de lo que un hotel normal de playa puede ofrecer —añadió, sintiéndose verdaderamente hijo de una familia de hoteleros. Vio la sonrisa en mi rostro—. Sueno como un anuncio ¿eh?

—Eso es bueno. Es bueno ilusionarse con el negocio familiar.

—También es el negocio de tu familia —me recordó. Miré a mi alrededor nuevamente. ¿Cuánto tardaría en tener ese sentimiento? Me tenía que repetir continuamente que si no hubiera sido secuestrada después de nacer, habría crecido aquí y me habría acostumbrado a todo esto.

Nos detuvimos en una de las fuentes. Me miró por un instante, sus ojos azules se oscurecieron y se hicieron más pensativos, y repentinamente se ilumina con la idea excitante que había tenido detrás de ellos.

—Vamos —dijo cogiéndome la mano nuevamente—. Quiero enseñarte un secreto

—me dio un estirón tan fuerte, que casi me caí.

—¡Philip!

—Oh, lo siento. ¿Estás bien?

—Sí —contesté riendo.

—Vamos —repitió y corrimos alrededor de la parte antigua hasta llegar a una pequeña escalera de cemento que conducía a una puerta de un blanco desvanecido y desconchada con un pomo de hierro negro. Los goznes de la puerta estaban oxidados y estaba tan descentrada que cuando él bajó a toda prisa los escalones y empezó a abrirla, raspó el cemento y tuvo que moverla y levantarla para poder abrirla.

—No he estado aquí desde que empezó el colegio —explicó.

—¿Qué es?

—Mi escondite —dijo con ojos furtivos—. Solía venir aquí cuando estaba triste o simplemente cuando quería estar solo.

Miré a través de la entrada hacia una habitación completamente oscura. Un soplo de aire frío y húmedo nos recibió.

—No te preocupes. Hay luz. Verás —dijo entrando lentamente. Buscó mi mano. Esta vez un hormigueo atravesó mis dedos cuando se enlazaron con los suyos. Le seguí.

La mayor parte de los edificios en Cutler s Cove no tienen sótanos excepto el nuestro que sí lo tiene porque se edificó aquí —explicó—. Muchos años atrás, cuando «Cutler Cove» era apenas una pensión, era aquí donde vivía el encargado.

Se detuvo y alcanzó a través de la oscuridad un interruptor de pera que colgaba del único cable eléctrico. Cuando lo pulsó, una bombilla desnuda proyectó un resplandor blanco pálido sobre la habitación, revelando paredes de cemento al igual que el suelo, algunos estantes, una pequeña mesa de madera y cuatro sillas, dos cómodas viejas y una cama con armazón de metal. Sólo había un viejo y desvencijado colchón sobre la cama.

—Aquí hay una ventana —indicó Philip señalando—, pero se mantiene cerrada con tablas clavadas para mantener fuera a los animales del campo. Mira —dijo indicando los estantes y me enseñó pequeños camioncitos y coches y una pistola de balines bastante oxidada—. Incluso hay un baño —señaló hacia la parte trasera de la habitación subterránea.

Vi una estrecha puerta y fui hacia ella. Había un pequeño lavabo, un inodoro y una bañera. Ambos, el lavabo y la bañera tenían unas feas manchas marrones y había telarañas por todas partes.

—Necesita una buena limpieza, pero todo funciona —declaró Philip, acercándose a mí. Se arrodilló y abrió el agua de la bañera. Un líquido marrón oxidado salió a chorros—. Por supuesto, no ha sido usado desde hace tiempo —explicó. Dejó salir el agua hasta que empezó a aclararse.

—Bien —dijo incorporándose—, ¿te gusta mi escondite?

Sonreí y miré a mi alrededor. «No era mucho peor que algunos de los sitios donde habíamos vivido Madre, Padre, Jimmy y yo antes de nacer Fern», pensé, pero me dio vergüenza explicárselo a Philip.

—Úsalo cuando quieras, cada vez que quieras alejarte del tumulto —dijo mientras caminaba hacia la cama y se dejaba caer sobre el colchón. Rebotó sobre él, para probar los muelles—. Voy a bajar sábanas y algunos platos limpios y toallas. — Se recostó sobre el colchón con las manos apoyadas en la cabeza y sus ojos se desviaron hacia los rayos de sol del techo. Entonces, volvió a mirarme, con una mirada intensa, sus labios sensuales abiertos.

—No he podido evitar pensar en ti todo el tiempo, Dawn, incluso después de que supiera la verdad sobre los dos y saber que estaba mal que pensara así. —Se incorporó rápidamente. No podía separar los ojos de los suyos. Eran tan magnéticos, tan exigentes—. Me gusta pensar que eres dos personas diferentes: la chica con quien encontré una magia y... mi nueva hermana. Pero simplemente, no puedo olvidar la magia —añadió rápido.

Asentí y bajé la mirada.

—Lo siento —dijo y se levantó—. ¿Te estoy azorando?

Le miré a los ojos, azules y suaves nuevamente, incapaz de olvidar ese primer día de colegio cuando se sentó junto a mí en la cafetería, cuando le creí el chico más guapo que había conocido.

—¿Cómo me voy a hacer a la idea de que eres mi hermana? —se quejó.

—Tendrás que acostumbrarte. —Estar tan cerca de él me hacía estremecerme. Ésos eran los labios que habían presionado tan cálidamente los míos. Si cerraba los ojos, podía sentir sus dedos acariciando suavemente mis pechos. El recuerdo los hizo sentir un hormigueo. Tenía razón sobre una cosa, nuestra nueva relación era tan sorprendente y tan nueva que aún resultaba difícil de aceptar.

—Dawn —susurró—. Puedo abrazarte un instante, sólo por un momento, sólo para...

—Oh, Philip, no deberíamos. Deberíamos tratar de...

Me ignoró y puso sus manos en mis hombros para acercarme hacia él. Entonces me tomó en sus brazos y me mantuvo apretada contra sí. Su aliento era cálido sobre mi mejilla. Se aferraba a mí como si fuera la única persona que le podía salvar. Sus labios rozaron mi pelo y mi frente. El corazón me latía mientras él me apretaba más y más, mis pechos firmemente apoyados en el suyo.

—Dawn —susurró otra vez. Sentí sus manos alrededor de mis hombros. Hormigueos llenos de electricidad se apoderaron de mis brazos arriba y abajo y todos esos puntos nerviosos que se suponía que una chica de mi edad no poseía, ardían con una llama. «Debo detenerlo», pensé. Esto está mal. Grité en mi interior, pero

repentinamente, él se apoderó de mis muñecas y las mantuvo contra mis costados. Entonces, me besó en el cuello y comenzó a descender hacia mis pechos.

Soltó mis muñecas y rápidamente, colocó sus manos en mis pechos. Tan pronto como lo hizo, me eche hacia atrás.

—Philip, detente. No debes. Es mejor que nos vayamos—empecé a caminar hacia la puerta.

—No te vayas. Lo siento. Me dije que no podía soñar en hacer eso cuando estuviera solo contigo, pero no lo pude evitar. Lo siento.

Cuando me volví para mirarlo, tenía el aspecto de alguien que estuviera en gran tormento.

—No volveré a hacerlo. Lo prometo —dijo. Sonrió y se acercó a mí—. Sólo quería abrazarte en la forma que un hermano abraza a su hermana, para consolarla o saludarla, pero no... tocarte de esa manera.

Bajó la cabeza con remordimientos.

—Supongo que no debía haberte traído aquí tan pronto. Esperó, con los ojos llenos de la ilusión de que yo estuviera en desacuerdo y quisiera olvidar la verdad.

—Marchémonos, Philip —dije. Cuando sus brazos me rodearon y me sostuvieron apretadamente, me convertí en un instrumento de deseo de la realización romántica. Ahora yo también me había asustado de lo que había en mi interior.

Alcanzó la luz y la apagó rápidamente dejando caer una sábana de oscuridad sobre nosotros. Entonces tomó mi brazo.

—En la oscuridad podemos hacer ver que no somos hermanos. No me puedes ver. Yo no te puedo ver. —Su abrazo se hizo más intenso.

—¡Philip!

—Sólo era una broma —dijo y rió. Me dejó ir y retrocedí hacia la puerta.

Me apresuré a salir y me volví esperando que cerrara la puerta y me siguiera. Tan pronto como lo hizo, subimos por las escaleras de cemento. Pero cuando lo hicimos, una sombra se movió sobre nosotros y ambos contemplamos los ojos desaprobadores de la abuela Cutler.

Hinchada por la ira, nos contempló y pareció mucho más grande y alta.

—Clara Sue pensó que estaríais aquí —escupió—. Vuelvo a mi despacho. Eugenia, quiero verte allí en cinco minutos. Philip, Collins te necesita en el comedor inmediatamente.

Giró sobre sus talones y se marchó enérgicamente.

Sentí el corazón como si me fuera a partir el pecho y tenía la cara tan caliente y enrojecida que pensé que me arderían las mejillas. Philip se volvió hacia mí, con la cara llena de temor y vergüenza. ¿Qué había pasado con el aspecto fuerte y confiado que tenía tan a menudo en el colegio? Parecía tan débil y delicado. Miró a la abuela y luego me volvió a mirar a mí.

—Lo... Lo siento. Debo irme —tartamudeó.

—¡Philip! —grité, pero se abalanzó sobre los restantes escalones y desapareció rápidamente.

Respiré profundamente y continué subiendo las escaleras. Una nube gris de aspecto pesado se deslizó sobre el cálido sol de la tarde, helándome el corazón.

Clara Sue me sonrió con aire de suficiencia desde la recepción al atravesar yo el vestíbulo en dirección al despacho de la abuela Cutler. «Evidentemente, aún estaba celosa y disgustada por la forma en que habían reaccionado papá y mamá cuando toqué el piano para ellos el otro día», pensé, al igual que por el aplauso que había recibido por mi canción el día de la fiesta de cumpleaños de la abuela Cutler. Llamé a la puerta del despacho de la abuela. La encontré sentada tras su mesa, con la espalda erguida, los hombros rígidos y los brazos apoyados en los de su silla. Parecía un juez del Tribunal Supremo. Permanecí delante de ella, con un alambre tirante dentro, tan tirante que pensé que me rompería en lágrimas.

—Siéntate —ordenó fríamente y señaló con la cabeza la silla que había ante su mesa.

Me deslicé en ella, apretando los brazos fuertemente con las palmas de las manos y la miré nerviosamente.

—Eugenia —dijo, moviendo sólo la cabeza un poco hacia delante—. Sólo te lo voy a preguntar una vez. ¿Qué hay entre tu hermano y tú?

—¿Entre nosotros?

—No me obligues a definir cada una de mis palabras y hablar sobre cosas prohibidas —gruñó y entonces se relajó rápidamente—. Sé que cuando estabas en el Emerson Peabody, antes de que Philip supiera la verdad sobre tu identidad, fuiste una de sus novias, y tú, comprensiblemente, te sentiste atraída hacia él. ¿Ocurrió algo por lo que la familia deba sentir vergüenza? —preguntó levantando las cejas inquisitivamente.

Fue como si el corazón me hubiera cesado de latir y esperase que mi mente detuviera su atolondramiento. Un golpe de calor subió por mi estómago y sobre mis pechos, colocando en mi garganta un anillo de fuego que me ahogaba. Me sentí febril. Al principio, mi lengua rehusaba formar las palabras, pero al alargarse el silencio y hacerse incómodamente espeso, vencí los nudos en mi garganta y recuperé el aliento.

—Absolutamente nada —dije con una voz tan profunda que ni yo misma pude reconocerla—. ¡Qué cosa tan horrible de preguntar!

—Sería mucho más horrible si tuvieras algo que confesar —replicó.

Su intensa y penetrante mirada permanecía sobre mí en profunda concentración.

—Philip es un joven sano —empezó— y como todos los hombres jóvenes, no es

muy diferente de un caballo salvaje que empieza a tener sentido de sus patas. Creo que tienes el bastante mundo para comprender este punto. —Esperó que lo admitiese, pero simplemente la miré, con el corazón golpeándome y los dientes mordiendo mi labio inferior—. Y a ti no te faltan características femeninas atractivas, del tipo que la mayor parte de los hombres encuentran irresistibles —añadió desdeñosamente—. Así pues, la mayor parte de la responsabilidad para llevar una conducta correcta recaerá sobre ti.

—No hemos hecho nada malo —insistí, ya incapaz de retener las lágrimas que pugnaban tras mis párpados por emerger.

—Y es así como quiero que continúe —replicó asintiendo—. Te prohíbo desde este momento en adelante que pases ningún tiempo sola con él, ¿me oyes? No entraréis en ninguna habitación del hotel solos, ni le invitarás a tu cuarto sin terceras personas presentes.

—Eso no es justo. Estamos siendo castigados sin haber hecho nada malo.

—Es simplemente para prevenir —dijo y después añadió en un tono más razonable— hasta que ambos seáis capaces de comportaros como hermanos normales. Debes recordar lo poco corrientes que han sido y son las circunstancias. Yo sé lo que es lo mejor para vosotros.

—¿Lo sabes? ¿Por qué sabes siempre lo que es lo mejor para todos? No puedes decirle a todos cómo vivir, cómo actuar, incluso cuándo deben hablarse —dije iracunda. Mi furia crecía ahora como un gigante al que hubieran despertado—. No pienso hacerte caso.

—Sólo harás que las cosas sean más difíciles para ti y para Philip —amenazó.

Contemplé la habitación frenéticamente y me pregunté dónde estaban mi madre y mi padre. ¿Por qué al menos no estaba aquí mi padre participando en esta discusión? ¿Simplemente eran marionetas? ¿También gobernaba la abuela sus vidas tirando de sus hilos?

—Así pues —dijo cambiando la posición en la silla y modificando el tono de su voz como si el tema estuviera solucionado—, aunque te he dado el tiempo suficiente para adaptarte a tu nuevo ambiente y a tus nuevas responsabilidades, persistes en mantener algunas de tus antiguas costumbres.

—¿Qué antiguas costumbres?

Se inclinó hacia delante y destapó algo sobre su mesa.

—Ese nombre estúpido, por ejemplo —dijo—. Has tenido éxito en confundir al personal. Esta tontería tiene que terminarse. La mayor parte de las chicas que han vivido la precaria existencia que te has visto forzada a vivir, estarían agradecidas por todo lo que tienes ahora. Quiero ver algunas pruebas de gratitud. Una de las formas de hacerlo es llevar esto sobre tu uniforme, es algo que hace la mayor parte de mi personal.

—¿Qué es? —me incliné hacia delante y ella giró la placa con mi nombre hacia mí. Era una placa diminuta de latón con el nombre «Eugenia» escrito con fuerza en letras negras. Instantáneamente, mi corazón se transformó en un tambor de plomo en mi pecho. Mis mejillas enrojecieron de tal forma, que parecía que tenía fuego en la piel. En lo único en que podía pensar era que estaba tratando de marcarme como una res, de hacer de mí una conquista, de tenerme como una posesión, para probarle a todos en el hotel que ella hacía su voluntad siempre que quería.

—Jamás usaré eso —dije desafiante—. Prefiero irme a vivir con una familia adoptiva.

Ella movió la cabeza y estiró las comisuras de sus labios en el gesto de considerarme una criatura desgraciada.

—Lo usarás. No irás a vivir con ninguna familia adoptiva, aunque el cielo sabe que te mandaría gustosa si supiera que con eso se terminaría la confusión y el desorden.

»Esperaba que para este momento ya habrías comprendido que ésta es tu vida y que debes vivir según las reglas que se te han dado. Esperaba que con el tiempo, de alguna forma encajarías aquí y formarías parte de esta distinguida familia. Pero a causa de la falta de solidez de tu educación y antiguo ambiente, veo ahora que no te integras tan rápido como yo hubiera deseado, particularmente porque a pesar de las cualidades y talentos que tienes, te aferras a tus costumbres salvajes y poco refinadas.

—Jamás cambiaré mi nombre —dije resueltamente. Ella me contempló y movió la cabeza.

—Muy bien. Regresarás a tu habitación y permanecerás allí hasta que cambies de idea y aceptes llevar esta placa sobre tu uniforme. Hasta entonces, no irás a trabajar ni comerás en la cocina. Ni nadie te llevará nada vara comer tampoco.

—Mi padre y mi madre no te permitirán que hagas esto —dije. Eso la hizo sonreír—. ¡No te lo permitirán! —grité a través de mis lágrimas—. A ellos sí les gusta, quieren que seamos una familia —lloré. Las cálidas gotas corrieron por mi cara.

—Por supuesto que seremos una familia. Somos una familia, una familia distinguida, pero para que llegues a formar parte de ella debes desechar tu pasado desgraciado.

»Bien, después de que te hayas colocado la placa y de que hayas aceptado tu nombre...

—No lo haré. —Me sequé las lágrimas con los puños y negué con la cabeza—. No lo haré —susurré.

Ella me ignoró.

—Después de que te hayas colocado tu placa —repitió siseando a través de los dientes cerrados—, volverás a tus deberes. —Dejó de hablar y me miró escrutándome—. Veremos —dijo con tal confianza helada, que hizo que me temblaran las rodillas

—. Todos en el hotel sabrán que te has insubordinado —añadió—. Nadie te hablará o será amistoso contigo hasta que lo aceptes. Puedes ahorrarte a ti y a todos gran cantidad de pena, Eugenia. —Alargó la placa. Negué con la cabeza.

—Mi padre no te permitirá hacer esto —dije casi como una oración.

—Tu padre —dijo con tal vehemencia que me hizo ensanchar los ojos—. Eso es otro problema al que te aferras con terquedad. Tienes conocimiento de las cosas terribles que hizo Ormand Longchamp y a pesar de ello, quieres permanecer en contacto con él. —La miré con agudeza. Ella se reclinó hacia atrás y abrió el cajón de su mesa para sacar la carta que le había escrito a Padre y que le había dado a papá para que la enviara. Mi corazón dio un salto y después volvió a caer. ¿Cómo podía habérsela dado mi padre? Sobre todo después de que le había dicho que era muy importante para mí. ¡Oh! ¿No habría nadie en quien poder confiar en este odioso lugar?

—Te prohíbo que te comuniques con ese hombre, ese secuestrador. —Tiró la carta a través de la mesa—. Llévate esto y vete a tu habitación. No salgas ni para comer. Cuando estés lista para formar parte de esta familia, de este hotel y de esta gran herencia, vuelve y pídemela placa. No quiero volver a verte hasta que no lo hagas. Ya te puedes ir —dijo y empezó a examinar los papeles que tenía sobre la mesa.

Durante un largo momento las piernas no respondieron a la orden de levantarme. Me sentí paralizada en la silla. Su fortaleza parecía formidable. ¿Cómo podía tener esperanzas de vencer a una persona semejante? Gobernaba sobre el hotel y sobre la familia como una reina y yo, aún el miembro más humilde de la familia, había sido devuelta a su reino, en muchos sentidos mucho más prisionera que Padre, que estaba en la cárcel.

Me levanté lentamente, con las piernas temblándome, Quería salir corriendo de su despacho y salir del hotel pero ¿adonde ir? ¿Adonde podía ir? ¿Quién me acogerá? Jamás conocí a ningún familiar de Madre o de Padre en Georgia y ellos, por lo que sabía, jamás habían tenido noticias de mi existencia o de la de Jimmy o Fern. «Si me escapaba, la abuela me haría perseguir por la Policía», pensé. O quizá no lo haría, quizá se alegraría. No obstante, no tendría más remedio que avisar a la Policía. Y una chica como yo, en un lugar extraño, pronto sería encontrada y devuelta.

Todos iban a considerarme como una ingrata, la cosa sucia y salvaje que debía de ser educada, entrenada, y forzada a ser una señorita. Abuela tomaría el aspecto de la matriarca de la familia que seguía queriéndonos a pesar de los abusos. Nadie querría tener nada que ver conmigo hasta que la hubiese obedecido y me convirtiese en lo que ella quería que fuese.

Me dirigí a la puerta de su despacho con la cabeza baja. ¿A quién podía acudir?

Nunca había añorado a Jimmy tanto como en este momento. Echaba en falta el

modo en que fruncía los ojos cuando estaba pensando profundamente en algo. Añoraba su sonrisa llena de confianza cuando estaba seguro de tener la razón y el calor de sus ojos oscuros cuando me miraba cariñosamente. Recordaba la forma en que me había prometido estar siempre ahí, cada vez que le necesitase y cómo juró que siempre me protegería. Cómo añoraba la seguridad que me daba el sentirle cerca cuidando de mí.

Abrí la puerta del despacho y salí sin mirar atrás. El vestíbulo del hotel estaba cada vez más lleno. La gente regresaba de sus actividades de la tarde. Muchos se reunían hablando agitadamente. Vi algunos niños y jovencitos junto a sus padres.

Como todos los huéspedes, era gente bien vestida, de aspecto feliz y adinerado. Todo el mundo estaba alegre y contento. Estaban disfrutando de pasar las vacaciones reunidos. Permanecí allí un momento, mirando con añoranza y envidia a estas familias felices. ¿Por qué tenían tanta suerte? ¿Qué habían hecho para nacer en esa clase de mundo y qué había hecho yo para ser lanzada y agitada en una confusa tormenta: con madres y padres que no eran los verdaderos, hermanos y hermanas que tampoco eran realmente hermanos y hermanas.

Y una abuela que era una tirana.

Con la cabeza baja, atravesé el vestíbulo e hice lo único que podía hacer: regresar a mi habitación, que ahora se había convertido en mi prisión. Pero estaba decidida. Prefería morirme antes que cambiar mi nombre, aunque éste fuese una mentira.

Pensé que a veces necesitábamos las mentiras más de lo que necesitábamos la verdad.

## LA RESPUESTA A LAS ORACIONES

Camino de mi habitación, me detuve al llegar a la escalera que llevaba a las habitaciones de mis padres. Aún sentía el frío de la traición de mi padre, pero pensaba que por lo menos, mi madre debía saber lo que mi abuela me estaba haciendo. Sólo después de una breve duda, me apresuré a subir las escaleras y me encontré con Mrs. Boston, que acababa de llevarle la cena a mi madre.

—¿No se encuentra bien? —pregunté y Mrs. Boston me miró como diciendo: «¿Cuándo está bien?»

Después de que se marchó, llamé suavemente a la puerta y entré en la habitación de mi padre.

—Dawn. ¡Qué bien! —me dijo levantando la vista de su bandeja de comida. Había sido colocada en una mesa para cama y ella, como de costumbre, estaba apoyada sobre las almohadas y, como de costumbre, llevaba el rostro tan maquillado como si estuviese a punto de apartar las sábanas y saltar a ponerse unos zapatos e irse a una fiesta o a un baile. Llevaba un camisón de seda de aspecto muy suave con el cuello de encaje plateado. Sus dedos y muñecas estaban llenos de anillos y pulseras. Pendientes de oro en forma de pera colgaban de los lóbulos de sus orejas.

—¿Has venido a tocar para mí en el piano algo de música durante la cena? —me preguntó sonriendo suavemente.

Tenía una cara angelical con unos ojos que revelaban lo frágil que era. Me sentí tentada de hacer tan sólo lo que pedía, tocar el piano y marcharme sin relatarle los horribles sucesos.

—Iba a bajar y reunirme con todos para cenar, pero cuando empecé a vestirme me atacó un horrible dolor de cabeza. Ahora se me ha pasado un poco pero no quisiera hacer nada que me lo provoque de nuevo —me explicó—. Ven, siéntate a mi lado un momento y háblame mientras ceno —me dijo señalándome una silla.

Acerqué la silla a la cama. Ella continuó sonriendo y comenzó a comer cortándolo todo en trozos diminutos y después picoteando la comida como si fuese un pajarito. Movía los ojos como si el esfuerzo de masticar la agotase. Después suspiró profundamente.

—¿No desearías algunas veces no tener que comer, tan sólo dormirte y despertarte ya alimentada? Las comidas pueden ser unas pruebas muy duras, especialmente en un hotel. La gente se preocupa tanto por la comida. Para la mayoría es lo más importante de todo. ¿No te has fijado?

—Voy a saltarme las comidas —comencé a explicar, aprovechando la

oportunidad de su queja—. Pero no por deseo de saltármelas.

—¿Qué dices? —Comenzó a ampliar su sonrisa pero vio la intensidad de mi mirada y se detuvo—. ¿Algo va mal? Por favor, no digas que algo no va bien —suplicó, dejando caer el tenedor y apretándose el pecho con la palma de las manos.

—Tengo que contártelo —insistí—. Tú eres mi madre y no tengo a nadie más.

—¿Estás enferma? ¿Tienes algún molesto dolor de estómago? ¿Es lo del mes? —me preguntó moviendo la cabeza esperanzada mientras continuaba picoteando la comida el tenedor, examinando cada trocito antes de pincharlo rápidamente y llevárselo a la boca—. Nada me aburre más ni me disgusta tanto. Cuando tengo el período, no me muevo de esta cama. Los hombres no saben lo afortunados que son de no tener que pasarlo. Si en esos momentos Randolph se impacienta conmigo, se lo recuerdo y se queda callado inmediatamente.

—No es el período. Ojalá no fuese más que eso —le contesté.

Dejó de masticar y se quedó mirándome.

—¿Se lo has dicho a tu padre? ¿Ha enviado a buscar al médico?

—No estoy enferma, mamá. No en ese sentido. Acabo de salir de una reunión con la abuela Cutler.

—Ah —dijo como si esa frase lo hubiera explicado todo.

—Quiere que lleve una placa en el uniforme con el nombre de Eugenia en ella —le expliqué. Me salté la parte sobre Philip no sólo porque no quería causarle confusiones, sino porque yo misma no podía soportar hablar sobre el asunto.

—Vaya por Dios. —Contempló la comida y después dejó caer el tenedor de nuevo y empujó la bandeja—. No puedo comer cuando hay tanta controversia. El médico dice que me perjudicaría la digestión y me causaría unos malísimos dolores de estómago.

—Lo siento. No era mi intención estropear tu cena.

—Pues lo has conseguido —dijo con sorprendente dureza—. Por favor, no hables más de esas cosas.

—Pero... La abuela Cutler me ha dicho que me quede en mi cuarto hasta que me ponga la placa y me ha prohibido comer. El personal de la cocina es seguro que no me servirá nada si ella les dice que no lo hagan.

—¿Que te ha prohibido comer? —Meneó la cabeza y miró hacia el otro lado.

—¿No podrías interceder por mí? —supliqué.

—Deberías haber acudido a tu padre —contestó mientras seguía sin mirarme.

—No puedo. De todos modos, no hará nada para ayudarme —me lamenté—. Le di una carta para que la echase al correo para... para el hombre que había querido pasar por mi padre y el prometió que la echaría, pero en lugar de ello, se la dio a la abuela Cutler.

Asintió lentamente y se volvió de nuevo a mí con una sonrisa diferente en la cara.

Era más bien una mueca de repulsión.

—No me sorprende —dijo—. Hace promesas fácilmente y después olvida que las ha hecho. ¿Pero por qué querías enviar una carta a Ormand Longchamp después de que te enteraste de lo que había hecho?

—Porque... porque quiero que me diga por qué lo hizo. Todavía no lo comprendo y nunca tuve verdadera ocasión de hablar con él antes de que la Policía se hiciese cargo y me trajese aquí. Pero la abuela Cutler no quiere que tenga ningún contacto con él —dije mostrando el sobre.

—¿Por qué se lo diste a Randolph? —preguntó mamá con los ojos fruncidos de sospechas.

—No sabía dónde enviarla y él me prometió averiguarlo y enviarla por mí.

—No debía de haberte hecho esa promesa. —Se quedó pensativa por un momento mientras en sus ojos aparecía una mirada lejana y nebulosa.

—¿Qué debo hacer? —pregunté con la esperanza de que asumiría su papel de madre y se pondría a cargo de lo que sucediese. Pero en su lugar, bajó la vista derrotada.

—Ponte la placa y quítatela cuando no estés trabajando —respondió rápidamente.

—Pero, ¿por qué tiene ella el derecho a decirme lo que tengo que hacer? ¿Acaso no eres mi madre?

Levantó la vista. Sus ojos estaban más tristes y más oscuros.

—Sí —contestó suavemente—. Lo soy, pero no estoy tan fuerte como antes.

—¿Por qué no? —interrogué, frustrada por su debilidad—. ¿Cuándo te enfermaste? ¿Después de que me secuestraron?

Asintió y se recostó en las almohadas.

—Mi vida cambió después de eso. —Suspiró profundamente.

—Lo siento —repuse—. Pero no lo comprendo. Es por eso que le escribí al hombre que crecí pensando que era mi padre. ¿De dónde me secuestraron? ¿Del hospital? ¿Ya me habías traído a casa?

—Estabas aquí. Ocurrió tarde por la noche, cuando todos dormíamos. Una de las suites que mantenemos cerradas al otro lado del pasillo era tu habitación. ¡La habíamos decorado tan bien! —Sonrió con el recuerdo—. Estaba muy bonita con el papel nuevo y la alfombra nueva y todos los muebles. Cada día durante el embarazo Randolph traía otro juguete de bebé o algo para colgar en la pared.

»Había empleado a una enfermera, por supuesto. Se llamaba Mrs. Dalton. Tenía dos hijos, pero ya eran tan mayores que estaban fuera de casa, de manera que ella podía vivir aquí.

Mamá movió la cabeza.

—Sólo vivió aquí tres días. Randolph quería que siguiera en su puesto aun después de que te secuestraron. Siempre tuvo la esperanza de que te encontrarían y

serías devuelta, pero la abuela Cutler la despidió, acusándola de negligencia. A Randolph se le partió el corazón y pensaba que era una equivocación responsabilizarla, pero no pudo hacer nada.

Respiró profundamente, cerró los ojos y entonces los volvió a abrir y movió la cabeza.

—Permaneció allí en la puerta —me explicó— y lloró como un niño. Te quería mucho. —Se giró hacia mí—. Nunca había visto a un hombre adulto actuar de forma tan estúpida como actuaba cuando naciste. Si hubiera podido pasar las veinticuatro horas del día contigo, las hubiera pasado.

»¿Sabes? Naciste con mucho pelo, todo dorado. Y eras tan diminuta, casi demasiado pequeña para traerte a casa inmediatamente. Durante mucho tiempo después, Randolph estuvo diciendo cuánto desearía que hubieras sido demasiado diminuta. Entonces quizás aún te tendríamos.

»Por supuesto que nunca quiso abandonar la búsqueda y la esperanza. Las falsas alarmas le hicieron viajar por todo el país. Finalmente la abuela Cutler decidió terminar con esa esperanza.

—Erigió esa lápida conmemorativa —dije.

—No sabía que te habías enterado de eso —contestó mamá con los ojos agrandados por el asombro.

—La vi. ¿Por qué tú y papá y la abuela Cutler hicisteis una cosa semejante? Yo no estaba muerta.

—La abuela Cutler siempre ha sido una mujer de carácter fuerte. El padre de Randolph solía decir que era tan tenaz como las raíces de un árbol y tan fuerte como su corteza. En cualquier forma, insistió que hiciéramos algo para que nos enfrentáramos con los hechos y siguiéramos nuestras vidas.

—¿No fue terrible para ti? ¿Por qué lo hiciste? —repetí. No podía concebir a una madre estando de acuerdo en enterrar simbólicamente a su propio hijo, sin saber con certeza si el niño había muerto.

—Fue una ceremonia rápida y sencilla. Nadie, salvo la familia, estuvo presente, e hizo su efecto —dijo—. Después, Randolph perdió las esperanzas y entonces tuvimos a Clara Sue.

—Permitisteis que os forzara a que os dierais por vencidos —dije—. Que os forzara a olvidarme —añadí, no sin una nota de acusación en la voz.

—Eres demasiado joven para comprender estas cosas, cariño —replicó defendiéndose. La miré. Había cosas que no se tenía que ser mayor para comprender o apreciar. Una de ellas era el amor de una madre por un hijo, pensé. Madre no hubiera aceptado que nadie la hubiera forzado a ir al funeral de un hijo desaparecido.

Era todo tan extraño.

—Si yo era tan pequeña, ¿no era peligroso que me raptaran? —pregunté.

—Claro. Por eso la abuela Cutler insistía en que probablemente habrías muerto — repuso rápidamente.

—¿Cómo es que si tenías una enfermera que dormía en casa, pudieron hacerlo? —Aún no podía creer que estaba hablando sobre algo terrible que habían hecho Madre y Padre.

—No recuerdo todos los detalles —me contestó mamá y se frotó la frente—. Me está volviendo el dolor de cabeza. Probablemente porque me has forzado a recordar tantos recuerdos horribles.

—Lo siento, mamá —dije—. Pero tengo que saberlo.

Asintió con la cabeza y suspiró.

—No hablemos más sobre ello —sugirió y sonrió—. Ahora has vuelto, nos has sido devuelta. El horror ha quedado atrás.

—El monumento sigue ahí —dije, recordando lo que me había contado Sissy.

—¡Cómo puedes ser tan morbosa!

—¿Por qué me secuestraron, mamá?

—¿Nadie te lo ha explicado? —Me miró furtivamente y su cabeza se ladeó—. ¿No te lo ha dicho la abuela Cutler?

—No —contesté. Mi corazón se detuvo—. Tuve miedo de preguntarle nada semejante.

Mamá movió la cabeza comprensivamente.

—Sally Longchamp acababa de tener un bebé que nació muerto. Simplemente te sustituyeron por su bebé. Ésa es otra de las razones por las que me imagino que la abuela Cutler desea tanto el cambio de nombre, supongo.

—¿Por qué? —pregunté, con la voz tan débil que era apenas audible.

—No hay mucha gente que lo recuerde ya. Randolph nunca lo supo. Yo sí me enteré porque... porque sí. Y por supuesto, tu abuela lo sabía. Hay pocas cosas que no sepa si ocurren aquí o en las cercanías del hotel —añadió ásperamente.

—¿Por qué? —repetí.

—El bebé de los Longchamp que nació muerto también era una niña. Y le iban a poner de nombre Dawn.

Me di cuenta de que no tenía objeto continuar suplicándole a mamá que intercediese ante mi abuela. La actitud de mi madre era hacer lo que quisiera la abuela Cutler, porque a la larga era el camino más fácil. Me había dicho que de alguna forma, la abuela Cutler siempre conseguía lo que quería. Era inútil luchar.

Por supuesto, yo no estaba de acuerdo. Las cosas que me había explicado sobre Madre y Padre y sobre mi secuestro, me habían dejado aturdida. No importa lo terrible que pudiera haber sido para Madre el haber dado a luz a un bebé muerto, fue horrible que me robaran a mis padres verdaderos. Lo que habían hecho era horrible y

cruel y cuando mamá había descrito a papá llorando en la puerta, me dolió el corazón.

Volví a mi pequeña habitación y me dejé caer sobre la cama para mirar al techo. Había empezado a llover, otra tormenta de verano que venía del mar. El ritmo continuo de las gotas de lluvia sobre el edificio y las ventanas era como tambores militares para llevarme a un sueño, a una pesadilla, exactamente a donde no quería ir. Me imaginé a Madre y Padre moviéndose furtivamente por las escaleras por la noche, cuando todos dormían. Aunque no la había conocido, vi a la enfermera Dalton profundamente dormida en el cuarto de niños, quizá de espaldas a la puerta. Tuve la impresión de que veía a Padre entrando de puntillas en la habitación y sacándome de la cuna. Quizás acababa de empezar yo a llorar cuando me entregó a Madre, que me apretó tiernamente contra su pecho y me besó las mejillas, dándome la sensación de consuelo y seguridad nuevamente.

Entonces, envuelta en mi mantita, se fueron escaleras abajo y pasando por el pasillo que se extendía por fuera de mi cuarto hacia la puerta trasera. Una vez en el exterior, en medio de la noche, llegaron fácilmente hasta su coche, en el que estaba Jimmy durmiendo en el asiento trasero, ignorante de que pronto iba a tener una nueva hermana.

En pocos momentos estuvieron dentro del coche y desaparecieron en la noche.

Apreté los párpados con fuerza para cerrarlos cuando imaginé a la enfermera Dalton al encontrarse la cuna vacía. Vi a mis padres salir apresuradamente de su habitación, a mi abuela corriendo enérgicamente fuera de la suya. Philip, despertado por la conmoción, sintiéndose aterrorizado. Con seguridad, tuvieron también que consolarlo.

El hotel se llenó de alboroto. Mi abuela gritándole órdenes a todo el mundo. Las luces fueron encendidas, se llamó a la Policía, se hizo salir a los miembros del personal a buscar por los terrenos del hotel. Poco después que el pequeño pueblo de playa de Cutler's Cove se despertó, todos sus habitantes supieron lo que había ocurrido. Las sirenas sonaron. Había coches de la Policía por todos lados. Pero era demasiado tarde. Padre y Madre ya estaban a alguna distancia y yo, sólo de pocos días, no podía comprender que diferencia había.

Sentía el corazón como si se me fuera a partir en dos. El dolor me recorría la columna de arriba abajo. Quizá me debería dar por vencida, pensé. Mi nombre era una mentira, pertenecía a otra niña, una niña que nunca tuvo la oportunidad de abrir los ojos y ver la aurora, una niña que había sido llevada de una oscuridad a otra. El cuerpo se me agitó con el llanto.

—No tienes que quedarte ahí llorando —dijo Clara Sue—. Sólo haz lo que te dice la abuela.

Me di la vuelta. Había entrado furtivamente en mi habitación y sin llamar a la puerta, la había abierto sigilosamente, como una espía. Permaneció allí, con una

sonrisa de terrible satisfacción interna en el rostro y apoyada contra la puerta. Evidentemente con la intención de mortificarme y atormentarme, mordisqueaba un pastel cubierto de chocolate.

—Quiero que llames a la puerta antes de entrar en mi habitación —le dije cortante y detuve las lágrimas que brotaban de mis *ojos*. Me sequé las mejillas con el dorso de las manos y me incorporé.

—Llamé —mintió—, pero estabas llorando tan fuerte, que no lo oíste. No tienes por qué pasar hambre —me sermoneó, mordiendo otro trozo de su pastel, cerrando los ojos para expresar lo delicioso que era.

—Eso te va a engordar aún más —le dije con un repentino estallido de rencor. Sus ojos se agrandaron.

—No estoy gorda —insistió. Yo sólo me encogí de hombros.

—Cree lo que quieras, si eso te hace feliz —dije en un tono de quitarle importancia. Se enfureció más todavía.

—No creo lo que quiero. Tengo una buena figura, la de una mujer. Todos lo dicen.

—Sólo están siendo educados. ¿Cuánta gente tiene el valor de decirle a alguien que está gorda, especialmente si es la hija del dueño?

Parpadeó, encontrando difícil refutar la lógica.

—Mira la ropa que ya no te sirve. Alguna ni siquiera la has estrenado —dije señalando con la cabeza hacia mi armario. Ella contempló, con los ojos empequeñeciéndosele con la ira y la frustración, haciendo que sus mejillas parecieran aún más regordetas. Entonces sonrió.

—Sólo quieres que te dé lo que queda de esto para no tener hambre.

Me encogí nuevamente de hombros y me incorporé un poco en la cama de forma que pudiera recostarme sobre las almohadas.

—Por supuesto que no —contesté—. Jamás comería pasteles en vez de verdadera comida.

—Ya verás. Después de que haya pasado un día, vas a estar tan hambrienta, que el estómago te hará ruidos y te dolerá —prometió.

—He tenido hambre, Clara Sue, mucha más hambre de la que tú nunca has padecido —repuse—. Estoy acostumbrada a pasar sin comer durante días y días —dije, saboreando el efecto que mi exageración estaba haciendo sobre ella—. Había días en que Padre no había encontrado trabajo y sólo teníamos unas pocas migajas para todos. Cuando te empieza a doler el estómago, sólo hay que beber mucha agua y el dolor desaparece.

—Pero... esto es diferente —insistió—. Aquí puedes oler cómo se cocina y lo único que tienes que hacer para comer es usar esa placa.

—No lo voy a hacer y tampoco me importa —dije con una sinceridad inesperada,

que hizo que levantara las cejas—. No me importa si me pudro en esta cama.

—Eso es estúpido —contestó, pero se echó atrás como si estuviera enferma de algo infeccioso.

—¿Lo es? —Desvié los ojos hacia ella y la contemplé—. ¿Por qué le estuviste explicando a la abuela Cutler cuentos sobre Philip y sobre mí? Lo hiciste, ¿verdad?

—No, sólo le conté lo que todo el mundo sabía en el colegio, que Philip fue tu novio durante un corto tiempo y que salisteis una vez.

—Estoy segura de que le contaste algo más.

—¡No lo hice! —insistió.

—Ya no importa, de cualquier manera —le dije y suspiré—. Por favor, déjame sola. —Me recosté en la cama y cerré los ojos.

—La abuela me envió a ver si ya habías cambiado de idea antes de explicarle al personal la gran noticia sobre tu persona.

—Dile... dile que no voy a cambiarme el nombre y que puede enterrarme donde puso el monumento —añadí. A Clara Sue casi se le salían los ojos. Se retiró hacia la puerta.

—Te estás comportando como un crío malcriado y terco. Nadie va a ayudarte. Lo sentirás.

—Ya lo estoy sintiendo —contesté—. Por favor, cierra la puerta al salir.

Se quedó mirándome incrédula y después desapareció cerrando la puerta.

Naturalmente, ella tenía razón. Iba a ser mucho más difícil pasar hambre aquí donde había tanta abundancia y donde los aromas de maravillosas comidas se filtraban por el hotel, atrayendo a los huéspedes como moscas al comedor para tomar los deliciosos entrantes y los suntuosos postres. Sólo pensarlo se me agitaba el estómago con anticipación. Pensé que lo mejor era tratar de dormir.

De todos modos estaba emocional y mentalmente agotada. La tormenta de lluvia continuaba y el olor húmedo y rancio me hacía sentir helada. Me quité el uniforme, envolví mi cuerpo en una manta y me volví de espaldas a la ventana lagrimeada por la lluvia. Oí el rugido del trueno. El mundo entero pareció temblar o ¿era solo yo? Después de unos momentos me dormí y no me desperté hasta oír gritos en el pasillo seguidos de muchos pasos fuertes. Un instante después la puerta de mi habitación se abrió de golpe y mi abuela entró violentamente seguida de Sissy y Burt Hornbeck, el jefe de seguridad del hotel.

Apreté la manta en torno mío y me senté.

—¿Qué sucede? —pregunté sofocada.

—Está bien —dijo mi abuela secamente y agarró a Sissy por una muñeca y tiró de ella hasta que la obligó a ponerse a su lado frente a mí. Burt Hornbeck se puso al otro lado de ella y me contempló—. Quiero que lo digas todo en su presencia y con Burt de testigo.

Sissy bajó la mirada y luego la volvió hacia mí lentamente con los ojos grandes y brillantes de miedo. Había también una sombra de tristeza y compasión en ellos.

—¿Decir qué? —pregunté—. ¿Qué es esto?

La abuela se volvió hacia Sissy.

—Hacías las habitaciones alternas, ¿no es así? —exigió mi abuela con el tono agudo y cortante de un fiscal. Sissy asintió—. Habla en voz alta —ordenó mi abuela.

—Sí, señora —contestó Sissy rápidamente.

—¿Tú hacías los números impares y ella los pares? —Ajá.

—Entonces ella debe de haber sido quien limpió la habitación ciento cincuenta —prosiguió. Miré de ella a Burt Hornbeck. Era un hombre grueso de cuarenta años, con pelo castaño oscuro y pequeños ojos castaños. Cada vez que lo había visto antes, me había sonreído amistosamente. Ahora tenía el aspecto severo y airado, un satélite encerrado en la órbita que giraba alrededor de la airada y furiosa cara de mi abuela.

—Sí, señora —contestó Sissy.

—Pues sí, alternábamos las habitaciones y yo hacía los números pares. ¿Qué significa esto? —pregunté.

—Sal de la cama —ordenó. Miré a Burt. Llevaba sólo mi sujetador y mis braguitas. Él comprendió y dirigió su mirada hacia la ventana mientras me levantaba, manteniendo la manta tan apretada a mi alrededor como podía.

—¿Estás desnuda? —preguntó mi abuela como si el estar desnuda fuera un pecado en su hotel.

—No. Llevo mi ropa interior. ¿Qué quieres?

—Quiero la devolución del collar de oro de Mrs. Clairmont y lo quiero ahora —dijo con los ojos fijos en mí llenos de fuego. Alargó la mano, sus largos y delgados dedos estirados.

—¿Qué collar? —Miré a Burt Hornbeck, pero él no cambió su expresión.

—No vale la pena negarlo. Me las he arreglado para mantener callada a Mrs. Clairmont, una cliente de toda la vida, podría añadir, pero le he prometido la devolución del collar. Lo obtendrá —insistió, con los hombros alzados, y el cuello tan rígido que parecía tallado en mármol.

—¡Yo no cogí el collar! —exclamé—. Yo no robo.

—Por supuesto que no robas —dijo haciendo burla y moviendo la cabeza como un pájaro—. Has vivido toda la vida con ladrones y tú no robas.

—¡Nunca robamos! —exclamé.

—¿Nunca? —Torció los labios en una sonrisa fría de aguda burla. Mis ojos huyeron ante el ataque de los de ella. Mis rodillas comenzaron a temblar nerviosamente, aunque no tenía nada que temer. Yo era inocente. Tragando saliva primero, repetí mi declaración de inocencia y miré a Sissy. La pobre chica intimidada bajó los ojos rápidamente.

—Registra este sitio, Burt —ordenó—, de arriba abajo hasta que localices el collar.

De mala gana se movió hacia la pequeña cómoda.

—No está aquí. Te lo he dicho... lo juro...

—¿Te das cuenta —preguntó lentamente, y sus ojos parecían ahora dos carbones calientes en una estufa—, de lo embarazoso que puede ser esto para Cutler's Cove? Nunca, nunca en la larga y prestigiosa historia de este hotel se ha robado nada de la habitación de un huésped.

Mi personal siempre ha estado formado de gente que trabaja mucho y que respeta la propiedad de los demás. Saben lo que es trabajar aquí, lo consideran un honor.

—Yo no lo robé —me lamenté mientras las lágrimas corrían por mis mejillas. Mr. Hornbeck había sacado todo de mis cajones y les estaba dando la vuelta. Miró también detrás de la cómoda.

—Sissy —exclamó cortante mi abuela—, deshaz su cama totalmente. Quita las sábanas y las fundas y dale la vuelta a ese colchón.

—Sí, señora —contestó y se movió instantáneamente para llevar a cabo las órdenes de mi abuela. Me miró con ojos que me pedían perdón al empezar a sacar mis sábanas.

—No saldré de aquí hasta que haya recuperado ese collar —insistió mi abuela cruzando los brazos bajo su pequeño pecho.

—Entonces dormirás aquí esta noche —le dije. Mr. Hornbeck se volvió hacia mí sorprendido ante mi desafío, con las cejas levantadas en un interrogante. Pude ver la duda atravesar su pensamiento: quizá yo era inocente. Se volvió hacia mi abuela.

Su boca fruncida, ahora de color ciruela, se cerró como un saquito de cordones. Yo la observaba y aguardaba que surgiese su sonrisa sardónica rompiendo su piel de pergamino. Esperaba que su voz empezase a restallar y cacarear como la de una bruja.

—No engañarás a nadie con esa actitud de desafío —dijo finalmente—. Y a mí menos que a nadie.

—No me importa lo que pienses tú o cualquier otra persona. No robé ese collar de oro —insistí.

Sissy había deshecho la cama. Quitó el colchón y Mr. Hornbeck buscó debajo de la cama. Miró hacia mi abuela y negó con la cabeza.

—Mira dentro de esos zapatos —le dijo mi abuela a Sissy.

Ella se arrodilló y buscó en cada par de zapatos. Mi abuela la hizo buscar a través de todos mis vestidos y mirar en los calcetines y en los bolsillos de los pantalones mientras Mr. Hornbeck buscaba por el resto de la habitación. Cuando ambos terminaron su búsqueda con las manos vacías, mi abuela me miró escrutadora con sus ojos llenos de sospechas. Entonces se volvió hacia Mr. Hornbeck.

—Burt, salga, un momento —dijo. Él asintió y salió apresuradamente. Al llegar este momento, yo estaba temblando por el miedo y la humillación. Mi abuela se adelantó hacia mí—. Suelta esa manta —ordenó.

—¿Qué? —Miré a Sissy, que estaba contemplándolo todo con el mismo aspecto asustado que yo tenía.

—¡Suéltala! —gruñó.

Dejé caer la manta y me contempló, escrutando mi cuerpo tan atentamente que no pude evitar sonrojarme. Sus ojos se elevaron hasta los míos y sentí como si estuviera buceando en las profundidades de mi alma, tratando de absorber mi ser dentro del suyo para poder controlarme.

—Sácate el sujetador —dijo. Me eché hacia atrás, con el corazón latiéndome—. Si no lo haces ahora, haré que venga la Policía y te lleve a la Comisaría para un registro aún más embarazoso. ¿Es eso lo que quieres?

Los recuerdos de la Comisaría donde había sido interrogada y se me había explicado el delito cometido por Padre volvieron vividos. Negué con la cabeza y las lágrimas regresaron nuevamente, pero ella permaneció insensible, sin compasión, con sus ojos metálicos fríos y llenos de determinación.

—No estoy escondiendo ningún collar —dije.

—Entonces, haz lo que digo —dijo cortante.

Miré a Sissy y ella bajó la mirada, sintiendo vergüenza por mí. Lentamente, me llevé las manos a la espalda y me desabroché el sujetador. Entonces me los saqué por los brazos y rápidamente crucé los brazos sobre mi pecho para taparlo de ojos curiosos. Permanecí allí temblando. Ella se adelantó y comprobó dentro del sujetador, por supuesto sin encontrar nada.

—Bájate las braguitas —dijo sin estar satisfecha. Aspiré profundamente. ¡Oh, qué mujer tan horrible!, pensé.

No pude evitar echarme a llorar. Todo el cuerpo me temblaba con los sollozos.

—No puedo esperar todo el día —dijo.

Cerré los ojos para evitar la vergüenza y me bajé las braguitas hasta las rodillas. Tan pronto como lo hice, exigió que me diese la vuelta.

—Está bien —dijo. Me subí las braguitas y me puse el sujetador. Luego me envolví de nuevo en la manta. Estaba temblando de tal forma que parecía que me había dejado desnuda en medio de una tormenta invernal. Mis dientes no dejaban de castañetear pero no pareció notarlo ni importarle.

—Si has escondido este collar en alguna parte del hotel, con el tiempo llegaré a saberlo —aseveró—. Nada, absolutamente nada sucede aquí sin que yo lo sepa de un modo o de otro, algún día. Éste es un collar único con rubíes y brillantes pequeños. No puedes tener la esperanza de venderlo sin que se sepa.

—Yo no cogí el collar —dije aguantando los sollozos y manteniendo los ojos

cerrados. Sacudí la cabeza con vehemencia—. No lo hice.

—Si me voy ahora y descubrimos que tienes el collar, te entregaré a la Policía. ¿Lo entiendes? Una vez que me haya ido no seguiré encubriendo tu delito —advirtió.

—Yo no lo robé —repetí.

Dio media vuelta y cogió el pomo de la puerta.

—No puedes imaginarte la vergüenza a la que tengo que enfrentarme ahora. Eres insolente y terca, negándote a hacerme caso y a hacer las cosas que te digo. Ahora se ha añadido a tu lista el robo. No lo olvidaré —amenazó. Miró a Sissy—. Vámonos —dijo.

—Lo siento —murmuró Sissy y salió corriendo detrás de ella.

Me desplomé sobre el colchón sin sábanas y lloré hasta que se me secaron las lágrimas. Después rehice mi cama y me deslicé bajo la manta, atontada por los acontecimientos. Parecía todo más una pesadilla que la realidad. ¿Había estado soñando?

La tensión emocional me había dejado exhausta. Debí de deslizarme en un sueño de evasión, porque cuando abrí los ojos, vi que la lluvia había cesado, aunque aún había una fría humedad en el ambiente y el mundo estaba completamente a oscuras, sin estrellas, sin luna, sólo el sonido del viento pasando por el hotel y sus terrenos, silbando alrededor del edificio.

Me senté apoyando la espalda en la cabecera y manteniéndome envuelta con la manta. Entonces decidí levantarme y vestirme. Necesitaba hablar con alguien y la primera persona que me vino a la mente fue Philip. Pero cuando fui a abrir la puerta, la encontré cerrada con llave. Tiré del pomo sin poder creerlo.

—*¡No!* —grité—. *¡Abran esta puerta!*

Escuché, pero lo único que pude percibir fue el silencio. Hice girar el pomo y tiré. La puerta no se movía. Estar encerrada en esta pequeña habitación de repente me llenó de pánico. Estaba segura de que mi abuela lo había hecho para poner sal en mis heridas y de este modo castigarme porque no había podido encontrar el collar en mi habitación como esperaba.

—*¡Que alguien abra esta puerta!*

Golpeé la puerta con mis pequeños puños hasta que se me pusieron rojos y los brazos me dolían. Entonces, escuché. Porque alguien me había oído. Percibí unas pisadas en el pasillo. Quizás era Sissy, pensé.

—*¿Quién está ahí?* —llamé—. *Por favor, ayúdenme. Esta puerta está cerrada.*

Esperé. Aunque no oí a nadie hablar, sentí la presencia de alguien al otro lado de la puerta. ¿Era mi madre? ¿Era Mrs. Boston?

—*¿Quien está ahí? Por favor.*

—Dawn —oí finalmente decir a mi padre. Hablaba entre la rendija de la puerta y el marco.

—Por favor, abre la puerta y déjame salir —le pedí.

—Le dije que tú no habías cogido el collar —me explicó.

—No, no lo hice.

—Nunca pensé que robarías.

—¡No lo hice! —grité—. ¿Por qué no entraba por la puerta? ¿Por qué me hablaba por una rendija? Tenía que estar apoyado en ella, con los labios muy cerca de la abertura.

Mamá averiguará lo que ocurre —aseguró—. Siempre lo hace.

—Es una persona muy cruel —le dije—. Hacer lo que hizo y después encerrarme en mi habitación. Por favor, abre la puerta.

—No tienes que pensar eso, Dawn. A veces ella parece dura con la gente, pero después de que demuestra su punto de vista, la gente ve que tiene razón y que es justa, y se sienten contentos de haberle hecho caso.

—Ella no es Dios. ¡No es más que una vieja que dirige el hotel! —grité. Esperé, pensando que él abriría la puerta, pero ni dijo nada ni hizo nada—. Papa, por favor, abre la puerta —supliqué.

—Mamá solo quiere hacer las cosas bien hechas, educarte como debe de ser, corregir todas las cosas malas que te han enseñado.

—No tengo que estar encerrada aquí —me lamenté—. No vivía como un animal. No éramos ladrones, sucios ni estúpidos —expliqué.

—Claro que no, pero hay muchas cosas nuevas que tienes que aprender. Ahora formas parte de una familia importante y la abuela Cutler quiere que te adaptes.

»Sé que es difícil para ti, pero mamá ha estado en este negocio más años de los que tú tienes y su instinto sobre la gente y las cosas son excelentes. Mira lo que ha creado aquí y cuánta gente regresa año tras año —dijo en un tono de voz suave y razonable a través de la rendija.

—No voy a ponerme esa estúpida placa —insistí con los ojos ardiendo de decisión.

Nuevamente quedó silencioso, esta vez por tanto tiempo, que creí que se había ido.

—¿Papá?

—Cuando te robaron no sólo te separaron de tu madre y de la voz más alta. Cuando fuiste robada también a ella se le rompió el corazón.

—No puedo creérmelo —declaré—. ¿No fue ella la que decidió erigir un monumento en el cementerio con mi nombre? —No podía creer que estaba hablando con él a través de una puerta, pero en cierto modo me facilitaba decir lo que quería.

—Sí, pero lo hizo solamente para salvar mi salud mental. Más adelante se lo agradecí. No podía trabajar, no les servía de nada a Laura Sue o a Philip. Lo único que hacía era llamar a la Policía y dar carreras por el país dondequiera que surgiera

una pequeña pista. Como verás no fue una cosa tan terrible.

¿No fue una cosa tan terrible? ¿Enterrar simbólicamente a una criatura que no estaba muerta? ¿Qué clase de gente era ésta? ¿A qué clase de familia pertenecía?

—Por favor, abre la puerta. No me gusta estar encerrada.

—Tengo una idea —dijo él en lugar de abrir la puerta—. La gente que no me conoce bien me llama Mr. Cutler y la otra gente, los amigos íntimos y la familia, me llaman Randolph.

—¿Y qué?

—Piensa sobre el nombre de Eugenia en la misma forma que yo cuando me llaman Mr. Cutler y Laura Sue cuando la llaman Mrs. Cutler. ¿Qué te parece? Tus amigos siempre van a llamarte por tu apodo.

—No es un apodo. Es mi nombre.

—Pero es un nombre informal —explicó—. Pero Eugenia podía ser tu... nombre en el hotel. ¿Qué te parece?

—No lo sé. —Me aparté de la puerta cruzando los brazos bajo el pecho. Si no lo aceptara, podrían no llegar a abrir nunca la puerta, pensé.

—Acepta este pequeño trato y traerás de nuevo la paz y la tranquilidad. Estamos justo a mitad de temporada y el hotel está lleno y...

—¿Por qué le diste mi carta para Ormand Longchamp? —pregunté malhumorada.

—¿Aún tiene esa carta?

—No —le dije—. La tengo yo. Me la devolvió y prohibió que volviese a tener nada que ver con él. Le gusta prohibir cosas —le dije.

—Oh, lo siento, yo... yo pensé que la enviaría. Lo habíamos comentado y aunque no le gustaba la idea, me dijo que se encargaría de que el jefe de Policía de Cutler's Cove se ocupara de ello. Supongo que se disgustó tanto que...

—Nunca iba a mandar la carta —dije—. ¿Por qué no la mandaste tú mismo?

—Oh, supongo que podía haberlo hecho. Es sólo que mamá y el jefe de Policía son tan amigos y yo pensé... Lo siento —dijo—. Te diré qué haremos —indicó rápidamente—. Si consientes en llevar esa placa, llevaré la carta al jefe de Policía yo mismo y me ocuparé de que sea entregada. ¿Qué te parece? ¿Es un trato? Incluso pediré un recibo para que te convenzas de que ha sido entregada.

Por un momento me sentí atrapada en la tormenta de confusión que atravesaba mi mente y mi corazón. El secuestro había dejado una fea mancha sobre Padre y Madre. Nunca podría perdonarles lo que habían hecho, pero en lo más hondo seguía aferrada a la esperanza de que hubiese una explicación. Necesitaba que Padre me explicase su lado del asunto.

Ahora yo tenía que pagar un precio para tener cualquier contacto con él. De un modo o de otro, la abuela Cutler siempre hacía lo que quería en Cutler's Cove, pensé. Pero esta vez, yo también iba a sacar algo.

—Si acepto, ¿vas a averiguar lo que ha sucedido con Jimmy y Fern?

—¿Jimmy y Fern? ¿Quieres decir los verdaderos niños Longchamp?

—Sí.

—Lo intentaré. Te lo prometo, lo intentaré —prometió, pero yo me acordé de lo que mamá había dicho sobre sus promesas y lo fácilmente que las hacía y después las olvidaba.

—¿De verdad vas a intentarlo? —le pregunté.

—Seguro.

—De acuerdo —dije—. Pero la gente que quiera, puede llamarme Dawn.

—Seguro —dijo.

—¿Abrirás la puerta?

—¿Dónde está la carta? —repuso.

—¿Por qué?

—Pásamela por debajo de la puerta.

—¿Qué? ¿Por qué no la abres?

—No tengo la llave —contestó—. La iré a buscar y le explicaré a mamá nuestro acuerdo.

Pasé la carta por debajo y él la tomó rápidamente. Entonces le oí alejarse, dejándome con la sensación de que había hecho un trato con el demonio.

Me senté a esperar sobre la cama, pero repentinamente oí que giraba la llave en la cerradura. Se abrió la puerta y apareció Philip.

—¿Por qué está cerrada tu puerta?

—La abuela la cerró. Cree que robé un collar.

Movió la cabeza.

—Es mejor que salgas de aquí. La abuela no quiere que estemos solos. Clara Sue se detuvo contando cuentos y...

—Lo sé —dijo—, pero esta vez no lo puedo evitar. Debes venir conmigo.

—¿Ir contigo? ¿Adonde? ¿Por qué?

—Confía en mí —dijo en un murmullo alto—. De prisa. —Pero...

—Por favor, Dawn —suplicó.

—¿Cómo es que tenías la llave de mi habitación? —inquirí.

—¿Tener la llave? —Él movió la cabeza—. Estaba en la puerta.

—¿En la puerta? Pero...

¿Dónde había ido mi padre? ¿Por qué había mentido sobre la llave? ¿Tuvo que pedir permiso antes de abrirle la puerta a su propia hija?

Philip me cogió de la mano y me sacó de la habitación. Empezó a caminar por el pasillo hacia la salida lateral.

—¡Philip!

—Silencio —ordenó. Nos apresuramos hacia fuera y rodeamos el edificio.

Cuando vi que me llevaba hacia la pequeña escalera de cemento, me detuve.

—Philip, no.

—Ven, por favor. Antes de que alguien nos vea.

—¿Por qué? —pregunté, pero me empujó hacia delante.

—Philip, ¿por qué vamos a entrar ahí? —pregunté.

En lugar de contestarme, abrió la puerta y me arrastró dentro de la oscuridad con él. Estaba a punto de gritar furiosa, cuando alcanzó y encendió el interruptor de la luz.

El contraste entre la profunda oscuridad y la radiante claridad hirió mis ojos. Los cerré y los abrí nuevamente.

Y allí, delante nuestro, estaba Jimmy.

## UN TROZO DEL PASADO

—¡Jimmy! ¿Qué estás haciendo aquí? —pregunté, mitad sobresaltada, mitad encantada. Jamás había estado tan contenta de ver a alguien como lo estuve de verle a él. Me contempló, sus ojos oscuros brillando traviesamente. Pude también ver lo contento que estaba de verme y eso animó mi corazón.

—Hola, Dawn —dijo finalmente.

Ambos nos enfrentamos el uno al otro con un poco de embarazo y entonces lo abracé. Philip nos observaba con una media sonrisa en el rostro.

—Estás calado hasta los huesos —dije echándome atrás y sacudiendo mis manos.

—Me cogió la lluvia justo en las afueras de la Playa de Virginia.

—¿Cómo llegaste hasta aquí?

—Hice autostop todo el camino. Ya lo hago muy bien —dijo volviéndose a Philip.

—Pero, ¿cómo...? ¿Por qué? —grité, incapaz de esconder mi alegría.

—Me escapé. No lo podía soportar más. Estoy en camino hacia Georgia para encontrar a nuestros..., para encontrar a mis parientes y vivir con ellos. Pero quise detenerme aquí y verte una vez más.

—Uno de los chicos del hotel entró buscándome —explicó Philip—. Me dijo que alguien del Emerson Peabody quena verme fuera. No podía imaginarme... de cualquier manera, aquí está.

—Pensé que debía ver a Philip para que me ayudase a buscarte. No quería correr ningún riesgo. No voy a volver —declaró con firmeza, echando los hombros hacia atrás.

—Le dije que podía permanecer aquí en el escondite unos cuantos días —dijo Philip—. Le traeremos algo de comida, ropa seca y algún dinero.

—Pero, Jimmy, ¿no vendrán a buscarte?

—No me importa si lo hacen, pero probablemente no lo harán —dijo, con los ojos medio cerrados y llenos de determinación e ira—. No sabía cuándo tú y yo nos volveríamos a ver otra vez, Dawn. Tenía que venir —explicó.

Nuestras miradas se enlazaron afectuosamente la una en la otra y en esa mirada vi todos nuestros tiempos felices juntos, vi su sonrisa y algo en mi interior se calentó. De repente, me sentí más segura en Cutler's Cove.

—Voy a regresar al hotel y entrar a escondidas en la cocina para conseguirle algo de comer —dijo Philip—. También voy a conseguirle ropa seca y una toalla. Tenemos que tener cuidado de que nadie le descubra —dijo Philip con énfasis. Se

volvió a Jimmy—. Mi abuela tendría un ataque de furia. No salgas sin vigilar por si hay alguien cerca, ¿vale?

Jimmy asintió.

—Dame como quince minutos para conseguir la comida y la ropa —dijo y salió apresurado.

—Más vale que empieces a quitarte esa ropa mojada, Jimmy —le aconsejé. Fue como si nunca hubiésemos estado separados y yo aún estuviese ocupándome de él.

Asintió y se quitó la camisa. Su piel mojada brillaba bajo la luz. Aun en el corto tiempo que habíamos estado cada uno por su lado, su aspecto había cambiado. Tenía más edad, había crecido y tenía los hombros más anchos y los brazos más fuertes. Le cogí la camisa y la colgué sobre una silla mientras él se sentaba para quitarse los zapatos de goma y los calcetines.

—Cuéntame qué te sucedió después que nos llevaron a la Comisaría, Jimmy. ¿Sabes algo de Fern? —pregunté rápidamente.

—No, no volví a verla después que nos condujeron a la Comisaría. A mí me llevaron a lo que llaman una casa de mantenimiento donde había otros chicos esperando para ser asignados a casas de adopción. Algunos eran mayores, pero la mayoría eran más jóvenes que yo. Dormíamos en literas no mucho mayores ni mejores que ésta —explicó— y estábamos amontonados cuatro en una habitación. Un niño pequeño se pasaba la noche llorando. Los otros le gritaban continuamente para que se callase, pero estaba demasiado asustado. Me enzarqué en una pelea con ellos porque no dejaban de aterrorizar al crío.

—¿Por qué será que eso no me sorprende? —pregunté sonriendo.

—Bueno, el tiranizarlo les hacía sentirse grandes —comentó furioso—. De todos modos, de una cosa pasamos a otra y me mandaron dormir en el sótano. El suelo estaba sucio y había muchos bichos y hasta ratas.

»Un día después me dijeron que ya me habían encontrado una casa. Creo que estaban decididos a deshacerse de mí antes que de ninguno. Los demás estaban celosos, pero eso era sólo porque no sabían a dónde iba.

»Fui a casa de un campesino que criaba pollos, Leo Coons. Era un hombre grueso y malhumorado con una cara como un perro dogo y una cicatriz sobre la frente. Parecía como si alguien le hubiese pegado con un hacha. Su mujer tenía la mitad de su tamaño y la trataba como si fuese otra niña. Tenían dos hijas. Fue su mujer la que me animó a escaparme. Se llamaba Beryle y yo no podía creer que rondaba los treinta años. Tenía el pelo gris y estaba tan gastada como un lápiz viejo. Nada de lo que hacía dejaba contento a Coons. La casa nunca estaba bastante limpia, la comida nunca sabía bien. Quejarse, quejarse y quejarse era todo lo que él hacía.

»Yo tenía una habitación agradable pero él había ido a buscar un chico adoptivo de mi edad para convertirlo en un esclavo. Lo primero que hizo fue enseñarme a

pasar los huevos delante de una vela y me hacía levantar antes del amanecer, trabajando junto con sus dos hijas, ambas mayores que yo, pero tan delgadas como espantapájaros y ambas con grandes ojos oscuros y tristes que me recordaban a cachorros de perro asustados.

»Coons me fue llevando de una tarea a otra, amontonando estiércol de pollo, cargando el alimento de las aves. Trabajábamos desde antes de salir el sol hasta una hora después que se ponía.

»Al principio no me importaba lo que me sucediese de lo deprimido que estaba, pero después de algún tiempo me cansé tanto del trabajo y de oír a Coons gritando por una cosa y por otra...

»Supongo que el remate fue que una noche me pegó. Estaba quejándose de la cena y dije que a mí me parecía bastante buena, demasiado buena para él. Me pegó con el revés de la mano pero tan fuerte que me caí de la silla.

»Yo iba simplemente a darle puñetazos y patadas, pero, Dawn, ese tío es tan grande y tan duro como los ladrillos. Más tarde, esa noche, Beryle vino a verme y me dijo que lo mejor que podía hacer era huir como los otros. Parece que esto lo había hecho antes, ir a buscar un niño adoptivo para hacerle trabajar hasta agotarlo. En la casa de mantenimiento no les importa porque tienen tantos chicos que están encantados cuando alguien se lleva uno.

—Oh, Jimmy..., mira que si entregan a Fern a gente mala...

—No lo creo. Con los bebés es distinto. Hay mucha gente buena que los quiere porque no los pueden tener propios por un motivo o por otro. No te pongas tan triste —dijo sonriendo—. Estoy seguro de que estará bien.

—No es eso, Jimmy. Lo que has dicho me ha recordado algo terrible. Me dicen que es por eso que Padre y Madre me robaron. Poco antes ella había tenido un bebé que nació muerto.

Sus ojos se agrandaron y bajó la cabeza como si lo hubiese sabido siempre.

—De modo que Padre la convenció para llevarte a ti —concluyó—. Es muy propio de él. No lo dudo en absoluto. Ahora fíjate en el lío en que nos ha metido a todos. Quiero decir en que estoy yo. Creo que tu lío no es tan grande.

—Oh, Jimmy —le dije sentándome rápidamente a su lado—. Es lo mismo. Odio este lugar.

—¿Qué dices? ¿Este gran hotel tan elegante y todo? ¿Por qué? Comencé por hacerle una descripción de mi verdadera madre y de su continuo estado nervioso. Jimmy escuchaba atentamente, con los ojos llenos de asombro según yo iba relatando la historia de mi secuestro y cómo la había afectado convirtiéndola en una especie de inválida empapada en lujo.

—¿Pero no se alegraron de verte cuando te trajeron aquí? —me preguntó. Yo negué con la cabeza.

—Tan pronto como llegué me convirtieron en una camarera y me pusieron en una pequeña habitación alejada de la familia. No te será difícil imaginar lo miserable que ha estado Clara Sue —le dije. Entonces le conté cómo me habían acusado de robar y le expliqué el horrible registro que me habían hecho.

—¿Te hizo quitar la ropa?

—Absolutamente toda. Después me encerró en mi cuarto.

Se quedó mirándome con incredulidad.

—¿Y que pasó con tu verdadero padre? —preguntó. ¿No le contaste lo que ella te había hecho?

—Él es tan raro, Jimmy —le dije y le expliqué cómo había venido a mi puerta y se había negado a hacer nada hasta que yo hube aceptado el trato respecto a mi nombre—. Entonces se fue diciendo que tenía que buscar la llave pero Philip dijo que la llave estaba en la puerta cuando vino a buscarme para traerme contigo.

Movió la cabeza.

—Y he ahí que yo pensaba que estabas viviendo por todo lo alto.

—No creo que mi abuela ceda nunca en lo que a mí se refiere. Por algún motivo me odia, odia mi sola presencia —dije—. No puedo asimilar que Padre hiciera esto. No puedo. —Movía la cabeza y contemplé mis manos en mi regazo.

—Bien, yo sí puedo —exclamó Jimmy severamente, llevando mis ojos a los de él. Estaban llenos de ardiente ira—. No querrás creerlo, nunca te gustó creer cosas malas sobre él, pero debes saberlo.

Le expliqué a Jimmy sobre mi carta a Padre.

—Espero que me conteste y me explique su versión.

—No lo hará —insistió Jimmy—. E incluso si lo hace, todo serán mentiras.

—Jimmy, no puedes seguir odiándole así. Sigue siendo tu verdadero padre, aunque no sea el mío.

—No quiero volver a pensar en él como padre. Murió con mi madre —declaró. Sus ojos ardían con tal furia que me dolió el corazón. No pude mantener las lágrimas atrapadas bajo mis párpados. Me quemaban demasiado.

—No tiene sentido llorar sobre ello, Dawn. No hay nada que podamos hacer para cambiar las cosas. Me voy a Georgia y quizá viva con la familia de Madre. No me importa el trabajo duro, siempre y cuando sea para mi propia familia.

—Desearía ir contigo, Jimmy. Aún siento que esa gente son más mi familia que aquellos con los que convivo, aunque nunca los haya conocido.

—No puedes. Si vinieras conmigo, nos cazarían con seguridad.

—Lo sé. —Seguía con ganas de llorar. Ahora que Jimmy estaba aquí, no me podía contener.

—Siento que no seas más feliz, Dawn —dijo, y lentamente levantó su brazo y lo pasó por encima de mis hombros—. Cada vez que estoy despierto y pienso en lo

terrible que ha sido todo, me animo un poco pensando que estás seguro y cómodo en una nueva y más rica vida. Pensaba que te la merecías y que quizá sea bueno que todo esto haya ocurrido. No me importa lo que me ha sucedido a mí, si eso significa que tú tienes mejores cosas y estás con gente mejor.

—Oh, Jimmy. Jamás podría ser feliz si tú no lo fueras y sólo el pensar en la pobre pequeña Fern en un lugar extraño...

—Es lo bastante pequeña para olvidar y empezar de nuevo —dijo. En sus ojos oscuros brilló una sabiduría mayor de la que cabría esperar en sus pocos años, una sabiduría que había adquirido en los malos tiempos. Estaba más maduro de cuerpo y de mente. Los tiempos duros y crueles le habían sacado de la niñez.

Estaba sentado a pocos centímetros, su brazo aún rodeaba mis hombros, su cara estaba tan cercana que podía sentir su aliento en mis mejillas. Me sentía mareada, confundida. Estaba atrapada en un carrusel de emociones. Jimmy, quien pensaba que era mi hermano, era ahora un chico que se preocupaba por mí y Philip, un chico al que había gustado, era ahora mi hermano. Sus besos, sus sonrisas y la manera en que me tocaban y abrazaban tenían que tener un significado diferente.

Hacía poco, me hubiera sentido extraña y culpable por los sentimientos que me atravesaban cuando Jimmy me tocaba. Ahora, cuando el hormigueo que sentía recorría mi columna de arriba abajo y me hacía estremecer de placer, no sabía qué hacer, qué decir. Tomó mi cara entre sus manos y tiernamente secó mis lágrimas con sus besos. Sentí una calidez por todo el cuerpo. Antes hubiera forzado esa calidez a detener su viaje hacia mi corazón. Pero ahora se apresuraba por los caminos de mi piel y se enroscaba cómodamente dentro de mi pecho.

Su cara permanecía cerca de la mía, sus ojos tan hondos, preocupados, serios e intensos. Se me hizo un nudo en la garganta al preguntarme dónde estaba el chico al que conocía. ¿Dónde estaba aquel hermano y quién era este joven que me miraba tan largamente a los ojos? Mucho mayor que cualquier dolor o pena o daño que hubiera sufrido antes, o después, fue el dolor que me causó el sufrimiento que vi en sus ojos torturados.

Oímos los pasos de Philip en la escalera de cemento y Jimmy levantó su brazo de encima de mis hombros y procedió a sacarse sus calcetines y zapatos.

Hola —dijo Philip al entrar—. Siento que la comida no esté caliente, pero quería salir rápidamente de la cocina antes de que alguien me encontrara y se preguntara qué estaba haciendo.

—Es comida. No me importa que esté fría o caliente en este momento —aclaró Jimmy, tomando el plato tapado de manos de Philip—. Gracias.

—Te traje algunas de mis ropas..., creo que te servirán, y esta toalla y esta manta.

—Sácate la ropa mojada y sécate antes de comer, Jimmy —aconsejé. Fue al cuarto de baño y se quitó los pantalones y su ropa interior, se secó y volvió vestido

con la ropa de Philip. La camisa le quedaba un poco grande y los pantalones demasiado largos, pero se dobló las vueltas. Philip y yo contemplamos cómo engullía la comida, introduciéndose en la boca otro bocado antes de haberse tragado el anterior.

—Lo siento, pero me muero de hambre —dijo—. No tenía dinero para detenerme a comer.

—Está bien. Mira, voy a tener que volver al hotel. La abuela me vio entrar antes y probablemente me va a vigilar para asegurarse de que estoy con los otros. Por la mañana apartaré algo de comida cuando esté sirviendo los desayunos y más tarde, tan pronto como esté libre, te la traeré, Jimmy.

—Gracias.

—Bien —dijo Philip, de pie y mirándonos—. Te veré después. Que pases una buena noche.

Contemplamos cómo se marchaba.

—No comprendo —dijo Jimmy tan pronto como Philip desapareció por la escalera de cemento—. ¿Por qué estaba preocupado porque su abuela lo viese en el hotel?

Le dije lo que Clara Sue le había contado a la abuela Cutler y lo que ésta había prohibido. Jimmy se recostó en la cama, escuchando con las manos detrás de la cabeza. Frunció los ojos y la apretada sonrisa de sus labios se convirtió en una mirada seria e intensa.

—Claro que yo también estaba preocupado por todo eso —comentó—. Me estaba preguntando cómo iban a ser las cosas para ti. Tú estabas empezando a enamorarte de él en el colegio.

Iba a contarle cómo era más difícil para Philip adaptarse, cómo él aún deseaba que yo fuese su novia, pero pensé que esto podría alterar a Jimmy y traer más problemas.

—No ha sido fácil —me limité a decir.

Jimmy asintió.

—Ahora tienes que esforzarte en pensar en él como tu hermano. Y yo era tu hermano, y tienes que esforzarte en olvidar que lo era —me dijo.

—No quiero olvidarlo, Jimmy.

Pareció triste y desilusionado.

—¿Quieres que yo me olvide? ¿Quieres olvidarte de mí?

Quizás él quería que lo hiciese, quizás era la única forma que él podría empezar de nuevo, pensé tristemente.

—No quiero que te sientas sucia sobre ello o que permitas que alguien te haga sentir alguna vez así —dijo con firmeza.

Asentí y me senté junto a él en la cama. Ninguno de los dos dijo nada en los

primeros momentos. Esta parte vieja del hotel crujía y gemía a medida que la brisa del mar la empujaba y la agitaba, deslizándose por todas las rendijas y los huecos, y podíamos oír la música del tocadiscos en el salón de recreo, derramándose en medio de la noche y siendo arrastrada por esa misma brisa del mar.

—Le diré a los parientes que Madre y Padre han muerto. No tienen necesidad de saber todos los detalles feos y voy a tratar de empezar una vida nueva —dijo Jimmy con una mirada lejana en los ojos.

—Odio pensar que estés viviendo una vida nueva sin mí, Jimmy.

Sonrió con aquella sonrisa suave y amable que yo recordaba con tanto cariño.

—Vamos a acostarnos juntos una vez más como solíamos hacer —me dijo—. Y hálbame hasta que me duerma, como hacías siempre contándome todas las cosas buenas que vamos a tener algún día. —El se movió hacia un lado para dejarme sitio.

Me dejé caer junto a él, descansando mi cabeza contra su brazo y cerrando los ojos. Por un momento, retrocedí en el tiempo y estábamos acostados juntos en uno de nuestros pobres sofás-cama de uno de nuestros estropeados apartamentos. La lluvia golpeaba el edificio en ruinas y el viento rascaba las ventanas amenazando con abrirlas.

Pero Jimmy y yo nos arrebujábamos juntos, tomando consuelo, en el calor y la cercanía de nuestros cuerpos. Cerrábamos los ojos y yo comenzaba a tejer el arco iris. Lo hice ahora.

—Van a sucedernos cosas buenas, Jimmy. Hemos pasado una tormenta de problemas, pero después de cada tormenta las nubes se separan y el sol vuelve con su calor y sus promesas.

»Te irás y encontrarás a los parientes de Madre como has planeado y te darán la bienvenida con los brazos abiertos. Conocerás tíos y tías y primos.

»Y quizá no estén en tan mala situación como siempre hemos pensado. Puede que tengan una buena finca y tú eres un trabajador fuerte y voluntarioso, Jimmy. De modo que serías una gran ayuda para ellos. Antes de que te des cuenta, la finca se habrá convertido en algo especial y la gente de los alrededores preguntará: ¿quién es el joven recién llegado que ha venido a ayudar y ha hecho mejorar tanto la finca?

»Pero tendrás que prometer escribirme y...

Me volví a él. Tenía los ojos cerrados y respiraba suavemente. Qué cansado debería estar. Debía de haber caminado kilómetros y kilómetros y estado bajo la lluvia durante muchísimo tiempo, sufriendo sólo para llegar aquí, para verme una vez más.

Me incliné y apreté los labios contra su cálida mejilla.

—Buenas noches, Jimmy —murmuré como había hecho tantas noches antes. Odiaba dejarle tan solo en un sitio extraño, pero por lo que me había contado había estado en lugares mucho más horribles.

Me detuve en el umbral y miré hacia atrás. Más bien “parecía un sueño el ver a Jimmy acostado allí. Era casi un deseo hecho realidad. Me deslicé del escondite y subí las escaleras, vigilando cuidadosamente que nadie me viese. Parecía que estaba todo despejado, así es que di la vuelta al edificio. Justo cuando entré y comencé a caminar por el pasillo, vi abrirse la puerta de mi cuarto y salir a Clara Sue.

—¿Qué estás haciendo ahí? —pregunté, acercándome rápidamente.

Durante un momento pareció desconcertada y después sonrió

—La abuela me envió a abrir tu puerta —me dijo—. ¿Quién lo hizo?

—No lo sé —repose rápidamente. Hizo una mueca.

—Si lo averiguo y se lo digo a la abuela, le despedirá.

—No sé quién lo hizo —repetí—. No debieron encerrarme ahí de todos modos.

Se encogió de hombros.

—Si no fueras una malcriada, la abuela no tendría que hacer estas cosas —dijo y se marchó. Pensé que tenía prisa en dejarme. Después de que la contemplé alejarse, entré en mi cuarto.

Me desnudé, me puse mi bata y fui al cuarto de baño. En realidad estaba muy cansada y esperaba con ilusión meterme bajo las sábanas. Pero cuando regresé y retiré la manta, descubrí lo que Clara Sue había estado haciendo en mi habitación. Fue como si me hubieran hecho tragar un vaso de agua helada. Me produjo un escalofrío doloroso en el corazón.

Allí sobre mis sábanas estaba el collar de oro con rubíes y brillantes. Clara Sue lo había sacado de la habitación de Mrs. Clairmont y lo había colocado allí, para que me culpasen. ¿Qué iba a hacer yo ahora? Si lo devolvía, era seguro que todo el mundo iba a pensar que lo había robado desde el principio y que mi abuela me había asustado para que lo devolviese. Nadie creería que Clara Sue lo había hecho.

El sonido de pasos me causó pánico. ¿Qué pasaría si había ido a decirle a Mr. Hornbeck que me había visto con el collar y volvía con mi abuela? Miré desesperadamente a mi alrededor, buscando un lugar para esconderlo y me di cuenta que esto era justamente lo que Clara Sue querría que hiciese. Harían un nuevo registro y lo encontrarían escondido y estarían convencidos de que lo había robado.

Me quedé helada, incapaz de decidir nada. Afortunadamente, el sonido de los pasos se alejó. Respiré y recogí el collar. Lo noté caliente y prohibido en mis manos. Tuve el impulso de abrir la ventana y lanzarlo fuera a la noche, pero entonces, ¿qué sucedería si alguien lo encontraba a la mañana siguiente cerca de mi ventana?

¿Debía llevárselo a mi padre? ¿A mi madre? Quizá debiera buscar a Philip y dárselo. Él ciertamente me creería cuando le dijese lo que había hecho Clara Sue, pensé. Pero el mero hecho de caminar a través del hotel llevándolo en mi poder, me asustó. Podían detenerme si Clara Sue se lo había ido a contar a alguien.

Pensé que de algún modo debía ser devuelto a Mrs. Clairmont. Quizás era para

ella una joya muy querida y de gran significado, un collar con recuerdos especiales. ¿Por qué debía ella padecer los celos y la maldad de Clara Sue?

Decidí vestirme y arriesgarme a llevarlo a través del hotel. Lo deslicé en el bolsillo de mi uniforme y me apresuré a salir. No era tan tarde. Los huéspedes estaban disfrutando de los jardines, jugando a cartas, haciéndose visitas en el vestíbulo. Algunos estaban oyendo un cuarteto de cuerda en la sala de música. Había una buena posibilidad de que Mrs. Clairmont no estuviese en su habitación, pensé. Fui directamente a la lencería y saqué la llave maestra de la sección en que trabajábamos Sissy y yo. Después me apresuré por el pasillo.

Mi corazón me golpeaba tan fuerte, que estaba segura que me desmayaría después de entrar en la habitación de Mrs. Clairmont. Me los imaginé encontrándome tendida en el suelo con el collar en las manos. Me limpié el sudor de la frente y caminé rápidamente hacia su puerta. Afortunadamente, no había nadie por allí. Si ella estaba dentro, pensé que haría ver que había llamado en una puerta equivocada. Nadie contestó, de manera que deslicé la llave maestra en la cerradura y la giré. El sonido de la llave al abrir nunca me pareció tan fuerte. En mi mente, pensé que se había oído por todo el hotel y estaba segura de que traería corriendo a mucha gente.

Esperé, escuchando. Estaba silencioso y oscuro dentro. No quería correr más riesgos de los necesarios, de manera que simplemente me incliné y tiré el collar sobre la cómoda. Lo oí caer y cerré la puerta con llave. Los dedos me temblaban tan espantosamente, que lo tuve que intentar dos veces.

Justo cuando me giré y empecé a andar por el corredor, escuché voces. Aterrorizada de haber sido descubierta en ese piso, me di la vuelta y me dirigí en dirección opuesta, sin mirar atrás para ver quién era. Me apresuré, pero este camino me llevó al vestíbulo del hotel.

Mi padre me tuvo que decir «Eugenia» tres veces, antes de que me diera cuenta de que me llamaba. Me detuve a medio camino en el vestíbulo y al volverme le vi haciéndome señas para que fuese. ¿Clara Sue habría explicado que me había visto con el collar? Me aproximé a él lentamente.

—Me dirigía a verte —dijo—. Quería estar seguro de que Clara Sue había ido directamente a tu habitación con la llave y te había abierto la puerta.

—Había una llave en la cerradura —dije con intención.

—¿La había? No la vi. Bien —comentó sonriendo rápidamente—. Al menos ha pasado lo desagradable. Estarás contenta de saber que a tu abuela le gusta nuestro pequeño arreglo —añadió sonriendo. Y entonces metió la mano en el bolsillo y sacó mi odiosa placa. La miré.

No me había parecido tan grande cuando me la había mostrado mi abuela por primera vez. No me hubiera sorprendido que la hubiera mandado hacer de nuevo para que fuese de mayor tamaño. Sería su forma de demostrarme que siempre hacía lo que

quería y que si le plantaba cara, sólo sufriría más por ello.

La tomé lentamente de la palma de su mano. La sentía como si fuese un cubito de hielo en la mía.

—¿Quieres que te de la prenda? —preguntó cuando vio que dudaba.

—No, gracias. Puedo hacerlo sola. —Lo hice de prisa.

Y eso es todo —comentó satisfecho—. Bien, tengo que volver al trabajo. Te veré mañana. Que duermas bien —me dijo y me dejó como si me hubiesen marcado como a una res.

Pero no me molestó tanto como lo hubiese hecho corrientemente. Sólo saber que Jimmy estaba cerca me confortaba. Por la mañana, inmediatamente después de que hubiese hecho el trabajo, iría a verle y charlaríamos y pasaríamos juntos la mayor parte del día. Naturalmente, tendría que mostrarme por el hotel de vez en cuando para que nadie viniese a buscarme.

Fue la primera noche desde que llegué a Cutler s Cove que dormí tranquilamente y esperando ansiosa la familiar salida del sol.

A la mañana siguiente, la abuela Cutler hizo una aparición en la cocina, mientras el personal estaba desayunando. Saludó a todo el mundo, mientras cruzaba la habitación para venir a la mesa donde yo estaba. Cuando llegó, se detuvo para asegurarse de que yo llevaba su preciosa placa. Cuando la vio prendida en mi uniforme, se irguió y sus ojos brillaron de satisfacción.

No me atreví a parecer insolente o disgustada. Si me encerraba de nuevo en mi habitación, no podría ver a Jimmy, y si me escapaba en contra de sus deseos podía ser la causa de que le descubriesen. Me fui con Sissy e hicimos nuestras obligaciones. Trabajé tanto y tan de prisa, que hasta Sissy lo comentó. Al salir de mi última habitación, me encontré a la abuela Cutler esperando. Oh, no, pensé. Me va a dar otro encargo y no podré ir a donde está Jimmy. Aguanté la respiración.

—Aparentemente, el collar de Mrs. Clairmont ha aparecido milagrosamente —dijo con sus ojos metálicos clavados en mí.

—Nunca lo cogí —contesté firmemente.

—Espero que nunca vuelva a desaparecer nada de aquí —replicó y continuó por el pasillo, taconeando.

No regresé a mi habitación para cambiarme de uniforme. Teniendo mucho cuidado, salí por la parte trasera del hotel y me deslicé al escondite de Philip.

Era un cálido día de verano tan brillante, que deseé poder sacar a Jimmy de la oscura habitación del sótano y caminar con él por los jardines, con sus flores de los colores del arco iris y las relucientes fuentes. La noche anterior me había parecido tan pálido y cansado. Necesitaba estar bajo la caliente luz del sol. El sol sobre la cara siempre me había alegrado, por muy duro y triste que fuese el día.

Justo cuando llegaba a la escalera de cemento, vi a algunos huéspedes charlando allí cerca, de manera que esperé a que se alejasen antes de descender. Cuando abrí la puerta y entré, encontré a Jimmy bien descansado y esperándome ansiosamente. Estaba sentado en la cama e irradiaba una amplia y feliz sonrisa.

—Philip ya estuvo aquí con el desayuno y me dio veinte dólares para mi viaje a Georgia —me dijo. Se echó hacia atrás riéndose.

—¿Qué?

—Estás graciosa con ese uniforme y el pañuelo. Tu placa parece una medalla que te haya dado tu abuela.

—Me alegro de que te guste —le dije—. Yo lo odio —añadí y me solté el pelo sacudiéndomelo tan pronto como me quité el pañuelo—. ¿Has dormido bien?

—Ni siquiera me acuerdo de cuándo te fuiste, y cuando me desperté esta mañana, me olvidé de dónde estaba por un momento. Entonces me volví a dormir. ¿Por qué te escapaste?

—Te dormiste bastante rápido, de manera que decidí dejarte descansar.

—No me desperté otra vez esta mañana hasta que Philip vino. Ya ves lo cansado que estaba. Había estado viajando durante veinticuatro horas seguidas durante dos días. Dormía en la cuneta del camino un par de horas cada noche —reconoció.

—Oh, Jimmy. Podías haberte hecho daño.

—No me importaba —dijo—. Estaba decidido a llegar aquí. Así que, ¿qué hace una camarera? Háblame sobre este hotel. No vi mucho anoche. ¿Es un sitio agradable?

Le describí mi trabajo y cómo era el hotel. Pasé a contarle sobre el personal, especialmente sobre Mrs. Boston y Sissy, pero él estaba interesado principalmente en mi madre y mi padre.

—¿Exactamente qué es lo que le pasa?

—No lo sé seguro, Jimmy. No tiene aspecto de estar enferma. La mayor parte del tiempo parece tan bella, aun cuando está en la cama con sus dolores de cabeza. Mi padre la trata como si fuese una frágil muñequita.

—¿Así que es tu abuela la que verdaderamente dirige el hotel?

—Sí. Todo el mundo le tiene miedo y hasta temen hablar mal de ella entre ellos. Mrs. Boston dice que es dura pero justa. Pienso que conmigo no ha sido muy justa —comenté tristemente.

Le conté sobre la lápida. Me escuchó con los ojos asombrados cuando le expliqué lo que sabía sobre mi simbólico funeral.

—¿Pero cómo sabes que la lápida sigue ahí? —preguntó.

—Lo estaba cuando llegué. Nadie me ha dicho otra cosa.

—No lo harían. Simplemente la quitarían, estoy seguro. Se sentó en la cama, apoyando los hombros contra la pared y pareció pensativo.

—Hizo falta mucha sangre fría para que Padre robase un bebé bajo los ojos de su niñera —comentó.

—Eso es lo que yo pensé —le dije contenta de que a él también le fuese difícil crearlo.

—Naturalmente que él podía haber estado bebiendo...

—Entonces no hubiese tenido tanto cuidado y seguro que lo hubiesen oído.

Jimmy asintió.

—¿Tú tampoco crees que fuera capaz de hacer una cosa así, Jimmy? No en lo profundo de tu corazón.

—Lo confesó. Lo cogieron convicto y confeso. Y tampoco trató de negárnoslo. —Bajó los ojos tristemente—. Supongo que me debo poner en camino.

Mi corazón se detuvo, mis pensamientos se lanzaron en un vuelo desesperado queriendo ir con Jimmy y escapar de esta prisión. Me sentía atrapada y necesitaba buscar el viento, para que abanicase mi pelo y me acariciase la piel y me hiciese sentir viva y libre nuevamente.

—Pero Jimmy, ibas a quedarte unos cuantos días y descansar.

—Me cogerán aquí y crearé problemas para ti y para Philip.

—¡No! ¡No crearás problemas! —exclamé—. No quiero que te vayas todavía, Jimmy. Por favor, quédate. —Levantó sus ojos para mirar los míos. En ambos estaba creciendo un caos de emociones turbulentas.

—Algunas veces —dijo Jimmy con la voz más cálida y suave que le había oído nunca—, solía desear que no fueses mi hermana.

—¿Por qué? —pregunté conteniendo la respiración.

—Yo... Pensaba que eras tan bonita que deseaba que pudieses ser mi novia —confesó—. Tú siempre me ibas detrás para que eligiese ésta o aquella amiga tuya, para que fuese mi novia, pero yo no quería a nadie más que a ti. —Miró hacia otro lado—. Por eso estaba tan celoso y molesto cuando empezaste a interesarte por Philip.

Por un momento no supe qué decir. Mi primer impulso fue rodearlo con mis brazos y depositar en su rostro un millón de besos. Deseaba apoyar su cabeza contra mi pecho y acariciarla ahí.

—Oh, Jimmy —le dije con los ojos llenándose de lágrimas abundantemente otra vez—. No es justo. Todo este enredo. No está bien.

—Lo sé —me dijo—. Pero cuando supe que no eras realmente mi hermana, no pude evitar sentirme feliz a la vez que triste. Por supuesto que me disgustaba que nos separasen, pero esperaba... Ah, no debería tener esperanzas —añadió rápidamente y miró hacia otro lado otra vez.

—No, Jimmy. Puedes tener esperanzas. ¿Qué es lo que esperabas? Dímelo, por favor. —Miró hacia abajo, con la cara sonrojada—. No me reiré.

—Sé que no te reirás, Dawn. Nunca te reirás de mí. No puedo evitar sentirme avergonzado al pensarlo, mucho más al decirlo.

—Dilo, Jimmy. Quiero que lo digas —repliqué en un tono mucho más exigente. Se volvió y me miró, y su mirada recorrió mi cara como si quisiese retenerme en su mente para siempre.

—Esperaba que si me escapaba y permanecía lejos el tiempo suficiente, dejarías de pensar en mí como un hermano y algún día regresaría y me considerarías como un... un novio.

Por un momento fue como si el mundo se hubiese detenido sobre su eje, como si todo el sonido del universo se hubiese apagado, como si los pájaros hubiesen quedado inmóviles en el aire y los coches y la gente también. No había aire, el océano parecía de cristal, las olas subían y bajaban, la marea se había detenido justo en la playa. Todo aguardaba por nosotros.

Jimmy había dicho las palabras que habían permanecido silentes en nuestros corazones durante años y años, porque nuestros corazones supieron la verdad mucho antes que nosotros y seguían alimentando sentimientos que creíamos eran sucios y prohibidos.

¿Podría hacer lo que él había soñado que haría, mirarle a la cara y no verle como a mi hermano, no considerar a contacto, cada beso como un pecado?

—Ahora puedes ver por qué tengo que irme —me dijo severamente y se levantó.

—No, Jimmy. —Extendí la mano cogiéndole por la muñeca—. No sé si alguna vez podré hacer lo que tú esperas, pero no lo vamos a averiguar si estamos separados. Siempre vamos a estar preguntándonos y preguntándonos, hasta que el preguntarnos sea demasiado y dejemos de querernos.

Él negó con la cabeza.

—Nunca dejaré de quererte, Dawn —dijo con tanta firmeza que se llevó cualquier resto de duda—. Por muy lejos que esté o por mucho tiempo que pase. Nunca.

—No huyas, Jimmy —le supliqué—. Me aferré a su muñeca y su cuerpo finalmente se relajó. De nuevo se dejó caer sobre la cama y nos sentamos allí el uno junto al otro sin hablar, yo asiendo su muñeca, él mirando hacia delante, con el pecho moviéndosele rítmicamente por su propia excitación.

—El corazón me está latiendo tan fuerte —murmuré y apoyé mi frente sobre su hombro. Ahora cada vez que nos tocábamos, sentía una estela de calor pasar por mi cuerpo. Me sentía febril.

—El mío también —contestó. Puse mi mano sobre su pecho e hice presión sobre su corazón para sentir los latidos y entonces levanté su mano y la traje a mi pecho para que él pudiese sentir el mío.

En el momento en que sus dedos apretaron mi pecho, cerró los ojos fuertemente, como alguien que tiene un dolor.

—Jimmy —dije suavemente—, no sé si alguna vez podría ser tu novia, pero no quiero estar siempre preguntándomelo.

Lentamente, él giró su cara hacia la mía. Nuestros labios estaban separados por unos centímetros. Fui yo la que primero se movió hacia él pero entonces se adelantó hacia mí y nos besamos en los labios por primera vez como podrían besarse cualquier chico y chica. Todos nuestros años como hermano y hermana cayeron como una lluvia alrededor nuestro, amenazando ahogarnos en una culpabilidad oscura y sombría pero seguimos abrazados el uno al otro.

Cuando nos separamos, él se quedó mirándome con una cara esculpida en seriedad, sin una arruga, sus ojos oscuros buscando en los míos alguna señal. Yo sonreí y su cuerpo se relajó.

—No nos han presentado como es debido —dije.

—¿Eh?

—Soy Dawn Cutler. ¿Cómo te llamas? —Él movió la cabeza—. ¿Jimmy qué?

—Muy chistoso.

—No es chistoso, Jimmy —repliqué—. Nos estamos conociendo por primera vez en cierto modo. ¿No es así? Quizá si hiciéramos ver...

—Tú siempre quieres hacer ver. —Movié la cabeza nuevamente.

—Pruébalo, Jimmy. Pruébalo una vez. Por mí. Por favor.

Él suspiró.

—De acuerdo. Soy James Longchamp de los conocidos Longchamp sureños, pero puedes llamarme Jimmy.

Solté una risita.

—¿Lo ves? No fue tan difícil de hacer. —Me acosté en mi lado y le miré. Su sonrisa se amplió extendiéndose por su rostro e iluminando sus ojos.

—Estás loca, pero eres tan especial —dijo, pasando sus dedos por mi brazo. Me tocó el cuello y cerré los ojos. Le sentí inclinarse y después sentí sus labios sobre mi mejilla y un momento más tarde sobre los míos.

Sus manos se movieron sobre mis pechos. Gemí y levanté los brazos para traerlo sobre mí. Todo el tiempo mientras nos besábamos y acariciábamos, seguí ahogando la voz que trataba de gritarme que éste era Jimmy, mi hermano, Jimmy. Si él tenía pensamientos parecidos respecto a mí, también fueron aplastados, mantenidos bajo el agua por la creciente pasión y la excitación al tocarse nuestros cuerpos, mientras nuestras manos y brazos nos sujetaban apretadamente el uno contra el otro.

Estaba nuevamente en ese carrusel de emociones, sólo que estaba girando más de prisa que nunca y me estaba mareando tanto que creí que iba a desmayarme. Ni siquiera me di cuenta de que él había desabrochado mi uniforme y sus dedos habían viajado bajo mi sujetador hasta que sentí las puntas de sus dedos deslizándose sobre mis endurecidos pezones. Quería que se detuviese y quería que continuase.

Abrí los ojos y le miré a la cara. Tenía los ojos cerrados, parecía perdido en un sueño. Un quejido ahogado se escapó de sus labios, era más bien un gemido. Mientras la falda de mi uniforme subía por mis muslos, él se deslizó entre mis piernas y sentí su parte masculina endurecerse contra mí. El pánico subió a mi pecho.

—¡Jimmy!

Se detuvo y abrió los ojos. De repente se llenaron de sobresalto al darse cuenta de lo que había hecho y de lo que estaba haciendo. Se retiró rápidamente y se volvió a otro lado. Mi corazón estaba martilleando contra mi pecho, haciéndome difícil respirar. Tan pronto como lo conseguí, puse mi mano en su espalda.

Pero él se alejó, como si mi mano estuviese ardiendo, manteniéndose de espaldas a mí.

—Está bien, Jimmy —dije suavemente. Movié la cabeza.

—Lo siento.

—Está bien. Es que me asusté. No es por lo que éramos el uno para el otro. Me hubiera asustado fueras quien fueras.

Se volvió y me miró escéptico.

—De verdad —le dije.

—Pero no puedes dejar de pensar en mí como tu hermano, ¿verdad? —preguntó. Sus ojos se oscurecieron al anticipar la desilusión, creando arrugas en su frente.

—No lo sé, Jimmy —le dije honradamente. Parecía como si fuese a llorar—. No es algo que pueda hacerse de prisa, pero... Me gustaría probarlo —añadí. Eso le agradó y le devolvió la sonrisa—. ¿Te quedarás un poco más de tiempo?

—Bueno —contestó—. Tengo algunas citas importantes con mis socios en Atlanta, pero supongo que puedo arreglármelas para unos cuantos días más...

—Ves —dije rápidamente—, el hacer ver tampoco es difícil para ti.

Se rió y se acostó nuevamente a mi lado.

—Es el efecto que me produce, Dawn. Siempre has alejado de mis ojos la oscuridad y la tristeza. —Trazó mis labios con su índice y volvió a ponerse serio—. Si solamente pudiese salir algo bueno de todo esto...

—Saldrá algo bueno, Jimmy. Ya lo verás —le prometí. Él asintió.

—No me importa quiénes son tus verdaderos padres, ni lo que diga tu abuela. Dawn tiene que ser tu nombre. Traes el sol a los lugares más oscuros.

Ambos cerramos los ojos y comenzamos a acercar nuestros labios de nuevo, cuando repentinamente la puerta del escondite se abrió de golpe y nos giramos para contemplar a Clara Sue en la puerta, con las manos en las caderas, y una alegre sonrisa de satisfacción sobre sus labios torcidos.

## VIOLACIONES

—¡Qué sorpresa tan agradable! —ronroneó Clara Sue, entrando en la habitación como quien da un paseo—. Vine esperando encontrarte con Philip, pero en lugar de eso me encuentro con tu... —Se quedó observándonos un momento y después sonrió—. ¿Cómo debemos de llamarle? ¿Hermano? ¿Novio? —Se echó a reír—. ¿Quizá las dos cosas?

—¡Cállate! —respondió Jimmy instantáneamente mientras se le agolpaba la sangre en la cara.

—Clara Sue, por favor —supliqué—. Jimmy ha tenido que huir de un terrible padre adoptivo. Ha pasado una temporada horrorosa y ahora está camino de Georgia para irse a vivir con sus parientes.

Lanzó su mirada sobre mí y dejó florecer el odio en sus ojos. Después apoyó las manos en las caderas.

—La abuela me envió a buscarte —dijo—. Algunos críos se pelearon tirándose la comida en la cafetería y hacen falta todas las camareras para ayudar a limpiar. —Miró otra vez a Jimmy mientras una sonrisa maliciosa torcía de nuevo sus labios—. ¿Cuánto tiempo piensas seguir teniéndolo aquí escondido? La abuela se pondría furiosa si lo supiese —dijo en un tono en el que había una clara nota de amenaza.

—Ya me voy —contestó Jimmy—. No tienes que preocuparte.

—No soy yo la que tiene que preocuparse —se burló.

—Jimmy, no te vayas todavía —dije suplicándole con los ojos que no se fuese.

—Está bien —dijo de repente Clara Sue en un tono de voz mucho más suave y amable—. Puede quedarse. No se lo diré a nadie. Podría ser divertido.

—No tiene nada de divertido —contestó Jimmy—. No quiero que los demás tengan problemas por mi culpa.

—¿Sabe Philip todo esto? —preguntó Clara Sue.

—Él fue el que lo trajo aquí —contesté logrando que la burla de su rostro se cambiase por una mirada de indignación. Sus manos volaron a sus caderas.

—Nadie me cuenta nada —se lamentó—. Llegas tú y todo el mundo se olvida de que formo parte de la familia. Más vale que entres antes de que la abuela mande otra persona a buscarte a ti también —me advirtió, volviendo a poner los ojos duros y fríos.

—Jimmy, ¿verdad que no te irás? —pregunté. Él miró a Clara Sue y negó con la cabeza.

—Esperaré —dijo—. Siempre que ella prometa no decirlo y meterte en un lío.

Miré implorante a Clara Sue. Deseaba destrozarla por tratar de crearme problemas con el asunto del collar, pero tenía que mantener la lengua pegada al paladar. Para proteger a Jimmy yo tenía que permanecer bajo su bota.

—He dicho que no lo diría, ¿no es así?

—Gracias, Clara Sue. —Me volví de nuevo a Jimmy—. Volveré tan pronto como pueda —prometí y me dirigí a la salida. Clara Sue se demoró detrás de mí mirando a Jimmy. Él la ignoró y regresó a su cama.

—Caramba, cuánto le gustaría a Louise Williams saber que está aquí. Vendría inmediatamente. —Se echó a reír pero Jimmy ni siquiera la miró ni dijo nada, así que ella dio media vuelta y me siguió.

—Por favor, ayúdanos, Clara Sue —supliqué mientras subíamos la escalera de cemento—. Jimmy ha pasado una temporada terrible viviendo con un hombre cruel. Tuvo que hacer autostop y paso días sin comer. Necesita descansar.

No dijo nada por el momento y después sonrió.

—Qué suerte que Mrs. Clairmont encontrara su collar —me dijo.

—Sí, qué suerte. —La falta de afecto entre nosotras quedaba demostrada en el odio con que nos mirábamos.

—Está bien, te ayudaré —me dijo frunciendo los ojos—. Siempre que tu me ayudes a mí.

—¿En qué puedo ayudarte? —pregunté sorprendida. Papá y mamá le compraban todo lo que quería. Vivía arriba en una suite cálida y confortable y tenía un empleo agradable en el hotel y podía ir bien vestida y estar bonita y limpia todo el día.

—Lo veré. Más vale que te des prisa en llegar a la cafetería antes de que la abuela me culpe por no encontrarte y quiera saber por qué me he demorado.

Obedientemente me dirigí hacia el frente del edificio sintiéndome como una marioneta cuyos hilos estaban en los odiosos dedos de Clara Sue.

—¡Espera! —exclamó—. Sé algo que puedes hacer por mí inmediatamente.

Me giré con miedo.

—¿Qué?

—La abuela está disgustada por la forma en que tengo la habitación. Cree que le doy demasiado trabajo a Mrs. Boston y piensa que soy desorganizada y desordenada. No sé por qué se preocupa tanto por Mrs. Boston. Es parte del servicio —dijo sacudiendo la cabeza—. De cualquier forma, cuando termines en la cafetería, ve a mi habitación y arréglala. Yo iré más tarde para ver cómo lo has hecho.

»¡Y no te lleves nada! —añadió sonriendo—. Ningún collar.

Giró sobre sus talones, como si fuera mi sargento instructor y se fue en dirección opuesta. Sentí que el calor me subía por el cuello. ¿Cómo podía pensar que iba a convertirme en su doncella personal? Tuve ganas de correr tras ella y tirarle del pelo, pero miré hacia el escondite y pensé en el pobre Jimmy. Todo lo que iba a conseguir

era crear una conmoción y hacer que Jimmy tuviera que irse. Frustrada y furiosa, me fui a ayudar a los otros a limpiar la cafetería.

Clara Sue no había exagerado. Estaba hecha una porquería con *ketchup* y patatas fritas, leche y mostaza, helado y batido salpicados por las paredes y las mesas. Yo había visto una pelea con comida en la cafetería de uno de los colegios a los que Jimmy y yo habíamos ido, pero no pareció quedar tan sucio como esto. Por supuesto, no tuve que limpiar toda la suciedad de la del colegio, pero ahora sentí pena por el personal que trabajaba allí.

—Son algunos de esos niños ricos malcriados que vienen aquí —murmuró Sissy tan pronto como llegué y empecé a limpiar una de las mesas. Había trozos de comida por todas partes. Tenía que pasar por encima de charcos de leche y de *ketchup* en el suelo—. Creyeron que había sido muy gracioso, incluso cuando todo terminó y quedó ésta porquería. Atravesaron el hotel riéndose. Mrs. Cutler estaba tan enfadada que era para atarla. Dice que los nuevos miembros de las familias no son lo que eran los antiguos miembros. Los antiguos tenían más clase y no permitían que sus hijos se comportaran así. Eso es lo que nos dijo.

La abuela apareció en la puerta poco después y nos observó trabajar. Cuando terminamos, ella y Mr. Stanley, inspeccionaron el lugar, para asegurarse de que había sido arreglado como era debido. Pensé en ir a hacer la habitación de Clara Sue inmediatamente, pero Mr. Stanley nos dijo a Sissy y a mí que fuéramos a la lavandería para ayudar a lavar y secar las mantelerías. Eso nos llevó más de dos horas. Trabajé todo lo que pude y tan rápido como pude, dándome cuenta de que Jimmy estaba solo, encerrado en el escondite, esperando mi retorno. Tenía miedo de que se marchara antes de que yo llegara.

Tan pronto como terminamos en la lavandería, intenté salir para verle, pero Clara Sue me pescó yendo hacia el pasillo en dirección a la salida. Me estaba buscando.

—Tienes que ir a arreglar mi cuarto —me pidió urgentemente—. La abuela va a subir más tarde para ver cómo lo he arreglado.

—Bien, ¿por qué no lo arreglas tú?

—Tengo que jugar con los niños de unos huéspedes importantes. Además, tú limpias mejor. Hazlo. A no ser que quieras que no os ayude a Jimmy y a ti —indicó sonriendo.

—¡Jimmy necesita almorzar algo! —exclamé—. No voy a dejarlo todo el día sin comer.

—No te preocupes. Me encargaré de llevarle algo —dijo.

—Debes de tener cuidado de que no te vea nadie llevándole comida —la avisé.

—Creo que tengo más cuidado del que tú tienes, Eugenia —comentó y se marchó riéndose.

La abuela Cutler tenía razón en una cosa: Clara Sue era una desordenada. Su ropa

estaba tirada por todos lados, las braguitas y los sujetadores encima de las sillas, los zapatos debajo de la cama y delante del armario en lugar de estar dentro de éste, faldas y blusas por el suelo, blusas colgadas en la cabecera de la cama y en la parte de atrás del tocador. ¡Y el tocador! El maquillaje y las cremas estaban sin tapar. Había manchas de cremas y de polvos sobre la mesa. Incluso el espejo estaba manchado.

No había hecho su cama y la tenía cubierta por revistas de modas y de artistas de cine. Encontré un pendiente bajo la colcha y busqué en vano por todos sitios para encontrar su pareja. Todas sus joyas estaban desparramadas, algunas sobre la mesa, otras en el tocador y aun otras sobre la cómoda.

Todos los cajones de la cómoda estaban abiertos y de algunos sobresalían braguitas y medias. Cuando empecé a introducir cosas en los cajones, vi que estaba todo mezclado, las medias con braguitas, las camisetas con las medias. Moví la cabeza. Había mucho que hacer. No era extraño que la abuela Cutler estuviera furiosa.

¡Y cuando abrí la puerta del armario! La ropa no había sido colgada apropiadamente, de forma que las faldas y los pantalones, las blusas y las chaquetas estaban colgadas a medias en las perchas. Alguna ropa se había caído al suelo y se apilaba en montones. Clara Sue no tenía el menor aprecio por sus cosas, pensé. Todo lo había obtenido muy fácilmente.

Me pasé más de dos horas ordenando su habitación pero cuando terminé estaba limpia, ordenada, sin una mancha. Estaba agotada, pero salí rápidamente y di la vuelta a la parte de atrás del hotel para ver a Jimmy.

Sin embargo, cuando entré en el escondite, no estaba allí. La puerta del cuarto de baño estaba abierta, de manera que pude ver que no se encontraba allí. Se había aburrido de esperarme, pensé dolorosamente, y se había escapado de nuevo. Me derrumbé sobre la cama. Jimmy se había ido, quizá no le vería nunca más, ni sabría nada más de él. No pude evitar que me brotaran las lágrimas. Todas mis frustraciones, cansancio e infelicidad conspiraron contra mí. Lloré histéricamente, mis hombros se levantaban, me dolía el pecho. La habitación húmeda y oscura se cerró sobre mí mientras gemía. Toda nuestra vida habíamos estado atrapados en sitios pequeños y desvencijados. No culpaba a Jimmy de haberse escapado de éste. Tomé la resolución de no volver por aquí.

Finalmente, exhausta de llorar, me levanté y me limpié las mejillas manchadas por las lágrimas con el dorso de las manos, que estaban sucias y polvorientas de toda la limpieza que había llevado a cabo. Con la cabeza inclinada me dirigí a la puerta, pero justo antes de llegar a ella, Jimmy entró.

—¡Jimmy! ¿Dónde estabas? ¡Pensé que te habías ido a Georgia sin despedirte!

—Dawn, deberías saber que no te haría eso.

—Bien, ¿dónde estabas? Te podían haber visto y... —Había una mirada extraña

en sus ojos—. ¿Qué te pasó?

—Estaba huyendo en realidad —dijo bajando la cabeza con aspecto avergonzado—. Estaba huyendo de Clara Sue.

—¿Qué? —Le seguí a la cama—. ¿Qué hizo? ¿Qué ocurrió?

—Bajó con un poco de almuerzo para mí y se quedó mientras comía, hablando de tonterías sobre Louise y las otras chicas y haciendo un montón de preguntas desagradables sobre ti y sobre mí y sobre cómo vivíamos juntos. Me iba enfadando cada vez más y más, pero me controlé porque no quería que te causara más problemas.

—Entonces... —Desvió los ojos y se sentó.

—Entonces, ¿qué? —pregunté sentándome a su lado.

—Se puso insinuante.

—¿Qué quieres decir, Jimmy? —El corazón se me aceleró.

—Quería que... la besara y todo eso. Finalmente le dije que tenía que salir un poco y me escapé. Me escondí junto al campo de béisbol hasta que estuve seguro de que se había ido y entonces volví furtivamente. No te preocupes. Nadie me vio ni me prestó ninguna atención.

—Oh, Jimmy.

—No pasó nada —dijo—, pero creo que debo irme antes de que ella haga que las cosas empeoren.

Miré hacia abajo, pues las lágrimas se me volvían a formar.

—Eh —me dijo, alcanzándome la barbilla y levantándomela—. No recuerdo haberte visto nunca tan triste.

—No lo puedo evitar, Jimmy. Después de que te vayas, me voy a sentir fatal. Cuando llegué aquí, al principio creí que te habías ido...

—Ya veo. —Se echó a reír, se levantó y fue al cuarto de baño. Dejó correr el agua sobre una pequeña toalla y volvió para lavarme las mejillas. Le sonreí y él se inclinó hacia delante para plantar un suave beso en mis labios—. Está bien —dijo—. Me quedaré una noche más y me iré en algún momento mañana.

—Me alegro, Jimmy. Me escaparé y cenaré contigo —exclamé emocionadamente— y después bajaré y... pasaré la noche contigo. Nadie lo sabrá —añadí rápidamente cuando adquirió un aspecto preocupado.

Él asintió.

—Ten cuidado. Siento como si te estuviera causando grandes problemas y ya has tenido más de tu ración gracias: a la familia Longchamp.

—No vuelvas a decir eso, Jimmy. Ya sé que se supone que debo estar más feliz aquí, porque soy una Cutler y a mi familia le va bien, pero no voy a dejar de quererlos, ni ahora ni nunca, a ti y a Fern. Nunca. No me importa. Nunca dejaré de hacerlo —insistí.

—De acuerdo —contestó—. Nunca dejes de hacerlo.

—Voy a lavarme y a cambiarme y a que me vean por el hotel, para que nadie sospeche nada —dije—. Comeré con el personal, pero no en exceso. Guardaré el apetito para comer contigo. —Me puse de pie y le miré—. ¿Estarás bien?

—¿Yo? Seguro. Aquí se carga la atmósfera, pero dejaré la puerta abierta parcialmente. Y después, cuando esté bien oscuro, puede que me llegue hasta esa gran piscina y que nade un poco.

—Nadaré contigo —le dije. Me dirigí hacia la puerta y apenas había llegado regresé—. Me alegro mucho que hayas venido, Jimmy, mucho.

Él irradió hacia mí su más amplia y radiante sonrisa, que hizo desaparecer toda la frustración y la fatiga que estaba sufriendo por tenerlo allí. Entonces me apresuré a salir y me marché animada con la promesa de pasar una vez más una noche con Jimmy. Oí a mi abuela y a Mrs. Boston hablando en el pasillo. Acababan de venir de arriba donde habían estado inspeccionando la habitación de Clara Sue. Permanecí al otro lado de la puerta hasta que vi pasar a mi abuela, con su cara tan firme que parecía una talla. Qué derecha se mantenía, pensé, su postura tan perfecta cuando caminaba. Comunicaba tanta autoridad y seguridad en sí misma que yo estaba segura que ni una mosca se atrevería a cruzarse en su camino.

Tan pronto como hubo pasado volví a entrar y comencé a caminar por el corredor pero al pasar por el cuarto de estar, Mrs. Boston asomó la cabeza y me llamó.

—Ahora vas a decirme la verdad —me dijo al acercarme. Levantó la mirada hacia las suites de la familia que estaban arriba—. ¿Verdad que fuiste tú la que limpió y arregló la habitación de Miss Clara Sue?

Dudé. ¿Iba a meterme ahora en más líos?

—Jamás hizo nada tan bien esa niña. —Mrs. Boston cruzó los brazos bajo su pecho y me miró con sospecha—. Vamos a ver. ¿Qué te dio o que te prometió para conseguir que hicieras eso?

—Nada. Lo hice como un favor —dije pero retiré la mirada demasiado pronto. Nunca había sabido mentir bien y odiaba intentarlo.

—Cualquier cosa que sea lo que te prometió no debiste de haberlo hecho. Siempre está tratando de conseguir que alguien haga las cosas por ella. Mrs. Cutler está tratando de que sea más responsable. Por eso le ordenó que arreglase su habitación antes de la comida.

Me dijo que la abuela Cutler estaba furiosa porque estaba dejando demasiadas cosas para que las hiciese usted.

—Bueno, Dios sabe que eso también es verdad. Esa chica ensucia bastante como para necesitar dos personas como yo. Siempre lo ha hecho desde el día en que nació —me dijo. Esto me hizo pensar.

—Mrs. Boston, usted estaba aquí cuando me robaron, ¿no es verdad? —le

pregunté rápidamente.

Frunció los ojos y vi un ligero temblor en los labios.

—Sí.

—¿Conoció usted a la mujer que me cuidó durante ese corto tiempo... la enfermera Dalton?

—La conocí antes y después. Todavía vive pero ahora es ella la que necesita una enfermera.

—¿Por qué?

—Es una inválida que sufre de diabetes. Vive con su hija justo en las afueras de Cutler's Cove. —Hizo una pausa y me miró con desconfianza—. ¿Por qué me haces estas preguntas? No hay motivo para recordar los malos tiempos.

—Pero, ¿cómo pudo mi padre... quiero decir Ormand Longchamp, robarme bajo las narices de mi niñera? ¿Recuerda usted los detalles? —insistí.

—No recuerdo ningún detalle y además no me gusta sacar a relucir los malos tiempos. Sucedió y ahora está pasado y terminado. Ahora tengo que ponerme en marcha y terminar mi trabajo. —Se dirigió hacia fuera.

Intrigada por su reacción a mis preguntas permanecí contemplándola mientras se alejaba.

¿Cómo podía haber olvidado los detalles de mi secuestro? Si había conocido a la enfermera Dalton y aún la trataba, ella tenía que saber con seguridad cómo había ocurrido todo. ¿Por qué se ponía tan nerviosa cuando yo hacía preguntas?, me asombré.

Me hacía perseguir las respuestas con mayor decisión.

Me apresuré a quitarme el uniforme sucio y lavarme. Quería tomar una larga ducha caliente y lavarme el pelo para que estuviera fresco y limpio para Jimmy. Escogí uno de los conjuntos más bonitos heredados de Clara Sue y me cepillé el pelo hasta que brillara como antes de que todo esto hubiera ocurrido. Ésta podía ser la última noche que Jimmy, y yo pasásemos juntos en años, pensé. Lo que quería era devolverle recuerdos más felices, ayudarle a recordar los tiempos en que éramos menos tristes y estábamos llenos de esperanza. Necesitaba revivir los recuerdos, tanto por él como por mí misma.

Tan pronto como llegué a mi habitación, me quité el uniforme y lo tiré en un rincón. Me saqué la ropa interior, los zapatos y las medias. Entonces me envolví el cuerpo con una toalla y fui al pequeño baño. El agua caliente siempre tardaba unos cuantos minutos en salir, de manera que la abrí y esperé, cuando de repente la puerta del cuarto de baño se abrió de golpe detrás mío.

Me sobresalté y rápidamente tomé la toalla para envolverme otra vez. Philip, sonriendo coquetamente, con los ojos grandes y brillantes, entró y cerró la puerta.

—Philip, ¿qué estás haciendo? ¡Me estoy duchando! —grité.

—¿Y qué? Adelante. No me importa. —Cruzó los brazos sobre el pecho y se apoyó contra la puerta provocativamente.

—Sal de aquí, Philip, antes de que alguien pase por aquí y te oiga aquí dentro.

—Nadie va a venir —dijo con calma—. La abuela está ocupada con los huéspedes. Papá está en su despacho, Clara Sue está con sus amigas y mamá... Mamá está debatiendo consigo misma si está lo bastante bien o no para ir al comedor esta noche. Estamos tranquilos —dijo sonriendo de nuevo.

—No estamos tranquilos. No te quiero aquí. Por favor... Vete —supliqué.

Continuó mirándome y, sus ojos me recorrieron de pies a cabeza con placer. Apreté la toalla alrededor de mi cuerpo, pero era demasiado pequeña para cubrirme adecuadamente. Cuando la subía para cubrirme los pechos, me descubría demasiado los muslos y cuando la bajaba, la mayor parte de mis pechos quedaban al descubierto.

Philip se pasó la lengua por los labios, como si terminase de comer algo delicioso. Después sonrió con malicia y dio un paso hacia mí. Retrocedí hasta que tropecé con la pared.

—¿Qué estás haciendo, lavándote y vistiéndote para Jimmy?

—Yo... estoy preparándome para cenar. He trabajado mucho hoy y no estoy demasiado limpia. Vete. Por favor.

—Para mí estás suficientemente limpia —dijo.

Me encogí mientras se aproximaba. En un momento me tuvo apresada en sus brazos, con las palmas de las manos apoyadas contra la pared para prevenir que me escapase. Sus labios rozaron mi mejilla.

—Philip, ¿estás olvidando lo que somos ahora y lo que ha ocurrido?

—No estoy olvidando nada, especialmente —explicó besando mi frente y moviendo después sus labios hacia los míos—, nuestra noche bajo las estrellas, cuándo fuimos rudamente interrumpidos por los idiotas de mis amigos. Estaba a punto de enseñarte cosas, cosas que debes de saber a tu edad. Soy un gran maestro, ¿sabes? Estarás agradecida y no querrás aprenderlas de cualquiera, ¿verdad? —Dejó caer la mano derecha hacia mi hombro—. Ya lo has probado —dijo suavemente, con los ojos fijos en mí ¿Cómo es posible que no quieras más?

—Philip, no puedes. No podemos. Por favor...

—Podemos, siempre y cuando sepamos cuándo detenernos, y te prometo que yo sé cuándo hacerlo. Yo también sé mantener mis promesas. Estoy manteniendo la promesa de ayudarte con Jimmy, ¿no es cierto? —comentó levantando las cejas para recalcar su punto de vista.

Oh, no, pensé. Philip también, no. Ambos, él y Clara Sue, estaban aprovechándose de los problemas de Jimmy para obligarme a hacer estas cosas.

—Philip, por favor —supliqué—. Esto ya no parece estar bien. No lo puedo

evitar. Lamento tanto como tú que esto haya resultado así, créeme, pero no hay nada más que podamos hacer que aceptarlo.

—Yo lo acepto. Lo acepto como otro reto —dijo bajando más la mano y deslizando los dedos a lo largo del borde de mi toalla.

Me aferré a ésta desesperadamente.

—Pero no es justo. —Su cara de pronto se transformó en un rostro oscuro y furioso—. Tú sabías cuánto deseaba tocarte y abrazarte y tú permitiste que yo creyera que ocurriría.

—Pero no ha sido culpa mía.

—No ha sido culpa de nadie... O quizá fue la culpa de tu otro padre, pero ¿a quién le importa ahora? Como dije —continuó introduciendo su dedo índice por debajo del borde de mi toalla—, no tenemos que ir tan lejos como los hombres y mujeres que no tienen ningún parentesco. No tendrá ninguna trascendencia, pero yo te había prometido que te enseñaría...

—No necesito aprender nada.

—Pero quiero enseñarte —insistió bajando la toalla ya que la tenía mal cogida. Traté de escaparme, pero mi gesto sólo le ayudó para asirla mejor y la toalla resbaló de mis pechos. Sus ojos se ensancharon apreciativamente.

—¡Philip, detente! —grité. Me cogió por la parte de atrás de los codos, sujetándome hacia atrás.

—Si alguien te oye, entonces sí que tendremos problemas —me avisó—, tú, yo y especialmente Jimmy. —Llevó los labios a mis pezones, moviéndose rápidamente del uno al otro y al primero otra vez.

Cerré los ojos tratando de negarme que esto estaba ocurriendo. Una vez había soñado que me abrazaba y me amaba, pero esto era retorcido y cruel. Mi pobre cuerpo confundido respondía a sus caricias, se estremecía en lugares donde no había sentido antes, pero mi mente gritaba: ¡No! Me sentía como alguien que se hundía en un pantano cálido y relajante. Durante unos momentos la sensación fue buena, pero sólo presagiaba problemas.

Continué retorciéndome y revolviéndome bajo la presión de sus dedos, similares a unas tenazas. La punta de su lengua trazó una línea entre un pecho y el otro y entonces empezó a inclinar el cuerpo, abriendo un camino de besos que llegó a mi estómago, hasta que alcanzó el borde de la toalla que apenas se mantenía alrededor de mi cintura. Yo la sujetaba con la punta de los dedos. Mordió la toalla y tiró de ella como un perro rabioso.

—Philip, para, por favor —supliqué.

Con un fuerte tirón, me quitó la toalla y la dejó caer a mis pies. Entonces me miró, con los ojos enloquecidos por el deseo. El brillo en ellos fue suficiente para lanzar a mi corazón en una carrera y hacerlo latir aún más fuerte de lo que ya lo

hacía.

Imposibilitada de evitarle porque me tenía atrapada contra la pared, me llevé las manos a la cara tan pronto como él soltó mis brazos para abrazar mis muslos y atraerlos a su rostro. Sentí que las piernas se me derrumbaban y me deslicé por la pared hasta el suelo, manteniendo las manos sobre la cara.

—Dawn —dijo respirando pesada y fuertemente—. Es tan agradable abrazarte. No tenemos que pensar en nada más.

Lo único que podía hacer era llorar, mientras sus malos se movían por mi cuerpo explorando y acariciándolo.

—¿No te hace sentir bien? ¿No estás contenta? —susurro. Me destapé la cara cuando me soltó para desabrocharse los pantalones. Lanzó una descarga eléctrica por mi columna. Con todas mis fuerzas, traté de empujarle hacia atrás para poder saltar hacia la puerta y salir rápidamente. Pero me cogió por las muñecas y las retorció hasta que caí sobre la espalda en el suelo de madera.

—¡Philip! —exclamé—. ¡Para antes de que sea demasiado tarde!

Con un movimiento veloz se deslizo entre mis piernas.

—Dawn... no te asustes de esa forma. No puedo evitar desear estar contigo. Pensaba que podía, pero eres demasiado bonita. No tiene por que significar nada dijo jadeante.

Apreté las manos formando pequeños puños y traté de golpear su cabeza, pero mi gesto era como el de un pequeño pájaro batiendo sus alas contra el hocico de un zorro. Ni siquiera se dio cuenta. En su lugar, se movió más cómodamente contra mí, atrapando con sus labios la suave carne de mi pecho y mordisqueándolo.

Repentinamente, sentí su dureza apretarse firmemente contra mí hasta que forzó en mí esa hinchada y rígida parte sexual masculina que tenía que ser satisfecha. Penetró en mi carne apretada que oponía resistencia. Se rompió y sangró.

Grité, ya sin importarme que alguien nos descubriese y que encontraran a Jimmy. La impresión de sentirlo en mi interior se llevó cualquier preocupación por algo que no fuera mi propio ser violado. Mi taladrante alarido fue lo suficiente alto para hacerlo retroceder.

—Está bien —suplicó—. No grites. Me detendré. —Se retiró hacia atrás poniéndose en pie y colocándose rápidamente la ropa interior, los pantalones y abrochándose el cinturón. Me giré sobre mi estómago y me puse a llorar, apoyada en mis brazos con estremecimientos del cuerpo.

—¿Es que no te gustó? —preguntó suavemente, arrodillándose junto a mí. Sentí la palma de su mano sobre la parte baja de mi espalda—. Por lo menos ahora tienes una idea de lo que puede ser.

—Vete. Déjame sola, Philip. ¡Por favor! —exclamé entre lágrimas.

—Es solamente la impresión —dijo él—. Todas las chicas tienen la misma

reacción. —Se puso en pie—. Está bien —repitió más para convencerse a sí mismo, según me pareció, que para convencerme a mí—. Dawn —susurró—. No me odies por desearte.

—Sólo déjame en paz, Philip —exigí en tono mucho más severo. Hubo una pausa mucho más larga y entonces le oí abrir la puerta del baño y marcharse.

Me giré para cerciorarme de que se había ido. Esta vez me aseguré de que la puerta estaba cerrada. Luego bajé la vista para contemplarme. Había manchones rojos sobre mis pechos y estómago, donde me había mordido y chupado. Me estremecí. Su violación, aunque corta, me había dejado sintiéndome sucia. La única forma en que pude detener mis sollozos fue metiéndome en la ducha y dejando que el agua caliente corriese por mi cuerpo, prácticamente quemándome la carne. Soporté el calor, sintiendo que me limpiaba, llevándose el recuerdo de los dedos de Philip y de sus besos. Me froté con tanta fuerza que me provoqué nuevas manchas rojas, haciendo que mi piel gritase de dolor. Todo el tiempo que duró la ducha, las lágrimas se mezclaron con el agua, pareciendo caer con la misma libertad. Lo que una vez había sido la promesa de un éxtasis romántico y maravilloso, se había convertido en algo sórdido y depravado. Yo frotaba y frotaba.

Finalmente, agotada por el esfuerzo de hacer desaparecer lo que acababa de suceder, salí de la ducha y me sequé. Regresé al dormitorio y me acosté sintiéndome más cansada de lo que recordaba haber estado nunca. Ya no podía llorar más. Cerré los ojos y me dormí, despertándome al oír una suave llamada en mi puerta.

¡Ha regresado!, pensé, con el corazón laténdome a toda velocidad. Decidí permanecer inmóvil y ver si él creía que yo me había ido ya. La llamada se hizo más fuerte y entonces oí decir:

—¿Dawn?

Era mi padre. ¿Había ido Philip a contarle sobre Jimmy, molesto por mi rechazo? Me levanté lentamente, con los brazos y piernas tan doloridos como si hubiese estado trabajando todo el día en el campo. Me puse la bata y abrí la puerta.

—Hola —me dijo. Su sonrisa se marchitó rápidamente—. ¿No te sientes bien?

—Yo... —Deseaba contárselo todo. Quería gritarlo como una forma de eliminarlo de mi memoria. Deseaba vociferar sobre todas mis violaciones, pues ésta, sexual, sólo había sido la más reciente. Quería recibir una compensación, exigir amor y cuidados, exigir ser tratada por lo menos como un ser humano, ya que no como un miembro de la familia. Pero tan sólo pude mirar para abajo y negar con la cabeza.

—Estoy muy cansada —dije.

—Oh, me ocuparé de que te den un día libre.

—Muchas gracias.

—Tengo algo para ti —dijo mi padre y sacó del bolsillo un sobre.

—¿Qué es eso?

—Un recibo de la prisión acreditando que Ormand Longchamp ha recibido tu carta —dijo—. Hice lo que te prometí.

Lentamente, tomé el recibo de su mano y contemplé la firma oficial. Padre había recibido mi carta y muy probablemente habría leído mis palabras. Ahora, por lo menos, tenía la esperanza de recibir su contestación.

—Pero no tienes que inquietarte si él no te contesta —aconsejó mi padre—. Estoy seguro de que está avergonzado y le será difícil enfrentarse contigo. Es muy posible que no sepa qué decir.

Asentí, contemplando el recibo oficial.

—Todavía sigue siendo muy difícil para mí el comprenderlo —dije conteniendo las lágrimas. Lo miré agudamente—. ¿Cómo pudo haberme robado bajo las mismas narices de mi niñera?

—Oh, fue muy hábil. Esperó que ella dejara tu habitación para ir a visitar a Mrs. Boston a su cuarto. No es que no se ocupase de ti. Te habías quedado dormida y aprovechó para tomarse un descanso. Ella y Mrs. Boston eran muy buenas amigas. Él tuvo que haber estado escondido en los pasillos, observando y aguardando su oportunidad. Cuando ésta se presentó, él entró, te cogió y te sacó a escondidas por la parte trasera.

Miré hacia arriba agudamente.

—¿La enfermera Dalton había ido a la habitación de Mrs. Boston? —Él asintió. ¿Pero por qué Mrs. Boston no me dijo esto cuando le pregunté cómo era posible que Padre me hubiese sacado bajo los ojos de la enfermera Dalton?, me asombré. Era un detalle muy importante. ¿Cómo pudo olvidarlo?

—No supimos que habías sido robada hasta que Mrs. Dalton regresó y descubrió que no estabas —continuó diciendo mi padre—. Al principio pensó que te habíamos llevado a nuestra habitación. Vino preocupadísima a nuestra puerta.

»¿Qué quiere usted decir?, le dije. Nosotros no la tenemos. No pensamos que la abuela Cutler podía haberte llevado a su suite, pero Mrs. Dalton y yo fuimos corriendo a preguntar y entonces me di cuenta y salí corriendo a través del hotel. Pero ya era demasiado tarde.

»Un miembro del personal había visto a Ormand Longchamp en la parte del hotel dedicada a la familia. Era evidente lo que había hecho. Cuando nos pusimos en contacto con la Policía, él y su mujer ya se habían ido de Cutler's Cove y naturalmente no teníamos idea de la dirección que habían tomado.

»Subí a mi coche y empecé a recorrer caminos a toda velocidad esperando tener la suerte de encontrarles, pero fue inútil. —Movié la cabeza.

»Si te escribe, diga lo que diga en su carta —dijo mi padre con la cara tan amarga y furiosa como no me había podido imaginar—, no tiene forma de justificar el daño que causó. Nada puede justificarlo.

»Siento que haya muerto su esposa y que esté teniendo una vida tan dura, pero quizás están siendo castigados por el horrible crimen que cometieron.

Me volví a un lado, porque las lágrimas se escapaban de mis ojos y serpenteaban por mis mejillas.

—Sé que ha sido especialmente difícil para ti, cariño —dijo poniendo su mano suavemente sobre mi hombro—. Pero tú eres una Cutler. Vas a sobrevivir y convertirte en todo lo que tenías que haber sido.

»Bueno —continuó—, tengo que regresar al trabajo. Deberías tratar de comer algo —me dijo y me acordé de Jimmy. Tenía que llevarle comida—. Te diré lo que vamos a hacer —dijo mi padre—. Pasaré por la cocina y haré que alguien te prepare algo y te lo bajen. ¿Está bien?

Pensé que podría llevarle esa comida a Jimmy.

—Sí, gracias.

—Si no te sientes demasiado bien más tarde, dímelo y haré que el médico del hotel te vea —me dijo y se marchó.

Miré al espejo para ver el aspecto tan malo que tenía. No podía permitir que Jimmy se enterase de lo que había sucedido entre Philip y yo. Si lo descubría se pondría furioso e iría a pelearse con él, sólo para meterse en un problema terrible. Tenía que arreglarme para él, de forma que no se diese cuenta que me había sucedido algo terrible. Aún había algunas manchas rojas en mi cuello y alrededor de mi clavícula.

Me fui al armario y encontré una bonita falda azul y una blusa blanca que tenía un cuello ancho y escondería la mayor parte de las marcas. Después me cepillé el pelo y me lo até con una cinta. También me puse un poco de pintura de labios. Me hubiera gustado tener un poco de colorete, para disimular la palidez de mis mejillas.

Oí una llamada en mi puerta y la abrí para recoger una bandeja de comida que me trajo un miembro del personal de la cocina. Le di las gracias y cerré la puerta, esperando que el sonido de sus pisadas desapareciera. Entonces volví a abrir lentamente y me asomé. Cuando estuve segura de que todo estaba despejado, me apresuré por el pasillo hacia la salida, llevándole a Jimmy la bandeja de comida caliente.

—Estoy lleno —anunció Jimmy y entonces levantó la vista del plato—. La comida aquí es fantástica, ¿verdad? —Suspiró—. Aunque me siento como un pollo enjaulado aquí, Dawn. No podré quedarme mucho más tiempo.

—Lo sé —respondí con tristeza y bajé la mirada—. Jimmy..., ¿por qué no puedo ir contigo?

—¿Eh?

—Oh, Jimmy, no me importa que la comida sea buena o que el lugar sea bonito.

No me importa que mi familia sea importante en esta comunidad o lo maravilloso que piense la gente que es el hotel. Prefiero ir contigo y ser pobre y vivir con gente a quien pueda querer.

»Los parientes de Padre y Madre no tienen que saber nada si nosotros no lo contamos. Les diremos que Madre ha muerto, pero nos inventaremos alguna otra razón para explicar el motivo por el cual Padre está en prisión.

—Oh, no lo sé, Dawn...

—Por favor, Jimmy. No me puedo quedar aquí.

—Oh, con seguridad las cosas van a mejorar para ti, irán mucho mejor de lo que serían en Georgia. Aparte de que, como te he dicho, si te escaparas conmigo, entonces sí que mandarían a alguien tras nosotros y nos atraparían.

Asentí y le miré a sus ojos suaves y compasivos.

—¿No te parece todo esto como una larga y terrible pesadilla a veces, Jimmy? ¿No esperas a veces despertarte y desear que todo haya sido un horrible sueño? Quizá si lo deseamos con bastante fuerza...

Cerré los ojos.

—Me gustaría poder encerrar todas las cosas malas que nos han sucedido y situarnos en un lugar mágico donde pudiésemos vivir nuestros sueños más profundos y secretos, un lugar donde nada feo o sórdido nos pudiera tocar.

—A mí también me gustaría, Dawn —murmuró. Advertí que se inclinaba hacia mí y entonces sentí su aliento en mis labios, antes de sentir los suyos. Cuando nos besamos, mi cuerpo se ablandó y pensé que lo adecuado hubiera sido que fuera Jimmy el que me sacara de la inocencia infantil y me hubiera introducido en un mundo de mujer.

Siempre me había sentido segura con él, no importaba donde fuéramos ni lo que hiciéramos, porque percibía todo lo que representaba para él y lo mucho que le importaba que yo me sintiese feliz y segura. La tragedia y las dificultades nos habían unido como hermano y hermana y ahora parecía adecuado, incluso nuestro destino, que un amor romántico nos atara aún más fuertemente.

Pero el ataque de Philip había robado el encanto que viene cuando una chica abandona la inocencia y entra en la madurez de la mano de alguien a quien ama y que la ama. Me sentía manchada, sucia, estropeada. Jimmy notó que me ponía tensa.

—Lo siento —dijo rápidamente pensando que la causa había sido su beso.

—Oh, está bien, Jimmy —le dije.

—No, no está bien. Estoy seguro de que no puedes dejar de verme a tu lado en uno de nuestros sofás-cama. Yo no puedo dejar de considerarte mi hermana. Quiero amarte. Te amo, pero va a tomarnos algún tiempo, si no, no nos sentiremos limpios y correctos sobre ello —me explicó.

Trató de mirar a otro lado, pero lentamente fue atraído hacia mí con los ojos

lentos de tormento. Me hacía latir fuertemente el corazón ver lo mucho que me amaba y me deseaba y sin embargo cómo su profundo sentido moral lo mantenía encadenado. Mis impulsos, mi sexualidad desatada se agitaban como un niño malcriado exigiendo satisfacción, pero la parte más sensata de mí estaba de acuerdo con Jimmy y lo amaba por mostrar su inteligencia. Tenía razón. Si íbamos a toda velocidad sufriríamos remordimientos. Nuestras conciencias confundidas nos separarían después y nuestro amor nunca llegaría a ser puro y bueno.

—Claro que tienes razón, Jimmy —le dije— pero siempre te he querido tanto como una hermana puede amar a su hermano y ahora prometo aprender a quererte en la forma que una mujer debe de amar a un hombre por mucho que tarde y lo mucho que tenga que esperar.

—¿Lo dices de veras, Dawn?

—Sí, Jimmy.

Sonrió y me besó de nuevo suavemente, pero aun ese corto y suave besito en la mejilla, me hizo sentir una corriente eléctrica por todo el cuerpo.

—Debiera marcharme esta noche —me dijo.

—Por favor, no, Jimmy. Me quedaré contigo toda la noche —le prometí—. Y hablaremos hasta que se cierren tus párpados.

Se echó a reír.

—Está bien, pero debo marcharme temprano por la mañana —me explicó—. Los camioneros salen temprano y son la mejor, posibilidad que tengo de que alguien me lleve.

—Te prepararé el desayuno cuando vaya a comer con el resto del personal. Eso es temprano. Y podremos estar un poco más de tiempo juntos. Pero, ¿me prometes que cuando llegues a Georgia me escribirás y me dirás dónde estás? —le pregunté. El solo pensamiento de su marcha y que ahora fuese a estar lejos de mí, me hacía sentir interiormente enferma.

—Seguro. Y tan pronto como gane suficiente dinero por mi cuenta, regresaré a verte.

—¿Me lo prometes?

—Sí.

Nos echamos juntos en la cama. Yo me acurruqué en su brazo y hablamos de nuestros sueños. Jimmy nunca había tenido idea de llegar a ser algo antes de esto, pero ahora hablaba de alistarse en la fuerza aérea cuando tuviese la edad y quizá llegar a ser piloto.

—Pero, ¿y si hay una guerra, Jimmy? Me sentiría fatal y me preocuparía todo el tiempo. ¿Por qué no piensas en hacer otra cosa, como abogado o médico o...?

—Vamos, Dawn. ¿De dónde piensas que voy a sacar el dinero para ir a la Universidad?

—Quizá yo consiga el suficiente dinero para que vayas a la Universidad.

Permaneció callado y después se volvió hacia mí, con sus oscuros ojos tristes y apesadumbrados.

—No querrás que sea tu novio a menos que sea alguien grande e importante. ¿No es eso, Dawn?

—Oh, no Jimmy. Eso nunca.

—No podrás evitarlo —profetizó.

—Eso no es verdad —protesté.

—Quizá no sea verdad ahora, pero después de que hayas estado viviendo aquí durante algún tiempo, pensarás así. Es lo que suele suceder. Estas antiguas y ricas familias sureñas disponen las vidas de sus hijas, lo que serán y con quién deben casarse...

—Eso no me sucederá a mí —insistí.

—Ya lo veremos —dijo convencido de que tenía razón. Podía ser muy terco en ocasiones.

—James Gary Longchamp, no me digas lo que voy o no voy a ser. Yo soy mi propia persona y nadie, ni un tirano como mi abuela o cualquier otra persona me va a cambiar la forma de ser. Puede llamarme Eugenia, hasta que se le ponga la cara roja.

—Está bien —dijo él riendo. Me besó en la mejilla—. Como tú digas. De todos modos, nadie va a poder con tu genio. Me pregunto de dónde lo sacas ¿Tu madre tiene genio?

—Apenas. Lloriquea en vez de gritar. Y consigue lo que quiere, a pesar de todo. No tiene que enfadarse con nadie.

—¿Y tu padre?

—No creo que sea capaz de enfadarse. Nada parece molestarle. Es tan blando como la mantequilla fresca.

—Así que heredaste el temperamento de tu abuela. Quizá te parezcas más a ella de lo que crees.

—No quiero parecerme a ella. No es como me imaginaba que sería una abuela. Es...

Oímos las pisadas en la escalera de cemento antes de que la puerta se abriese. Un momento después, el escondite se iluminó y contemplamos a dos policías. Tomé la mano de Jimmy.

—Vean —dijo Clara Sue desde atrás—. Les dije que no mentía.

—Vamos, chico —le ordenó uno de los policías a Jimmy. Se puso en pie lentamente.

—No voy a volver allí —dijo desafiante. El policía avanzó. Jimmy se apartó. Cuando el policía se adelantó para sujetarlo, Jimmy lo evitó y se escabulló hacia un lado.

—¡Jimmy! —grité.

El otro policía se movió velozmente y lo cogió por la cintura, levantándolo del suelo. Jimmy se soltó, pero el segundo policía se unió al primero y lo redujeron rápidamente.

—¡Suéltelo! —grité.

—Nos puedes acompañar tranquilamente o te pondremos esposas, chico —dijo el policía que lo sujetaba por detrás—. ¿Qué prefieres?

—Está bien, está bien —contestó Jimmy, con la cara roja de vergüenza y de ira—. Suéltenme.

El policía aflojó la forma en que lo sujetaba y Jimmy quedó a un lado con la cabeza inclinada en señal de derrota.

—Sal de aquí —ordenó el otro policía.

Me volví a Clara Sue que estaba en el umbral.

—¿Cómo has podido hacer esto? —grité—. Eres miserable, egoísta...

Se echó atrás para dejar pasar a los policías y a Jimmy. Justo al llegar a la puerta, Jimmy se volvió a mí.

—Volveré, Dawn. Lo prometo. Algún día regresaré.

—Andando —ordenó el policía empujándole. Jimmy dio un traspié hacia delante al pasar la puerta.

Corrí detrás de ellos.

—¡Jimmy! —grité. Corrí escaleras arriba y me detuve cuando llegué a lo alto.

Mi padre estaba de pie al lado de mi abuela y Clara Sue justo detrás de ambos.

—Vete inmediatamente a tu cuarto, Eugenia —ordenó mi abuela—. Esto es una terrible vergüenza.

—Vete —dijo mi padre un poco más suavemente pero con la cara marcada por la desilusión—. Vete a tu cuarto.

Seguí con la mirada a Jimmy y los policías. Estaban casi enfrente del edificio.

—Por favor —dije—. No dejes que se lo lleven de regreso. Lo pasó terriblemente mal viviendo con un hombre malvado. Por favor...

—No es nuestro problema —contestó mi abuela.

—No podemos hacer nada —confirmó mi padre— y va contra la ley dar asilo a un fugitivo.

—No es un fugitivo. No —les dije negando con la cabeza—. Por favor... —Me volví en dirección a Jimmy pero él ya había dado la vuelta al edificio—. Jimmy —le llamé. Salí detrás de él.

—¡Eugenia! —gritó mi padre—. Vuelve aquí.

Corrí, pero cuando llegué delante del hotel los policías habían metido a Jimmy en la parte de atrás del coche patrulla y habían cerrado de golpe la puerta. Permanecí allí mientras ellos entraban en el coche. Jimmy miró por la ventanilla.

—Regresaré —dijo detrás del cristal formando las palabras con los labios.

Se encendió la luz sobre el coche y éste se puso en marcha.

—*¡Jimmy!*

Sentí sobre mi hombro la mano de mi padre, reteniéndome.

—Qué cosa más embarazosa —dijo mi abuela desde algún sitio a mis espaldas—.

Que mis huéspedes tengan que ver esto.

—Más vale que entres —me aconsejó mi padre.

Mi cuerpo se agitaba con los sollozos mientras el coche patrulla se alejaba hacia la noche llevándose a Jimmy.

## SECRETOS DESVELADOS

Sentí los dedos de mi padre asir mis hombros suavemente, mientras las luces del coche patrulla desaparecían por la calle. Mi abuela se adelantó para enfrentarse conmigo. Sus labios estaban apretados en una línea fina y sus ojos ensanchados y enloquecidos de rabia. Bajo las farolas y las brillantes luces del porche, su piel parecía de un blanco fantasmal. Con los hombros levantados y su cuello hundido entre ellos, parecía un águila a punto de cazar un ratón. En este momento me sentía como una especie de criatura atrapada.

—¿Cómo pudiste hacer una cosa semejante? —siseó. Se volvió severamente hacia mi padre—. Te dije que no era mejor que un animal salvaje de las calles. Es seguro que los traeré a todos aquí, si no ponemos remedio inmediato. Debe ser enviada a algún colegio privado que se especialice en este tipo de personas.

—¡No soy un animal salvaje! ¡Eres tú el animal salvaje! —grité.

—¡Eugenia! —exclamó cortante mi padre. Me escapé de sus manos.

—¡No soy Eugenia! ¡No lo soy! ¡Soy Dawn, Dawn! —insistí, golpeándome los costados con mis propios puños.

Miré hacia arriba y vi a los huéspedes que se habían congregado en la entrada principal y en el porche, observándome. Algunas de las mujeres de más edad, movían la cabeza y los hombres asentían expresando su aprobación. Repentinamente, Philip se abrió paso y nos miró confuso.

—¿Qué pasa? —exclamó. Se volvió a Clara Sue, que estaba hacia un lado con aspecto de estar muy satisfecha consigo misma. Le dirigió una sonrisa de satisfacción.

—Es mejor que entres —aconsejó mi padre en un fuerte y alto murmullo—. Hablaremos sobre esto cuando todo el mundo esté más tranquilo.

—No —respondí—. No debiste permitir que se lo llevaran —añadí y empecé a sollozar—. No lo deberías haber permitido.

—Eugenia —dijo mi padre suavemente, caminando hacia mí.

—Haced que entre —ordenó mi abuela entre dientes—. ¡Ahora! —Se volvió y le sonrió a sus huéspedes—. Todo está bien. Es sólo un malentendido. No hay por qué alarmarse.

—Por favor, Eugenia —dijo mi padre, acercándose para cogerme la mano—. Vamos dentro —suplicó.

—¡No! —Me eché más atrás—. No voy a entrar. ¡Lo odio, lo odio! —grité y me volví y empecé a correr por el camino.

—Francamente, papá, siempre estás tratando a Eugenia con guantes blancos —oí decir a Clara Sue—. Ya es mayor. ¡Se lo ha buscado! Ahora, que se atenga a las consecuencias.

Sus palabras dieron más fuerza a mis zancadas. Clara Sue era una gran mentirosa. Mientras corría, las lágrimas me fluían por mis mejillas. Sentí el pecho como si me fuera a explotar. Alcancé la calle y giré a la derecha, corriendo por la acera, la mitad del tiempo con los ojos cerrados, sollozando.

Corrí y corrí hasta que el dolor en mi costado se convirtió en un cuchillo que se hundía cada vez más profundamente, forzándome a reducir la velocidad a un trote y después a un paso más lento, con la mano en las costillas, la cabeza baja, luchando por respirar. No tenía idea de a dónde me dirigía o de dónde estaba. La calle iba ahora hacia la izquierda, acercándome al mar, y los golpes de las olas parecían resonar a mi lado. Finalmente me detuve junto a unas grandes rocas y me apoyé contra ellas para descansar y recuperar el aliento.

Contemplé el mar iluminado por la luna. El cielo estaba oscuro, profundo, incluso frío, y la luna tenía un color amarillo enfermizo. Me llegaban ocasionalmente gotas de espuma de las olas, salpicándome la cara.

Pobre Jimmy, pensé, obligado a desaparecer en la noche, como un vulgar criminal. ¿Le forzarían a volver con ese malvado campesino? ¿Qué había hecho para merecer esto? Me mordí el labio inferior para impedirme seguir sollozando me dolían muchísimo la garganta y el pecho.

De repente, oí que alguien me llamaba. Era Sissy, que recorría las calles buscándome.

—Tu papá me mandó buscarte —dijo.

—No es mi papá —escupí con odio—. Es mi padre y no voy a volver, no la haré.

—Bien, ¿y qué vas a hacer? —preguntó mirando a su alrededor—. No te puedes quedar aquí toda la noche. Tienes que volver.

—Se llevaron a Jimmy como a un animal atrapado. Lo tenías que haber visto.

—Lo vi. Lo vi todo desde el otro lado del porche. ¿Quién era?

—Era mi... El chico que creí que era mi hermano. Se había escapado de casa de un cruel padre adoptivo.

—¡Oh!

—Y no pude hacer nada para ayudarlo —me quejé sin remedio, echándome hacia atrás y limpiándome las mejillas.

Suspiré profundamente y bajé la cabeza. ¡Qué frustrada y vencida me sentía! Sissy tenía razón: tenía que volver al hotel. ¿A dónde más podría ir?

—Odio a Clara Sue —dije entre dientes—. Le dije a mi abuela que Jimmy se estaba escondiendo aquí y la hizo llamar a la Policía. Es malvada y rencorosa... Ella robó el collar de Mrs. Clairmont para que se me echara la culpa a mi. Después la vi

entrar en mi habitación y dejarlo en mi cama.

—Pero yo creí que Mrs. Clairmont lo había encontrado.

—Lo llevé a escondidas a su cuarto y se lo devolví, pero lo había robado Clara Sue —repetí—. Sé que nadie me creerá, pero fue ella quien lo hizo.

—Te creo. Es una malcriada —estuvo de acuerdo Sissy—. Pero algún día tendrá su merecido. Esa clase de chica siempre lo recibe, porque también se odian a sí mismas. Vamos, cariño —dijo Sissy, poniéndome el brazo sobre los hombros—. Caminemos hasta casa. Estás temblando muchísimo.

—No es de frío, sólo estoy disgustada.

—Aun así, estás temblando —dijo Sissy, frotándome el brazo. Empezamos a caminar en dirección del hotel—. Jimmy es un chico guapo.

—Sí que lo es. Y además es muy simpático. La gente no se da cuenta al principio, porque es muy reservado, pero eso es porque es muy tímido.

—Ser tímido no es malo. Es la otra clase de chicos la que no me gusta.

—¿Como Clara Sue?

—Como Clara Sue —respondió y ambas reímos. Era bueno reír, como dejando escapar un suspiro que se ha retenido durante mucho tiempo. Entonces tuve una idea.

—¿Conoces a la mujer que fue mi niñera cuando nací, Mrs. Dalton?

—¡Ajá!

—Vive con su hermana, ¿verdad? —Sissy asintió—. ¿Vive cerca?

—Bueno, como a tres o cuatro calles —dijo señalando hacia atrás—. En una casita tipo Cape Cod de la calle Crescent. De vez en cuando, mi abuelita me manda para que le lleve un pote de conserva. Ya sabes que está enferma.

—Mrs. Boston me lo dijo, Sissy. Quiero ir a verla.

—¿Para qué?

—Quiero hacerle preguntas sobre mi secuestro. ¿Puedes llevarme allí?

—¿Ahora?

—No es tan tarde.

—Es demasiado tarde para ella. Está muy enferma y a esta hora debe de estar durmiendo.

—¿Me llevarías por la mañana después de que terminemos el trabajo? ¿Lo harás? —le pregunté—. Por favor —supliqué.

—De acuerdo —contestó viendo lo importante que era para mí.

—Muchas gracias, Sissy —le dije.

Cuando regresamos al hotel mi abuela no estaba visible, pero mi padre nos saludó en el vestíbulo.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó y bajó la vista a la alfombra—. Creo que ahora deberías irte a tu habitación. Tendremos ocasión de hablar de todo esto mañana cuando todo el mundo esté más sereno y pueda pensar con claridad.

Mientras cruzaba el vestíbulo decidí lo que iba a hacer. Había llegado el momento de vérmelas con Clara Sue. No iba a salir bien librada de lo que había hecho.

Sin molestarme en llamar a la puerta, entré como una exhalación en su habitación, cerrando la puerta de golpe.

—¿Cómo has podido? —pregunté furiosa—. ¿Cómo pudiste decirles lo de Jimmy?

Clara Sue estaba echada sobre la cama, hojeando una revista. A su lado había una caja de bombones. A pesar de mis palabras airadas, no levantó la vista. En lugar de eso, continuó leyendo, cogiendo un bombón de vez en cuando, dándole un mordisco y tirándolo a un lado después.

—¿No vas a decir nada? —pregunté. Siguió sin contestar y me puso furiosa el modo tan descarado en que me estaba ignorando. Me tiré sobre ella y lancé a un lado la caja de bombones. Voló por los aires antes de aplastarse sobre el suelo con los chocolates esparciéndose por todas partes.

Esperé que Clara Sue me mirase. No podía aguardar a echarle en cara la traición que había cometido. Pero no levantó la vista. Simplemente continuó leyendo, ignorándome como si no estuviese allí. Por alguna razón esto me enfureció aún más. Le arranqué la revista de las manos, haciéndola tiras que se esparcieron por el aire.

—No me iré, Clara Sue Cutler. Pienso quedarme hasta que me mires.

Finalmente levantó los ojos azules, con una mirada de advertencia.

—¿No te ha enseñado nadie a llamar antes de entrar?

Es lo que hace la gente educada.

Decidí ignorar la mirada en los ojos de Clara Sue.

—¿Y a ti nadie te ha enseñado lo que es confiar en otro? ¿Que guardar un secreto es una cosa sagrada? Jimmy y yo confiamos en ti. ¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué?

—¿Por qué no? —ronroneó suavemente. Después con más ira y un despliegue de energía saltó de la cama—. ¿Por qué no? Hacerte desgraciada es algo que me da placer, Dawn. Me hace feliz.

Me quedé mirándola indignada. Sin siquiera pensarlo, levanté la mano y le di una bofetada.

—¡No eres más que una chiquilla malcriada! Nunca te perdonaré esto. ¡Nunca!

Clara Sue se rió de mí, frotándose la mejilla.

—¿Quién quiere tu perdón? —se burló—. ¿Crees que estás haciéndome un favor?

—Somos hermanas. Las hermanas se supone que son las mejores amigas. Tú no me querías como amiga, Clara Sue, y ahora tampoco me quieres como hermana. ¿Por qué? ¿Por qué tienes tanto empeño en hacerme daño? ¿Qué te he hecho? ¿Por qué continúas haciendo estas cosas tan malvadas?

—¡Porque te odio! —gritó Clara Sue con todas sus fuerzas—. ¡Te odio, Dawn! ¡Te he odiado toda mi vida!

Me quedé asombrada por su ira. Me cogió desprevenida y no supe cómo responder. Había fiereza en sus palabras, su cara se había puesto roja y los ojos se le salían como los de una loca. Ya había visto antes esa mirada, en la cara de la abuela Cutler. Pero no podía comprenderlo. ¿Por qué ambas me odiaban tanto? ¿Qué le había hecho a esta familia para producirles unas emociones tan desagradables?

—¿Cómo puede ser posible? —murmuré. Una parte de mí deseaba comprender los sentimientos de Clara Sue—. ¿Cómo puede ser posible?

—¿Cómo puede ser posible? —remedó Clara Sue cruelmente—. *¿Cómo puede ser posible?* Te lo explicaré. *¡Te lo explicaré!* ¡Has sido parte de mi vida sin estar en ella! ¡Desde el día que nací he vivido a tu sombra y he odiado todos los minutos!

—Pero eso no ha sido culpa mía. —Una parte de mí estaba empezando a comprender. La secuela de mi secuestro se había convertido en un aspecto permanente de la vida de Cutler s Cove y Clara Sue había nacido en él.

—¡Oh! ¿Que no era culpa tuya? Yo no era la primogénita como Philip o la primera niña como tú. Ni siquiera se me consideraba el bebé de la familia. ¡Oh, no! *¡Yo no era más que el bebé que había nacido para sustituirte!* —Clara Sue acortó la distancia entre nosotras—. Sal de mi habitación. ¡Lárgate! Me enfermo de sólo verte. Pero antes de que te vayas, Dawn, te hago una promesa. Una promesa muy especial que pienso cumplir. *Jamás* te aceptaré como parte de esta familia. *Jamás* te recibiré con los brazos abiertos o te facilitaré la vida. *¡Nunca!* En su lugar, haré todo lo humanamente posible para convertir tu vida en un infierno. Y cuando eso no sea suficiente, aún haré más. Me esforzaré por crearte penas y dolor en el corazón. Tu desgracia traerá una sonrisa de felicidad a mi rostro y me parecerá que el sol aún brilla más. Destruiré tus sueños hasta que no sean más que unas retorcidas ruinas de tus esperanzas y te traigan sólo pesadillas. ¡Ninguna otra cosa será suficiente!

Me quedé muda.

—¡No puedes estar hablando en serio! —exclamé. Ahora estaban clarísimos los motivos de Clara Sue para entregar a Jimmy y aunque yo aún seguía furiosa con ella una parte de mi ser la compadecía. Con todo lo que tenía, Clara Sue era una desgraciada. Deseaba ayudarla a vencer su desdicha. Quizás entonces no me odiaría tanto.

Los ojos de Clara Sue tenían el brillo de la locura mientras me contemplaba con absoluto asombro.

¡No te creo! ¡Sinceramente no te creo! Tú no cedes nunca, ¿verdad? Esto no es una película cursi en la cual nos abrimos el corazón la una a la otra, lloramos a placer y luego nos damos un beso haciendo las paces. Saca de las nubes tu bonita cabecita, Dawn. ¿No has oído una sola palabra de cuanto he dicho? Jamás seremos amigas y ciertamente no seremos hermanas. ¡Nunca!

Clara Sue se acercó más y yo fui retrocediendo hasta la puerta de la habitación.

—Nunca bajas la guardia conmigo, Dawn —me advirtió—. Ten cuidado conmigo. Siempre.

Con estas últimas palabras me volvió la espalda. Busqué torpemente el pomo de la puerta, ansiosa de huir de mi hermana porque en el fondo de mi corazón sabía que lo que me había prometido era verdad.

Ni mi padre ni mi abuela tenían tiempo para verme a la mañana siguiente, puesto que era día de entrada y salida de muchos huéspedes. De todos modos, yo estaba ocupada con Sissy porque teníamos cinco habitaciones de más para limpiar y arreglar. Sin embargo, había anticipado la aparición de mi abuela en la cocina cuando el personal estaba desayunando. Yo no había dormido bien la noche anterior y no estaba de humor para que me regañasen o avergonzasen delante de los otros empleados. Me decidí a plantarle cara aunque esto significase que iba a verme de nuevo encerrada en mi habitación y sin comida.

Como Clara Sue tenía el primer turno de la noche en recepción siempre dormía hasta tarde, así es que no iba a encontrármela, pero Philip estaba levantado y con los otros camareros. Estuvo evitándome hasta el momento de ir a trabajar. Entonces me siguió fuera y me llamó.

—Por favor —me suplicó cuando pareció que yo no iba a detenerme. Me volví abruptamente.

—Tengo trabajo, Philip —le dije—. Tengo que ganarme el sustento —añadí amargamente—. Y no creo lo que dice la abuela. No estoy aprendiendo el negocio de abajo arriba. Siempre estaré abajo por lo que a ella se refiere.

Me quedé contemplándolo. Ahora me parecía tan distinto, tan miserable y patético desde que me había atacado. ¡Pensar que había estado a punto de enamorarme de él!

—Dawn, tienes que creerme. No tuve nada que ver con que mi abuela se enterase de lo de Jimmy. No sabe que fui yo el que lo llevó allí abajo para esconderlo cuando llegó —me dijo mostrando el miedo en sus ojos—. De modo que así están las cosas, pensé.

—¿Tienes miedo de que se lo cuente? —No contestó pero su rostro lo hizo por él—. No tengas miedo, Philip. No soy como nuestra queridísima hermana pequeña. No voy a meterte en un lío deliberadamente sólo por vengarme, aunque debiera —dije secamente y di media vuelta para alcanzar a Sissy.

Durante el resto de la mañana, cada vez que oía pasos en el corredor pensaba que iban a ser mi padre o mi abuela. Después que terminamos nuestro trabajo y que ninguno de ellos había venido me llevé a Sissy a un lado.

—Llévame a casa de la hija de Mrs. Dalton, Sissy. Por favor, antes de que mi abuela nos dé más trabajo.

—No sé por qué quieres ver a esa mujer. No recuerda tanto las cosas —dijo Sissy mirando hacia otro lado rápidamente.

—¿Por qué dices eso, Sissy? —Noté un cambio en su actitud.

—Es lo que dice mi abuela —me dijo levantando la vista a toda prisa y volviendo a bajarla.

—¿Le dijiste que ibas a llevarme y no le gustó? —Sissy movió la cabeza—. No tienes que ir conmigo, Sissy. Tan sólo indícame cuál es la casa y no le diré a nadie que tú me la mostraste. Te lo prometo.

Ella dudó.

—Mi abuelita dice que la gente que desentierra el pasado generalmente encuentran más huesos de los que esperaba y es mejor dejar en paz el pasado.

—Para mí no, Sissy. No puedo. Por favor. Si no me ayudas buscaré de todos modos hasta que encuentre la casa —le dije poniendo en mi cara para impresionarla un aspecto de decisión.

—Está bien —me dijo y suspiró—. Te mostraré el camino.

Salimos del hotel por una puerta lateral y rápidamente bajamos a la calle. Era raro lo distinto que me parecía todo a la luz del día, especialmente el cementerio. Había desaparecido su atmósfera opresiva y llena de presagios. Hoy tan sólo era un lugar de descanso, agradable y bien cuidado, fácil de pasar.

Hacía un día brillante casi sin nubes y con una suave y cálida brisa del océano. El mar parecía sereno, pacífico, atractivo, la marea peinaba la playa suavemente y se retiraba en pequeñas olas. Todo parecía más limpio y amistoso.

Había una constante línea de tráfico en la calle pero se movía perezosamente. Nadie parecía tener prisa. Todo el mundo parecía hipnotizado por el brillo del sol sobre el agua azul y el vuelo de las golondrinas de mar y las gaviotas que flotaban sin esfuerzo en el aire veraniego.

Pensé que éste bien podía haber sido un lugar maravilloso en el cual crecer. No pude menos de preguntarme cómo hubiese sido yo si me hubiesen criado en el hotel y en Cutler's Cove. ¿Me hubiese vuelto tan egoísta como Clara Sue? ¿Hubiese querido a mi abuela y hubiese sido mi madre una persona completamente diferente? El destino y los sucesos más allá de mi control habían dejado para siempre sin respuesta estas preguntas.

—Ahí está, justo enfrente de nosotros —dijo Sissy señalando una acogedora casita blanca estilo Cape Cod con un pequeño trozo de césped, una pequeña acera y un pequeño porche. Tenía delante una cerca de madera. Sissy me miró—. ¿Quieres que te espere aquí?

—No, Sissy. Puedes regresar. Si alguien te pregunta dónde estoy diles que no sabes.

—Espero que estés haciendo lo correcto —me dijo y se volvió para regresar

caminando rápido con la cabeza baja como si tuviese miedo de ver un fantasma en pleno día.

Yo misma no podía dejar de temblar al acercarme a la puerta y llamar al timbre. Al principio pensé que no había nadie en casa. Volví a tocar el timbre y oí a alguien gritar.

—Espera un poco. Ya voy, ya voy.

Finalmente una mujer negra con el pelo completamente gris abrió la puerta. Estaba en una silla de ruedas y me miraba con ojos enormes, ampliados por los gruesos cristales de sus gafas. Tenía una cara suave y redonda. Llevaba una bata de casa azul claro y los pies descalzos. Su pierna derecha estaba vendada desde el tobillo hasta que el vendaje desaparecía bajo el vestido.

La curiosidad brillaba en sus ojos y grababa profundas arrugas en su frente. Apretó los labios y se inclinó hacia delante para mirarme con detenimiento. Después levantó las gafas y limpió su ojo derecho con su pequeño puño. Vi que llevaba un anillo de matrimonio en el dedo, pero aparte de eso ninguna otra joya.

—¿Sí? —dijo finalmente.

—Estoy buscando a Mrs. Dalton, la Mrs. Dalton que era enfermera.

—La está viendo. ¿Qué es lo que quiere? —preguntó reclinándose en su silla de ruedas—. Ya no trabajo, aunque no es por falta de ganas.

—Quisiera hablar con usted. Mi nombre es Dawn, Dawn Lon... Dawn Cutler —dije.

—¿Cutler? —me estudió—. ¿De la familia hotelera?

—Sí, señora.

Continuó mirándome.

—¿No eres Clara Sue?

—Oh, no, señora.

—No me lo pareciste. Eres más guapa de lo que la recuerdo —me dijo—. De acuerdo, pasa —añadió.

Finalmente movió su silla de ruedas.

—Siento no poder ofrecerte nada. Tengo ya bastantes problemas en ocuparme de mí misma —me explicó—. Vivo con mi hija y su marido, pero tienen sus propias vidas y sus propios problemas —murmuró, con la mirada baja y moviendo la cabeza.

Hice una pausa y miré hacia la entrada. Era pequeña, con el suelo de madera dura y una alfombra azul y blanca. Había una percha a la derecha, un espejo ovalado y un globo de luz.

—Bien, si vas a entrar, hazlo —dijo Mrs. Dalton cuando miró hacia arriba y me vio aun en la entrada.

—Gracias.

—Pasa al salón, allí —señaló cuando entré. Me dirigí hacia la izquierda. Era una

pequeña habitación con una alfombra de color marrón oscuro bastante gastada. Los muebles también estaban muy usados, pensé. La funda estampada en flores que cubría el sofá estaba muy rozada por los brazos. Frente a éste había un balancín, un sillón y un sofá haciendo conjunto, todos con el mismo aspecto viejo. Había una mesa cuadrada de arce oscuro en el centro. De la pared del fondo colgaban cuadros, marinas y pinturas de casas de playa. A la izquierda había una librería con puertas de cristal lleno de chucherías y algunas novelas. Sobre la chimenea de piedra, colgaba una cruz de cerámica, aunque pensé que la cosa más bonita de toda la habitación era un viejo reloj de pared de pino oscuro en el rincón de la izquierda.

La habitación tenía un agradable olor a lilas. Las ventanas del frente daban al mar y con las cortinas abiertas proporcionaban una vista muy bonita y hacía que la habitación fuera luminosa y alegre.

—Siéntate, siéntate —me ordenó Mrs. Dalton y entró detrás de mí. Escogí el sofá. Los cojines gastados se hundieron profundamente con mi peso, de manera que me senté hacia delante tanto como pude. Ella giró su silla de ruedas para ver mi cara y puso las manos sobre su regazo—. Y bien, querida, ¿qué puedo hacer por ti? Ya no hay mucho que pueda hacer por mí misma —añadió secamente.

—Espero que pueda contarme algo sobre lo que me sucedió —dije.

—¿Qué te sucedió? —Sus ojos se entrecerraron—. ¿Quién dijiste que eras?

—Dije que era Dawn Cutler, fiero mi abuela quiere que use el nombre que se me dio cuando nací, Eugenia —añadí. Le hizo el mismo efecto que si hubiera atravesado la habitación y le hubiera dado una bofetada. Dio un respingo en su silla y se llevó las manos a su pecho caído. Entonces se santiguó rápidamente y cerró los ojos. Le temblaban los labios y su cabeza empezó a temblar.

—¿Mrs. Dalton? ¿Está usted bien? —¿Qué le ocurría? ¿Por qué mis palabras le habían causado esa reacción? Después de un momento asintió. Entonces, abrió los ojos y me contempló con asombro, con los labios temblándole todavía.

Movió la cabeza suavemente.

—Eres el bebé Cutler que desapareció.

—Usted fue mi enfermera, ¿verdad?

—Sólo durante unos pocos días. Debí saber que algún día volvería a verte... Debí saberlo —murmuró—. Necesito beber un poco de agua —decidió rápidamente—. Tengo los labios como un pergamino. Por favor, en la cocina. —Hizo un gesto hacia la puerta.

—En seguida —contesté, levantándome velozmente. Salí al vestíbulo y lo seguí hasta encontrar una pequeña cocina. Cuando volví con el agua, estaba desplomada hacia el lado de la silla de ruedas, parecía que estuviera inconsciente.

—¿Mrs. Dalton? —grité presa del pánico—. ¡Mrs. Dalton!

Se incorporó lentamente.

—Estoy bien —dijo en un fuerte susurro—. Estoy bien. Mi corazón todavía está fuerte aunque la razón por la que aún quiera seguir latiendo en este cuerpo roto y retorcido está más allá de mi comprensión.

Le alcancé el agua. Bebió un poco y movió la cabeza. Entonces me miró con grandes y escrutadores ojos.

—Te has convertido en una chica muy guapa.

—Gracias.

Pero has tenido que pasar por una serie de trances, ¿verdad niña?

—Sí, señora.

—¿Ormand Longchamp y Sally Jean fueron buenos padres para ti?

—Oh, sí, señora —dije contenta al oír esos nombres en sus labios—. ¿Les recuerda bien? —Me volví a sentar nuevamente sobre el sofá con rapidez.

—Los recuerdo —admitió. Bebió un poco más de agua y se reclinó—. ¿Por qué has venido? ¿Qué quieres de mí? —preguntó—. Soy una mujer enferma, tengo una diabetes avanzada. Es casi seguro que me van a tener que amputar esta pierna y después de eso... es igual que me muera —añadió.

—Lamento su problema —dije—. Mi madre... Sally Jean... se enfermó y sufrió terriblemente.

Su cara se ablandó.

—Quiero que me diga usted la verdad, Mrs. Dalton —le pedí—. Hasta el último detalle que recuerde, pues mi padre... el hombre a quien llamaba mi padre, Ormand Longchamp, está en la prisión y mi madre, Sally Jean, ha muerto, pero no puedo pensar que son malvados como todo el mundo me dice. Siempre fueron buenos conmigo y siempre se ocuparon de mí. Me quisieron con todo su corazón y yo les quise a ellos. No puedo permitir que se digan esas cosas tan malas sobre ellos. Simplemente no puedo. Les debo el averiguar la verdad.

Vi entonces un pequeño gesto de aprobación en la cara de Mrs. Dalton.

—Me caía bien Sally Jean. Era muy trabajadora, una buena mujer que jamás menospreciaba a nadie y que tenía una agradable sonrisa, aunque las cosas fueran difíciles para ella. Tu padre también era un hombre trabajador que trataba bien a todos. Jamás pasó por mi lado sin saludarme y sin preguntarme cómo estaba.

—Es por eso que no puedo concebir que sean malas personas, Mrs. Dalton, no importa lo que me digan —insistí.

—Ellos te secuestraron —dijo.

Sus ojos se volvían vidriosos.

—Lo se, pero el porqué..., eso es lo que no entiendo.

—Tu abuela no sabe que has venido aquí, ¿verdad? —preguntó, asintiendo con la cabeza porque ya sabía lo que iba a contestarle.

—No.

—¿Ni tu padre ni tu madre?

Negué con la cabeza.

—¿Cómo está tu madre? —preguntó, metiendo hacia adentro las comisuras de sus labios.

—Casi siempre encerrada en su habitación por una u otra razón. Sufre enfermedades nerviosas y se hace llevar todo a su cuarto, aunque a mí no me parece enferma. —Me negaba a sentir lástima de mi madre. En su propio estilo, era tan egoísta como Clara Sue—. Ocasionalmente acompaña a mi abuela en la cena y saluda a los huéspedes.

—Cualquier cosa que quiera tu abuela —murmuró Mrs. Dalton—, ella la hará.

—¿Por qué? ¿Cómo es que sabe tanto sobre los Cutler? —pregunté rápidamente.

—Estuve con ellos durante largo tiempo... Siempre trabajaba para ellos cuando alguien estaba enfermo. Me caía bien tu abuelo. Era una persona dulce y gentil. Cuando murió lloré lo mismo que cuando murió mi propio padre. Entonces fui enfermera de tu hermano, de ti y de tu hermana.

—¿Cuidó usted a Clara Sue también?

Ella asintió.

—Entonces mi abuela en verdad no estaba enfadada con usted por lo que sucedió y no la culpó por mi secuestro.

—Cielos, no, ¿quién te dijo eso?

—Mi madre.

Asintió nuevamente. Entonces abrió más los ojos.

—Si tu abuela no sabe que estás aquí y tampoco tus padres, ¿quién te envió? ¿Ormand?

—Nadie me envió. ¿Por qué iba a enviarme mi padre? —pregunté rápidamente.

—¿Qué es lo que quieres? —inquirió de nuevo esta vez más agudamente—. Ya te dije que estoy enferma, que no puedo permanecer sentada mucho rato hablando.

—Quiero saber lo que realmente ocurrió, Mrs. Dalton. Hablé con Mrs. Boston...

—¿Mary? —sonrió—. ¿Cómo está Mary?

—Está muy bien, pero cuando le pregunté sobre lo que había sucedido no me dijo que estaba usted haciéndole una visita cuando fui secuestrada y no quiso hablar del asunto.

—Yo estaba con ella. Simplemente se le olvidó. No hay nada más que contar. Estabas dormida. Salí de tu habitación. Ormand te cogió y luego él y Sally Jean se fugaron. Ya conoces el resto.

Bajé la mirada mientras las lágrimas se me agolpaban rápidamente en los ojos.

—No te están tratando muy bien desde que regresaste, ¿verdad? —preguntó Mrs. Dalton con percepción. Negué con la cabeza y me sequé las lágrimas que habían brotado de mis ojos.

—Mi abuela me odia. Está molesta porque me han encontrado —le dije y miré hacia arriba—. Y ella fue la que ofreció el dinero de rescate que llevó a que me recuperasen. No lo comprendo. Quería que me encontrasen, pero se molestó cuando lo hicieron y no fue solamente porque había pasado todo este tiempo. Hay algo más. Puedo sentirlo. Lo sé. Pero nadie quiere explicármelo o nadie lo sabe.

»Oh, Mrs. Dalton, por favor —le supliqué—. Padre y Madre no eran mala gente. Hasta usted lo ha dicho. No puedo entender que le robasen un bebé a alguien, aunque Madre acabara de perder uno. No importa lo que me digan, no puedo aprender a odiarles y no soporto pensar en Padre encerrado en la cárcel.

»Mi hermanita Fern y mi hermano Jimmy han sido enviados a vivir con extraños. Jimmy tuvo que escaparse de un malvado granjero y esconderse en el hotel, hasta que Clara se chivó. La Policía se lo llevó anoche. Fue horrible.

Respiré hondo y moví la cabeza.

—Es como si nos hubieran hecho una maldición, ¿por qué? ¿Qué hemos hecho? No somos unos pecadores —añadí vehemente. Eso le hizo abrir más los ojos de nuevo. Se llevó las manos a la garganta y me miró como si fuese un fantasma. Entonces asintió lentamente.

—Él te ha enviado —murmuró—. Él te ha enviado a mí. Ésta es mi última ocasión de redimirme, mi última ocasión.

—¿Quién me ha enviado?

—Dios Todopoderoso —me dijo—. Todos los días de ir a la iglesia no han servido para nada. No ha sido suficiente para dejarme limpia. —Se inclinó hacia delante y me tomó la mano firmemente en la de ella. Sus ojos se habían vuelto enormes y habían adquirido una mirada salvaje—. Es por eso que estoy en esta silla de ruedas. Es mi penitencia. Siempre lo he sabido. Esta vida tan dura es mi castigo.

Permanecí absolutamente quieta mientras ella me miraba a la cara. Después de un momento, movió la cabeza y soltó mi mano. Se recostó sobre el respaldo, respiró profundamente y me miró.

—Está bien —dijo—. Te lo contaré todo. Tú estabas destinada a saberlo y yo destinada a contártelo. Si no Él no te hubiese enviado a mí.

—Tu madre proviene de una rica, distinguida y vieja familia de la Playa de Virginia —empezó Mrs. Dalton—. Recuerdo la boda de tu padre y de tu madre. Todo el mundo se acuerda. Fue uno de los grandes acontecimientos en Cutler's Cove y todos en la buena sociedad fueron invitados, incluso gente de Boston y de Nueva York. La gente pensó que era el matrimonio perfecto, dos personas muy atractivas de las mejores familias. Incluso la gente aquí comparaban esa boda con la de la actriz Grace Kelly, y ese príncipe en Europa. Tu padre era aquí como un príncipe y tu madre tenía un buen número de pretendientes tras ella. Pero incluso entonces, oí historias.

—¿Que clase de historias? —pregunté cuando pareció que no iba a continuar.

—Historias de que a tu abuela no le gustaba esa boda, que pensaba que tu madre no era la chica adecuada para tu padre. Di lo que quieras sobre tu abuela, es una mujer poderosa con ojos de águila. Ve cosas que otra gente se niega a ver y va y hace lo que debe ser hecho.

»Sí, es una señora distinguida que no haría nada para avergonzar a la familia. A tu abuelo sí le gustaba tu madre. A cualquier hombre le hubiera gustado. No sé si sigue siendo tan bonita como era, pero parecía una muñequita encantadora, sus facciones eran diminutas pero perfectas y cuando agitaba las pestañas... Los hombres se volvían como niños. Lo he visto con mis propios ojos —añadió Mrs. Dalton, mirándome y levantando las cejas—. Así pues, tu abuela, silenció su oposición, creo. No sé lo que sucedió a puerta cerrada naturalmente, aunque algunos miembros del personal más antiguo, gente que había estado con los Cutler mucho tiempo, gente como Mary Boston, tenían una idea acertada de lo que estaba sucediendo y dijeron que había una lucha.

»No es que Mary sea el tipo de persona que va contando chismes, no creas. No lo hace. Yo siempre estuve muy unida a Mary y por eso me contaba lo que sabía. Yo ya era enfermera y había hecho algún trabajo especial en el hotel, cuidando huéspedes que se enfermaban y luego, como ya te he dicho, cuidando al viejo Mr. Cutler cuando se enfermó.

»No era un secreto lo que tu abuela opinaba de tu madre. Pensaba que era demasiado ligera y egoísta para ser la mujer de un buen hotelero, pero tu padre estaba locamente enamorado. No había nada que deseara más.

»Se casaron de todas formas y durante una temporada pareció que tu madre serviría para ser la mujer de un buen hotelero. Se portaba bien, hacía lo que tu abuela quería, aprendió a ser amable con los huéspedes y a ser una anfitriona... Verdaderamente disfrutaba vistiéndose elegantemente y usando sus joyas caras, de modo que podía ser la princesa de Cutler's Cove, y en aquellos días, como lo sigue siendo ahora, Cutler's Cove era un hotel muy especial que atendía a las familias más ricas y distinguidas de toda la Costa Éste... ¡Y hasta de Europa!

—¿Qué sucedió para que cambiaran las cosas? —pregunté sin poder contener mi impaciencia. Conocía todo lo del hotel y lo famoso que era. Quería que llegara a la parte que no sabía.

—Estoy llegando, niña. No te olvides que no estoy ágil y mi mente se distrae muchísimo a causa de esta enfermedad, debería decir esta maldición. —Agitó la mano y adoptó un aspecto de estar mirando a lo lejos.

Permanecí sentada obedientemente, esperando, hasta que ella se volvió a mí.

—¿Dónde estaba?

—Estaba usted contándome de mi madre, de la boda, de lo bien que iban las cosas

al principio...

—Oh, sí, sí. Bueno, no fue mucho después de que tu hermano naciera.

—Philip.

—Sí, Philip, cuando tu madre empezó a salirse un poco del camino recto.

—¿Salirse del camino recto?

—¿No sabes lo que quiere decir eso, niña? Tú sabes lo que hace un gato cuando sale por las noches, ¿no? —me preguntó inclinándose hacia mí.

—Creo que sí. ¿Coquetea? —dije adivinando.

Negó con la cabeza.

—Hizo algo más que coquetear. Si tu padre lo sabía no se dio por enterado. Por lo menos con la gente, pero tu abuela sí lo sabía. Nada sucede en ese hotel que ella no lo sepa en el mismo minuto o poco después. Siempre pareció que tu abuelo era el que dirigía pero ella es la fortaleza, siempre lo ha sido, por lo menos desde que yo puedo acordarme —añadió parpadeando mucho.

—Lo sé —dije tristemente.

—De todos modos, por lo que conozco del asunto, vino ese artista, pianista y cantante, tan guapo como pueda ser un hombre. Todas las mujeres jóvenes se derretían con él, y él y tu madre... —Hizo una pausa y se inclinó nuevamente hacia mí como si hubiesen otras personas en la habitación y no quisiera que la oyesen.

»Estaba esa camarera, Blossom, que me dijo que los había encontrado una noche detrás de la caseta de la piscina. Ella solía ir con un hombre llamado Félix, que era el que hacía las reparaciones. Nada atractivo —añadió torciendo la nariz— pero Blossom estaba dispuesta a irse a la cama con el primero que se detuviera lo suficiente para mirarla.

»De todos modos, ella sabía que era tu madre y se asustó y sacó a Félix de allí. Blossom no contó lo que había visto más que a una o dos de sus íntimas amigas además de mí, y tu madre y su amante no supieron que Blossom había estado por allí en esos momentos, pero no fue mucho después que tu abuela se enteró de todo. Tenía ojos y oídos que trabajaban para ella por todas partes en ese lugar, si sabes lo que quiero decir —dijo Mrs. Dalton moviendo la cabeza.

—¿Que fue lo que hizo? —pregunté con una voz que apenas se oía.

—El cantante fue despedido y poco después... bueno, poco después tu madre estaba embarazada.

—¿De mí?

—Me temo que sí, niña. Y tu abuela hizo ir a tu madre a su oficina y con sus palabras le dio tal paliza que la dejó pidiendo misericordia. Naturalmente, tu madre juró por todo lo más sagrado que tú eras hija de Randolph, pero tu abuela era demasiado suspicaz y sabía demasiado sobre lo que había estado sucediendo. Sabía las fechas, las veces... Tu madre finalmente confesó que posiblemente no eras hija de

Randolph. Además —aquí volvió a levantar las cejas—, no creo que las cosas fueran tan bien entre tu padre y tu madre como se supone que deben de ir entre un hombre y su mujer. ¿Entiendes?

Negué con la cabeza. No lo entendía.

—Bueno —dijo ella—. Ésa es la historia. De todos modos, la única razón por la que me enteré de todo esto fue porque tu abuela iba a obligar a tu madre a abortar a escondidas. Quería que yo la llevase a alguien para eso.

Moví la cabeza asombrada. Randolph Cutler no era mi padre. Una vez más, lo que yo había creído no era verdad, no lo era. ¿Cuándo terminaría todo esto? ¿Cuándo cesarían las mentiras?

—¿Cómo se llamaba el cantante?

—Oh, no me acuerdo. En aquellos días los artistas pasaban por aquí como un huracán. Algunos se quedaban toda la temporada, otros apenas una semana, porque iban camino de Nueva York o Boston o Washington D. C. y, como ya te he dicho, no era el primero que tu madre llevaba a la caseta de la piscina.

No podía creer lo que estaba oyendo respecto a mi madre. Mi pobre madre enferma. ¡Já! Qué farsa más complicada había logrado crear. ¿Cómo podía haberle hecho una cosa así a Randolph? ¿Cómo podía haber traicionado su amor y sus promesas matrimoniales durmiendo con otros hombres? Me asqueaba. *Ella* me asqueaba, porque sus acciones no eran más que las de una mujer egoísta que no piensa más que en sí misma y en lo que desea.

—¿Randolph no se enteró? —pregunté.

—Se enteró de que tu madre estaba embarazada —replicó—. Y eso fue lo que la salvó de tener que abortar. Como ves, Él pensó que tú eras su bebé. Así que Laura Sue suplicó a tu abuela que le permitiese tener la criatura, llevar el embarazo a término y evitar que Randolph supiese su infidelidad.

»Tu abuela no quería escándalos pero no se sentía contenta de tener que mantener al hijo de otro hombre y que la criatura llevase el nombre de Cutler. Está demasiado orgullosa de su sangre y nadie *jamás* ha podido vencerla.

—Pero yo nací. Permitió que eso sucediese —dije.

—Sí, tú naciste, pero justo antes de que sucediese, tu abuela decidió que después de todo, no podía vivir con esa mentira en el hotel. Creo que se estaba recomiendo al ver a Laura Sue cada día más y más abultada con la criatura y ver a la gente mimándola y hablando de una nueva nieta mientras que ella sabía que la criatura no era verdaderamente su nieta. Además, tu madre aprovechaba todas las ocasiones para presumir ante tu abuela. Ése fue su gran error.

—¿Qué fue lo que hizo? —pregunté sintiendo que el corazón empezaba a latirme con fuerza. Temía respirar demasiado alto por miedo a que Mrs. Dalton se detuviese o cambiase de tema.

—Se enfrentó a Laura Sue. Yo ya estaba trabajando en el hotel cuidándola durante su último mes y viviendo dónde viviría, en la suite de los niños, después de que tú nacieses. Estaba muy cerca —agregó irguiéndose en la silla de ruedas y levantando las cejas.

—¿Quiere decir que oyó lo que estaban hablando? —le pregunté. No quise decir: «Oyó a escondidas». Podía notar que era un tema sobre el que se sentía especialmente sensible.

—Lo hubiese sabido de todos modos. Me necesitaban. Y tuvieron que contármelo.

—¿La necesitaban? —Yo estaba confusa—. ¿Por qué?

—Tu abuela había hecho un plan. Había rescindido el acuerdo original con tu madre y le había dicho que tenía que ceder el bebé. Si lo hacía, tu abuela guardaría el secreto de su infidelidad y podría continuar siendo la Princesa de Cutler's Cove.

—¿Qué dijo mi madre? Debieron de tener una terrible discusión. —A pesar de que mi madre creaba la ilusión de estar enferma, yo sospechaba que cuando quería algo, podía tener una gran fuerza de voluntad, si era para su propio provecho.

—No hubo discusión. Tu madre era demasiado egoísta y mimada. Tenía miedo de perder la buena vida, así que aceptó el engaño.

—¿Engaño? ¿Qué engaño?

—El plan, niña. Sally Jean Longchamp acababa de dar a luz una niña que había nacido muerta, como sabes. Tu abuela fue a verlos a ella y a Ormand e hizo un trato con ellos. Tendrían que secuestrar al bebé recién nacido. Les dio joyas y dinero para ayudarles en la fuga.

»Sally Jean estaba alterada por haber perdido una criatura y aquí estaba la abuela Cutler ofreciéndole otra niña que, de todos modos, nadie parecía querer. Laura Sue había aceptado y creo que se les dijo que Randolph también.

No estoy segura sobre ese punto.

»Tu abuela lo había preparado todo con ellos y había prometido cubrir bien su fuga y enviar a la Policía en otra dirección.

»Entonces vino a mí —dijo Mrs. Dalton, bajando la vista—. Yo no pude discutir con ella cuando dijo que Laura Sue sería un desastre como madre. Podía ver cómo era con Philip. Jamás tenía tiempo para él. Estaba demasiado ocupada con almuerzos o compras o tomando el sol en la piscina, y tu abuela estaba muy alterada porque la criatura no era una verdadera Cutler.

»De todos modos, me ofreció el sueldo de todo un año para que cooperase. Era mucho dinero por limitarme a volver la espalda y puesto que ni tu madre, ni tu abuela querían al bebé..., bueno, hice lo que ella me pidió y me fui a visitar a Mary Boston a su habitación y a esperar mientras Ormand entraba y te robaba.

»Mary sabía lo que estaba sucediendo. Había cazado una frase aquí y otra allí y

entonces yo le conté el resto. A ella nunca le había gustado tu madre. No gustaba a casi nadie del personal porque era muy malcriada y los despreciaba.

»De todos modos, a Mary y a mí nos daba lástima de Sally Jean Longchamp, que acababa de perder una criatura que había deseado. Pensamos que todo el asunto era una buena idea. Nadie iba a perder nada con ello.

»Aparentemente, Randolph aún no sabía lo que estaba sucediendo y lo que había decidido, así que tu abuela continuó el engaño, ofreciendo un rescate. Hubo veces que pensamos que la Policía había localizado a Ormand y Sally Jean. Randolph iba a identificar a los sospechosos pero nunca eran ellos. Creo que ya conoces el resto.

»Excepto —dijo, mirándose las manos sobre la falda—, que llegó un momento en que tuve remordimientos por mi participación. No importaba lo mala madre que Laura Sue hubiese sido y lo mucho que Ormand y Sally Jean desearan otra hija, todo estaba mal. Se convirtieron en fugitivos. Tú creciste creyendo que eras su hija y el pobre Randolph parecía estar sufriendo terriblemente porque su bebé había sido secuestrado.

»Varias veces me sentí tentada de decirle la verdad, pero cada vez que me disponía a hacerlo, perdía el valor. Mary seguía diciendo que todo había sido para bien y mi hija... Tenía miedo de lo que podía suceder si traicionábamos a la vieja Mrs. Cutler, y ella y mi yerno ya tenían bastantes problemas al tener que cuidar de mí.

»No mucho después, sin embargo, tu madre tuvo a Clara y pusieron la pequeña lápida en el cementerio para que tu recuerdo descansase para siempre.

—Lo sé. La he visto.

—Me hizo sentir fatal. Fui yo misma a verla y sabía que Dios me estaba mirando. No mucho después, empecé a enfermarme. Me empeoré más y más hasta llegar a como me ves ahora.

»Y ahora tú has vuelto y estoy contenta —me dijo con un repentino brote de energía y fuerza—. Tú eres mi redención. Puedo hacer las paces con el Señor, sabiendo que he dicho la verdad. Lo siento mucho también. No puedo arreglar el mal, pero puedo decirte que me arrepiento de cualquier participación que tuve en ello.

»Eres demasiado joven para apreciar lo que significa el perdón, niña, pero de verdad espero que algún día encuentres en tu corazón el perdón para la vieja y enferma Lila Dalton —me dijo sonriendo suavemente esperanzada.

—Usted no es la que tiene que pedir perdón, Mrs. Dalton —repliqué—. Usted creyó en aquel momento que estaba haciendo lo correcto, incluso algo que sería lo mejor para mí. Pero —añadí con los ojos ardiendo—, Ormand Longchamp no tendría que estar encerrado en esa cárcel cargando con toda la culpa.

—No, supongo que no.

—¿Diría usted la verdad ahora si se lo pidiesen? —pregunté esperanzada—. ¿O

aún tiene miedo de lo que pudiese suceder?

—Estoy demasiado vieja y demasiado enferma para seguir teniendo miedo de nadie ni de nada —me contestó—. Haría lo que sea necesario para hacer las paces con Dios.

—Gracias —le dije poniéndome en pie—. Por contármelo todo. Siento que esté tan enferma y espero que esto le haga sentir mejor.

—Eso es algo muy dulce por tu parte, niña. Curiosamente —dijo cogiéndome la mano y mirándome— eres la nieta que Mrs. Cutler más hubiese deseado tener y eres la que regaló.

## CONVERSACIONES PRIVADAS

Regresé al hotel lentamente con la cabeza dándome vueltas y mi vida girando delante mío. De vez en cuando detenía la rueda de la suerte y leía algo que ahora era comprensible. Las últimas palabras de Madre en el hospital, pidiéndome que no los odiase a ella y a Padre, el disgusto de mi abuela por mi regreso, la cobardía de mi verdadera madre y su estado nervioso, todo comenzó a encajar en su lugar y crear un cuadro que no me gustaba pero que, por lo menos, tenía sentido.

El almuerzo acababa de terminar en el hotel. Los huéspedes paseaban por los jardines, sentándose en el porche del frente y disfrutando del hermoso día. Los huéspedes más jóvenes estaban en las pistas de tenis y muchos se habían ido a la piscina. Del otro lado del camino, en los muelles, otros huéspedes entraban o salían de los barcos que les llevaban de paseo a ver la vista de la costa. Todo a mi alrededor eran sonrisas y risas. Estaba segura de que se me distinguía porque las nubes que llevaba conmigo llenaban de sombras mi rostro.

Pero no podía evitarlo. El brillante sol, las cálidas brisas del mar, el sonido feliz de la risa de los niños, la agitación y energía de los turistas, todo subrayaba mi propia tristeza. Cutler s Cove no era un lugar para sentirse deprimido, pensé, especialmente el día de hoy.

Mi abuela estaba sentada en el vestíbulo sonriendo y hablando con los huéspedes. Rieron de algo que había dicho y después escucharon atentamente mientras ella continuó. La atención de todos estaba fija en ella, como si fuera una celebridad. Vi el modo en que otros huéspedes se sentían atraídos a ella, ansiosos de escucharla. Ella no vio que yo había entrado y pude así contemplarla sin que lo supiese.

Pero de repente su mirada se posó sobre mí y su expresión se volvió helada. No fui la primera en apartar la mirada. Fue ella. Recuperó su sonrisa mientras continuaba hablando con sus huéspedes. Yo seguí a través del vestíbulo. Tenía algo que hacer antes de hablar con ella. Quería hablar primero con otra persona.

Clara Sue estaba detrás del mostrador de recepción. Algunos de los huéspedes jóvenes estaban charlando con ella. Todos rieron y entonces Clara Sue se volvió hacia mí con el rostro lleno de curiosidad. La ignoré y atravesé el vestíbulo. Hizo algún comentario burlón sobre mí, estoy segura, porque un momento más tarde, ella y sus amigos se echaron a reír aún más alto de lo que habían estado haciendo. No miré para atrás. Entré en la parte antigua y me apresuré a través del corredor hacia la escalera.

Aquí me detuve un momento y luego subí lentamente con la mirada fija delante mío, y mi decisión iba fortaleciéndose a cada paso. Lo único que podía oír eran las

últimas palabras de Madre en el hospital. Lo único que podía ver era a Padre con la cabeza baja en su derrota cuando llegó la Policía.

Lo que estaba a punto de hacer iba a hacerlo por ellos.

Me detuve de nuevo ante la puerta de la suite de mi madre y entré lentamente encontrándomela sentada ante su tocador, cepillándose el pelo dorado y contemplándose con admiración en el espejo ovalado. Durante un largo instante no se dio cuenta de que yo había entrado. Estaba demasiado encantada con su propia imagen. Finalmente advirtió de que estaba allí contemplándola y dio media vuelta sobre su banqueta.

Iba vestida con un salto de cama azul claro, pero, como de costumbre, tenía puestos pendientes, un collar y pulseras. Había estado pintándose la cara y llevaba pintura de labios, colorete y lápiz de ojos.

—Oh, Dawn. Me has asustado, entrando así a escondidas. ¿Por qué no llamaste a la puerta? Aunque yo sea tu madre, tienes que aprender a llamar —me dijo con reproche—. Las mujeres de mi edad necesitamos que se respete nuestra intimidad, Dawn, cariño —añadió poniendo una sonrisa amistosa que ahora más que nunca parecía una máscara.

—¿No tienes miedo de que la abuela te oiga llamarme Dawn y no Eugenia? —le pregunté. Me miró con más atención y vio la cólera en mis ojos. Esto la desorientó rápidamente y dejando el cepillo, se levantó para irse a la cama.

—No me siento demasiado bien esta mañana —murmuró mientras se deslizaba por las sábanas de seda—. Espero que no tengas nuevos problemas.

—Oh, no, mamá. Todos mis problemas son antiguos —le dije acercándome. Me contempló con curiosidad y después se cubrió con la manta y se recostó sobre las esponjosas almohadas.

—Estoy tan cansada —dijo—. Debe de ser la nueva medicina que me ha recetado el doctor. Voy a hacer que Randolph le llame y le diga que me hace sentir muy agotada. Lo único que quiero hacer es dormir, dormir, dormir. Tendrás que irte y dejar que cierre los ojos.

—Tú no estuviste siempre así, ¿verdad, mamá? —pregunté cortante. No dijo nada. Mantuvo los ojos cerrados y la cabeza en la almohada—. ¿Lo estabas, Mamá? ¿No solías ser una señora joven muy animada? —pregunté acercándome a la cama. Abrió los ojos y me lanzó una mirada salvaje.

—¿Qué es lo que quieres? Estás actuando de una forma muy extraña. No tengo fuerzas. Si tienes un problema, vete a ver a tu padre, por favor.

—¿Dónde puedo encontrar a mi padre?

—¿Qué?

¿Donde voy a encontrarlo? ¿A padre? —pregunté con una voz dulce y musical—. Mi verdadero padre.

Cerró los ojos y se recostó nuevamente.

—Estoy segura de que en su despacho. O en el despacho de su madre. No vas a tener ningún problema en localizarlo. —Movi6 una mano despidiéndome.

—¿De veras? Pensé que sería muy difícil encontrarle. ¿No tendría que empezar a buscarle de hotel en hotel, de cabaret en cabaret, oyendo a los artistas?

—¿Qué? —Abrió los ojos nuevamente—. ¿De qué estás hablando?

—Estoy hablando de mi verdadero padre... Finalmente de mi *verdadero* padre. El de la piscina.

Mi frase había hecho blanco. Saboreé el aspecto de incomodidad que empezó a aparecer en su cara. Por una vez yo no era quien debía de rendir cuentas sobre el pasado. No era yo quien tenía que sentirse avergonzada. Era ella.

Me contempló sin comprender y entonces se puso las manos sobre el pecho.

—¿No querrás decir ese señor Longchamp? No le estarás llamando padre todavía, ¿verdad?

Negué con la cabeza.

—Bien, entonces, ¿de qué estás hablando? No puedo soportar esto. —Sus párpados se agitaron—. Me está mareando.

—No te desmayes antes de haberme contado la verdad, Madre —le pedí—. No me apartaré de tu lado hasta que lo hagas. Eso te lo prometo.

—¿Qué verdad? ¿De qué estás parlotando? ¿Qué te han dicho? ¿Con quién has estado hablando? ¿Dónde está Randolph? —Miró hacia la puerta como si él estuviera detrás mío.

No querrás que esté aquí —dije—, a no ser que haya llegado el momento de que lo sepa todo. ¿Cómo fuiste capaz de cederme? —le pregunté rápidamente—. ¿Cómo pudiste permitir que alguien se quedara con tu bebé?

—Permitir... ¿a alguien?

Moví la cabeza con disgusto.

—¿Siempre has sido tan débil y egocéntrica? Permitiste que ella te forzara a cederme. Hiciste tu trato...

—¿Quién te ha estado contando todas esas mentiras? —preguntó con un repentino golpe de energía.

—Nadie me ha estado contando mentiras, Madre. Vengo de hablar con Mrs. Dalton. —Su furioso ceño decayó—. Sí, Mrs. Dalton, que fue mi enfermera, a quien tú me dijiste que la abuela había responsabilizado. Sólo querías desviar la culpa de otro. Si la abuela la hubiera culpado, ¿le habría pagado el salario de un año? ¿Y por qué fue nuevamente contratada cuando nació Clara Sue?

»No tiene sentido inventar otra mentira para cubrir ésta —añadí rápidamente, cuando vi que iba a empezar a hablar. Era mejor mantenerla de esa forma. Si se ponía a la defensiva, podría animarse y empezar a contar más mentiras—. Mrs. Dalton está

muy enferma y quiere hacer las paces con Dios.

Lamenta su parte en el plan y está dispuesta a decirle la verdad a todos.

»¿Por qué lo hiciste? ¿Cómo pudiste permitir que otro se quedara con tu propia hija?

—¿Qué te dijo Mrs. Dalton? Está enferma. Debe de haber enloquecido para hablar así. ¿Por qué fuiste a hablar, con esa mujer? ¿Quién te envió? —preguntó mi madre.

—Está enferma, pero no ha enloquecido y hay otros en el hotel que pueden testificar que su historia es cierta. Soy yo la que se siente enferma —dije cortante—. Estoy enferma de oír mentiras, de vivir una vida de mentiras.

»Te metes en esta cama haciendo ver que estás débil y nerviosa sólo para huir de la verdad —dije—. Bien, no me importa. Haz lo que quieras, pero no me mientas más. No hagas ver que me quieres y que me has añorado y que me tienes compasión por haber tenido que vivir una vida dura y de pobreza. Tú me enviaste a esa vida. ¿No es cierto? ¿*No es cierto?* —le grité. Parpadeó y pareció que iba a estallar en lagrimas—. ¡*Quiero la verdad!* —grité golpeándome los muslos con los puños.

—¡Dios mío! —gimió y enterró la cara en sus manos.

—El que te echas a llorar y que finjas estar enferma no te van a salvar esta vez, madre. Hiciste algo terrible y yo tengo el derecho a saber la verdad.

Movió la cabeza.

—Dímelo —insistí—. No me marcharé hasta que lo hayas hecho.

Lentamente se destapó la cara. Había cambiado totalmente y no sólo por las lágrimas que habían destrozado su maquillaje y que había hecho que su lápiz de ojos se corriera. Había una mirada cansada y vencida en sus ojos y los labios le temblaban. Asintió lentamente y se volvió hacia mí. Parecía aún más joven, casi como una niña pequeña a la que han pescado haciendo algo malo.

—No debes pensar mal de mí —dijo con la vocecilla de un niño—. No quise hacer esas cosas terribles. No quería. —Frunció los labios y agitó la cabeza como lo hubiera hecho una criatura de cinco años.

—Sólo dime lo que en realidad ocurrió, Madre. Por favor. Miró hacia la puerta y se inclinó hacia mí, con la voz transformada en un susurro.

—Randolph no lo sabe —me dijo—. Le rompería el corazón. Me quiere mucho, casi tanto como quiere a su madre, pero no lo puede evitar. No puede —añadió.

—Entonces, ¿me entregaste a otra gente? —pregunté, sintiendo náuseas. Hasta este momento..., este momento de verdad..., una parte secreta dentro de mí no quería creer lo que se le decía—. ¿Tú *permitiste* que Ormand y Sally Jean Longchamp se me llevaran?

—Tuve que hacerlo —susurró—. Ella me obligó. —Miró por el rabillo del ojo hacia la puerta. Era una niña pequeña tratando de pasarle la culpa de algo a otra niña

pequeña. Mi ira disminuyó. Había algo muy patético y triste en ella—. No debes culparme, Dawn. *¡Por favor!* —suplicó—. No debes. Yo no quería hacerlo, de veras, pero ella me dijo que si no lo hacía, le explicaría a Randolph una serie de cosas sobre mí y me haría echar como una vergüenza. ¿Dónde podía ir? ¿Qué podría hacer? La gente me odiaría. Todo el mundo la respeta y la teme —añadió furiosamente—. Se creerían cualquier cosa que ella dijese.

—Así que hiciste el amor con otro hombre y me concebiste —dije esta vez suavemente.

—Randolph siempre estaba tan ocupado con el hotel.

Está enamorado del hotel —se quejó—. No tienes idea de lo difícil que fueron esos tiempos para mí —explicó con la cara retorciéndosele. Las lágrimas le llenaban los ojos—. Yo era joven y bella y llena de energía y quería hacer cosas, pero Randolph siempre estaba muy ocupado o su madre le estaba siempre pidiendo que hiciera esto o aquello y si yo quería ir a algún sitio o quería hacer algo, siempre tenía que hablar con su madre. Gobernaba nuestras vidas como una reina.

»No iba a estar encerrada todo el tiempo. *¡Él nunca tenía tiempo para mí!* *¡Nunca!* No era justo —gritó indignada—. No me dijo que iba a ser así cuando éramos novios. Me engañaron. Sí —dijo ella moviendo la cabeza y saboreando su teoría—. Me tendió una trampa, me defraudó. Era una clase de hombre fuera del hotel y otra dentro. Dentro, es lo que su madre quiere que sea, sin importarle lo que yo diga o haga.

»Así que no pueden culparme —concluyó—. Todo ha sido culpa suya... Culpa de ella. —Las lágrimas caían por su cara—. ¿No lo ves? Soy inocente.

—Ella te dijo que tendrías que cederme y tú lo aceptaste —concluí como si fuese un abogado que está interrogando a un testigo en un juicio, pero realmente tenía la sensación de que esto era una especie de juicio y que yo estaba actuando como abogado defendiendo a Ormand y Sally Jean Longchamp a la vez que a mí misma.

—Tuve que aceptar. ¿Qué otra cosa podía haber hecho?

—Podías haber dicho que no. Podías haber luchado por mí y haberle dicho que yo era tu niña. Podías haberle dicho: ¡No, no, no! —Grité salvajemente, pero era como tratar de enseñarle a una criatura de cuatro años a comportarse como un adulto. Mi madre sonrió a través de sus lágrimas asintiendo.

—Tienes razón. Tienes razón. Fui mala. ¡Muy mala! Pero ahora todo está bien. Tú has regresado. Todo está bien. No hablemos más de eso. Hablemos de cosas buenas, de cosas felices, por favor.

Me acarició la mano y respiró profundamente. Su expresión cambió como si todo lo que habíamos estado discutiendo hubiese quedado olvidado instantáneamente y, de todos modos, no fuese muy importante.

—Estaba pensando que tendrías que hacerte arreglar el pelo y quizá podríamos ir

a comprar alguna ropa nueva y bonita para ti. Y zapatos nuevos y algunas joyas. No tienes por qué usar la ropa vieja de Clara Sue. Ahora puedes tener tus propias cosas. ¿Te gustaría? —preguntó.

Negué con la cabeza. Verdaderamente era una criatura. Quizá siempre había sido así y era por eso que mi abuela había podido dominarla fácilmente.

—Pero estoy tan cansada ahora —dijo—. Estoy segura de que es esa medicina nueva. Tan sólo quiero cerrar los ojos por un rato. —Dejó caer la cabeza sobre la almohada—. Y descansar, descansar. —Abrió los ojos y me miró—. Si ves a tu padre, por favor, dile que llame al médico. Necesito que me cambien la medicina.

Me quedé contemplándola. Verdaderamente tenía la cara de una niña pequeña, una cara para ser compadecida y mimada.

—Gracias, cariño —me dijo y cerró los ojos otra vez.

Me aparté. Era inútil gritarle o exigirle nada más. En cierto modo, era una enferma, no tan enferma como Mrs. Dalton pero cerrada a la realidad. Me dirigí a la puerta.

—¿Dawn? —llamó.

—Sí, madre.

—Lo siento —dijo y volvió a cerrar los ojos.

—Yo también, mamá —contesté—. Yo también.

Toda mi vida, pensé al bajar la escalera, he sido gobernada por acontecimientos fuera de mi control. De niña, de bebé, de jovencita, siempre había dependido de adultos y había tenido que hacer lo que querían que hiciese, o, como acababa de aprender, aceptar lo que querían que fuera hecho conmigo. Sus decisiones, sus acciones y sus pecados eran los vientos que me llevaban de un sitio a otro. Incluso aquéllos que me querían de verdad podían volverse e ir a determinados lugares. Lo mismo rezaba para Jimmy y ciertamente para Fern. Los sucesos que habían empezado aun antes de nuestros nacimientos, ya habían dispuesto qué y cómo seríamos.

Pero ahora, toda la tragedia de los últimos meses cayó como una avalancha sobre mí: la muerte de Madre, el que hubiesen metido a Padre en la cárcel, ver deshacerse lo que yo consideraba que era mi familia, los continuos intentos de Clara para hacerme daño, la violación de Philip, la huida de Jimmy y su captura, y el enterarme de la verdad. Me encontraba como alguien que se ve atrapado en medio de un huracán que lo hace girar. Ahora, como una bandera que repentinamente se ve sacudida en una violenta ráfaga y es arrancada de las cuerdas que la amarran al mástil, giré sobre mis tacones, salí disparada hacia el vestíbulo del hotel, con la cabeza alta, la mirada fija al frente, sin mirar ni a izquierda ni a derecha, sin ver a nadie más, y sin oír ninguna voz.

Mi abuela estaba sentada en un sofá en el vestíbulo, con un pequeño grupo de

huéspedes a su alrededor, que escuchaban atentamente todo lo que decía. Sus caras sonreían con admiración. Cualquiera que mi abuela escogía para dirigirle una palabra especial, un toque, se iluminaba como alguien que hubiera sido bendecido por un clérigo.

Algo en mi cara hizo retroceder a la gente como una ola, les hizo separarse y alejarse al acercarme. Lentamente, con su sonrisa suave y angelical aún fija en su cara, mi abuela se volvió para ver qué era lo que le había robado la atención de la gente del brillo de sus ojos y del calor de su voz. En el momento en que me vio, sus hombros se irguieron y su sonrisa desapareció, trayendo profundas sombras a su cara que, repentinamente, pareció más bien un duro caparazón.

Me detuve ante ella, con los brazos cruzados bajo mis pechos. Mi corazón latía violentamente, pero yo no quería que ella viese lo nerviosa y asustada que estaba.

—Quiero hablar contigo —declaré:

—Es de mala educación interrumpir a la gente de este modo —replicó y se volvió para regresar a sus huéspedes.

—No me importa lo que sea de buena educación o no. Quiero hablar contigo, ahora —insistí, poniendo en mi voz tanta firmeza como me fue posible. No le quité los ojos de encima para que se diese cuenta de lo decidida que estaba.

De repente se sonrió.

—Bueno —dijo a su círculo de admiradores compuesto por los huéspedes—. Veo que tenemos un pequeño asunto familiar que atender. Por favor, ¿querrá todo el mundo disculparme durante unos minutos?

Uno de los señores que estaba a su lado, se movió rápidamente para ayudarla a levantarse.

—Gracias, Thomas. —Me echó una mirada furiosa—. Ve a mi despacho —me ordenó. Yo le devolví la mirada furiosa y después me encaminé hacia allí, mientras ella continuaba dando disculpas por mi comportamiento.

Cuando entré en su oficina, miré al cuadro de mi abuelo. Tenía una sonrisa cálida y gentil. Me pregunté cómo hubiera sido el conocerle. ¿Cómo había podido soportar a la abuela Cutler?

La puerta se abrió de golpe detrás mío al entrar mi abuela como si fuera una tormenta. Sus zapatos golpearon contra el suelo de madera al pasar ante mí y después se giró violentamente, con los ojos ardiendo de rabia, y los labios delgados como la línea de un lápiz.

—¿Cómo te has atrevido? ¿Cómo te atreves a comportarte de ese modo mientras estoy hablando con mis huéspedes? Ni siquiera mis más pobres empleados, gente que viene de los ambientes más bajos y deprimentes, actúan de ese modo. ¿Es que no queda un poco de decencia en tu insolente cuerpo? —regañó. Fue como si me hubiese detenido ante una estufa de carbón, justo cuando la puerta estaba abierta y me hubiese

enfrentado al ardiente fuego y al rojo calor descubierto. Cerré los ojos y retrocedí unos pasos, pero después los abrí y escupí mis palabras ante ella.

—Tú ya no puedes hablarme a mí de decencia. ¡Eres una hipócrita!

—¿Cómo te atreves? Te haré encerrar en tu habitación. Te...

—No harás nada, abuela. Sólo decir la verdad... finalmente —le ordené con firmeza. Sus ojos se agrandaron con la confusión. Con un poco de alegría, anuncié la sorpresa que le tenía preparada—. Fui a ver a Mrs. Dalton esta mañana. Está muy enferma, pero feliz por haber podido finalmente quitarse el peso de la culpa de su conciencia. Me contó lo que verdaderamente sucedió, después y antes de nacer yo.

—Esto es ridículo. No voy a quedarme aquí y...

—Después fui a ver a mi madre —añadí—. Y ella también confesó.

Mi abuela se quedó mirándome un momento. Su ira fue bajando lentamente como la llama en una estufa y después se volvió y se dirigió a su escritorio.

—Siéntate —me ordenó. Ella se sentó en su propio sillón. Me fui a la silla delante de su escritorio. Durante un largo momento, ella y yo nos contemplamos la una a la otra.

—¿De qué te has enterado? —preguntó en un tono de voz mucho más calmado.

—¿De qué crees? De la verdad. Descubrí lo del amante de mi madre y cómo finalmente la obligaste a entregarme a otros. Cómo lo arreglaste todo para que Ormand y Sally Jean Longchamp me llevaran y luego hacer ver que me habían robado. Cómo pagaste a la gente y cómo buscaste gente que te ayudase en tus planes. Cómo ofreciste una recompensa para encubrir tus acciones —dije todo seguido sin respirar.

¿Quien va a creer esa historia? —repitió con un autocontrol tan frío que me provocó estremecimientos de miedo en la columna. Agitó la cabeza—. Yo sé lo muy enferma que está Mrs. Dalton. ¿Sabías que su yerno trabaja para «Cutler's Cove Sanitation Company»? Podía hacer que lo despidiesen mañana mismo, así de fácil —dijo haciendo chasquear los dedos—. Y si tú y yo subimos ahora, en este momento, y enfrentamos a Laura Sue con esta historia, se va a desmoronar y llorar, y dirá tonterías con tanta incoherencia que nadie comprendería ni una palabra. Lo más probable es que si yo estoy a tu lado ni siquiera pueda recordar nada de lo que te ha dicho. —Me lanzó una mirada de triunfo.

—Pero es todo cierto, ¿verdad? —le grité. Estaba perdiendo aquella firmeza, aquella confianza en mí misma que me había puesto una vara de acero en la columna. Ella era muy fuerte y estaba tan segura de sí misma, que podía defender su terreno y hacer retroceder una manada de caballos salvajes.

Se volvió hacia otro lado y permaneció callada durante un largo momento. Me volvió a mirar nuevamente.

—Pareces ser alguien al que le gusta la controversia... dándole amparo aquí a ese

chico mientras lo estaba buscando la Policía. —Movi6 la cabeza—. Est6 bien, te lo dir6. S6, es verdad. Mi hijo no es realmente tu padre. Le ped6 a Randolph que no se casase con esa peque1a sinvergüenza. Sab6a lo que era y en qu6 se convertir6a, pero, como todos los hombres, le hipnotiz6 la belleza superficial y su voz melosa y dulce. Incluso mi esposo estaba encantado con ella. Observ6 c6mo ella mov6a los hombros y los deslumbraba con su risita tonta y su total desamparo —dijo, haciendo una mueca de asco con la boca—. A los hombres les encantan las mujeres desamparadas, s6lo que 6sta no lo era tanto como quer6a aparentar —agreg6 con una fr6a sonrisa en sus labios—. Especialmente cuando se trataba de satisfacer sus deseos.

»Siempre sab6a lo que quer6a. Yo no quer6a que esa clase de mujer formara parte de mi familia, parte de esto..., este hotel —dijo extendiendo los brazos—. Pero discutir con hombres que est6n bajo el hechizo de una mujer es como tratar de detener una catarata. Si le haces frente demasiado tiempo, te ahogas.

»As6 que me retir6, les advert6 y luego me retir6. —Asinti6 recuperando su fr6a sonrisa—. Oh, ella simul6 que quer6a ser responsable y respetable pero cada vez que yo le daba cualquier cosa seria para hacer, iba a Randolph a quejarse del trabajo y del esfuerzo, y 6l suplicaba para que fuese relevada de esto o aquello.

»Ya tenemos bastantes adornos para colgar en la pared y en el techo, le dije. No necesitamos m6s. Pero igualmente pod6a haber dirigido mis palabras a las paredes de este despacho.

»No pas6 mucho tiempo antes de que comenzase a mostrar su verdadera naturaleza, coqueteando con todo el mundo que llevara pantalones. ¡No hab6a forma de detenerla! ¡Era asqueroso! Trat6 de dec6rselo a Randolph, pero 6l estaba tan ciego respecto a eso como a todo lo dem6s. Cuando un hombre est6 tan deslumbrado por una mujer como 6l estaba, es lo mismo que si hubiese estado mirando directamente al sol. Despu6s de eso, no ve nada.

»As6 que ced6 y naturalmente, como sin duda ya sabr6s, tuvo un l6o y se encontr6 con problemas. Yo pod6a haber echado a la peque1a sinvergüenza entonces. Deb6 de haberlo hecho —a1adi6 con amargura—. Pero... quise proteger a Randolph y a la familia y a la reputaci6n del hotel.

»Lo que hice, lo hice por el bien de todos y por el hotel y la familia, porque son uno y lo mismo.

—Pero Padre... Ormand Longchamp...

—6l acept6 el trato —dijo ella—. Sab6a lo que estaba haciendo.

—Pero t6 le dijiste que todo el mundo lo quer6a as6, ¿no es verdad? Crey6 que estaba haciendo lo que Randolph y mi madre deseaban, ¿verdad? ¿No es as6? —persever6 cuando no me respondi6.

—Randolph no sabe lo que quiere, nunca lo ha sabido. Siempre tom6 las decisiones correctas por 6l. Casarse con ella —me dijo inclin6ndose sobre el

escritorio—. Es la única vez que él ha ido en contra de mis deseos y mira cómo ha resultado.

—Pero Ormand creía...

—Sí, sí, él lo pensó, pero le pagué generosamente y evité que la Policía lo encontrase. Fue culpa suya si lo cogieron. Debió quedarse más al Norte y no haber venido jamás a Richmond.

—Pero él no merece estar en la cárcel —insistí—. No es justo.

Se volvió de nuevo, como si lo que yo dijera no fuera importante. ¡Pero lo era!

—No me importa si puedes obligar a Mrs. Dalton a retractarse de su historia y si puedes hacer que mi madre parezca menos, se formará el suficiente escándalo para ser desagradable. Se lo diré a Randolph. Solamente piensa el daño que le hará cuando lo sepa. Le dejaste con la esperanza de volver a encontrarme, ofreciste ésa recompensa.

Me miró estudiándome durante un momento. Sostuve la mirada tan firmemente como pude, pero era como mirar directamente al centro de una hoguera. Finalmente se ablandó al ver mi resolución.

—¿Qué es lo que quieres? ¿Quieres que me sienta avergonzada y hacer llover la tragedia sobre los Cutler?

—Quiero que saques a Padre de la cárcel y dejes de tratarme como si yo fuese basura. Deja de decir que mi madre es una sinvergüenza y deja de exigir que me cambie mi nombre por Eugenia —dije con determinación.

Quería mucho más, pero tuve miedo de exigir demasiado. Con el tiempo esperaba conseguir que hiciese algo por Jimmy y por Fern.

Ella asintió lentamente.

—Está bien —suspiró—. Haré algo respecto a Ormand Longchamp. Hablaré con gente importante que conozco y procuraré conseguirle una pronta libertad condicional. De todos modos, estaba pensando hacerlo. Y si insistes en te llamen Dawn, pues puedes seguir siendo llamada Dawn. Pero —agregó rápidamente cuando yo empezaba a sonreír—, tendrás que hacer algo por mí.

—¿El qué? ¿Quieres que regrese a vivir con él?

—Claro que no. Ahora estás aquí y eres una Cutler, tanto si nos gusta a ti y a mí como si no, pero —ronroneó muy contenta, satisfecha consigo misma, recostada en el respaldo de su silla y contemplándome por un momento—, no tienes por qué estar aquí todo el tiempo. Sería mucho mejor para tocios nosotros... para Clara Sue, Philip, Randolph, hasta para tu... *madre*, si te fueses.

—¿Adonde? ¿Dónde iría?

Asintió con una curiosa sonrisa en la cara. Indudablemente a ella se le había ocurrido algo muy hábil, algo que le daba mucha satisfacción.

—Tienes una voz muy bonita. Creo que se te debería permitir desarrollar el don

que posees para el canto.

—¿Qué quieres decir? —¿Por qué de repente estaba ella tan ansiosa por ayudarme?

—Resulta que soy miembro honorario de la junta de fideicomisarios de una prestigiosa escuela de bellas artes en Nueva York.

—¿Nueva York?

—Sí. Quiero que vayas allí en lugar de regresar al Emerson Peabody. Hoy haré los arreglos y podrás irte dentro de poco. También tienen cursos de verano. Naturalmente que todo esto y todo lo que has sabido, no saldrá de esta habitación. Nadie tiene que saber nada excepto que yo he decidido que tu don es demasiado importante para que desperdicies tu tiempo limpiando habitaciones en un hotel.

Me di cuenta de que le agradaba la idea de que todo el mundo la considerase magnánima. Parecería una maravillosa abuela haciendo grandes cosas por su nueva nieta y yo tendría que hacer ver que estaba agradecida.

Pero yo no deseaba regresar al Emerson Peabody y sí quería llegar a ser una cantante. Se saldría con la suya y se libraría de mí. Pero yo tendría una oportunidad con la que sólo había podido soñar. ¡Nueva York! ¡Una escuela, de bellas artes!

Y Padre también recibiría ayuda.

Está bien —acepté—. Siempre que cumplas lo que has prometido.

—Siempre cumplo mi palabra —dijo airadamente—. Tu reputación, tu nombre, el honor de tu familia, son las cosas importantes. Tú vienes de un mundo en que todas esas cosas eran insignificantes, pero en mi mundo...

—El honor y la honestidad siempre han sido importantes para nosotros —le devolví cortantemente—. Podíamos ser pobres, pero éramos gente decente. Y Ormand y Sally Jean Longchamp no se traicionaban ni se mentían —repliqué. Los ojos me quemaban con lágrimas de indignación.

Me contempló durante un largo momento otra vez, sólo que esta vez vi una mirada de aprobación en sus ojos.

—Será interesante —dijo finalmente, hablando lentamente—, muy interesante, ver qué clase de mujer engendró el lío de Laura Sue. No me gustan tus modales, pero has demostrado independencia y agallas. Y ésas son cualidades que admiro.

—No estoy segura, abuela —repliqué—, si lo que tú admiras resulte alguna vez importante para mí.

Se echó hacia atrás como si la hubiera salpicado con agua fría, con los ojos volviéndose distantes y duros instantáneamente.

—Si eso es todo, creo que es mejor que te vayas. Gracias a ti y tus intromisiones, tengo mucho que hacer. Serás informada sobre la fecha de tu partida —añadió.

Me puse de pie despacio.

—Crees que puedes dirigir las vidas de todos fácilmente, ¿verdad? —dije con

amargura, agitando la cabeza.

—Hago lo que tengo que hacer. El tener la responsabilidad de cosas importantes requiere que a veces tome decisiones difíciles, pero actúo lo mejor que puedo en beneficio de la familia y del hotel. Algún día, cuando tengas algo importante de lo que ocuparte y debas tomar alguna decisión desagradable o que sienta mal, me recordarás y me juzgarás tan duramente —dijo como si fuera importante para ella que yo tuviera una mejor opinión sobre su persona.

Entonces sonrió.

—Créeme, cuando necesites algo o te metas en algún problema por algún motivo u otro, no llamarás a tu madre o ni siquiera a mi hijo. Me llamarás a mí y estarás contenta de poder hacerlo —predijo.

Qué arrogancia, pensé, pero, a pesar de ello, era verdad... Incluso pese a mi corta estancia aquí, pude darme cuenta de que Cutler's Cove le debía lo que era.

Me volví rápidamente y me fui, sin tener la seguridad de haber ganado o perdido la batalla.

Después, esa misma tarde, Randolph vino a verme. Se me hacía cada vez más y más difícil pensar en él como mi padre y esto ocurrió cuando acababa de empezar a adaptarme a la idea. Por la expresión de su cara pude ver que mi abuela le había explicado la decisión de mandarme a la escuela de bellas artes.

—Mamá me acaba de decir que has tomado la decisión de ir a Nueva York. Es magnífico, aunque debo decir que me entristece verte marchar cuando apenas acabas de llegar —se quejó. Parecía disgustado por la idea y yo pensé que era muy triste que no supiera la verdad y que yo al igual que mi madre y que la abuela Cutler lo tuviéramos engañado. ¿Era justo? Qué frágil era la felicidad y la paz en esta familia, pensé. Su amor a mi madre desaparecería con seguridad si llegaba a saber que le había sido infiel.

En cierta forma, todo estaba construido sobre una mentira y yo tenía que mantener esa mentira viva.

—Siempre he querido ir a Nueva York y ser cantante —le dije.

—Por supuesto que debes ir, sólo te estoy tomando el pelo. Pero te voy a añorar; iré a visitarte a menudo y volverás por las fiestas. Va a ser muy emocionante para ti. Ya se lo he dicho a tu madre y cree que es una magnífica idea que sigas una carrera formal en bellas artes.

»Quiere llevarte de tiendas para comprarte ropa nueva, y, por supuesto, ya he dispuesto que el coche del hotel sea puesto a vuestra disposición mañana por la mañana para que las dos podáis ir de tienda en tienda.

—¿Se siente con ganas de hacerlo? —pregunté, apenas escondiendo mi desdén.

—Oh, raramente la he visto tan contenta como ahora. Tan pronto como le

expliqué sobre la decisión que mamá y tú habíais tomado, se sentó, sonrió y empezó a hablar excitadamente sobre ir de tiendas. Hay pocas cosas que le guste hacer más a Laura Sue que ir de compras —dijo riendo—. Y siempre quiere ir a Nueva York. Probablemente irá a verte cada fin de semana —añadió.

—¿Y mi trabajo en el hotel mañana? No quiero que recaiga todo sobre Sissy.

—Eso se ha terminado. Se terminó el trabajo de camarera para ti. Simplemente disfruta de la familia y del hotel hasta que tengas que irte a la escuela —dijo—. Y no te preocupes por Sissy. Haremos que alguien la ayude y contrataremos a otra persona rápidamente.

Movió la cabeza y sonrió.

—No parece tan contenta como esperaba. ¿Te ocurre algo? Sé que la situación que se produjo con el chico Longchamp no fue agradable y comprendo que estuvieras tan disgustada, pero no debiste permitir que se escondiera aquí. —Juntó las manos en una palmada como si con ese gesto pudiera ahuyentar ese recuerdo desagradable—. Pero ya terminó. No nos preocupemos más sobre ello.

—No puedo evitar preocuparme por Jimmy —contesté rápidamente—. Sólo estaba tratando de huir de una horrible familia adoptiva. Traté de contároslo, pero nadie quiso oírme.

—Humm, bien, al menos sabemos que a la pequeña le va bien.

—¿Has sabido algo de Fern? —Me incorporé velozmente.

—No mucho. No les gusta dar ese tipo de información, pero un amigo de tu abuela conocía a alguien, que conocía a alguien. En cualquier forma, Fern fue adoptada por una pareja joven que no tenía hijos. Su dirección sigue siendo un misterio, pero los estamos buscando.

—¿Y si Padre quisiera recuperarla? —gemí.

—¿Padre? Oh, ¿Ormand Longchamp? En estas circunstancias, no creo que le sea posible recuperarla cuando salga de la cárcel. Eso todavía tardará algún tiempo —añadió. Evidentemente, la abuela Cutler no le había contado esa parte de nuestro trato.

No podía hacerlo sin revelarle por qué hacía una cosa semejante.

—De cualquier forma —continuó—, quise venir a verte para decirte lo contento que me sentía por ti. Debo volver a mi despacho. Te veré en la cena. —Se arrodilló para besarme en la frente—. Probablemente te convertirás en la Cutler más famosa —dijo y se marchó.

Me recosté contra la almohada. Qué rápido estaba ocurriendo todo ahora. Fern estaba con una nueva familia. Quizá ya había aprendido a llamar al hombre Padre y a la mujer Madre. Quizá sus recuerdos de Jimmy y de mí se estaban desvaneciendo. Un nuevo hogar, buena ropa, mucha comida, y buenos cuidados borrarían con seguridad su vida anterior y harían que todo pareciera como un vago sueño.

Estaba segura de que en cuestión de días la abuela Cutler me habría llevado a una nueva vida, una vida lejos de ella y de Cutler's Cove. Mi gran consuelo era que estaría en un mundo lleno de música y cada vez que entraba en ese mundo, todas las dificultades y todas las miserias, toda la desgracia y toda la tristeza, desaparecían. Decidí que me concentraría y pondría toda mi energía en una sola cosa, ser una buena cantante.

Esa noche se me permitió sentarme con mi familia en el comedor para cenar. La noticia de mi marcha a una escuela de bellas artes se había extendido rápidamente por todo el hotel. Miembros del personal que anteriormente estaban molestos conmigo, ahora me deseaban suerte. Hasta alguno de los huéspedes se había enterado y tenía algo amable que decirme. Mi madre tuvo una de sus milagrosas recuperaciones. En realidad nunca la había visto más radiantemente bella. Su pelo tenía brillo, sus ojos se veían ardientes y jóvenes. Reía y hablaba con más animación de la que había demostrado nunca. Para ella todo era delicioso, la gente era encantadora. Había sido el verano más maravilloso en mucho tiempo. Hablaba y hablaba sobre nuestra próxima salida de compras.

—Tengo algunos amigos que viven en Manhattan —dijo—. Y lo primero que voy a hacer por la mañana es llamarles para saber lo que está de moda esta temporada. No queremos que te vayas con el aspecto de la hija del granjero —dijo y se echó a reír. Randolph encontraba su risa contagiosa y también estaba más animado y encantador que nunca.

Solamente Clara Sue estaba sentada con un aspecto sombrío y derrotado en la cara. Me contemplaba llena de envidia. Repleta de confusas emociones. Se estaba librando de mí, cosa que yo sabía que la hacía feliz, porque una vez más iba a ser la princesita y no tendría que compartir el escenario conmigo de ninguna forma. Pero yo me iba para hacer algo muy excitante y estaba siendo mimada y ella no.

—Yo también necesito cosas nuevas —se quejó cuando pudo decir una palabra.

—Pero tú tienes mucho más tiempo, Clara Sue, cariño —dijo mamá—. Iremos a comprar tus cosas hacia el final del verano. Eugenia se va a Nueva York dentro de pocos días. ¡Nueva York!

—Dawn —la corregí. Mi madre me lanzó una mirada y después miró a la abuela Cutler. Vio que no surgía la reprimenda—. Mi nombre es Dawn —repetí suavemente.

Mamá se rió.

—Por supuesto que lo es si te gusta y si todos estamos de acuerdo —dijo mirando nuevamente a la abuela Cutler.

—Es el nombre al que está acostumbrada —repuso la abuela Cutler—. Si desea cambiar su nombre en algún momento en el futuro puede hacerlo.

Clara Sue pareció sorprendida y molesta a la vez. Yo le sonreí y ella apartó la mirada a toda prisa.

La abuela Cutler y yo compartimos una mirada de entendimiento. Intercambiamos unas cuantas esa noche. Ahora que nuestra gran batalla había terminado, encontraba que estaba actuando de una forma distinta conmigo, tal y como había prometido. Cuando algunos huéspedes se detuvieron a preguntar sobre mi canto, dijo que había un tío en nuestra familia que solía cantar y que tocaba el violín.

Al mirar alrededor de la mesa, me di cuenta de que todo el mundo estaba contento de que me fuese pero por diferentes motivos. La abuela Cutler nunca me había querido, mi madre me consideraba una amenaza y ahora una vergüenza, Randolph estaba sinceramente feliz por mi nueva oportunidad y Clara Sue estaba feliz porque perdía la competencia por la atención de la familia. Solamente Philip, desde su puesto de camarero, me lanzaba miradas confusas.

Después de cenar y de haber pasado un rato sentada con mi madre oyéndola conversar con los huéspedes, me excusé diciendo que estaba cansada. Deseaba escribirle otra carta a Padre explicándole todo lo que había sabido. Quería que se enterase de que no lo culpaba por lo que había hecho y que comprendía su actitud y la de Madre.

Pero cuando abrí la puerta de mi habitación, encontré a Philip esperándome. Se había acostado en mi cama, con las manos detrás de la cabeza mirando al techo. Se sentó rápidamente.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunté—. Sal. ¡Ahora!

—Quería hablar contigo. No te preocupes, sólo quiero hablar —dijo levantando las manos.

—¿Qué es lo que quieres, Philip? No esperes que te perdone por lo que hiciste —le dije duramente—. Jamás me olvidaré de lo que me hiciste.

—Le has dicho algo a la abuela, ¿verdad? Es por eso que ella ha arreglado todo para que te vayas tan pronto a Nueva York. Tengo razón, ¿no? —Me quedé simplemente mirándolo, sin entrar en Ja habitación, encontrando imposible estar en el mismo cuarto a solas con él, después de lo que me había hecho—. Bueno, ¿lo hiciste? —preguntó temeroso.

—No, Philip, no lo hice, pero creo que es verdad cuando la gente dice que la abuela Cutler tiene ojos y oídos por todo el hotel. —Eso tenía que asustarlo—. Ahora, lárgate —le ordené, permaneciendo en el umbral y manteniendo la puerta abierta—. El verte me enferma.

—Bueno, si no fuera por eso, ¿por qué iba a hacerlo? ¿Por qué iba a enviarte así?

—¿No te has enterado? Cree que tengo un don para la música —le dije secamente—. Pensaba que tú también lo creías.

—Sí, pero... todo parece tan extraño... Justo al principio de la temporada de verano, justo cuando acabas de volver con tu familia, te manda a una escuela de

bellas artes... —Movi6 la cabeza y entrecerr6 los ojos con sospechas—. Aqu6 est6 pasando algo, algo que no me cuentas. ¿Entonces tiene que ver con que Jimmy fuese encontrado aqu6?

—S6 —le contest6 r6pidamente, pero no pareci6 quedar satisfecho.

—No te creo.

—Peor para ti. No me importa lo que creas o pienses. Estoy cansada, Philip, y tengo mucho que hacer ma1ana. Por favor, vete. —6l no se movi6—. ¿No me has hecho ya bastante da1o? —exclam6—. D6jame sola.

—Dawn, debes comprender lo que me ocurri6. A veces un chico de mi edad pierde el control. Ocurre especialmente si la chica lo hace ir hacia delante y despu6 no quiere seguir —dijo. Pens6 que su intento de justificarse era pat6tico.

—Nunca te impuls6 hacia delante, Philip, y esperaba que comprendieras por qu6 me ech6 atr6s. —Le mir6 con odio—. No te atrevas a echarme la culpa. T6 y s6lo t6 eres el responsable de tus acciones.

—S6lo est6s enfadada conmigo, ¿verdad? —pregunt6, con la sonrisa en su cara tom6ndose coqueta—. Est6s muy bonita cuando te enfadas.

Le contempl6 sin poder creerme lo que o6a y record6 la ilusi6n que hab6a sentido cuando nos conocimos en el Emerson Peabody. Qu6 diferentes hab6an sido las cosas entonces. Era como si fu6ramos dos personas diferentes. En cierta forma, lo 6ramos, pens6. Jam6s podr6a retroceder a c6mo hab6an sido las cosas..., a cuando a6n cre6a en los cuentos de hadas y en los finales felices.

—No debes odiarme —dijo haciendo ver que suplicaba que lo entendiera—. *¡No debes odiarme!* —insisti6.

—No te odio, Philip. —Sonri6—. Pero me das l6stima —a1ad6 con rapidez, borrando la sonrisa de su cara—. Nunca podr6s cambiar lo que ha pasado entre nosotros y nunca podr6s cambiar lo que siento. Cualquier sentimiento que pude haber tenido por ti, muri6 la noche que me violaste.

—No te ment6a —protest6—. Dawn, te quiero. Con todo el coraz6n y con toda el alma. No puedo evitar sentir esto por ti.

—Bien, ¡pues tendr6s que hacerlo! Tienes que evitarlo, Philip. Soy tu hermana. ¿Lo entiendes? ¡T6 *hermana!* Se te tiene que pasar. *¡No puedes amarme!* Estoy segura de que no tendr6s problemas en encontrar otra novia.

—Supongo que no —dijo con arrogancia—, pero eso no quiere decir que no est6 pensando en ti. No quiero otra novia, Dawn. Te quiero a *ti*. S6lo a *ti*. ¿Por qu6 no pasamos una 6ltima noche juntos...? S6lo hablando —sugiri6 y se recost6 sobre mi almohada—. Por los viejos tiempos.

¡No pod6a creerlo! ¿C6mo pod6a sugerir algo semejante? Despu6s de todo lo que acababa de decirle, Philip a6n quer6a... La sola idea me enfermaba. No pod6a soportar mirarle. Del mismo modo que Clara Sue y yo jam6s podr6amos tener una

relación de hermanas, con Philip tampoco sería posible. Tenía que sacarle de mi vista. Antes de que le dijese algo que después lamentase. O que hiciera algo que tuviera yo que lamentar. Hice ver que oía algo por el pasillo.

—Alguien viene, Philip. Puede ser la abuela. Dijo que quería hablar después conmigo.

—¿Eh? —Se incorporó velozmente y escuchó—. No oigo a nadie.

—Philip —dije, con aspecto preocupado. Se incorporó rápidamente y vino a la puerta.

—No oigo a nadie —dijo. Le empujé y le saqué de la habitación, cerrándola velozmente.

—¿Eh! —exclamó—, eso fue algo solapado.

—El ser solapado es un rasgo de la familia —dije—. Ahora vete.

—Vamos, Dawn. Quiero compensártelo, demostrarte que puedo ser cálido y cariñoso sin atacarte. ¿Dawn? Me voy a quedar aquí toda la noche. Dormiré en tu puerta —amenazó.

Lo ignoré y después de un rato se molestó y se marchó. Finalmente pude estar sola con mis pensamientos. Acerqué la silla a la pequeña mesita, saqué una pluma y papel y empecé a escribir:

*Querido Padre:*

*No importa lo que haya pasado, me doy cuenta de que siempre te llamaré Padre. Veo que te estoy escribiendo incluso antes de que hayas tenido la oportunidad de contestar a mi primera carta, pero quería que supieras que he sabido la verdad. He hablado con la mujer que fue mi enfermera, Mrs. Dalton, y después me enfrenté con mi madre, que lo confesó todo.*

*Entonces, hablé con la abuela Cutler y me lo explicó todo. Quiero que sepas que no te culpo a ti ni a Madre de nada y que sé que una vez que Jimmy sepa los detalles, se sentirá de la misma manera que me siento yo.*

*Me van a enviar a una escuela de bellas artes en Nueva York. La abuela Cutler se quiere deshacer de mí, pero es lo que he deseado siempre y creo que es mejor que me vaya de aquí.*

*Aún no sabemos dónde está Fern, pero espero que algún día vuelva contigo... su verdadero padre. No sé qué ha pasado con Jimmy todavía, pues se escapó de una malvada familia adoptiva y lo encontraron aquí y lo devolvieron. Quizás ambos os reunáis pronto. La abuela Cutler me ha prometido que hará lo que pueda para que consigas pronto una libertad condicional.*

*Siempre dijiste que te traía felicidad y que era un rayo de sol. Espero que esta carta te lleve alguna en lo que deben ser tus días más sombríos. Quiero que sepas que cuando canto, estoy y estaré pensando en ti y en tu sonrisa y en todo el amor que*

*Madre y tú me disteis.*

*Con cariño,*

DAWN

Sellé la carta con un beso y la metí en un sobre. La mandaré por la mañana.

Estaba realmente muy, muy cansada. Momentos después de que mi cabeza se apoyara en la almohada con los ojos cerrados, empecé a deslizarme hacia un sueño muy deseado. Los sonidos del hotel se desvanecieron rápidamente. Mi corta pero dramática vida aquí estaba llegando a su final.

Estaba siendo arrebatada de aquí, pensé. No estoy en el coche de Padre y no me estoy marchando en medio de la noche, pero vuelvo a estar en marcha, buscando, siempre buscando, un lugar al que pueda llamar hogar.

## EPÍLOGO

Ya fuera porque tenía un sentimiento de culpabilidad o simplemente por la excitación de comprar ropa, mi madre me llevó en la limusina del hotel y me arrastró de tienda en tienda. Los precios nunca tenían importancia. Me compró más ropa de la que había visto en mi vida: faldas, blusas, chaquetas, un abrigo de cuero y guantes de piel, un gorro de piel, zapatos, ropa interior y zapatillas de terciopelo. Fuimos a unos grandes almacenes a comprar cosméticos y allí escogimos una variedad de polvos, pinturas de labios, colorete y lápices de ojos. Dos botones tuvieron que hacer cuatro viajes para llevar todas nuestras compras al interior del hotel.

A Clara Sue los ojos se le salían de sus órbitas cuando lo vio todo. Lloró y gimió y le pidió a mamá que la llevara de tiendas de igual forma.

El día antes de marcharme a Nueva York, uno de los botones vino a buscarme a mi habitación.

—Hay una llamada telefónica para usted en el mostrador principal —dijo—. Me dijeron que se diera prisa porque es una llamada de larga distancia.

Le di las gracias y me apresuré. Era una suerte que fuera temprano por la mañana y que Clara Sue no estuviera en su puesto, pensé. Nunca habría permitido que la llamada me llegara, porque era Jimmy.

—¿Dónde estás? —exclamé.

—Vivo con una nueva familia adoptiva, los Allan, y estoy de nuevo en Richmond, pero estoy bien. Voy a un colegio público normal —añadió rápidamente.

—Oh, Jimmy, tengo tanto que contarte que no sé por dónde empezar.

Se rió.

—Empieza por el principio —dijo, y le expliqué lo que había sabido, mi reunión con la abuela Cutler y su resultado—. De manera que ya ves, Jimmy, que no debes culpar a Padre. Él pensó que estaba actuando correctamente —concluí.

—Sí —respondió—. Supongo que sí, pero de todos modos, fue una cosa idiota de hacer —añadió, sólo que no sonó tan duro como quería.

—¿Hablarás con él si se pone en contacto contigo, Jimmy? —le pregunté con la voz llena de esperanza.

—Ya veremos si alguna vez lo hace —replicó—. Me alegro de que Fern fuera adoptada por una pareja joven. Le darán mucho cariño, pero no puedo esperar a verla otra vez. Y estoy contento de que vayas a una escuela de bellas artes, aunque esto signifique que pasará mucho tiempo antes de que te vuelva a ver. Pero lo intentaré.

—Yo también intentaré verte, Jimmy.

—Te añoraré —dijo.

—Yo también a ti —le contesté con la voz que se me quebraba.

—Es mejor que colguemos. Ya fueron bastante amables al permitirme hacer esta llamada. Buena suerte, Dawn.

—¡Jimmy! —grité, dándome cuenta de que estaba a punto de colgar.

—¿Qué?

Ahora sé que puedo pensar en ti en forma diferente exclamé de golpe. Él comprendió.

—Me alegro, Dawn. A mí me pasa lo mismo.

—Adiós —dije. No me di cuenta de que estaba llorando hasta que una lágrima cayó de mi mejilla.

La mañana de mi marcha, las camareras me hicieron un regalo de despedida, Sissy me lo dio en el vestíbulo junto a la puerta principal, mientras los botones iban cargando mis maletas en la limusina del hotel.

—Hay alguna gente que siente la forma tan fría en que fuiste tratada —me dijo y me entregó un pequeño paquete. Lo desenvolví y encontré un alfiler que representaba una fregona y un cubo de oro macizo.

—No queríamos que nos olvidases —dijo Sissy. Yo me eché a reír y le di un abrazo.

La abuela Cutler estaba a un lado, durante todo este tiempo, observando con sus ojos de águila. Pude ver que le había impresionado el afecto que el personal del hotel tenía por mí.

Clara Sue permaneció de mal humor en la puerta, Philip a su lado, con una sonrisa afectada en la cara.

Me apresuré a bajar los escalones, sin echarles ni una mirada de despedida. Mi madre y Randolph estaban aguardando junto a la limusina. Mamá parecía fresca y descansada. Me abrazó y me besó en la frente. Me sorprendió lo cariñosa que estaba. ¿Era sólo para el público, o sea los huéspedes y el personal, o había llegado a sentir algo por mí?

Miré a sus ojos claros, pero no pude estar segura. Todo era demasiado confuso.

—Está bien, Dawn —dijo Randolph—. Iremos a verte tan pronto como nos sea posible dejar el hotel. —Me besó en la mejilla—. Si necesitas algo, llámame.

—Gracias —le dije. El chófer de la limusina me abrió la puerta y subí. Me recosté y pensé qué distinto era esto de mi llegada en un coche patrulla.

Comenzamos a alejarnos del hotel. Miré hacia atrás y dije adiós con la mano a todos, y vi a la abuela Cutler dar un paso hacia delante para mirarme. Parecía distinta, pensativa. Qué mujer tan extraña, pensé, y me pregunté si alguna vez llegaría a conocerla.

Entonces me volví a mirar el mar, mientras bajábamos por la carretera. El sol había convertido el agua en una aguamarina. Los pequeños barquitos de vela parecían pintados sobre el horizonte azul. Era muy bello. Tan bello como un cuadro, pensé. Mi

corazón estaba lleno, pues me marchaba a hacer algo que siempre había soñado. Jimmy me había parecido más feliz por teléfono y Padre pronto sería liberado de la cárcel.

La limusina del hotel giró y nos dirigimos hacia el aeropuerto.

No pude menos de recordar los juegos que Padre y yo solíamos jugar cuando era pequeña y estábamos en el coche camino de una nueva casa.

—Vamos, Dawn. Hagamos ver. ¿Dónde quieres estar esta vez? ¿En Alaska? ¿En el desierto? ¿En un barco? ¿En un avión?

—Oh, déjala dormir, Ormand. Es tarde —decía Madre.

—¿Estás cansada, Dawn?

—No, Padre —decía, aunque apenas podía mantener los ojos abiertos.

Jimmy estaba durmiendo en su lado del coche.

—¿Bien? ¿Dónde será esta vez? —preguntaba Padre nuevamente.

—Creo que... en un avión —decía yo—. Elevándonos por encima de las nubes.

—Y así será. Siente cómo despegas —me decía y se echaba a reír.

Un poco después, me notaba verdaderamente elevándome sobre las nubes.

A veces, cuando soñamos con suficiente intensidad, esos sueños se hacen realidad, pensé.

Miré hacia delante a la larga extensión de cielo azul y soñé con un público de miles de personas oyéndome cantar.



VIRGINIA CLEO ANDREWS, nació el 6 de junio de 1923 y murió el 19 diciembre de 1986. Nació en Portsmouth, Virginia, la más joven y única hija de la familia Andrews. En su adolescencia, sufrió una caída en las escaleras de su escuela, lo cual le dañó severamente la espalda. Las cirugías que se le practicaron dieron como resultado un tipo de artritis que la dejó en silla de ruedas la mayor parte de su vida. Sin embargo, Andrews, que siempre fue una prometedora artista, fue capaz de terminar una carrera de cuatro años por correo y muy pronto se convirtió en una exitosa artista comercial, ilustradora y pintora y un tiempo después comenzó a escribir.

# NOTAS

[1] Dawn quiere decir amanecer y Afternoon significa la tarde, el atardecer. (*N. de la T.*) <<

[2] Turnkey quiere decir dar vuelta a la llave, girar la llave. (*N. de la T.*) <<

[3] Juego de palabras. En inglés Dawn significa amanecer y darse cuenta. <<